

Ana Ripoll

LOS INCORPÓREOS 1

EL MUNDO DE LAS SOMBRAS

SIRUELA



Los Incorpóreos 1

EL MUNDO DE LAS SOMBRAS

ANA RIPOLL

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Los Incorpóreos 1

EL MUNDO DE LAS SOMBRAS

A Carlos

Prefacio

—Sí, le contaré lo que pasó —dice la mujer.

Los dos hombres se sientan entonces sobre unas modestas sillas de plástico blanco que han traído al caluroso salón. De los dos, uno es de piel morena y labios gruesos. Se quita el jersey y se queda en camisa de manga corta, inapropiada para los fríos remolinos de aire que se levantan en esa época del año. Se sienta con la familiaridad de quien lo ha hecho miles de veces antes en esa misma silla, que emite una ligera queja bajo su peso. El otro hombre usa unas gafas redondas de montura metálica. Lleva un jersey de lana gris oscuro, de cuello cisne, que le adelgaza aún más. Tiene el rostro alargado, y una nariz prominente. Diminutas perlas brillantes de sudor aparecen en la línea de nacimiento de su cabello, pero él no parece darse cuenta. Se sienta en el borde mismo de la silla, con la espalda lejos del respaldo, y descuelga de su hombro una panzuda y desgastada cartera de cuero marrón. La apoya junto a sus piernas, abre el cierre metálico, levanta la larga solapa y saca un cuaderno de tapas negras cerrado con una goma. A continuación, coge un bolígrafo barato de tinta azul y abre el cuaderno.

Frente a los dos hombres, hay un viejo sofá, cubierto con una tela ocre de grandes flores blancas. El sofá da la espalda a la única ventana del salón; a su izquierda, un sobrio y pesado aparador, cubierto por docenas de pequeñas fotografías con distintos marcos. A la derecha del sofá, está el anticuado y desproporcionado aparato de televisión. Aunque no se ve desde las sillas que ocupan los dos hombres, la ventana da a un enjambre de abigarrados edificios de viviendas que abundan a las afueras de la ciudad, en los cinturones obreros.

Pero la atención del hombre de gafas se centra en la mujer sentada en el sofá. Está vestida con una bata celeste que mantiene cerrada desde el cuello hasta debajo de las rodillas, que ha doblado para sentarse sobre sus pies, como si tuviera frío, pese a que la habitación está demasiado caldeada.

—Cuando quieras —pide el hombre de piel morena a la mujer.

La mujer vuelve a cerrarse la bata sobre el pecho, dobla un poco más las rodillas y se prepara para hablar. Las zapatillas de felpa de color violeta están perfectamente alineadas a los pies del sofá. El hombre de gafas aprieta con fuerza el bolígrafo; es zurdo. Inclina un poco la cabeza hacia delante. Ese gesto desata el último nudo de recelo de la mujer, que comienza a hablar:

—Llevaba tres días en coma. Ocurrió justo antes de que rompiera el alba, cuando los que apenas podemos resistir decidimos abandonar toda esperanza. Sufrí una parada cardiorrespiratoria —deletrea la palabra despacio, con cierta dificultad—. Bueno, creo que es así como se dice. Los médicos me reanimaron enseguida, de forma que apenas sufrí secuelas. Después le dijeron a mi marido que fue un minuto y medio el tiempo que estuve... *fuera*.

El hombre de gafas toma notas rápidamente, ante la mirada atenta del otro. Más de la mitad del cuaderno tiene las hojas ya garabateadas, manoseadas, con las esquinas sobadas, de tanto ir hacia delante y hacia atrás buscando anotaciones. El hombre de piel morena se recuesta sobre el respaldo de la silla. Ha escuchado a la mujer varias veces contar la historia y siempre ha tenido que obligarse a ocultar la media sonrisa con que la recibe, porque no acaba de creérselo. Sin embargo, una semana atrás, en una cena multitudinaria, alguien comenzó a hablar de la gente que, a punto de morir, ha tenido visiones de túneles de luz en estados de ingravidez y extrema consciencia del yo. Él recordó el relato de la mujer y lo expuso en voz alta, atrayendo toda la atención, especialmente la de uno de los invitados que él no conocía. Cuando la cena concluyó, el desconocido se le acercó y le rogó que arreglara una cita con la mujer para escuchar la historia de su propia boca. Le dijo que estaba investigando sobre este tema. Así que, tras varias llamadas telefónicas a la mujer, aquí están.

—He leído mucho sobre otras ECM —continúa ella—, experiencias cercanas a la muerte. Y quiero dejar claro que no juzgo las teorías que intentan explicarlas. Si es o no es un recurso de la mente humana, o un tipo de hormonas liberadas para facilitar el tránsito a la otra vida, me da igual. Si es el momento exacto en el que Dios nos abre los brazos para acogernos en su seno, también me parece bien. Yo sólo quiero contar lo que me ocurrió a mí. Lo que vi. No quiero discusiones con los médicos acerca de si fue real o no. Quiero decir que para mí sí lo fue. Si no, de qué otro modo se puede explicar que lo recordara todo al salir del coma. Que repitiera palabra por palabra lo que hablaron los médicos y las

enfermeras mientras me reanimaban. A ver, que me digan cómo pude hacerlo. No pueden, ¿verdad? Y ¿sabe por qué no pueden? Porque no tienen la respuesta para todo. Al menos, no la tienen para lo que me pasó a mí.

El hombre de gafas asiente y hace un gesto con la mano pidiéndole que prosiga.

—Lo primero que sentí fue que estaba flotando en medio de la habitación de la UCI en la que me encontraba. Podía verme a mí misma tumbada en la cama, veía los monitores, los cables que salían de mi cuerpo, lo vi todo con absoluta claridad, desde arriba. De hecho, recuerdo que mi cuerpo, allá abajo, pintaba mal y yo me dije «te estás muriendo». Con la mayor tranquilidad, pensé que aquello era todo, que hasta allí había llegado. Pero no estaba asustada. Recuerdo un sonido estridente y una luz que parpadeaba en uno de los monitores. Incluso vi cómo se abría la puerta y entraban a la carrera dos enfermeras, una morena de pelo corto y otra rubia con una coleta. La rubia se quedó conmigo, la morena salió a escape, supongo que a buscar ayuda. Yo estaba tranquila, veía todo ese jaleo justo debajo de mis narices y no tenía ningún tipo de miedo. No señor. Me encontraba muy serena, porque sentía que mi auténtico yo era ese que estaba flotando, y no el cuerpo vacío que se había quedado en la cama. No sé si me explico bien.

El hombre de gafas vuelve a asentir y hace otro gesto impaciente con la mano del bolígrafo.

—Entonces, de pronto, la habitación se ilumina fuertemente, como cuando te hacen una fotografía y el flash te ciega un momento. Alrededor todo se vuelve blanco por la luz, la más bonita y blanca que había visto en mi vida. Era como una luz blanda, si me permite la expresión. Blanda y suave. Luego me doy cuenta de que estoy en movimiento, hacia algún punto. Sí, he oído muchas veces lo del túnel, pero, sinceramente, yo no sabría decir si aquello era un túnel o una autopista, porque lo único que percibía era la luz intensa. Simplemente, sé que me estoy moviendo, como si alguien me llevara suavemente en sus manos. De la misma forma, sé después que estoy llegando adonde fuera que tenía que llegar, lo percibo, pero no con mis ojos, sino por dentro. Ahora la luz es más suave, puedo ver con más nitidez y descubro que el sitio al que me dirijo es como una pradera blanca, donde hay muchas figuras diminutas de luz, muchísimas, todas muy brillantes. Y sé, no me pregunte de qué forma, que me están esperando para darme la bienvenida. A mí y a los que tengo alrededor. Porque puedo ver otras formas que se desplazan como yo hacia aquel sitio, otras almas que acaban de dejar atrás la vida, no me

cabe la menor duda. No puedo describirle las formas de los otros porque no las veo con los ojos, sólo las siento. ¿Usted ha visto alguna vez la electricidad? No, ¿verdad? Y sin embargo la siente. Siente la luz que crea, sentiría una descarga eléctrica si metiera los dedos en un enchufe, ¿no es así? Pero sigue sin poder ver la electricidad. Pues esto era algo parecido. No estaba mirando con los ojos, en ningún momento mis ojos recibieron ninguna señal que transmitir a mi cerebro, básicamente porque mi cerebro se estaba muriendo, junto al resto de mi cuerpo, en una camilla de la UCI, en otra dimensión alejada de donde me encontraba.

La mujer se detiene. Coge un pequeño vaso de agua de la mesa rectangular que está situada junto al brazo del sofá. Bebe un trago diminuto y deposita el vaso en la mesita. Ninguno de los hombres se mueve. Luego ella continúa:

—La otra cosa que he oído siempre a otras personas sobre experiencias como la mía es que sienten una sensación de felicidad, de plenitud, cuando llegan a aquel sitio. Es así, lo testifico. Supongo que el símil más adecuado es, pese a las limitaciones de nuestros sentidos, como cuando te mueres de sed y bebes los primeros tragos de un vaso de agua, o te estás congelando y entras en una habitación caldeada, o te estás haciendo pis y... bueno, no es necesario que siga, ¿no? Ya se hace una idea. Algo así como: por fin, lo he hecho, lo he logrado, ya he llegado a la meta. Y mucho amor. Calor, amor, paz. Las cosas buenas que se supone que existen en esta vida estaban todas allí. Esperándonos a los que estábamos a punto de entrar, si es que aquello era una entrada.

»El caso es que de pronto algo se torció, cambió de rumbo, o me atrapó, no sabría decirlo. Noté cómo tiraban de mí hacia atrás, como si una mano gigante se hubiera metido en mis entrañas, de haber tenido un cuerpo físico, y me arrastrara hacia atrás, alejándome de aquel maravilloso sitio y aquellas esferas luminosas. Como si tiraran de mí con un imán, simplemente abandoné aquel sitio. Yo no quería irme de allí, intentaba revolverme, luchar o gritar, pero era imposible. Continué desandando el camino y noté cómo las figuras de luz se despedían de mí, sin palabras, sin sonidos, sólo quedó la sensación de pérdida. Y yo dejé de intentar zafarme. Comprendí que no tenía sentido porque no era mi momento todavía, de alguna forma lo supe tan cierto como que estamos aquí sentados. Y en mitad de ese trayecto de vuelta, ocurrió aquello por lo que ha venido hasta aquí, supongo. Fue entonces cuando las vi.

La mujer hace una pausa para volver a beber agua. Tiene un barniz apenas perceptible de sudor sobre el labio y las sienes. El hombre de gafas está tan inclinado hacia delante

en su silla que en cualquier momento puede perder el equilibrio. Tras prolongar la agonía de la espera por unos segundos más, la mujer continúa:

—Me di cuenta de que, en mi regreso, no estaba sola. Me rodeaban otros seres, pero no eran como yo, no eran almas o lo que yo fuera en aquel momento, sino que eran... escalofriantes, como *manchas*. Se movían como pequeñas sombras, claramente visibles en medio de aquella luz blanca tan fuerte. Pequeños agujeros negros que atrapaban la luz en su interior y la devoraban. E iban en el mismo sentido que yo, es decir, alejándose del paraíso, en dirección a la vida. Flotaban también, pero de otra manera, más intencionada, más precisa, de aquí para allá, con un movimiento frenético, me rodeaban, se alejaban. Si no fuera porque daban demasiado miedo, hubiera pensado que estaban jugando. Aquella visión, que me produjo horror, me hizo sentir algo parecido a un dolor aquí —la mujer se aprieta con el puño cerrado el centro del pecho—, una angustia horrible porque aquellas cosas estuvieran haciendo el mismo viaje que yo, ¿lo comprende? Aquellas pequeñas manchas podridas, que sólo podían ser demonios expulsados del paraíso, estaban a punto de entrar en el mundo de los vivos. Como hice yo. Se dirigían hacia nuestro mundo.

El hombre de gafas ha dejado de tomar notas y la contempla fijamente.

—Lo siguiente que sé es que despierto en la habitación. El equipo médico había logrado reanimarme y, al hacerlo, me arrancaron del paraíso y me trajeron de vuelta a la vida. Salí del coma y me trasladaron a planta. Al principio, cuando salí del hospital, busqué más gente que hubiera tenido una ECM como yo. Sí, he hablado con otros. Todas nuestras historias se parecen, excepto que yo soy la única que vio aquellas manchas monstruosas. Y es aquí, en este punto preciso, cuando todos los demás se callan, porque nadie sabe de qué estoy hablando. Así que no tengo forma de saber qué pudo ser aquello. Mire, yo soy católica, así que sólo hay una forma de comprenderlo: eran demonios. Pero... —la mujer vuelve a hacer otra pausa, esta vez visiblemente nerviosa y alterada—, lo cierto es que pensar que aquellas aberraciones de Dios pueden entrar y salir de nuestro mundo... no me gusta. Nada.

La mujer reprime un escalofrío y vuelve a abrigarse con su bata. Al hacerlo, deja al descubierto una de las muñecas de su brazo, vendada. El hombre de gafas descubre la venda y luego la mira a ella.

—Sí —dice ella, que ha seguido la trayectoria de los ojos del hombre de gafas—. A veces me cuesta demasiado convivir con la idea de que estemos todos aquí abajo. Es...

inaguantable. Prefiero regresar a aquel sitio del que me arrancaron. Si no me hubieran reanimado, no los habría visto, no sabría lo que ahora sé...

De pronto, la mujer se tapa la cara con las manos y comienza a sollozar. Aparece en el salón un hombre enjuto, de edad avanzada, que se sienta junto a ella y la abraza, susurrándole palabras de consuelo. Hace un gesto con la cabeza al hombre de piel oscura, que se levanta como un resorte de la silla.

—Vamos —le dice al hombre de las gafas.

Éste también se levanta, mete apresuradamente el cuaderno y el bolígrafo en la mochila y sigue al hombre de piel morena fuera del salón y, después, fuera de la casa. Bajan por el estrecho ascensor hasta el portal del edificio. Una vez en la calle, los dos se detienen, apoyando la espalda en el cristal de la puerta de entrada al portal. El hombre de piel morena saca un cigarrillo y lo enciende. Le ofrece otro al hombre de gafas, pero éste lo rechaza en silencio. El hombre de piel morena retiene unos segundos el humo en sus pulmones y luego lo expulsa. El frío aire convierte rápidamente el humo en volutas y las deshace.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —pregunta—. ¿Servirá para tu tesis o lo que sea que estás escribiendo? Apuesto a que no habías escuchado nunca eso de las manchas que volvían.

—Sombras —dice el hombre de gafas—. En la mitología clásica se denominaban sombras. Espectros con la facultad de hacerse corpóreos y así pasar desapercibidos entre nosotros. Entes capaces de moverse entre el plano de los vivos y el de los muertos, que necesitan nuestro aliento vital para permanecer en nuestro mundo. Y sí, lo había escuchado antes.

El hombre de piel morena le mira, pero no se decide a hablar. El otro continúa con la mirada fija en el horizonte, que parece un mosaico de ventanas diminutas y cuadradas, algunas ya con la luz encendida y otras a oscuras.

DONDE LOS SUEÑOS TE LLEVEN

Mi vida.

Mi breve ciclo vital ha tenido, hasta ahora, unos ritmos muy variables. Durante años no sopla ni una gota de aire, todo permanece estático, sin variación, rutinario, monótono, fácilmente aprehensible, y, de pronto, se instala un vendaval que lo lanza todo contra la pared. Eso es lo que ocurrió en sólo un mes. Los casi doscientos setenta meses anteriores habían sido previsibles, con excepción de la muerte de Helena, y, en un tiempo récord, todo lo que conocía, los elementos que conformaban mi rutina fueron absorbidos por el ojo del huracán y salieron despedidos con furia. Exactamente hacia el mismísimo centro del infierno.

En la parte rasa de la tabla de mi vida, lo más destacable fue mi decisión, nada más cumplir dieciocho años, de abandonar mi hogar paterno en una pequeña ciudad de provincias, al borde del mar, para venir a la capital a probar suerte y huir del más que esperado mediocre porvenir que me esperaba en mi hogar. Allí vivía con mi padre, con su mujer María y con Mateo, mi medio hermano, seis años más pequeño que yo. María y mi padre se casaron tres años después de que mi madre, Helena, muriera. Cuando la enterraron yo tenía tres años recién cumplidos, así que no recuerdo nada de la enfermedad que se la llevó. Poco más podría decir de su muerte, salvo lo poco que me había sido contado desde entonces. En cualquier caso, nunca se había hablado mucho de la muerte de Helena en mi casa. El clásico tema tabú, el esqueleto en el armario. En esta ocasión, el esqueleto era el de mi madre muerta, balanceándose en la oscuridad de mi armario.

Lo que sí recuerdo al detalle era la casa en la que vivíamos los tres, Helena, mi padre y yo. Una serena y gran –seguramente tan grande debido a mi pequeño tamaño– casa de muros blancos, con un porche de tres arcos, cuyos pilares estaban cubiertos por una salvaje maraña de buganvillas. Mi habitación daba a ese porche y, en primavera, un

naranja que teníamos frente a la entrada de la casa daba unas flores cuyo olor se metía en mi cuarto. Era tan luminosa, tan segura, tan indestructible, tan bella, que comprendí la dolorosa decisión de mi padre de venderla cuando decidió incorporar a María en nuestras vidas. La presencia de mi madre se respiraba en cada pared, en cada flor y en cada rayo de sol que entraba y convertía su ausencia en un dolor insoportable. Así que la abandonamos y nos trasladamos al centro de la ciudad. Desde la nueva casa no se veía el mar y, pese a que María llenó el patio de macetas de barro y coloridas flores, yo buscaba en vano aquellas luces y olores de mi infancia.

Mi padre decidió que María se mudara con nosotros incluso antes de casarse, porque quería comprobar si yo sería capaz de aceptarla y ella a mí. Yo había decidido no dar problemas, así que enseguida dimos la imagen de una feliz familia reconstituida. Un observador más perspicaz habría encontrado, sin embargo, pequeñas notas disonantes, chirriantes con los años, que indicaban una intensa corriente bajo la superficie de aguas heladas. El nacimiento de Mateo, mi hermano, trajo una tregua con mis conflictos. Al menos, durante un tiempo. Luego todo volvió a ser como antes, es decir, de nuevo me sentía fuera de lugar, buscando el mar en cada maceta. Mi padre me contó una vez que le había preguntado a Helena si el mar tenía ombligo y como ella me dijo que no, rompí a llorar desconsolada. Estuvieron una tarde entera tratando de calmarme, aunque yo no recuerdo esa anécdota. Helena moriría enseguida.

Con todos estos antecedentes, pareció formalmente coherente que anunciara, al llegar a la mayoría de edad, que me trasladaría a vivir a la capital; todo el mundo –los escasos integrantes de mi mundo– dio por sentado que no me sentía a gusto con la nueva familia, como si yo fuera los restos varados de un naufragio con los que se tropezaban los bañistas en la playa. Si descontamos el profundo afecto que sentía hacia Mateo, eso era parcialmente cierto. La otra parte de la verdad consistía en esa búsqueda de mí misma que nunca le había confesado a nadie. Siempre había dado por hecho que, al atravesar el umbral de la pubertad, todos nos instalábamos en una cómoda, a veces, búsqueda de identidad, como la que sentía yo. Pero realmente no ha sido nunca así. O no, solamente. Siempre he sentido que perdía algo, que me alejaba de algo que tenía que ver conmigo desde el momento de mi nacimiento. Supongo que, de haber seguido Helena viva, ella habría atemperado esa ansiedad, como seguro que hacen todas las madres del mundo.

Así que me planté en la gran ciudad, sin ningún plan preconcebido. Comencé viviendo con una tía de María, su marido y sus hijos, pero en cuanto obtuve la mínima

independencia económica –un trabajo a tiempo parcial en una pequeña pizzería de barrio– comencé a buscar casa propia.

La búsqueda fue breve. Enseguida encontré un piso compartido con otras dos chicas. El precio del alquiler de mi habitación era muy comedido, básicamente porque se trataba de un cuarto piso sin ascensor en un viejo inmueble de la calle Cervantes, justo en el centro de la ciudad. En el piso me recibieron mis dos futuras compañeras: Elisa y Emma. Qué coincidencia, las mismas iniciales, dije al entrar. Ninguna le vio la gracia, pero al menos Elisa sonrió.

Desde el minuto cero de nuestra convivencia, quedó claro que mis afinidades apuntarían más hacia Elisa que hacia Emma. Elisa estudiaba Bellas Artes y provenía de un pequeño pueblo de la costa norte del país. Seguramente, el hecho de haber crecido junto al mar y en un pequeño núcleo urbano nos ofrecía más garantías de conectar. Elisa era cordial pero sin avasallar, lo que venía de fábula a mi timidez recalcitrante. Tenía un pelo rubio pajizo que se cortaba por debajo de las orejas, una piel muy blanca, cuajada de pecas, y una sonrisa cálida y espontánea. Las dos, especialmente Emma, contaban con la colaboración financiera de sus padres en lo que estos consideraban la última aventura adolescente de sus hijas, como si les permitieran el último capricho de juventud antes de retornar a casa para encararse con la «vida real del adulto». A Elisa no se le escapaba ese pequeño detalle y se sentía incómoda y, en cierta medida, traicionada porque sus padres no creyeran en sus posibilidades como artista. Luego estaba lo de su cojera; un accidente ocurrido hacía muchos años le había impuesto una cojera leve, que se agravaba en periodos de cansancio o de estrés. Elisa solía decir que no le importaba lo de su cojera; que si algún chico se fijaba en ese detalle, ella perdía todo interés en él. Alguna vez me enseñó la cicatriz, distorsionada y alargada por los años, que recorría toda la piel por encima de su tibia. Pero cuando veíamos en la televisión algún momento fugaz de un desfile de moda, Elisa siempre se levantaba a coger algo de la cocina, un vaso de agua o una servilleta o cualquier otra cosa innecesaria.

Emma era la guapa oficial del piso. Y del barrio, si nos atenemos a las continuas conquistas sobre las filas enemigas del género masculino. Estudiaba Derecho pero yo siempre había sospechado que la única finalidad de su carrera era permitirle conocer un estudiante de futuro prometedor con el que arreglar una vida burguesa que, al menos por entonces, a mí no me interesaba lo más mínimo. Había en todo este asunto algo que me provocaba ligeras punzadas de celos y era simplemente que incluso ellas mismas sentían

que tenían un origen, un sitio al que regresar, un vínculo muy poderoso con unas personas en unas coordenadas geográficas determinadas. Y eso les daba una dosis extra de seguridad. Yo, sin embargo, si alguna vez había tenido amarras, como pudo haber ocurrido mientras vivía Helena, las había soltado hacía tiempo. Aquel piso compartido no era mi territorio, mi destino, mi objetivo, pero lo que tenía en casa de mi padre tampoco. Ni allí, ni aquí. ¿Dónde me dejaba aquello?

Respecto a otros asuntos prosaicos, mi extinta vida social y mis horas extra en la pizzería habían permitido que tuviera un pequeño fondo de ahorro en el banco que utilicé para compaginar el trabajo con unos estudios de diseño gráfico. Comencé a rastrear por la zona algún pequeño local que me permitiera despegar profesionalmente e instalarme como diseñadora gráfica o, lo que se me daba mejor, como ilustradora. En el piso no quedaba ninguna habitación libre para que yo la pudiera ocupar y el salón era demasiado angosto para pretender que entrara una mesa de dibujo y un aparatoso ordenador. Recuerdo que, cuando les anuncié a las chicas que iba a dar el salto y buscarme trabajos de diseño gráfico, Elisa se contagió enseguida de mis nervios, pero Emma me contestó que había demasiados diseñadores gráficos en la ciudad y que la competencia tan dura no me dejaría hueco en el mercado. Le contesté tan agria como pude y esa noche pensé que igual había llegado el momento de cambiar también de piso. Pero a la mañana siguiente, Emma me despertó con un «lo siento» tan admirable que deseché la idea de mudarme. Hizo algo más que pedirme perdón: llamó a su padre, joyero en una capital de provincia del interior, y le pidió que me hiciera el primer encargo profesional. El padre de Emma, al que nunca he conocido en persona, aceptó el nuevo capricho de su hija y me encargó por teléfono unos pequeños trabajillos que supusieron mi primer ingreso económico como diseñadora gráfica.

Por aquellos días, me enteré a través del portero del inmueble de que uno de los vecinos vendía su trastero, bajo la cubierta del edificio. El hombre me acompañó hasta el sexto y último piso, que albergaba los trasteros, y me abrió el que estaba en venta. Era perfecto. Un cubículo de no más de seis metros cuadrados, con el techo en pendiente, tan inclinado que la parte baja estaba a sólo sesenta centímetros del suelo. Y en esa ladera del techo se abría la única ventana del trastero, una claraboya que tenía una manivela tan antigua y oxidada que tuve que cambiarla enseguida porque filtraba agua de lluvia. El trastero estaba repleto de muebles viejos y cajas polvorientas apiladas, algunas cubiertas con retales de sábanas. Junto a la puerta se encontraba el conmutador original

que encendía la única bombilla del cuartucho. No necesité pensármelo dos veces. En cuanto el anterior propietario lo hubo vaciado, Elisa y yo nos enguantamos hasta los codos y lo limpiamos hasta dejarlo impoluto. El estudio-trastero tenía sus ventajas: el tiempo que ocupaba el traslado a mi puesto de trabajo duraba tanto como salir al rellano, subir los sesenta y tres escalones que me separaban de la sexta planta, llegar a la quinta puerta a la izquierda, abrir con mi pesada llave y *voilà!* Diminuto, oscuro, tremendamente caluroso en verano y helador cuando la nieve se posaba en el tejado, poco a poco fui volviéndolo más cálido y acogedor. Lo pinté, lo decoré con un estilo tan minimalista como el estado de mi cuenta corriente, colgué cuanta foto encontraba sugestiva, carteles de exposiciones y toda aquella curiosidad interesante que me encontrara abandonada en la calle. Allí pasaba las horas laborables, haciendo pequeños trabajos con los que iba tirando, sin grandes lujos, ni pequeños, vamos, pero al menos de una manera muy cómoda, porque era yo la que dictaba las reglas y las órdenes a la única empleada de mi oficina, que era, casualmente, también yo. Al menos no discutía con nadie en el ejercicio de mi trabajo creativo.

Las chicas y yo salíamos juntas de vez en cuando, pero si bien nuestra convivencia en casa era buena, fuera las diferencias adquirirían un peso y una gravedad a veces inaguantables, al menos para mí. Ellas salían a pasárselo bien, a conocer gente, a disfrutar de la noche y a encontrar una divertida señal de lo civilizada que era nuestra ciudad en los atascos de Gran Vía a las tres de la madrugada del fin de semana. Yo las contemplaba, cada vez menos integrada, desde la distancia impuesta por mi infalible burbuja anti-social. Cuando llegábamos de madrugada y ellas se acostaban, me quedaba un rato en el sofá del salón, mirando por la ventana, arropada por la casa a oscuras, para contemplar con algo parecido a la ansiedad toda aquella vida que emergía ante mis ojos. Era como si estuviera esperando una revelación de origen divino que me explicara qué demonios hacía yo allí, qué pintaba, por qué el orden que gobernaba las vidas de todos los que me rodeaban me resultaba tan esquivo. Al mismo tiempo, resultaba embriagadora la visión de aquel pequeño desierto de luces, antenas y tejados recortados contra la noche oscura, a veces nublada y opaca, otras de fiesta con millones de diminutas estrellas. Podía oír los ruidos de la respiración pesada de Emma desde su habitación, los ecos de las voces de la pareja o el grupo de turno que atravesaba en ese momento nuestra calle Cervantes, los restos de la circulación de las calles anexas, algunas notas musicales de vez en cuando, que se colaban desde la taberna de Los Gatos, y era tan dulce, tan

sosegador... Entonces presentía que la solución a mi dilema, y el propio dilema en sí, estaba al alcance de la mano, a pocos centímetros de mis dedos, que si los estiraba un poco podría llegar a apresar la respuesta y, con ella, la pregunta... y, otra noche más, volvía a escaparse. La pregunta pertinente y la respuesta adecuada se disolvían en el aire, se transformaban en la misma anti-materia de los sueños exhalados por los millones de cabecitas que dormían en aquellos instantes.

Y volvía a sentirme sola.

Respecto al asunto del género masculino, nunca me había topado con alguien que despertara mi curiosidad. En la pizzería, la situación estaba bajo control, hasta que algún compañero revelaba algo más que no fuera mero interés cordial por su parte; entonces se me ponían los pelos de punta y comenzaba a desplegar mi elaborada lista de reparos y excusas a la propuesta de una cita. A veces de manera tan brusca, que me había ganado a pulso la fama de rara. No me molestaba. Además, siempre me hartaba el momento exacto de conocer a alguien nuevo y que, al soltarle mi nombre, arqueara las cejas sorprendido y me hiciera la misma pregunta:

—¿Perséfone? ¿De dónde has sacado ese nombre tan raro?

O la otra versión de la pregunta, igualmente extendida y, en consecuencia, aburrida:

—¿Perséfone? ¿No es la del Minotauro?

Y yo, sofocando un suspiro, me veía obligada por la cortesía social a contestar que no, que ésa era Ariadna, que Perséfone fue secuestrada por Hades y convertida en su esposa y... Qué aburrimiento.

Con mi trabajo como ilustradora, mi número de conocidos se redujo drásticamente, porque solía trabajar con los mismos clientes. Con uno de ellos, Max, tuve algo más que una relación meramente profesional. Max era el dueño de un pequeño bar de tapas del centro que me llamó para diseñarle algunas piezas sencillas. Estuvimos juntos cinco meses. Lo dejamos al final porque las motos no me interesaban lo suficiente y él no encontraba ningún aliciente en pasar sus horas libres encerrado en mi trastero. Sin embargo, continuamos siendo amigos y las veces que me pasaba por el bar, me invitaba a una cerveza.

Y así las cosas, me planté a principios de mayo, a casi un mes de mi cumpleaños. Tenía 22 años y las cosas interesantes de mi vida, a mi juicio, podían haber sido concentradas en cuarenta y ocho horas.

Aquella tarde de jueves estaba trabajando en el estudio. No había parado para comer y

los ojos comenzaban a picarme por el resplandor de la pantalla del ordenador, cuando sonó mi móvil. Era Mateo, mi hermano, llamando desde la casa de mi padre. Mateo había cumplido unos distendidos dieciséis años. Hablábamos prácticamente todas las semanas y, en alguna de las últimas conversaciones, algún comentario suyo lanzado al azar me había dado a entender que, detrás de su indecisión, se encontraba una chica. Cuando se lo pregunté, lo negó. Es decir, sin querer, me lo confirmó.

Por eso, cuando escuché su voz aquella tarde, creí que iba, por fin, a contarme algo más de su vida privada. Pero me equivoqué. Llamaba para darme la noticia de que la tía Antonia había muerto. La tía Antonia. La imagen que acudió a mi cabeza era la de una mujer que ya era vieja catorce años atrás. Tenía la piel tan quemada del sol y del mar que los pliegues de su cuello escondían arrugas blancas, como si fueran retales de otra piel. Pero era cariñosa, después de todo. Lo fue conmigo en especial cuando murió Helena, que era sobrina suya. A la pobre le costó llorar entonces y recuerdo unas manos callosas y artríticas. Le pregunté a Mateo de qué había muerto y él resopló. Pues de vieja, claro, me contestó. Claro.

Después de charlar un poco más con él, colgué e intenté reanudar el trabajo interrumpido. Pero entonces un pensamiento se me clavó en el cerebro, bloqueándome, y por más que lo intenté, no pude deshacerme de él. La muerte de la tía Antonia era el primer fallecimiento en mi entorno desde el de Helena. Seguro que en los casi veinte años que separaba una muerte de la otra habían ocurrido otros decesos en la familia, pero se trataría de noticias de parientes lejanos que no me habían llegado. Por otra parte, éramos una familia menuda: tanto Helena como mi padre no tenían hermanos, así que eso reducía mucho las probabilidades de recibir este tipo de noticias tristes.

No supe decir por qué, pero pensar en aquellos temas hizo que se me revolviera el estómago. Hacía mucho que el recuerdo de Helena no volvía tan punzante a mi cabeza como aquella tarde. Así que decidí dejar lo que estaba haciendo y bajar al piso. Apagué el ordenador, las dos lámparas de mi escritorio, salí del trastero y cerré con la pesada llave. Como siempre, se atascó y me costó esfuerzo hacerla girar. Y, como siempre también, me juré que en cuanto reuniera dinero cambiaría aquella vieja cerradura y aquella puerta por una blindada. No en vano, si alguien entraba a robar se podía llevar un aparato informático más que decente. Todos mis ahorros, vamos.

En el piso no había nadie. Luego recordé que Elisa tenía clase y Emma había quedado con alguien a quien había conocido a través de Facebook, así que me senté en el sofá y

encendí la tele. No recuerdo qué programas estaban emitiendo en ese momento, pero sí que ninguno de ellos me distrajo lo suficiente para apartar de mi cabeza a la pobre tía Antonia ni la avalancha de recuerdos que venían tras ella. Así que apagué el televisor, las luces y salí del piso. Había un sitio donde era imposible pensar mucho: el Blue Bay, el bar de Max, siempre con la música en conflicto con un nivel inteligible de entendimiento en una simple conversación.

Cuando salí del portal, me di cuenta de que lucía un precioso sol de mayo, aunque acabábamos de entrar en el mes. Esa semana había llovido todos los días y me vendría bien un poco de vitamina D. Después de un invierno sin contemplaciones, frío, duro y oscuro, a la menor señal de un rayo de sol, la gente salía a la calle como osos tras una hibernación. Todos buscábamos la cálida caricia de la luz en nuestros rostros. Así que caminé tranquilamente las pocas manzanas que me separaban del bar de Max.

Max tampoco había levantado grandes tormentas de arenisca en mi vida. Pasó y se fue, aunque no del todo, gracias al cielo. Reconozco que prefería tenerlo como amigo, pese a que algunas ligeras insinuaciones de su parte hacían levantar el vuelo a una o dos mariposas de mi estómago. Seguía siendo guapo, y él lo sabía, y eso intoxicaba algunas veces su espontaneidad, especialmente cuando estaba junto a alguna chica que le gustaba. No había querido atarse nunca con ninguna porque quería seguir volando indefinidamente de Campanilla en Campanilla. Yo fui un episodio más, pero sabía que, de todas sus ex novias, aunque me costaba denominarme así, yo era la única con la que mantenía el contacto.

Max heredó el nombre del bar cuando compró el local y le gustó. Nunca supimos de dónde había salido aquel nombre: el Blue Bay. El bar era un local muy pequeño, decorado eclécticamente, con grandes chapas de cerveza y otros ídolos locales y tenía una clientela fiel, que seguía acudiendo año tras año, moteros en su mayoría, como él, pero también otro tipo de gente. Como estaba localizado en una zona bastante céntrica, los fines de semana solía inundarse con la marea de grupos que iban a la deriva de bar en bar, y esos ratos eran los menos genuinos del local, pero a él le venían bien esas cuentas. Normalmente, entre semana, trabajaba con él un cocinero, un tipo grueso y silencioso, que asentía a casi todo y al que Max llamaba el Cocinero. El Cocinero se movía balanceándose de un lado a otro, aunque era difícil verlo caminar porque siempre estaba metido en la cocina, que tenía unas dimensiones liliputienses. Max también contaba con la camarera, Hermi, amiga de su hermana mayor. Los fines de semana, el personal se

incrementaba en, al menos, un par de personas de apoyo. Una de esas personas era Lucy, una chica de dieciocho años que llevaba sólo un par de meses trabajando con él y que últimamente había comenzado a ir entre semana, pese a que Max me había asegurado que no le había modificado las condiciones de contratación.

Entré en el Blue Bay, después de comprobar que la Triumph de Max estaba aparcada junto a la puerta. Abrí la puerta despacio y me asomé: vacío. Ni siquiera sonaba aún la música. De esa guisa, parecía otro local. Escuché voces procedentes de la cocina, cuya estrecha puerta daba al extremo más alejado del interior de la barra. Cerré cuidadosamente la puerta tras de mí, para no interrumpir la liturgia de un local desperezándose, y me dirigí hacia el fondo, para sortear la barra y acceder a la cocina. Pero en cuanto hube dado dos pasos, las voces fueron las que salieron de la cocina a mi encuentro. Primero apareció Max, mirando hacia atrás y esbozando su sonrisa favorita. Llevaba su camiseta negra, de mangas recortadas, con el emblema de un famoso club de Harley Davidson de Los Ángeles. En el hombro derecho, el que estaba al alcance de mi vista, lucía su tatuaje predilecto, el unicornio con las dos patas delanteras alzadas. En cuanto me vio, congeló la sonrisa un segundo pero enseguida recompuso el gesto.

—Hombre, qué grata visita.

Antes de que pudiera hablar, salieron dos personas más de la cocina; el segundo, que cerraba la comitiva, era el Cocinero, aún vestido de calle y sonriendo. Pero entre los dos, y me costó descubrirla porque Max sobrepasaba el metro ochenta y el Cocinero también, pero de contorno, salió una mujer. No debía medir más de un metro cincuenta de estatura, de rasgos asiáticos, y era la mujer más bonita que había visto en mi vida.

Sobre cualquier otro detalle, destacaban sus ojos, rasgados, de un inverosímil color violeta. Vestía un corto vestido rojo, cerrado al cuello y sobre el pecho un enorme colgante verde de algo que parecía, en la distancia, un dragón de jade. Un dragón chino de mentira en una muñeca de verdad. A lo mejor era al revés: un dragón ventrílocuo y su muñequita de porcelana.

Cuando ella me vio, transformó su risa en una sonrisa de anuncio y esperó a que Max nos presentara. Detalle formal que tardó un minuto en llegar, porque tanto él como el Cocinero estaban embobados con la chica. Mientras espabilaban del embrujo, la chica se subió a uno de los taburetes del bar, delicadamente, con una sofisticación que yo no lograría en toda mi vida aunque repitiera ese gesto mil veces al día. Carraspeé y por fin atraje la atención de Max.

–¡Perdón! Lila, te presento a Pers. Pers, ésta es Lila.

Los ojos de la chica se me clavaron de una forma tan perversa que retrocedí un paso, cohibida ante aquella forma de mirar. Luego parpadeó y volvió la magnética sonrisa de antes.

–¿Pers? Qué nombre tan curioso –dijo ella. Si alguna vez había leído acerca de voces cristalinas y líquidas como el agua de un arroyo, la voz de Lila era eso y mucho más.

Me disponía a decir algo banal sobre mi nombre, cuando se me adelantó Max, deseoso de agasajar a su invitada.

–Sí, Perséfone, en realidad. Pero el tuyo tampoco es muy común, Lila.

La forma babeante –o debería decir *borboteante*– en que Max pronunció su nombre hizo que me entraran ganas de abofetearle. En lugar de eso, me limité a hacer una mueca de disgusto, a sabiendas de que sólo me la vería la propia Lila, que seguía mirándome fijamente.

–Tu madre ¿se llamaba Deméter? –me preguntó con voz juguetona.

–No, simplemente Helena.

Lila asintió y eliminó cualquier rastro de sentido de humor de su rostro. Me miró de una forma bastante incómoda, con curiosidad, como si se hiciera el vacío a nuestro alrededor. No movió ni un músculo, apenas parpadeó, como si estuviéramos midiendo fuerzas para algún tipo de contienda que desconocía por completo. Se me antojó que, detrás de su bella fachada de muñequita, se escondía un animal listo para saltar. No sé, algo bastante desagradable.

Sin embargo, de pronto su expresión volvió a cambiar, adoptó una pose mucho más seductora y se giró hacia Max.

–Así pues, Max –pronunció su nombre con la misma carga de coqueteo con la que él había pronunciado el suyo momentos antes–, no hemos de temer que Hades rapte a la preciosa Perséfone, ¿verdad?

Max asintió, aunque apuesto a que no sabía de qué estaba hablando Lila. La Perséfone del mito clásico fue raptada por Hades, rey del Infierno, y su madre Deméter, que regulaba las cosechas en el mundo, la buscó y lloró su pérdida tanto que apiadó el corazón del mismísimo Zeus y éste le pidió a Hades que liberara a Perséfone. Max no era muy ducho en ningún tipo de mitología, excepto en la de dos ruedas.

De un salto tan ligero que no me hubiera sorprendido verla flotar en el aire durante unos segundos, Lila se bajó del taburete.

—Hasta otra, Max —dijo. Le agarró por la camiseta, obligándole a bajar la cabeza y le dio un beso en la mejilla. Luego se giró y le hizo un gesto de despedida con la mano al Cocinero, que descruzó los brazos para darle la réplica. Sin decir nada más, se dirigió hacia la salida. Cuando pasó a mi lado, se detuvo y puso su diminuta mano blanca y perfecta de juguete en mi brazo. Tenía la piel ligeramente fría.

—Encantada de conocerte, Perséfone.

—Todo el mundo me llama Pers —hablé con un tono un poco más agrio de lo que pretendía y en ese momento me di cuenta de que estaba molesta con la intensísima atracción que creaba aquella mujer. Pero mis palabras no alteraron el buen humor de Lila, que soltó una carcajada ante mi respuesta, aunque yo no era capaz de encontrarle la gracia por ninguna parte.

—No puedes enmascarar tu nombre, por muchos diminutivos que utilices. Nos veremos pronto.

Y antes de que pudiera contestar, Lila salió del bar. La luz blanca que entró a través de la puerta mientras ella salía mostró partículas de polvo volando caprichosamente en el aire del local.

El Cocinero y Max intercambiaron una mirada cómplice y el primero se metió en la cocina. Max se levantó del taburete y dio un sonoro palmetazo en la barra. Solía hacer eso cuando estaba de buen humor. Con un movimiento ágil, bordeó la barra y se situó detrás. Silbando, colocó su mp3 en el sistema de audio del local y buscó una grabación, el *Dummy* de Portishead. Enseguida, la suave voz de Beth Gibbons comenzó a sonar a través de los altavoces, entonando la melancólica melodía de «Roads». Max me miraba de hito en hito mientras colocaba pequeños vasos y grandes jarras bajo la barra.

—¿Dónde la has conocido? —pregunté, después de sentarme en uno de los altos taburetes, sin pensar lo patosa que parecería al lado de Lila.

—Aquí mismo, en la puerta del bar. Se me acercó mientras levantaba el cierre. Estaba buscando una calle —de pronto, recordó algo que le hizo mucha gracia—, precisamente *tu* calle.

—Y ¿por qué quería ir a mi calle? Allí no hay tiendas ni prácticamente locales. Sólo viviendas. A lo mejor busca una casa.

—Pers, las tías así no viven entre los mortales. Viven en mansiones y navegan en yate.

—Ya, claro. Tampoco entran en bares como el Blue Bay —Max hizo amago de tirarme un trapo blanco que se había colocado sobre el hombro—. ¿Qué tal, tú por aquí?

Se encogió de hombros.

—Igual. El vaso sigue medio lleno, así que no me quejo. Por cierto, le he dado tu teléfono a un amiguito que trabaja en un hotel en la costa, porque quieren cambiar el logotipo del hotel. Les mandé un par de cosas que guardo tuyas y al parecer les ha gustado. Te llamarán.

—Genial, te lo agradezco —le contesté con sinceridad. Me vendría bien algo más de trabajo y dinero. En poco más de un mes, celebraré mi cumpleaños, y, aunque no había decidido dónde, pensaba invitar a las chicas y a Max a cenar en algún sitio.

—A mandar —contestó bufonescamente Max y entró en la cocina. En ese momento se abrió la puerta del local y apareció Lucy, la camarera, con un vestido abreviado hasta la mínima expresión. No se molestó en ocultar su disgusto al verme allí.

—Eh... hola, Pers —me saludó con desgana.

—Hola Lucy. No sabía que trabajaras entre semana.

—Bueno, vengo a echarle una mano a Max, por si necesita ayuda.

—¿Es que ahora se llena el Blue Bay los jueves? ¿O crees que Max no se las puede apañar solito con dos o tres clientes simultáneos?

Lucy se detuvo en seco, apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha y puso los brazos en jarras. No podría decir si me lanzó una mirada desafiante o una bovina, pero era palpable que ambas habíamos decidido quitarnos la máscara de la civilizada y fingida cortesía. No me gustaba y yo a ella tampoco, seguramente por mi relación pretérita con Max.

Entonces salió Max de la cocina y se sorprendió al ver a Lucy.

—¿Qué haces aquí? Hoy es jueves —le dijo.

Sus palabras me supieron a gloria. Me hubiera girado para plantarle un beso en la cara. Sin embargo, la alegría me duró poco, porque a continuación Max le dijo a Lucy:

—Bueno, ya que estás aquí, bienvenida. ¿Podrías ponerle una cerveza a Pers, por favor? Voy a hablar con el Cocinero, a ver con qué tapas nos honrará hoy.

En cuanto desapareció Max, comprobé, por el gesto de triunfo de Lucy que por nada del mundo me quedaría para que *ella* me pusiera nada de beber.

—Max, me voy —le grité—. Luego hablamos.

—Vale —me contestó desde la cocina—. Da un beso a las chicas.

Cuando pasé junto a Lucy, que estaba comenzando a colocarse un ridículo delantal blanco, aún más corto que su falda, le susurré:

—¿Ves? Las besa a todas.

La chica me lanzó una mirada de puro fuego y aproveché el momento para salir del Blue Bay.

Juraría que, mientras me encaminaba a mi casa, había un descapotable azul, asomándose en una bocacalle, conducido por la muñequita de ojos violeta. Pero en cuanto entré en mi portal, ya me había olvidado de aquel asunto.

Aquella noche tuve el mismo sueño que aparecía y desaparecía de mi vida a intervalos irregulares. Había transcurrido al menos un par de años desde la última vez. Y era, cómo no, un sueño en el que aparecía mi madre, Helena, aunque no llegaba a verle el rostro en ningún momento, pero sabía que era ella. En el sueño, estábamos en la casa de mi infancia. Precisamente eso era lo que más me impactaba siempre: recordar la textura de aquella luz de mi infancia y el olor a jazmín y a naranjo en flor. Comenzaba el sueño teniendo ocho años. Entraba en la cocina, que tenía un amplio ventanal en forma de L y la veía de espaldas, cocinando concentrada, tarareando una canción. A través de la ventana se veía la superficie del mar, manchada con los destellos plateados que el sol ponía sobre sus olas. Quería decirle algo, pero entonces ella salía de la cocina sin siquiera mirarme. Yo la seguía al pasillo, la veía meterse en una habitación, luego en otra, en otra más. Mientras, la casa se había transformado en un complicado laberinto, lleno de pasillos quebrados, esquinas silenciosas y muchas puertas, algunas cerradas y otras abiertas. Comenzaba a perseguirla, cada vez más angustiada porque había algo muy importante que tenía que darle o decirle y no lograba alcanzarla. Siempre me despistaba en algún rincón de aquella casa que, de pronto, pasaba a tener paredes de piedra gris, granítica, oscura y fría. En ese punto del sueño, yo dejaba de ser aquella niña de ocho años para convertirme en la Perséfone adulta, aunque seguía persiguiendo a Helena. Por fin, la veía entrar en una habitación y cerrar la puerta tras ella. Sabía que esa habitación no tenía salida, así que me dirigía a ella con la tranquilidad de haberla alcanzado finalmente, abría la puerta y lo que encontraba era una fría y rotunda oscuridad. No podía ver nada y, por supuesto, no podía saber si Helena permanecía en la habitación o no. En ese momento, siempre puntual como un reloj, me despertaba. Ése era el sueño habitual. Sin embargo, aquella noche el sueño sufrió una variante. Como en las anteriores ocasiones, descubría a la Helena de mi niñez en la cocina, la perseguía porque necesitaba

hablar con ella y, por fin, la veía entrar en la última habitación. Abría la puerta y me encontraba con aquella tiniebla opresiva. Pero aquí fue donde el sueño dio un giro inesperado: percibí un movimiento al fondo de la habitación, más un rumor de roce de ropas que algo visual, como una mancha aún más negra que la oscuridad que la rodeaba. De pronto, aquel rumor se convertía en una silueta que salía del fondo de la oscuridad. Se dirigía hacia la puerta, cobrando nitidez a medida que se acercaba y, en cuanto la luz le dio de frente, descubrí que se trataba de un hombre, aunque de su rostro sólo pude ver unos ojos aguamarina que me miraban con serenidad. De pronto, el hombre alargó la mano y cerró la puerta de un golpe violento, dejándome sola en aquel pasillo oscuro que ya no era mío. Me desperté todavía con los ecos del portazo en mis oídos. Y con aquellos ojos de mirada increíble. La tuve clavada en mi retina durante varias horas. Me pregunté cómo sería la vida junto a alguien que te mirara con esa intensidad y ese abanico de sentimientos. Nunca he sido romántica y, de hecho, siempre he huido de esas manifestaciones sentimentales. Pero el sueño me dejó un rastro de sensaciones desconocidas... y agradables.

Dos días después, me llamó Max, sobreexcitado, para decirme que se iba a Nueva York con Lila.

—¿La recuerdas? —me preguntó—. La chica que conociste el otro día en mi bar.

—Claro que la recuerdo —cómo olvidar a alguien así.

—Vive en Nueva York y me ha invitado a ir con ella. Ya ha sacado los billetes de avión.

¿Qué te parece?

Hum... Recordé aquella frialdad en su mirada.

—Precipitado.

—¿Precipitado? —repitió, incrédulo.

—¿Qué sabes de ella?

—Lo necesario. Trabaja en la aerolínea con la que volamos, así que tiene facilidad para sacar billetes de avión. Tiene que regresar a Nueva York y me ha pedido que la acompañe. Estaré allí seis días y me vuelvo. Ya sé que no hablo inglés como tú, pero ella será mi intérprete. ¡Es perfecto!

—Siento disentir, pero yo no lo veo igual.

—Estás envejeciendo, Pers —dijo y colgó el teléfono.

Me quedé sentada en el sofá, recuperándome de sus palabras, especialmente de las últimas. Maldito síndrome de Peter Pan.

No volví a pensar en aquella conversación hasta que, apenas veinticuatro horas después, recibí otra llamada de Max en mi móvil.

–¿Qué haces? –me preguntó, con un tono juguetón apenas disimulado.

–Pues estoy trabajando. ¿Y tú?

–En casa, me queda un rato antes de ir a abrir el Blue Bay. Mmm... quería preguntarte algo.

Levanté la mirada del ordenador.

–¿Qué?

–¿Qué vas a hacer el miércoles de la semana que viene?

–Pues supongo que lo mismo que el miércoles pasado y el anterior. Trabajar. ¿Qué te pasa?

–¿Y el jueves? ¿Y el viernes? ¿Y el sábado? –paró un momento de hablar, como si acabara de recordar algo y luego continuó–. ¿Tienes el pasaporte en regla?

–¿De qué me estás hablando? O me das una contestación –le solté impaciente– o te cuelgo.

Oí cómo suspiraba al otro lado de la línea telefónica. No se escuchaba ningún ruido de fondo en su casa, ni televisión, ni música, ni nada. Eso era raro, porque lo primero que hacía Max al entrar en casa era encender la radio o el televisor. Sólo alteraba su norma cuando regresaba de madrugada un sábado o un viernes especialmente ajetreado. Decía entonces que le retumbaban los oídos del ruido del bar y necesitaba airearlos.

–Estoy esperando –le dije.

–Está bien. Lila no puede ir a Nueva York, le ha surgido un asunto urgente y tiene que ir a Praga. Pero como ya tenía los dos billetes de avión bloqueados, me ha dicho que me los guarda para que vaya con quien quiera llevarme. Y he pensado en ti. De nada.

Necesité procesar toda la información y, cuando lo conseguí, una avalancha de emociones diferentes me subió por la garganta. Había un manojo de nervios, otro de suspicacia y unas cuantas vocecitas diciéndome que no era buena idea viajar con un ex novio. Aparté este último pensamiento y me concentré en los demás.

–¿No ibas a alojarte en su casa?

–No. Me había buscado un hotel cercano. Y en cuanto ha sabido que no podía venir, ha tenido la amabilidad de modificar la reserva para pedir dos habitaciones.

–No sé si voy a poder pagarlo, Max...

–No hay nada que pagar.

Ah, no, por ahí sí que no iba a pasar. Me negaba a que Max me costeara mis vacaciones.

—Gracias, Max, pero no puedo permitir que...

—No lo he pagado yo —me interrumpió él—. Es una invitación de Lila.

Fruncí el ceño y Max siguió hablando como si me hubiera visto hacer el gesto:

—Es por su trabajo. Tiene un cupo de billetes de avión gratuitos al año y el hotel pertenece a su cadena, así de sencillo. Además, ahora necesito nueva intérprete.

—Pero... el miércoles que viene es muy pronto, no sé si me va a dar tiempo a prepararlo...

—Lo único de lo que tendrías que preocuparte es del pasaporte —dijo Max.

—No tengo problema por eso. Siempre tengo el DNI y el pasaporte actualizados.

—¿Por si tienes que abandonar precipitadamente el país? Pero, chica, ¿es que te dedicas a algo que no conozcamos?

—No, es por si un ex novio te sale diciendo que te vas con él a nosedónde en tres días.

—Chica precavida —contestó. Me di cuenta de que iba gustándole cada vez más la idea de que viajáramos los dos. Y lo mejor era que a mí también.

—Tengo sólo una pregunta —le dije—. Si no te llego a contestar, ¿qué habrías hecho?

Max pensó unos segundos la respuesta y me la lanzó a la cara como una tarta de merengue:

—Llamar a Lucy, claro.

—Nos vemos en Barajas —y colgué.

Sin embargo, las cosas no salieron así.

Los días siguientes reinó el caos en el piso. Como era de esperar, cuando se lo conté a las chicas, éstas se emocionaron, aunque no de igual forma. Elisa me dio un sincero abrazo y me preguntó si tenía una maleta buena para volar, a lo que contesté que no y ella me ofreció la suya, una Samsonite azul nueva de esquinas redondeadas. Insistió en que la llevara y acepté. Más tarde apareció con el número de teléfono de un primo suyo, Nico, establecido en Nueva York desde hacía varios años, para que le llamara ante cualquier problema.

A Emma, sin embargo, le costó un poco más alegrarse por mí, pero acabó haciéndolo igualmente. Sobre todo cuando me dio la lista de cosas —prendas de vestir, cosméticos, algunas tonterías— que quería que le comprara allí.

Max me llamó a menudo esos días, en parte para saber cómo llevaba los preparativos, y en parte para tantearnos a ambos acerca de si esto era una buena idea o no. Por mi parte, yo lo tenía claro: no pretendía extraer más consecuencias de este viaje que el propio viaje. No albergaba ninguna otra intención respecto a Max. Me parecía que él tampoco, pero ese inusitado interés despertó variadas sospechas. Decidí posponer una reflexión más profunda sobre el tema y una decisión consecuente hasta que me diera de bruces con el problema y no tuviera más remedio que enfrentarme a él, si es que éste llegaba a existir alguna vez.

Sin más complicaciones o alteraciones sobre lo previsto, nos plantamos todos en el martes anterior al viaje. Los billetes, me había contado Max, estaban previstos para un vuelo el miércoles a las 9:30 de la mañana, lo que, según sus cálculos, nos permitiría disfrutar de la ciudad aquella misma tarde, teniendo en cuenta la cantidad de horas que ganaríamos al sol en nuestro vuelo al oeste. Emma me propuso acompañarme a comprar alguna guía de viajes, pero Max me había dicho que él ya las tenía preparadas, junto al resto del equipaje. También me preguntó, el martes por la tarde, si tenía que meter alguna otra cosa en su equipaje, pregunta que no comprendí, y creo que mi silencio fue bastante clarificador para él. No volvió a mencionarlo.

Esa noche, después de cenar, estábamos las tres en el salón viendo una película en la tele, cuando sonó el teléfono. Descolgó Emma y me lo pasó. Siempre hacía lo mismo y lo odiaba.

—¿Sí? —pregunté, prolongando la i.

—¿Pers? —era Max, alterado, sobre un elevado ruido de fondo. Pero, además de todo aquello, había otra cosa en su voz, transparente como el cristal a la hora de translucir una emoción: dolor—. Oye, ha habido un problema.

Veinte minutos después había llegado hasta la mole del hospital de La Paz, un conjunto de edificios sanitarios que ocupaba lo mismo que una civilización completa, y que tenía además un auténtico sistema propio de reglas, mecanismos y protocolos de funcionamiento, una ciudad en miniatura repleta de miles de almas, algunas en tránsito, otras trabajando, todas con el objetivo común de intentar remediar en lo posible la agónica vulnerabilidad del ser humano, mortal hasta en la última de sus consecuencias. Tardé un rato en encontrar la sala que estaba buscando y, de hecho, en varias de mis vueltas me crucé con las mismas personas, igual de perdidas que yo. Me

pregunté, en un conato de pánico, si alguno de esos visitantes no llevaría aislado y perdido en la macrociudad sanitaria desde hacía décadas, una de esas leyendas urbanas que cuentan las peripecias de alguien que, tras años buscando la salida al complejo, decidía quedarse a vivir en él. Lo que sí era cierto era que en el tanatorio del hospital, en las cámaras frigoríficas, abundaban los cadáveres que no habían sido reclamados por nadie y estaban, por lo tanto, a la espera del pertinente trámite burocrático o jurídico que decidiera su último trayecto.

Cuando di con Max, éste estaba tumbado en una camilla de sábanas blancas, apoyada contra la pared verde en mitad de un pasillo en el que había otras camillas como la suya, todas ocupadas por enfermos de menor gravedad. El gesto de dolor constante había convertido su rostro en una mueca arrugada que le confería más edad de la que realmente tenía. La pernera izquierda de su vaquero estaba partida por la mitad, obra de un tijeretazo hábil y rápido, y dejaba al descubierto un tobillo deformado, grotesco en su hinchazón y de un insano color oscuro. Pero eso no era lo peor; por debajo del tobillo, el pie ocupaba cuatro veces su tamaño normal y presentaba un color negruzco. Tenía muy mala pinta.

Cuando Max me vio llegar por el pasillo, se levantó sobre sus codos. Intentó forzar una sonrisa de bienvenida, pero el simple movimiento de su torso lanzó cornadas de agudo dolor desde el pie, a través de la pierna, hasta la base de su cerebro, y en cuanto llegué a su altura se limitó a intentar contener las lágrimas. Nunca lo había visto así y me asusté.

—Por favor —hacía un considerable esfuerzo por llenar los pulmones del aire que le permitiera hablar—, busca a una enfermera para que me calme el dolor.

—Claro —dije y salí disparada. Antes de que hubiera podido parar a ninguna enfermera, vi que se había acercado un médico a Max y que blandía unas radiografías. Cuando llegué a su lado, le estaba dando el dictamen médico: rotura de metatarsianos. Le escayolarían enseguida. Max le pidió un analgésico para calmar el dolor y el médico le dijo que se lo llevarían a un box de urgencias para inyectarle el analgésico en vena. Después se despidió y se alejó por el pasillo. Unos momentos después apareció un celador para llevarse la camilla. A mí me indicó la salita de espera más cercana y me dijo que me avisarían.

Llegamos a su casa pasadas las tres de la madrugada. Max vivía en un ático a las afueras, un piso que casi parecía una prolongación del Blue Bay, en lo que a decoración

y fiestas se refería. Cuando entramos, Max llevaba una aparatosa escayola que le llegaba hasta la rodilla e iba apoyado en dos muletas que, enseguida, comenzaron a dejarle las palmas de las manos enrojecidas. Le acompañamos hasta el sofá y lo dejamos allí tumbado. Y digo «acompañamos» porque, mientras yo aguardaba en la sala de espera, apareció Lucy. Me pregunté, mosqueo aparte, cuándo la habría llamado Max y qué sentido tenía reunirnos a las dos allí. Pero no se podía decir que, entre la nube del analgésico que le habían inyectado y los vapores del dolor, Max pudiera razonar con claridad.

Lucy y yo le miramos mientras se acomodaba en el sofá. Una idea cruzó mi cabeza y se asentó como un Buda pesado: y ahora ¿qué? Por la expresión de Lucy, creo que ella también se lo estaba preguntando. Se había cruzado de brazos, señal inequívoca de que su cerebro estaba produciendo la reacción química necesaria para crear pensamientos. En ese momento, Max levantó la cabeza y nos vio. Inspiró profundamente y le pidió a Lucy que le trajera un bitter. Ella intentó protestar, aduciendo que lo que necesitaba era dormir, pero Max insistió. Así que Lucy se encaminó dócilmente hacia la cocina, mientras Max me hacía un gesto con la mano para que me acercara y me sentara junto a él en el sofá.

—Me parece —hablaba en un susurro— que el viaje se ha acabado...

Asentí. Me había ido despidiendo del viaje desde que colgué a Max, en mi casa, varias horas atrás. A esa altura de la noche, el cansancio mezclado con el susto y el torrente de percepciones que había supuesto para mí La Paz, habían hecho que aceptara la idea de que no viajaríamos a Nueva York. Tal y como había llegado, se había esfumado. Como un sueño, pensaba: inverosímil y fugaz. Por eso tardé en comprender lo que Max añadió para completar su frase:

—...al menos para mí. Pero no para ti.

—¿Qué?

—Escucha —hizo un esfuerzo para acomodarse en el sofá, de forma que se colocó más cerca de mi cara—, los bitter están en un mueble de mi cocina de difícil acceso, pero Lucy puede volver en cualquier momento. Y supongo que preferirás que te dé tu billete y el localizador del hotel para irte tú sola, en lugar de que me escuche hablar y monte una escena. ¿O no? Porque ni pensar que te vayas a quedar en Madrid sólo porque yo me haya partido un pie.

El esfuerzo de enlazar tantas palabras seguidas lo dejó exhausto. Me miró un momento más, con las cejas enarcadas, y luego me señaló la librería que tenía a los pies del sofá.

El mueble tenía unas puertas en la base que Max utilizaba de archivador para sus papeles. Pensé que quería aclarar este asunto antes de que regresara Lucy de la cocina, tal y como había dicho Max. Abrí las puertas de la librería, rebusqué por encima y enseguida di con un estuche de nylon oscuro, con el logotipo impreso de una conocida agencia de viajes. Lo saqué, le pregunté con una señal a Max si aquello contenía los papeles del viaje y él asintió. Luego regresé a su lado y se lo tendí. Él abrió la cremallera, extrajo todos los papeles y me tendió el localizador de mi billete de avión y el del hotel. Cogerlos y ver mi nombre impreso en ambas hojas hizo que una oleada de nerviosismo me invadiera. Pero había un aspecto que no podía pasar por alto:

—Y ¿quién te va a cuidar? Es evidente que no te puedes manejar solo, al menos los primeros días, ¿eh?

En ese momento vino de la cocina el clic de una lata abriéndose y el inconfundible sonido de un refresco burbujeante vertido en un vaso. Un segundo después apareció Lucy con una jarra de cerveza en la mano. Al mismo tiempo, Max deslizó su mano izquierda entre el respaldo del sofá y el cojín y ocultó allí sus papeles del viaje. Me miró y me dijo:

—Ya has visto quién. Cuídate. Pásatelo muy bien, pequeña.

Antes de que Lucy pudiera echar un vistazo a lo que tenía en mis manos, guardé el estuche en mi mochila, me incliné hacia Max, le di un beso en la mejilla y le susurré «gracias» al oído. Cuando me levanté, Max sonreía.

Lucy dijo:

—Como no he encontrado los refrescos, te he puesto una cerveza.

Max encogió los hombros y dijo:

—Qué más da. Gracias.

Me miró y me dijo adiós con la mano. Yo le contesté ya desde la puerta de su piso y salí, cerrándola con cuidado.

Y, de la misma forma que anticipas la presencia del cercano mar a través de la brisa que te lleva su olor, presentí que algo estaba en pleno proceso de cambio, que mi vida acababa de abandonar el camino que había seguido hasta ahora y había tomado una salida, aunque me hubiera perdido las señales de hacia dónde iba a dirigirme. Por supuesto, todo esto no debía de ser más que los nervios ante el inicio del viaje. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si realmente se hubiera encendido la luz verde de mi semáforo?

Cuando entré en mi habitación aquella noche, el despertador de mi mesilla, que proyectaba la hora sobre el techo –regalo de Emma–, me escupió que eran las cuatro y cuarto. Tenía que estar en el aeropuerto a las siete y media, como muy tarde, y todavía no había hecho la maleta. Eso me dejaba, como mucho, dos horas para dormir. Decidí que dormiría en el vuelo y me puse a preparar el equipaje. Acabé una hora después, llamé a un taxi para que me recogiera a las seis y media –no sabía cómo estaría el tráfico a aquellas horas– y me senté, vestida, con el estuche de la agencia de viajes en la mochila y ésta colgada de mi hombro, en el sofá, para hacer tiempo mientras sonaba el telefonillo que me anunciara que había llegado el taxista. Eché la cabeza hacia atrás... y di una breve cabezada, antes de que el pitido agudo del telefonillo me sobresaltara. El mismo ruido despertó a Elisa y a Emma, que salieron de sus respectivos cuartos, en pijama y dormidas, a despedirse de mí. Elisa me preguntó si llevaba el número de su primo Nico y ambas lo comprobamos. Nos dimos un fuerte abrazo y dos besos. Con Emma también, pero sus ojos no brillaban igual.

Después de que el taxista cargara la maleta en su coche, cuando ya habíamos abandonado mi barrio y circulábamos por el Paseo de la Castellana, recordé que en esa breve cabezada había tenido tiempo de soñar algo parecido a una pesadilla, de la que sólo recordaba una vaga sensación de pérdida, como si algo se me escurriera de entre los dedos y supiera que nunca lo podría recuperar. Me olvidé del asunto y contemplé por la ventanilla la ciudad que se estaba levantando. El aire olía aún a noche y los ruidos que circulaban por las calles todavía eran somnolientos. Al este, hacia donde nos dirigíamos, el cielo no estaba tan negro, tan sólo azul oscuro. El amanecer vendría pronto y, con él, la ciudad completa dejaría de ser una sombra para convertirse en puro movimiento y luz.

NUEVA YORK

El avión aterrizó, descendiendo entre las nubes, en el Liberty Airport de Newark, en Nueva Jersey, según lo previsto. Dos horas y media después, mi taxi se detenía en Madison Avenue, junto a la verja metálica de un espacioso patio privado, que daba acceso a un precioso edificio de piedra en forma de rectángulo abierto por un lado y que no era otra cosa que mi lujoso hotel, el lugar en el que residiría durante los próximos y maravillosos días. No estaba preparada para aquel despliegue, Max no me había anticipado nada de la clase de hotel al que iríamos, sin duda porque esperaba sorprenderme a pie de calle. Fue pensar en el ausente Max y sentir una punzada de dolor.

Durante todo el proceso de registrarme en el hotel, acceder a uno de los ocho ascensores que me subiría a mi planta y salir en mi piso, el 25, apenas pude cerrar la boca. El lujo que me rodeaba, los paneles de madera que forraban el interior del ascensor, su placa dorada estilo Art-decó con los pulsadores para los pisos, la librea del hombre que llevaba la maleta, todo aquello me empequeñecía, como si desde que atravesara el lobby del hotel los clientes y trabajadores me señalaran con el dedo, riendo entre dientes. Tuve que recordarme que esta oportunidad no la volvería a tener en la vida y que era muy afortunada. Así que mi sentido común se impuso a mis complejos sociales y recuperé el buen humor.

En cuanto salimos del vestíbulo de los ascensores, el botones que llevaba mi maleta se dirigió a la izquierda del pasillo alfombrado. Pasamos junto a otra chica que se encontraba en idéntica situación a la mía: otro botones del hotel estaba abriendo la puerta de su habitación. Teníamos habitaciones contiguas. Me fijé en que las maletas de las dos eran modelos casi iguales y me hizo mucha gracia. ¿Qué más cosas tendríamos en común aquella chica y yo? Lo supe enseguida, cuando el botones que abría mi puerta, un joven mexicano, dijo en voz lo suficientemente alta como para que la otra chica lo escuchara:

—Se nota cuál es el modelo de maleta más vendido en España.

Entonces nos miramos las dos:

—¿Eres española? —me preguntó.

Por toda respuesta, me eché a reír y ella se unió a mi carcajada enseguida. Dio dos pasos hacia mí y me plantó dos besos en las mejillas.

—Hola. Me llamo Oliva, soy de Mallorca, aunque ahora vivo en Valencia con mi novio. Soy fotógrafa y he venido con miles de rollos para sacar fotos de esta ciudad. Tengo relación con un pequeño centro cultural que estaría dispuesto a exponer mi trabajo, así que he aprovechado la oportunidad y me he venido. ¿Y tú?

Tras el torrente de información sobre su vida, me presenté mientras la observaba: era pelirroja, con una escandalosa melena de rizos que le llegaba hasta la mitad de la espalda y una pálida piel de porcelana. Toda su cara sonreía al hablar: su voz, sus ojos. Era, claramente, una de esas personas que te inspiran simpatía nada más conocerlas.

Entonces me di cuenta de que ambos botones habían abierto las puertas de nuestras respectivas habitaciones, metido cada maleta en la suya y esperaban, educadamente, a que dejáramos de hablar para enseñarnos la habitación. Me giré hacia Oliva:

—Bueno, supongo que nos veremos a menudo. Podemos ir a algún sitio juntas, ¿te parece?

—Sí, genial. Hasta luego.

Nos despedimos y entré en mi cuarto. El botones que me precedía se apartó inmediatamente de una manera un tanto teatral para dejarme pasar: justo frente a la puerta, al fondo de la habitación, se desplegaba el inmenso ventanal horizontal; alguien del servicio, preparando esa mañana la habitación y con las consignas bien aprendidas, había dejado las cortinas abiertas, para que cuando yo entrara, horas después, Nueva York se desplegara ante mis ojos con la vaporosa consistencia de un mito. La extraordinaria vista que se mostraba llegaba a doler, de fascinante que resultaba, como si, tras caminar un largo trecho a oscuras llegas de pronto al exterior y la luz del sol te ciega y te acaricia la cara. Desde aquella habitación en el piso 25 del hotel se podía ver a lo lejos el Hudson River, una estrecha franja de color plateado con vetas doradas, justo al final de la calle 50. También podía ver desde el alféizar de mi ventana los anacrónicos pináculos de la catedral de Saint Patrick, que no estaba en absoluto asediada por los edificios circundantes, sino más bien parecía que éstos la respetaban con ceremonia y boato. ¿Soñarán los rascacielos de Nueva York con ser catedrales góticas?

Cuando salí del hotel, después de instalarme en la habitación, miré a ambos lados de la calle para decidir por dónde empezar. Tiré hacia la derecha, mientras me subía un cosquilleo desde los tobillos hasta las sienes, puro nerviosismo. En mis oídos resonaban los ecos de «Birthday» de los Beatles, que había ido oyendo en el vuelo en mi mp3, con su contagioso ritmo y parecía que la ciudad transpirara música palpitante y conmovedora al mismo tiempo. Estaba allí, respirando su aire, mirando sus edificios y contemplando las caras de las numerosas personas con las que me cruzaba, todas atareadas, caminando deprisa, con maletines, con cajitas de plástico transparente de las que comían trozos de fruta, o con vasos de café. Los ruidos de la calle, el tráfico, los retazos de conversación que me envolvían un segundo antes de desaparecer, todo era emocionante, nuevo, vibrante, hubiera podido volar de lo intensas que eran las emociones que me invadían. Cuando un hombre embutido en un traje azul oscuro me miró desconfiado, me di cuenta de que iba sonriendo como una tonta. Me daba igual. Todo era perfecto. ¡Perfecto!

Aprendí enseguida que así era esta ciudad: teatral hasta en los pequeños gestos cotidianos. Nueva York es hiperbólica y ha sido diseñada para que hablen de ella. Hay tantas ventanas, en cada uno de los cientos de pisos de cada uno de los miles de rascacielos, y detrás de cada una de esas ventanas se desarrolla una vida humana: alguien mira una pantalla de ordenador, alguien llora, alguien grita, otro mira por la ventana al sur, hacia Brooklyn, alguien riega una planta que sueña con el sol, otros cientos de miles hablan por teléfono a la vez. El tráfico que bajaba por la calle 50 hacia la avenida Madison, donde se encuentra el hotel, era prácticamente amarillo. El neón rojo rosado del Radio City Music Hall estaba encendido y era, cómo no, vertical, como si trepara por la pared. Todo estaba en constante movimiento, con un latido ininterrumpido y animal; esperaba que, de un momento a otro, en cuanto cayera la noche, los rascacielos recogieran cuidadosamente sus faldas de acero y cristal y salieran de puntillas de la isla, para descansar, por ejemplo, en el inmenso bosque verde brillante que era Nueva Jersey. Allí, tumbados en medio de los bosques, podrían dormir sin llamar la atención. Al siguiente amanecer, plof, un pequeño saltito sobre el Hudson y cada uno a su sitio. Entonces asistirían a un nuevo despliegue escénico de personajes por sus calles, porque la masa de viandantes también cambiaba, se metamorfoseaba con las horas del día y el día de la semana; no se ve el mismo color de ropa el lunes a las siete y media de la mañana que doce horas después, y no digamos ya el sábado por la noche.

El atardecer continuaba su marcha. Ahora el Hudson era frío, en contraste con el

rabioso rojo del cielo y las corrientes de luces que veía bajar por la 50. Algunos edificios habían encendido su iluminación exterior; la mayoría de estos rascacielos están contruidos de forma escalonada, es decir, aproximadamente cada veintena de pisos hay una terraza, de manera que van adelgazando a medida que se acercan al cielo. Esto hace que las luces proyecten sombras, lo que no deja de tener su lado tétrico, aunque también enormemente romántico.

Pero esta ciudad que había visto desde pequeña en la televisión o en películas de cine, acerca de la que había leído miles de veces, de la que cualquiera conocía su fisonomía, su geografía, sus onomásticas, que pertenecían tanto o más a tu vida como la pescadería de tu barrio, no era fácil de atravesar. Como si, aun paseando por sus calles, hablando su idioma de compras y fórmulas de saludo, hubiera un cristal que te separara de ella, que la alejara, impenetrable, una fina membrana impermeable, tal vez por lo utópicas que son sus imágenes asediantes.

Sin darme cuenta de que caminaba por la mítica Quinta Avenida, de pronto desemboqué ante Central Park y, aunque desde ese costado no se podía apreciar toda su magnitud, me sentí profundamente emocionada por la llamarada verde que se desataba frente a mis ojos, como si los altísimos edificios apenas pudieran contener la expansión de aquel oasis gigante. Rodeé The Pond, demasiado bonito, y continué por East Drive. Me senté en un banco en The Mall a contemplar o intentar archivar en mi memoria todo lo que estaba percibiendo a mi alrededor. Así pasé mi primera tarde en Nueva York, hasta que el tono anaranjado del cielo hizo revolotear alrededor de mis brazos una brisa fría y me entró sueño. De regreso en el hotel, llamé a Nico, el primo de Elisa, después de mandar un mensaje a las chicas, diciéndoles que había llegado bien. Después de dos tonos de llamada, descolgó, en inglés, una chica. Por un momento, pensé que había confundido el número, pero en cuanto pregunté por Nico, la chica me pidió, ahora en castellano, un segundo de espera y luego contestó una voz de chico. Era él. Se mostró agradable desde el primer segundo. Me contó que Elisa le había mandado varios emails pidiéndole que me cuidara y que se disponía a cumplir el mandato familiar. Me dijo que habían quedado unos cuantos amigos al día siguiente para ir a un concierto de jazz, al que estaba invitada, por supuesto. No sé nada de jazz, le contesté. Da igual, te gustará. Era en una sala de conciertos pequeña y muy céntrica, no tendría problema alguno en encontrarla, me aseguró Nico. De todas formas, si yo quería, él podía ir a recogerme al

hotel. Le dije que no hacía falta, que nos veríamos allí y quedamos a las ocho y media en la puerta del local. Nos despedimos y colgamos. Me acosté, agotada, nada más colgar.

Durante el día siguiente, jueves, que inicié, gracias al jet lag, a las cinco y cuarto de la madrugada, hice el peregrinaje santo por los hitos del perfecto turista que llega a Nueva York. El Puente de Brooklyn caminando, el ferry a Staten Island para pasar cerca de la Estatua de la Libertad, subir por Broadway desde el distrito financiero, detenerme en el Empire State Building, reconocer en todos los turistas las caras, los gestos, las ropas, las zapatillas, las cámaras en mano.

El único momento desagradable, en medio de la inmensa felicidad que sentía por mi libertad y por el paisaje, ocurrió cuando, tras adquirir mi entrada para el observatorio de la planta 87 del Empire State Building, descubrí que los visitantes pasábamos delante de un gigantesco panel que reproducía las vistas de Manhattan desde el observatorio, con el objetivo de que te sacaran una foto de recuerdo. Todo el mundo se detenía, en parejas o en grupos, sonreía a la cámara y se dejaba fotografiar. Yo era la única que iba sola y no quise detenerme. Allí arriba, tras las inmensas rejas, rodeando el perímetro del edificio, con todos los edificios de la isla expuestos a la vista, tuve que ahogar un repentino impulso de llorar. Luego me enfadé conmigo misma, cómo era posible que un simple segundo me hubiera afectado, con todo lo que tenía por delante. Enseguida me rehice, saqué algunas fotos –con la cámara prestada de Elisa– y bajé a la calle.

Aquel día, ya atardecido, de regreso al hotel, atravesé Times Square. Allí me quedé clavada sobre mis pies, fascinada por lo que veía. Me pregunté si el verdadero sentido de ese enjambre de avispas enloquecidas de luz y sonido era el de recordarnos lo mortales que somos todos; por qué te hace sentir tan invisible, tan minúsculo ese pequeño grano de arena que supone la plaza en el gran reloj de la vida y sus millones de vatios en marcha, sus millones de mirones, sus millones de segundos de vida convertidos en pequeñas chispas que revoloteaban hacia el cielo antes de desaparecer. En cualquier caso, pensé que era un lugar divertido y me levantó el ánimo. Así que fui por la acera del Planet Hollywood, atravesando la gruesa marea de turistas, entré en una tienda donde compré para las chicas unos coloridos llaveros y decidí regresar al hotel, para ducharme y cambiarme de ropa antes de acudir a la sala del concierto de jazz, donde había quedado con Nico. Sin embargo, a lo que en realidad iba era a vivir uno de los momentos más atormentados y angustiosos de mi vida hasta entonces, aunque, por supuesto, nada hacía presagiarlo.

Nada más desembocar en Madison desde la calle 50 comprendí que algo ocurría en el hotel: la estrecha acera que separaba el asfalto de la verja que daba acceso al patio privado del hotel se había convertido en un auténtico escenario, con numerosos focos gigantes alumbrando la entrada y el interior del patio. Grandes coches se detenían junto a la entrada para vomitar más y más gente y ese protocolo de acceso a lo que fuera que se estaba cocinando allí había complicado muchísimo la circulación en la avenida. Sin embargo, pocos conductores pitaban; me daba la sensación de que estaban acostumbrados a circular por un constante escenario de rodajes y más bien ralentizaban su marcha al pasar junto a aquel punto para descubrir alguna cara famosa. Desde luego, sería complicado distinguir a nadie entre la muchedumbre que se había agolpado a ambos extremos de la acera acotada, además de la intensa circulación de hombres y mujeres hacia el interior del patio.

Yo podía acceder al interior del hotel por cualquiera de sus dos entradas laterales, una en la calle 50 y otra en la 51 —el hotel ocupaba casi una manzana completa—, pero decidí echar un vistazo antes de hacerlo. El patio se había convertido, lo vi a través del enrejado, en una multitudinaria fiesta llena de lucecitas, mesas altas redondas cubiertas de blanco y numerosos camareros paseando entre los asistentes. A un lado del patio habían colocado un panel gigantesco que reproducía millones de veces el logotipo de una conocida marca de champán. Eso explicaba la existencia, casi en mitad del patio, de un espectacular mecanismo que reproducía una cascada de champán: sobre una mesa cuadrada de por lo menos tres metros de ancho, se levantaba una especie de fuente de otros tres metros de alto, de cuya cúspide manaba un chorro continuo de líquido burbujeante y dorado. Alrededor de dicha fuente se habían colocado diversas plataformas redondas en estructura piramidal. Cada una de esas plataformas, que era más grande que la de encima, estaba cubierta por copas de cóctel, perfectamente alineadas unas junto a otras. El champán que emergía de la fuente caía sobre un primer nivel de copas de cóctel, que, desbordadas, dejaban a su vez caer la preciada bebida hacia el segundo anillo de copas y éstas, a su vez, perpetuaban el ciclo. Desde mi posición, en la acera, podía contar hasta trece niveles de copas de champán. El último de todos ocupaba toda la superficie de la mesa. Muchos invitados se acercaban a contemplar la pirámide, adecuadamente iluminada desde diversos ángulos. Era un despliegue de luces, personajes, lujo y movimiento que aturdí.

La muchedumbre comenzó a empujarme por la espalda, en un intento de acercarse

más al acceso de los invitados, así que decidí retirarme de allí. Rodeé la verja y me dirigí a la entrada de la calle 50. En aquella entrada lateral, aunque igualmente lujosa, una espectacular mujer solicitaba a los huéspedes que le mostraran la llave de su habitación, para evitar que se colaran curiosos en la fiesta. Era medio metro más alta que yo y estaba metida en un ceñido vestido rojo, del mismo color que sus labios. Con una suave voz, me preguntó si estaba alojada en el hotel, a lo que contesté sacando la llave magnética, similar a una tarjeta de crédito. Sin variar un ápice su sonrisa, me dio las gracias y dedicó su atención a una pareja que tenía detrás de mí.

Una vez dentro del vestíbulo, tomé la errónea decisión de asomarme al patio para volver a ver aquella pirámide. Sin ningún problema, accedí a la fiesta y me coloqué junto a la estructura de la fuente de champán, a la que, por cierto, nadie prestaba atención. Mientras estaba contemplando aquella instalación, un camarero me preguntó si quería tomar algo. No, gracias, contesté, el champán nunca me ha sentado bien. Se me sube a la cabeza enseguida. El camarero, un chico de mi edad, puso cara de circunstancias y se alejó, sin contestarme nada.

Entonces me giré para contemplar el panorama de aquella fiesta publicitaria. Mujeres altísimas, vestidas de largo y con el pelo recogido sobre la nuca, dejando al descubierto perfectos cuellos y abultados broches de collares que presumía valiosísimos. Entre los hombres, todos trajeados en esmoquin negro, había algo más de variedad: los podía ver altos y guapos, llevando del brazo hermosas mujeres, o menos perfectos, conversando entre sí y soltando, de vez en cuando, sonoras carcajadas que hacían presagiar algún acuerdo de negocios. Era divertido, fascinante e hipnótico contemplar el espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos. Por supuesto, todos pasaban junto a mí sin echarme siquiera una mirada; me hacían falta unos veinte centímetros para poner mi nariz a la altura de sus caras. A un lado del patio, una breve tarima sostenía un cuarteto de cuerda, pero la suave melodía que interpretaban se perdía entre los murmullos, las risas, las voces estridentes, los coches, los sonoros tacones sobre el pavimento... me pregunté si sería tan frustrante tocar ante un público que no te prestaba atención, como se empeñaban los músicos en disimular.

Entonces lo vi. Era demoledoramente guapo. Su espectacular belleza no se limitaba a su rostro, a su porte, al movimiento de sus manos, a sus muñecas o a su sonrisa; ni siquiera al conjunto de todo aquello que podría hacer atractivo a un ser humano y que se daba cita en él. Era, además, algo intangible, algo que no pude comprender hasta mucho

más tarde, pero que, sin embargo, pude percibir desde el primer instante en que puse mis ojos sobre él. Emitía un aura brillante que tocaba todo cuanto le rodeaba y lo envolvía en una luz blanca. Hacía algo más que conceptualizar la belleza: le daba sentido y espiritualidad.

Y supe que exactamente en el último segundo de mi vida, antes de expirar, aquella sería la imagen que me llevaría impresa en el cerebro a la tumba. Supe con total certeza que, por muy larga y fructífera que fuera mi existencia, por muchas experiencias, encuentros y desencuentros ricos en imágenes que viviese, aquel segundo, aquella visión sería la única, la última que recordaría.

Siempre he pensado que no existe la perfección en ninguna esfera ni ámbito posible. Y él no era perfecto, porque era demasiado guapo. Debía rondar los 28 años y era alto, con la altura perfecta para, a la hora de besar a una chica, inclinar el cuerpo hacia delante. Tenía una barbilla triangular que enmarcaba la boca más bonita del planeta y la nariz recta. Pensé que sólo los ángeles debían de tener ese aspecto, mientras una ola de puro fuego me abrasaba la nuca y los hombros y me recordaba que tenía que seguir respirando.

Estaba hablando en un círculo concurrido y atraía toda la atención porque de vez en cuando hacía reír a sus contertulios, todas atractivas mujeres, que estallaban en carcajadas de diverso pelaje. Estaba mirándole fijamente cuando un movimiento detrás de él captó mi atención: un hombrecillo pequeño, trajeado, que se movía nerviosamente, me estaba señalando mientras hablaba con otro, tres veces el volumen del anterior. El gigante, que tenía las manos entrelazadas, me localizó entre el público y asintió al hombre pequeñito justo antes de echar a andar hacia mí. Sabía lo que vendría a continuación, así que decidí facilitar las cosas e irme de allí.

O intenté facilitarlas.

Di un paso hacia atrás, justo en el preciso momento en que también reculaba un camarero de chaquetilla blanca y pajarita negra. Los dos coincidimos en el mismo punto del espacio y en el mismo breve segundo de la infinita correa del tiempo, con el simple efecto de un choque. Pero con diferentes consecuencias: él estuvo a punto de caer a mi derecha, y en el último instante recuperó el equilibrio sin que ninguna de las copas vacías de su bandeja saliera por los aires. Yo, en cambio, trastabillé hacia atrás, di un par de pequeños pasos cómicos, con aspavientos de mis brazos y, medio segundo después, colisioné contra la gigantesca, carísima, llamativa, laboriosa y frágil pirámide de copas de

champán. No fue exactamente contra ninguna copa, pero el resultado fue el mismo: caí de costado sobre el perfil de la mesa que sostenía todo el montaje y, aunque soy de constitución ligera, mi peso se apoyó por completo en aquella parte del tablero, de tal forma que generó una enorme oleada de vibración, primero, y oscilación, después, que se contagió a todas las copas, haciendo que las del primer círculo se inclinasen y cayeran. El resto de los anillos de copas siguió al primero y se abalanzó como un alud de nieve... sobre mí. Unos segundos después, la totalidad de la pirámide de copas de champán había desaparecido.

Cuando el estrépito de cristales rotos y otros sonidos metálicos que no identifiqué, además del sonido de líquido en mis orejas, cesó, percibí el silencio que se había instalado. Entonces abrí los ojos y la primera cara que vi fue la del hombre bajito que, segundos antes, me había estado señalando. Era indescriptible la furia que paralizaba su rostro, convirtiéndolo en una mueca obscena de odio y terror, con los ojos lanzándome rayos de ira divina. Una rápida ojeada a mi alrededor me descubrió lo que podía imaginarme: los cientos de caras que me estaban mirando en ese exacto momento, las manos detenidas en el aire o sujetando su copa de champán a medio camino de sus bocas; algunas de ellas ya dibujando una sonrisa cruel en sus rostros; otras con una auténtica expresión compungida y horrorizada al verme allí, sobre aquel montón de cristales rotos y totalmente bañada en champán.

Por fortuna, mi cabeza, normalmente menos eficaz en otras situaciones complejas, me indicó que tenía que salir de allí a la velocidad de la luz. Lo hice y desaparecí rápidamente entre la gente. Los más alejados de la mesa y, por tanto, más próximos a la entrada del edificio, ya habían reanudado sus conversaciones y apenas me miraron cuando me deslicé como un mal sueño entre ellos.

Fue tan rápida mi acción evasiva que no pude contemplar lo único que habría aliviado aquel momento y que, enseguida, daría por completo sentido a mi vida: el hermosísimo hombre que me había hipnotizado asistió perplejo a mi accidente y posterior huida. No lo vi porque había entrado ya en uno de los ascensores y volaba hacia la seguridad de mi planta 25.

Una hora después, que incluyó un prolongado baño de agua caliente envuelta en vapores de sales minerales, cortesía del hotel, una posterior ducha casi fría y un rato de contemplación de mi rostro en el ancho espejo del espacioso cuarto de baño, rastreando

huellas del llanto que me había asolado cuando entraba en la habitación, estaba preparada para ir a mi cita con Nico, el primo de Elisa.

Me puse unos vaqueros y mi suéter favorito, azul índigo, me recogí el pelo en una coleta y me dirigí hacia la dirección que había apuntado, Broadway con la 51, donde se encontraba el Iridium Jazz Club.

Salí por la puerta de la calle 51, por supuesto, mirando al suelo y apretando con fuerza mi mochila. Con cada paso que daba alejándome del hotel, los recuerdos de la pirámide de champán se volvían más asépticos y menos dolorosos, como si hubiera sido una vieja pesadilla.

Enseguida llegué al club de jazz. La fachada del local era angosta, pasaba casi desapercibida; recuerdo que aquello fue un poco decepcionante porque, en la ciudad de los gigantes, esperaba un anfiteatro colosal, no un pequeño local de aires europeos. Justo delante de la puerta, un pequeño grupo formado por dos chicos y una chica, hablaban animadamente entre ellos. Uno de los chicos, que cogía por la cintura a la chica, consultó su reloj y luego miró a su alrededor. Cuando me vio acercarme, dudó un momento. Fui yo quien le preguntó, en español, si era Nico. Enseguida, Nico sonrió, me dio dos besos y me presentó a su novia, Marcia, y a un amigo de ambos, Robert. Nico tenía aspecto de chico sano, alto, de hombros firmes y pelo castaño, correctamente cortado. Si acaso, algo soso. Pero tenía una sonrisa tranquila. Casi tan alta como su novio, Marcia tenía ojos de un azul acuoso. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y las largas uñas perfectamente pintadas de rojo pin-up. Robert era el que tenía más edad de todos nosotros, debía de haber rebasado los treinta. Comenzaba a perder pelo y lucía unas gruesas gafas detrás de las que se adivinaban ojos azules. A simple vista, parecían simpáticos.

—El resto está ya abajo. Vamos. ¿No te importa que hablemos en inglés a partir de ahora?

Le dije que no había problema por mi parte. Entramos los cuatro en el reducido vestíbulo del local donde un chico joven, con una gruesa barba y un bonito sombrero color canela, recogió mi dinero de la entrada y me dio a cambio un ticket. Luego me indicó unas escaleras por las que ellos tres ya habían comenzado a bajar, hacia la sala de conciertos. Allí, a la derecha, se abría, tímido, el escenario, demasiado pequeño para el batiburrillo de instrumentos, micrófonos y cables que tenía encima. Partiendo en perpendicular del escenario, nacían cuatro filas de mesas corridas y sus correspondientes

sillas, que llegaban hasta el pasillo que dividía en dos la sala. Al otro lado, sillones alrededor de más mesas, dispuestos en dos niveles. La iluminación del local era casi una intuición. Olía bien. Me gustó el sitio inmediatamente. Por un instante, dejé de sentirme turista, para ser simplemente espectadora.

Una camarera nos condujo hacia nuestros asientos, en un extremo del escenario, donde ya había un numeroso grupo de personas, hablando animadamente entre ellos. Nico me presentó en voz alta y luego fue diciendo los nombres del resto del grupo; a medida que los iba nombrando, el aludido levantaba una mano y me saludaba. No retuve prácticamente ningún nombre y sólo algunas caras, pero la sensación que me transmitía aquella reunión era agradable y fue capaz de levantarme el ánimo de nuevo y hacer que olvidara por un rato la bochornosa escena del champán. Me senté de espaldas a la pared, en el extremo de la mesa más alejado del escenario. Tenía a mi derecha a Robert, que charlaba conmigo y con la chica sentada a su otro lado; enfrente, Nico y Marcia, que me preguntaban cosas sobre Madrid y sobre Elisa, sobre todo Nico. No hubo ningún comentario sobre mi nombre, de lo que me sentí especialmente agradecida, y supongo que el hecho de presentarme solamente como Pers contribuyó a que nadie preguntara.

Quedaba solamente un hueco por ocupar, a mi izquierda, en la cabecera de la alargada mesa de madera, que pronto se llenó con copas de vino. Le pregunté a Nico si faltaba alguien y me contestó que sí.

—Nadir. Te caerá bien, ya verás. Les cae bien a todas las chicas —y cuando dijo eso, Marcia le dio un cariñoso codazo por encima de la mesa.

—Es adorable —aclaró ella, entornando luego sus ojos hacia su novio.

Como vi que se anunciaba una de esas escenas con beso que tanto me incomodan, decidí concentrarme en el escenario o, como mucho, en la conversación que mantenía Robert con su compañera. Fue ésta, no recuerdo su nombre, quien soltó:

—¡Hey, Nadir!

A lo que siguió una avalancha de saludos, especialmente seductores en las voces de varias de las chicas congregadas en torno a la mesa. Giré la cabeza y descubrí a un chico guapo, moreno de piel y con el pelo rizado. Tenía los ojos rasgados y profundamente negros. Aparentaba mi edad. Sí, Marcia tenía razón, era adorable. Nico nos presentó y Nadir, ante mi sorpresa, me dio dos besos en la mejilla antes de sentarse en el hueco libre.

—¿De dónde eres? —disparé yo primero.

Nadir sonrió.

–Me gusta decir que soy persa, pero lo cierto es que tengo mezcla de sangre. Ya sabes: un poco de aquí, un poco de allá. ¿Y tú?

–No, yo sólo tengo sangre de allá.

Le hizo gracia mi respuesta y me dedicó una bonita sonrisa.

–¿De qué os conocéis Nico y tú? –me preguntó.

–Su prima y yo somos compañeras de piso, en Madrid.

–Bonita ciudad –dijo en castellano, idioma que ya no abandonaría al hablar conmigo–. He estado algunas veces. Me atraen especialmente las distintas colecciones de arte que tenéis allí. ¿Has ido ya al Metropolitan?

Negué con la cabeza. Verdaderamente, mi intención era ir al día siguiente e iba a decírselo cuando las luces bajaron de intensidad hasta casi desaparecer, señal de que el concierto comenzaba. Nadir acercó su cabeza y me susurró:

–Son unos músicos muy buenos. Espero que te guste el concierto.

Aparecieron sobre el escenario, envueltos en nuestros aplausos, los músicos, que iban a interpretar canciones de Benny Goodman, the King of Swing, en el aniversario de su nacimiento, según indicaba el folleto que tenía en mis manos. El clarinetista se presentó y a continuación hizo lo propio con el resto de los músicos: un pianista de apellido judío que tocaba como los ángeles, un violonchelista que no paraba de sonreír y un batería que de vez en cuando tocaba un xilofón gigante, situado junto a mí. Después aparecieron una cantante de avanzada edad, con una voz azulada y fina y unas manos absolutamente atrofiadas por la artritis, y un trompetista también mayor que se movía con dificultad por el escenario. Con todos los músicos en sus puestos, comenzó el espectáculo.

No lograba recordar ninguno de los títulos de las canciones que iba presentando el clarinetista, sólo sé que se me fue pegando la música a la piel, entrando a través de todos los poros hacia sitios recónditos que ni siquiera sabía que tenía; era una música no sólo deliciosa, sino también terriblemente salvaje a veces; melosa, otras. Cada uno de los instrumentos por separado invitaba a quedarse inmóvil escuchando, así que todos juntos, incluida la voz de la cantante, creaban un paisaje musical de increíbles colores y luminosidades. Por primera vez en mi vida, hubiera sido capaz de describir las diferentes texturas y sabores de aquella música.

La banda acabó de tocar y se despidió del público, que le pedía más interpretaciones. Cuando abandonaron el escenario, la gente comenzó a moverse también, incluyendo el

grupo de nuestra mesa. Pagamos nuestras consumiciones y salimos ordenadamente del local. A la salida, Nadir hizo una teatral reverencia para dejarme pasar primero y comencé a subir las escaleras; pero cuando me volví a decirle algo, vi que estaba entretenido hablando con las chicas del grupo que no habían podido saludarle cuando llegó al concierto. Algo desencantada, subí las escaleras y salí al exterior.

Fuera, en la calle, estaban ya Nico, Marcia, Robert y algunos otros.

—Pers, vamos a un local que está aquí al lado a tomar una copa. Vienes, ¿verdad? Es un sitio muy curioso. Luego te acompañamos Marcia y yo al hotel, ¿te parece?

Asentí. Todavía estaba bajo los efectos de la música que acababa de escuchar, y, no podía negarlo, la copa de vino que había tomado me había sentado muy bien. No tenía ganas de encerrarme en mi habitación a dormir y todo el mundo parecía muy agradable conmigo.

Cuando ya estábamos todos en la calle —conté dieciocho personas, incluyéndome a mí— comenzamos a bajar por calles y avenidas. No me fijaba en el trayecto porque, o bien iba conversando con Nico y Marcia, o bien se acercaba Nadir para charlar. En ambos casos, la conversación solía girar en torno a mis ocupaciones en Madrid o qué sitios había visitado ya en Nueva York.

El local al que nos dirigíamos, me dijo Marcia, había sido una carbonera muchos años atrás. Cuando llegamos a la fachada de ladrillo visto, la gente del grupo comenzó a descender una escalinata, enmarcada con una bonita barandilla de hierro forjado, en la que se podía leer «The Cave». Cuando me disponía a bajar, siguiendo a Marcia, miré por encima de mi hombro. Nadir estaba hablando con alguien a través de la ventanilla abierta de un taxi. Cruzaron unas palabras más y el taxi se puso en marcha. Cuando pasó a mi altura, descubrí en el interior al hombre del rostro perfecto que había visto en la malograda fiesta de champán de mi hotel. El corazón me dio un respingo salvaje y tuve que agarrarme con más fuerza a la barandilla, sofocando la idea de salir corriendo detrás del taxi. Me di cuenta de que estaba obstaculizando el camino del resto del grupo, que no podía descender a la entrada del bar, así que continué bajando.

El bar era un local bastante curioso, con paredes de ladrillo visto y techos parcialmente abovedados, con una barra de diseño minimalista, iluminada con un frío azul, como si se estuviera congelando en los hielos árticos. Verdaderamente te transportaba a otro siglo, si no fuera por la mezcla ecléctica de decoración, a medio camino entre una taberna del

siglo XIX y una galería de arte del siglo XXI, con unos extraños cuadros colgados por doquier, que, me dijo Marcia, estaban a la venta.

Nico me trajo un mojito. No había perdido de vista a Nadir desde que entró, el último, en el local, por otra parte bastante concurrido. Iba de un grupo a otro, charlando y riendo. Aproveché un trayecto hacia la barra para situarme a su lado. Cuando me vio, me dedicó una sonrisa.

—Mañana no habrá quién te levante de la cama para hacer turismo, si sigues con eso — y señaló con los ojos mi bebida.

—No tengo intención de beber otro más —le contesté—. Oye, quería preguntarte una cosa... —dudé una fracción de segundo—, el hombre con el que hablabas, que estaba en el taxi, ¿quién es?

Un fugaz gesto de fastidio cruzó su cara. Bajó los ojos a la barra y se miró las manos. Al instante me arrepentí de haberle hecho la pregunta, pero antes de que murmurara una disculpa, contestó:

—Trabajo con él.

Sus palabras me pillaron absolutamente desprevenida.

—¿Trabajas con el hombre del taxi?

Nadir asintió y me miró:

—¿Lo conoces? —dijo.

Pensé que no habría nada en el mundo que me gustara más.

—No, no, era mera curiosidad. Y... ¿en qué trabajáis? —intentaba aparentar una curiosidad distante, pero creo que no me salía bien, a juzgar por cómo me miraba Nadir.

—¿Entiendes sobre fusiones y compras de empresas? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza y él hizo un gesto como dando por concluida la conversación. Le di las gracias y me alejé de la barra para ir al encuentro de Marcia. Creo que mi movimiento resultó demasiado brusco, pero no quería hacer más el ridículo por aquella noche. Pensé que, en cuanto llegara a Madrid, le describiría a Elisa todas las maravillas de esta ciudad, incluidos ciertos tipos masculinos fascinantes.

Cuando me acabé el mojito, fui a despedirme de Nico y Marcia. Me dijeron que al día siguiente estaban quedando algunos de ellos para ir a cenar a un sitio por Brooklyn y que esperaban que yo también fuera. Vacilé un segundo antes de contestar pero acepté la propuesta. Me explicaron cómo llegar al restaurante y quedamos en la puerta. De nuevo, Nico se ofreció a recogerme en el hotel, pero le dije que sería capaz de encontrar el

restaurante. Antes de salir, fui a despedirme de Nadir, que estaba hablando con uno de los chicos de mayor edad, con una poblada barba.

—Nadir, me marchó. Fin del mojito, fin de la velada —dije. Sonrió con otra de esas sonrisas increíblemente hermosas. Me cogió suavemente del brazo y dijo:

—Mañana vamos a ir a cenar a un sitio que te gustaría. Vienes, ¿verdad?

No sabía si se refería al mismo restaurante en el que me había citado con Nico y Marcia, pero él mismo aclaró la duda:

—Está a los pies del puente de Brooklyn y tiene unas vistas maravillosas. A no ser que hayas quedado con alguien... en cuyo caso puedes darle plantón y venir con nosotros, claro. Por aquí no admitimos negativas de turistas.

Sonreí.

—Claro, nos vemos allí.

Se inclinó y me dio un beso en la mejilla. Luego me dijo adiós con la mano y me miró mientras subía la escalinata de salida a la calle. ¿Cómo lo había definido Marcia? Adorable. Cierto. Y seductor.

Viernes, tercer día de mi estancia en Nueva York, la isla del centro del mundo. Abrí las cortinas que protegían las ventanas de mi habitación sólo para descubrir que el día había amanecido gris, plomizo y con una fina película de lluvia. Esas condiciones climatológicas atemperaban mucho la fascinante idea de pasear. Sin haber decidido qué hacer, bajé a desayunar y me encontré a Oliva, sentada en una mesa redonda, rodeada de una gran cantidad de platos vacíos. Me senté junto a ella, que me recibió con una generosa sonrisa, pese a que estaba masticando.

—El café está buenísimo.

—Genial. ¿Alguna otra recomendación?

—Todo está muy rico. Prueba los donuts —y me señaló con el tenedor una de las mesas alargadas que ofrecían el buffet del desayuno. Me levanté, llené un plato con las cosas más variopintas, que en casa no desayunaba jamás, y regresé a la mesa. Cuando me senté, me di cuenta de que estaba algo más pálida que el día anterior, cuando nos conocimos. No suelo fijarme en esas cosas, pero en su cara las pecas destacaban muchísimo más.

—Bueno, ¿qué tal por ahora tu viaje? —me preguntó.

Lo primero que me vino a la cabeza fue el desastre del día anterior y moví la cabeza de un lado para otro; esperaba ver a los empleados del hotel señalándome con el dedo y murmurando. Por supuesto, nadie nos miraba. Pero eso no evitó que me subiera el color a la cara. Me ahorré un nuevo capítulo de auto-inmolación y pasé a lo siguiente mejor del día: el concierto. Ella me estuvo contando que había fotografiado Central Park.

—¿Y hoy podrás sacar fotos, con la que está cayendo? —le pregunté.

—Había decidido hacer otra cosa mientras espero a que abra el día. Iba a ir de compras a Nueva Jersey. ¿Te apuntas?

Recordé de inmediato el exiguo presupuesto que llevaba para el viaje, pero también me

acordé de que las chicas me habían pedido algunas cosas.

—Sí, de acuerdo. ¿Tienes claro el sitio o pedimos ayuda?

Oliva asintió con la cabeza, se acabó el café y dijo:

—Todo está decidido. Acaba, que nos vamos.

Cogimos un autobús en Port Authority Terminal que nos llevó al norte de Nueva Jersey, a través de extensiones arboladas y pequeños pueblecitos. Pese a que el cielo se empeñaba en no dejarnos ver ni medio rayo de sol, la falta de luz directa no estropeaba los maravillosos paisajes que atravesamos en nuestro trayecto. Cuando llegamos al centro comercial, descubrí un complejo de pequeños edificios conectados entre sí por cuidadas avenidas, justo a los pies de un bosque. Pasamos allí varias horas, entrando y saliendo de cada una de las tiendas, mirando, cotilleando, riendo, comprando de vez en cuando, compartiendo pequeños fragmentos de nuestra vida cotidiana, tan lejana que parecía irreal. Comimos en una de las cafeterías, un sencillo sándwich y un café, y luego caminamos un rato más. Cerca de las cuatro de la tarde, decidimos regresar. En el camino de vuelta, le comenté que había quedado con Nico y unos cuantos a cenar y le propuse que se uniera a la cena, pero Oliva también había quedado. Cuando entramos, hora y media después, en nuestras respectivas habitaciones, nos despedimos hasta el día siguiente.

Bajé en metro hasta el City Park Hall, en el Lower Manhattan y crucé andando el puente de Brooklyn. La tarde se había convertido en una maravillosa puesta de sol, con una gama extensa de colores anaranjados. Cuando llegué a Brooklyn, bajé por Old Fulton Street para dirigirme al restaurante donde habíamos quedado: una preciosa casita, justo al borde del East River y a escasos metros de los pilares del puente de Brooklyn, que ofrecía unas magníficas vistas del cono sur de Manhattan. La casa estaba rodeada por un pequeño jardín, poblado por guirnaldas de bombillas, y atraía a numerosos curiosos que, apoyados en la verja del jardín, fotografiaban sin cesar el skyline enrojecido de la ciudad. Maldije mi poca previsión porque no me había llevado la cámara. Como me había adelantado a la hora, yo también me acodé en la barandilla para observar el despliegue de luces y rascacielos, casi tan interesante como el despliegue de curiosos y turistas que se agolpaban, a medida que el atardecer avanzaba.

Cuando divisé a Nico y Marcia, me di cuenta de que él llevaba una chaqueta azul oscuro encima de su camiseta blanca. Marcia iba también más arreglada que el día anterior, con un vestido verde esmeralda que se ajustaba a su bonita figura, pero sin

resultar vulgar. Yo, en cambio, iba en vaqueros. Cuando los saludé, noté que Marcia desaprobaba con su mirada mi atuendo, pero Nico hizo caso omiso. Nos dirigimos los tres hacia la entrada del restaurante. Al pasar junto a la zona reservada para coches, Nico señaló con vehemencia un escandaloso descapotable blanco. Marcia le preguntó a Nico cuánto podía valer aquel coche y éste nos dio una cifra abultada de ceros. Entramos y preguntamos por una mesa reservada a nombre de alguien que no comprendí. Mientras avanzábamos por un estrecho pasillo, iluminado con una espesa luz blanca, le pregunté a Nico si seríamos los mismos que en la noche anterior.

—No, de ayer sólo estamos nosotros tres, Nadir, Robert y su hermana. El resto son amigos de Nadir. Compañeros de trabajo, creo.

Dos o tres mariposas alzaron el vuelo en mi estómago.

Salimos del pasillo y desembocamos en una amplia estancia, abarrotada de mesas, sillas, comensales y camareros, que daba a una gigantesca vidriera, tras la cual se divisaba el East River y, más allá, las mismas vistas de Manhattan que desde el jardín. La decoración del restaurante era marinera, con ojos de buey en alguna de las paredes y muchas plantas. A la izquierda del local estaba la barra del bar, separado del restaurante por una barandilla dorada y grandes maceteros. El aire estaba repleto de voces y de olores. Un hombre de mediana edad y una chaqueta azul marino con botones dorados nos señaló una alargada mesa al fondo del local, pegada a la cristalera, que estaba parcialmente ocupada ya.

—Me temo que somos los últimos —oí comentar a Marcia.

Nos dirigimos hacia allí bordeando mesas, camareros y bolsos que colgaban de las sillas y llegamos hasta la mesa. Nadir se levantó en cuanto nos vio acercarnos y vino a darnos unos besos a Marcia y a mí, tan encantador como el día anterior.

Por lo que a mí respecta, podía haberme dado un demoledor puñetazo en la boca del estómago o haberme prendido fuego en las uñas de los pies, que no habría sentido otra cosa que un abrasador calor en mi cuello y hombros. Porque a la cabecera de la mesa estaba sentado el hombre a quien descubrí en la desgraciada fiesta del hotel y a quien luego vi fugazmente en el taxi, antes de entrar en The Cave la noche anterior.

Y lo que hacía que mi corazón diera piruetas de mono era que me estaba mirando fijamente, con una expresión que nunca comprendí, a medio camino entre la ira y la curiosidad, pero que yo traduje como que, por algún motivo desconocido, no le gustaba que estuviéramos allí. Tenía los codos apoyados en la mesa y las manos cruzadas ante su

barbilla, pero no miraba a nadie más, sólo a mí. De pronto se levantó y yo, en un acto reflejo, di un pequeño paso hacia atrás. Sorteó la mesa y se dirigió hacia nosotros cuatro, sin apartar los ojos de mi cara, encendida y roja. Cuando estaba a menos de tres pasos, Nadir hizo las presentaciones: Nico y el extraño se dieron la mano, luego éste repitió el gesto con Marcia y por fin nos quedamos los dos frente a frente. Era más alto de lo que me había parecido, cerca de metro noventa, calculé. Más de veinte centímetros de distancia entre su boca y la mía. Cuando habló Nadir, su voz me llegó lejana como a través de un túnel de piedra.

—Gabriel, te presento a Pers.

Gabriel. Así que ése era su nombre. Perfecto. Como un arcángel todopoderoso de Dios, armado con una espada de fuego y dispuesto a sacrificar a millones de niños, sin el menor remordimiento. Con un rostro perfecto, de ángel, y una dureza extraordinaria en sus ojos, que no eran de este mundo, de un aguamarina como el agua de las bahías del Paraíso.

Tragué saliva y extendí mi mano derecha, pero él, sorprendentemente, se inclinó hacia delante y me dio un beso en la mejilla. Hubiera puesto la mano en el fuego por asegurar que su beso había durado una fracción de segundo más de lo que mandan los cánones de la buena educación. Sin embargo, me encontraba tan cercana a un estado de shock que apenas sentí el roce de su piel, aunque sí el olor hipnótico de su colonia, que aflojó mis rodillas.

—Tu pelo es más... oscuro —pronunció en castellano, apenas sin acento—. Hola, Pers.

La fascinación que ejerció su increíble voz sobre mí era como lluvia sobre mojado, porque los ruidosos latidos de mi corazón debían escucharse al otro lado del East River; pensé que todos nos estaban mirando pero, al mismo tiempo, estábamos solos, como rodeados por una penumbra que, durante los meses siguientes, nunca dejaría de percibir en torno a Gabriel, como si se hiciera el vacío a su alrededor y, de alguna forma, ni el aire tuviera permiso para tocarle.

Gabriel había hablado como si nos conociéramos de toda la vida y, simplemente, no esperara haberme encontrado en ese momento. Sabía que estaba colorada hasta la punta de mi cabello y mi cabeza comenzó a zumbear, probablemente porque había dejado de respirar. Sólo alcancé a balbucear:

—¿Nos... conocemos...?

Genial. Otra intervención tan intelectual, sensible y sarcástica como ésa y saldría

huyendo de mí, sin duda. Sin embargo, estaba incapacitada para decir nada más porque estaba absolutamente hipnotizada por la figura del hombre que tenía frente a mí, que me miraba y que me había hablado con la voz más hermosa que había oído jamás.

Clavé la mirada en la mesa y luego en mi mano. Y en ese nuevo vacío que me llenaba la cabeza, sentí nítidamente una caricia en la nuca, sin ningún lugar a dudas el paseo de unos dedos suaves por unos centímetros de mi piel, que reaccionó inmediatamente. Fue una ilusión, porque no tenía a nadie detrás de mí. El corazón comenzó a dolerme, de los golpes furiosos que lanzaba contra mi pecho. Había leído sobre estas sensaciones en libros, pero nunca me había visto atrapada en una y resultaba agobiante.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —la voz sonó tan cerca de mis oídos que era imposible fingir que no me lo había preguntado a mí, así que levanté la cabeza como en cámara lenta, o eso me pareció, y le miré directamente. Mi única obsesión era que no se me abriera la boca y adquiriera una expresión incompatible con mi supuesta edad emocional y mental.

—Claro.

—Nadir —le dijo entonces en inglés Gabriel—, ¿te importaría ocupar mi sitio al otro lado de la mesa?

—Eeh..., claro que no.

Nadir se escurrió entre las sillas y mesas y ocupó la cabecera de la mesa, en la que había estado sentado momentos antes Gabriel. Durante el resto de la cena, Nadir no dejó en ningún momento de mirarnos de reojo.

Gabriel y yo nos sentamos en las dos únicas sillas libres que quedaban, a un extremo de la alargada mesa.

—Así que Pers. Perséfone, ¿verdad? —dijo Gabriel nuevamente en castellano, cuando nos hubieron tomado nota de lo que íbamos a cenar. Él había pedido pato y yo le imité, más por la imposibilidad de tomar una decisión racional en aquellos momentos que porque sintiera una verdadera afición hacia los patos, más allá de verlos nadar en estanques.

—Sí, Perséfone.

—No es un nombre muy común.

Oh, no, dioses del cielo, rogué desde mis adentros, no dejéis que continúe por ese camino, o el pedestal comenzará a resquebrajarse.

—No —contesté, dubitativa.

Sin embargo, contra todo pronóstico, él se limitó a asentir, sonriendo. Y cambió de tema.

—¿Llevas mucho en Nueva York?

—Llegué el miércoles.

Me preguntó qué había hecho en los días que llevaba en la ciudad. Le hizo particular gracia que hubiera estado de compras aquella mañana, aunque no sé por qué. Cada vez que le miraba me parecía encontrar una extraña amalgama de sentimientos en su mirada, en sus gestos, como si, por una parte, se alegrara de conocerme pero, por otra, estuviese molesto por mi presencia.

Lo que era indudable es que si Nadir me había parecido seductor, con su sonrisa y aquellos ojos oscuros de largas pestañas, era un mero aprendiz al lado de Gabriel.

—Me gusta tu jersey —dijo.

Miré mi ropa, el jersey azul índigo que llevaba puesto, y lo comparé con la suya: Gabriel llevaba una ligera chaqueta de lino, claramente hecha a medida porque le sentaba a la perfección —algo que me hizo pensar en un sastre, con la cinta métrica al cuello, pintando con lentitud y cuidado excesivos las hechuras de su chaqueta en la tela, estirada sobre una ancha mesa—, una camisa blanca de suaves cuadros azul celeste y unos pantalones de algodón beige. Probablemente su preciosa camisa costaba más dinero que toda mi ropa guardada en el armario de mi habitación de Madrid.

—Oh, gracias —respondí en tono jocoso—. Descarté una docena de vestidos del baúl que me he traído de viaje y al final sólo quedaba este jersey. Moderno, sin prejuicios, ¿verdad?

Sofocó una risa.

—Así me gusta. La etiqueta puede ser un auténtico lastre.

En ese momento recordé, maldita sea, la escena de las copas de champán y me pregunté si me habría visto. La duda me torturó durante un buen rato, pero ninguna de las cosas que decía o hacía parecía indicar que me hubiera reconocido.

Trajerón la cena y el vino, que había pedido el propio Gabriel, después de tardar un rato eligiéndolo de una larguísima lista de referencias de un libro voluminoso que había traído el maître, excesivamente atento con Gabriel, según pude comprobar a lo largo de toda la cena. Pensé que debía de ser cliente habitual.

—¿En qué trabajas en Madrid? —aquella fue la primera de una larga batería de preguntas a las que me sometió durante toda la cena. Yo las contesté, educadamente e

intentando, con cada respuesta, que mi vida no pareciera lo ordinaria y carente de interés que era en realidad. Pero no parecía así para Gabriel, que escuchaba con una atención más que cortés mis descripciones del estudio, de las chicas o de mi trabajo como ilustradora, cosa que le gustó especialmente.

No fue igual de solícito cuando intenté interrogarle acerca de su vida y su trabajo. Con una habilidad exquisita y muchísima experiencia en relaciones personales, deduje, fue esquivando una a una mis preguntas. De su trabajo, lo único que obtuve fue una vaga respuesta de que había heredado un conglomerado de empresas que le permitían dedicarse a uno de sus pasatiempos favoritos: viajar.

—¿Conoces entonces Madrid?

Sofocó una risa.

—Claro. De hecho —continuó Gabriel—, la próxima vez que vaya te enseñaré mi cuadro favorito del Museo del Prado.

—¿Has estado en el Museo del Prado? —le pregunté, y según oía mi propia voz me di cuenta de lo pánfilo de mi pregunta.

—No he contado el número de veces, pero te aseguro que he ido unas cuantas —dijo él, sin asomo de pretenciosidad.

Me mordí la lengua para evitar en el futuro cualquier otro comentario banal y estúpido delante de quien era, a todas luces, un hombre de mundo. Yo bajaba bastantes veces hasta el Prado, cuando buscaba una inspiración concreta para una ilustración, o me acercaba al Reina Sofía o a cualquier otro museo de la ciudad. Pero algo me decía que Gabriel conocía seguramente todas las pinacotecas del mundo, sus secretos y sus cuadros menos visitados.

Un par de veces que levanté la vista descubrí a Nico, a Marcia o incluso al propio Nadir, mirándonos de reojo.

Cerca del postre, me hizo una pregunta que cambió por completo el tono de su voz, cautivador y suave hasta el momento, por otro más frío y, en cierta medida, irritado. No supe a qué se debió el cambio.

—¿Cómo es que has elegido esta ciudad?

Era una pregunta tan trivial como muchas de las otras que nos habíamos lanzado durante la cena, pero el cambio que sufrió su mirada, ahora gélida, me desarmó.

—Eeh..., en realidad no fui yo quien la eligió.

Gabriel frunció el ceño al oírme decir aquello.

—¿Quién ha sido, entonces?

Mi ex novio, hubiera sido la respuesta concreta, pero, por nada de este mundo usaría aquella expresión delante de él.

—Un amigo. Iba a venirme con él y horas antes del vuelo sufrió un accidente, así que he venido sola.

—¿Qué tipo de accidente?

Era lo que menos me apetecía de este mundo: pensar y hablar de Max con él.

—Mi amigo tiene un bar en el centro y cuando estaba cerrando esa noche, se le cayó la caja registradora sobre el pie. Se lo machacó.

—Y ¿estaba solo en el momento del accidente?

—Pues sí... ya se habían ido todos.

Max me lo había contado en el hospital, mientras esperábamos a que le diesen el alta; y entre su relato y los latigazos de dolor que atravesaban constantemente su rostro, lo que me contó me provocó escalofríos por la espalda. Me dijo que el Cocinero y Hermi se habían marchado hacía un buen rato y él había bajado ya parcialmente el cierre de la calle. La tarde había sido muy tranquila y Lucy ni siquiera había aparecido por allí. Él estaba haciendo caja cuando de pronto las pocas luces que quedaban encendidas en el local, las suficientes para que él pudiera ver lo que tenía entre manos pero que no atrajeran la atención de algún borracho tardío, se apagaron de golpe. Ya le había ocurrido otras veces, claro, pero siempre quedaba encendido el piloto automático de «Salida» sobre la puerta del local. En aquella ocasión, ese letrero también se apagó. Sin embargo, lo que menos me gustó de su relato ocurrió a continuación: irritado, sacó el móvil para que la pantalla iluminada le permitiera acabar y poner la alarma, pero éste no se encendió. Había muerto también, al igual que el resto de las luces. Entonces, más cabreado aún, sacó del bolsillo su Zippo e intentó encenderlo. No lo consiguió: pese a que estaba lleno de gas, no lograba encender la chispa. Max me aseguró que fue entonces cuando todo aquello le dio mala espina y miró a su alrededor, buscando algo con lo que poder hacer luz. En ese momento, la caja registradora, un aparato pesadísimo que colocó con mucho esfuerzo dos años atrás con ayuda del Cocinero, simplemente, saltó sobre su pie. En la caída arrastró el cable que la mantenía enchufada a la red eléctrica. Le partió el pie en tantos pedacitos como estrellas en una constelación.

—¿Seguro que no había nadie más en el local? —Gabriel había escuchado mi relato hasta el final, con el ceño fruncido—. ¿Alguien que hubiera podido tirar la caja?

–No, estaba solo. Además, el aparato es muy pesado. No se puede tirar así por las buenas, y menos ocultándose.

–Pero el aparato tuvo que caer de alguna manera.

–¿Insinúas sabotaje?

–Eso es. Al fin y al cabo, sólo conoces su versión. Según él, estaba solo en el momento del accidente. Puede que hubiera alguien más con él... o puede que no.

–¿Estás diciendo que él mismo quería sabotear su propio viaje?

Gabriel me miró con una seriedad incómoda.

–Sí. No. Probablemente. Que alguien sabotear su viaje.

Mi fastidio por estar hablando de aquello creció a la par que mi asombro por sus preguntas y comentarios. En ese momento llegué a la conclusión de que me estaba tomando el pelo, que todo era un juego para hacerse el misterioso y mantener la atención de una novata como yo en esto de los juegos de la seducción. Un tanto abochornada porque me hubiera pillado así de fácil, solté una carcajada. Él dudó un momento, pero enseguida sonrió y bajó la mirada.

–Muy bueno lo del sabotaje –dije, súbitamente de buen humor.

Él sonrió, pero sus ojos no. Se quedó mirando unos momentos cómo sus manos jugaban distraídas con la servilleta. Entonces llegó el turno de los postres. Gabriel no pidió ninguno, por el contrario, se ausentó de la mesa. Nadir le siguió con la mirada. Entonces nos miramos. Yo le sonreí, un claro mensaje de que la cena estaba transcurriendo adecuadamente, pero no recibí un gesto similar por su parte. Robert llamó al maître para pedirle la cuenta, pero cuando éste se acercó, no llevaba nada en las manos.

–La cena está ya abonada, señores.

Todos nos volvimos a mirarle con sorpresa –y alivio en la cara de más de uno, me atrevería a decir–, pero el hombre se limitó a levantar los hombros y darnos las gracias por haber acudido al restaurante. Nico le preguntó a Nadir:

–¿Quién nos ha invitado, Nadir?

Y éste respondió:

–No estoy seguro.

Nico y otros cuantos se giraron a mirar hacia el sitio donde había estado sentado Gabriel, pero sólo se encontraron con mi mirada, porque él no había regresado aún. Yo me limité a levantar las cejas, en signo de sorpresa.

Nos levantamos de la mesa y salimos del restaurante, por el pasillo fuertemente iluminado, hacia el jardín. Antes de salir, comprobé que el descapotable blanco seguía aparcado, igual de llamativo, aunque ahora la noche había caído completamente sobre nosotros. La temperatura era muy agradable, en claro contraste con la desapacible lluvia que había caído por la mañana, cuando Oliva y yo decidimos irnos de compras. Algunos del grupo comenzaron a proponer unos cuantos bares de copas, para continuar la velada. Lo cierto es que yo, que todavía arrastraba las secuelas del cambio de hora, pensaba en irme al hotel. Y además, la extraña ausencia de Gabriel no inclinaba precisamente la balanza hacia el bar de copas.

—¿Adónde ha ido Gabriel? —me preguntó Marcia, que se había acercado a mí, con Nico pisándole los talones.

—Ni idea. Pensé que al baño.

Marcia asintió distraída.

—Oye —aproveché el momento—, ¿vosotros lo conocíais ya?

—Ha venido alguna otra vez a alguna cena o concierto de jazz, cuando nos juntamos un grupo numeroso —dijo Nico—, pero no suele hablar mucho. De hecho, me ha sorprendido que hoy no hayáis parado de hablar vosotros dos durante la cena.

—Sí, bueno —no sabía qué decir—, a mí me ha parecido muy agradable. Algo... raro, tal vez —dije, tras recordar su interés en el accidente de Max.

Marcia asintió y dijo:

—A mí me ha parecido siempre excesivamente tímido.

Se nos unió uno de los chicos del grupo para contarnos la última decisión respecto al bar elegido.

No vi a Gabriel salir del restaurante. Supe que estaba junto a mí porque Nadir preguntó a alguien situado a mi espalda:

—Gabriel, ¿te apuntas?

Di un respingo.

—No, esta noche no, gracias —contestó.

—¿Y tú? —me preguntó entonces a mí.

Compuse una mueca teatral de cansancio, dando a entender que el decálogo del buen turista exige retirarse a horas tempranas, a fin de continuar explorando al día siguiente.

—Creo que... no, gracias.

Nadir torció el gesto un segundo y luego se encogió de hombros.

—Vaya. Bueno, ¿sabrías cómo volver? Podemos coger un taxi de camino a donde sea que vayamos para acercarte al hotel...

—No, yo la acercaré —intervino de pronto Gabriel. Sus palabras convirtieron en mantequilla los huesos de mis rodillas. Hinché los pulmones de aire para que no se me notara esa súbita flojera.

Me despedí rápidamente de Nico, Marcia, Robert y Nadir. El resto estaba discutiendo acerca de la siguiente parada, así que decidí no interrumpirles. Antes de irnos, Marcia se acercó a nosotros y le dijo a Gabriel:

—Muchas gracias por invitarnos a todos a la cena. Porque has sido tú, ¿verdad?

Gabriel sonrió ligeramente, se inclinó, cogió su mano y se la besó de una manera tan teatral que me hizo girar los ojos al cielo.

—Ha sido un placer.

Soltó la mano de Marcia, me cogió suavemente por la cintura y nos pusimos en marcha hacia donde estaba aparcado el coche. Cuando miré por encima de mi hombro, para despedirme con un gesto de Marcia, la mirada que tenía la chica en la cara me hizo sentir lástima por el primo de Elisa.

Nos dirigimos al descapotable blanco, mientras mis ojos se abrían como platos. Los asientos eran de cuero de color crema. El salpicadero, de madera, tenía todos los relojes redondeados, con aire retro y elegante. En cuanto nos pusimos en marcha, comprendí en qué consiste pagar más por un coche de lujo. Apenas notaba que estuviéramos rodando y era una sensación increíble poder echar la cabeza hacia atrás y ver el cielo estrellado sobre el puente de Manhattan. Pese a todo, no pude reprimir un escalofrío; mi jersey azul no era demasiado grueso y no había pensado en coger otra prenda más, así que tenía frío. Gabriel se percató enseguida y me preguntó si quería que cerrara la capota. Lamentando de nuevo mi poca previsión, le dije que sí. En cuanto nos detuvimos en el primer semáforo, Gabriel apretó un botón y la capota se cernió sobre nosotros de manera silenciosa, ágil y cara.

—¿Mejor así? —me preguntó, una vez concluida la fase de transformación del coche.

Pensé contestarle: «¿Te refieres a si estoy mejor a tu lado, en este increíble coche, paseando de noche por las calles de Manhattan, en lugar de estar en mi estudio, trabajando en algún encargo? Entonces, la respuesta es sí». Pero me limité a decir, con mi habitual verborrea:

—Sí, gracias. Por cierto —intenté aparentar indiferencia, aunque no tenía claro para qué—

, ¿qué coche es éste?

—Un Aston Martin DB9. ¿Por qué?

—Hum... mera curiosidad.

—Vale.

Antes de que me diera cuenta, habíamos llegado al hotel. En cuanto lo reconocí, mi estado de ánimo se convirtió en el barro más repugnante y cochambroso que existiera, por dos razones: en primer lugar, habíamos llegado en menos tiempo del que esperaba, con lo cual tocaba despedida. En segundo lugar, y más importante, no me había preguntado en qué hotel me alojaba.

Eso sólo podía significar una cosa. Y mi ánimo se hundió para siempre jamás cuando le oí decir:

—No dejaste ni una sola copa de champán con vida.

Me subieron náuseas desde el estómago hasta la tráquea y supe que estaba colorada como un tomate. Por un momento, además, pensé que había sido demasiado desconsiderado por su parte hacerme saber que me había reconocido, hacerme ver que sabía que era yo la torpe que el día anterior hizo el mayor ridículo del año en toda la ciudad. Premio a la *señorita*.

Sin girar la cabeza, todavía mirando por la ventanilla, le di las buenas noches y salí del coche, sin mirarle. Cerré cuidadosamente la portezuela del coche, atravesé dignamente la verja de hierro del patio, caminé hasta la entrada del edificio y, una vez fuera de su vista, salí a la carrera hacia los ascensores. No me crucé con nadie en mi camino hasta cerrar por dentro la puerta de mi habitación, cosa que agradecí porque iba llorando.

A la mañana siguiente, volví a encontrarme con Oliva en el restaurante, desayunando. Esta vez, sin embargo, ella no levantó la vista de su taza de café hasta que me senté en su mesa. En ese momento reparé en las ojeras que sombreaban su bonito rostro. Estaba seria.

—Buenos días, ¿has dormido bien? Tienes cara de cansada —le dije.

Ella encogió los hombros.

—Hola. No, creo que no he dormido muy bien —contempló pensativa su café—. ¿Te he dicho que tenía novio, allí en Valencia?

Asentí. Recordaba que me había dicho que vivía con su novio en aquella ciudad.

—¿Tenías? —no había pasado por alto la utilización del tiempo verbal—. ¿Ya no?

—No. Hasta hace cuatro horas, más o menos —una ola de cansancio y tristeza cruzó su cara—. Hemos estado discutiendo por teléfono toda la noche. No sé si he hecho bien... —no era sólo la duda en su voz, había algo más, un eco lejano de una preocupación de otra clase, algo que no supe descifrar—. En cualquier caso, lo hecho, hecho está. Ya me enfrentaré a ello cuando llegue a casa.

—¿Cómo se llama? —en realidad no me interesaba demasiado, era sólo por demostrar interés.

—Hugo. Hola Hugo, adiós Hugo.

—Hum... —murmuré—. Hola Hugo, adiós Hugo.

Nos llamamos las dos un momento, mientras me servían café. Pregunté lo primero que me vino a la cabeza para romper la tensión:

—¿Has hecho muchas fotos?

—Sí —me contestó distraídamente—. Ayer hice quinientas. Hoy espero hacer más. Hey, por cierto —por fin se le iluminó el rostro—, ¿sabes dónde estuve sacando fotos? —negué con la cabeza—. En Gramercy Park. ¿No es genial?

—Hum..., sí, claro. No he ido todavía. ¿Me lo recomiendas?

Oliva soltó una risa sofocada:

—Si logras que alguien te abra la puerta... —otra vez ese rastro de preocupación—. Tengo que irme.

Sin más explicaciones, se levantó de la mesa y, al pasar junto a mí, me dio un beso en la mejilla. Luego se fue.

Yo terminé de desayunar y salí a la calle, sin muchos planes. Me preguntaba por dónde comenzaría si quería buscar a Gabriel. No hizo falta pensar mucho. Apoyado, con los brazos cruzados, en su descapotable blanco, al otro lado de la verja del patio de entrada del hotel, estaba Gabriel. No sé por qué, pero no me sorprendió mucho. En cuanto me vio, lanzó su sonrisa maravillosa, la que me desarmaba. Me acerqué a él, sopesando la distancia y la cadencia de mis pasos. No quería parecer ansiosa. Y por nada de este mundo haría un gesto que delatase la velocidad que habían adquirido mis pulsaciones.

Cuando estuve a su altura, le vi en su plenitud. Solamente lo había visto de noche, nunca a la luz del día. Era aún más guapo de lo que me pareció el día anterior. Era irreal. Tenía un bonito color de piel, no era tan pálido como me había parecido. Aunque puede que se debiera al contraste con su camisa vainilla, doblada cuidadosamente por debajo de los codos. Y sus ojos aguamarina, sonriéndome, dándome la bienvenida... Justo cuando estaba a tres pasos de él, mis pies se entrelazaron y me enviaron directa al suelo. Sin embargo, no llegué a tocar el asfalto porque él me cogió por el brazo al vuelo y me sostuvo un segundo. Luego recuperó su anterior postura. Cuando le miré, las increíbles mareas de sus ojos se reían, aunque él mantenía la compostura.

—¿Cuánto llevas esperándome? —le lancé, porque pensé que un buen ataque era la mejor defensa, pero él no dejó de sonreír.

—¿Quién te ha dicho que te estoy esperando a ti?

Mi mandíbula se descolgó del mazazo que acababa de sufrir mi ánimo y mi dignidad. Eso le provocó una carcajada cristalina.

—Vamos, vamos, era una broma —se levantó y abrió ceremoniosamente la puerta del descapotable—. Te habría esperado días, si hubiera hecho falta.

Me hizo un gesto con la mano libre para que pasara al coche. Yo me debatía entre hacerme la ofendida y resistirme o aceptar su disculpa y seguirle el juego. Si hubiera tenido otra cara, lo habría dudado un poco más, pero con ese rostro mirándome, poca

voluntad me quedaba. Entré en el coche, él cerró la puerta –que sonó como un «ploc» amortiguado– y enseguida ocupó su asiento. Se volvió a mirarme:

–¿Alguna petición al chófer?

Miré hacia delante, sopesando todas las posibilidades. Finalmente me decidí:

–Lo quiero todo.

Gabriel enarcó las cejas.

–¿Un tour completo?

–Exacto.

–Muy bien. Comenzaremos por Central Park. Te iré señalando los edificios más emblemáticos a medida que los veamos. Luego tengo una pequeña sorpresa. Siempre que... –me miró encantador–, siempre que me aceptes hoy como tu acompañante.

–¿Vas a volver a reírte de mí?

–No –contestó muy serio.

–¿Prometido?

–Te lo prometo. Y a alguien como tú –continuó–, no podría mentirle jamás.

Noté que me ponía como un tomate y se me aceleraba el corazón. Por suerte, ya estábamos en marcha y comenzaba el tour.

Subimos por Madison Avenue hasta la Quinta Avenida y desde allí rodeamos Central Park. Íbamos a la velocidad perfecta, que me permitía ir descubriendo todos los puntos que me señalaba Gabriel. Demostró un elevado grado de conocimiento de la ciudad, cientos de anécdotas e historias sobre la arquitectura de los rascacielos. Bajamos por Broadway hacia el distrito financiero. Rodeamos Battery Park, por South Street. Y comenzamos a subir de nuevo por Allen. El aire que me daba en la cara olía a mar, era maravilloso, encantador. En las ocasiones en las que el sol se filtraba entre las agujas de los rascacielos y nos daba de lleno, yo cerraba los ojos y apoyaba la cabeza en el reposacabezas, en un estado casi de felicidad pura.

Comimos en la Sheep Meadow, una de las praderas más extensas de Central Park, un genuino picnic de cesta de mimbre, que tenía dos alas batientes de las que iba sacando, uno por uno, todos los ingredientes de la comida. Incluidas dos copas de champán, pero no del tipo acampanado que yo me empeñé en exterminar aquella noche, sino las copas aflautadas por las que las burbujas ascienden en espirales. Mi sentido del humor se encontraba en excelente forma, así que cuando Gabriel hizo una referencia al desastre de aquella noche, no tuve más remedio que sonreír:

—¿Sabes lo que me ha costado encontrar un par de copas de éstas? Acabaste con todo el stock de Nueva York.

El postre, me avanzó Gabriel, era un exquisito pastel de manzana auténticamente neoyorquino que había preparado su cocinera especialmente para él.

—¿Tienes cocinera propia? Y ¿cómo es que alguien que se puede permitir cocinera propia se puede coger el día libre para estar con una desconocida?

Gabriel me miró de reojo un segundo mientras comenzaba a sacar cuidadosamente el pastel de manzana. Su gesto me hizo reír.

—¿Es que en Madrid trabajáis los sábados también?

Miré impulsivamente mi reloj, aunque nunca me había dado la fecha y nunca lo haría.

—¿Qué día es hoy?

Gabriel enarcó las cejas.

—Sábado. Si no te importa, prefiero estar en el parque que trabajando.

Entonces descubrí una abeja posándose sobre la cesta de picnic. Nada más bucólico si no fuera porque tengo alergia a la picadura de ese insecto y, por lo tanto, les tengo pánico. Pegué un salto hacia atrás, con indisimulado horror hacia la abeja, que, estoy segura, olisqueaba la comida del interior de la cesta. Gabriel me contemplaba con sorpresa y con una sonrisa reprimida.

—No te rías. Tengo alergia a su veneno. Un picotazo de esos y mi brazo no cabrá en tu coche.

—Pero tendrás a mano siempre un antihistamínico, ¿no?

—Sí, suelo llevar uno en la mochila. Pero para lo que no sirve es para evitar que les tenga pánico.

Afortunadamente, la abeja terminó su ronda de reconocimiento y se alejó, zumbando, por el parque. Me volví a sentar con precaución. Cuando miré de nuevo a Gabriel, éste ya no tenía una expresión divertida en la cara. No supe si era porque, una vez más, había hecho el ridículo y consideraba que mi pánico hacia esos bichos era infundado y desmesurado.

En ese momento acabó de sacar el pastel, pero la manga de su brazo derecho se quedó enganchada en el cierre colgante de la tapa de la cesta de mimbre, y se la levantó varios centímetros, antes de que se diera cuenta. Eso me permitió descubrir que, a la altura del codo, tenía un extraño tatuaje, como unos tentáculos negros dirigidos hacia la muñeca.

Un dibujo oscuro, tenebroso y nada atractivo. Gabriel se dio cuenta de que lo había visto y se bajó de un manotazo la manga, claramente molesto.

El tatuaje me desconcertó, porque no le pegaba nada, por muy millonario excéntrico que fuera. La superficie del dibujo, por lo poco que me había dado tiempo a ver, no era uniforme, como son las zonas sombreadas de los tatuajes, sino que era granuloso, más parecido a una mancha o a una quemadura que a un dibujo artístico intencionado. Pero los nítidos contornos de los tentáculos descartaban que fuera algo accidental.

Con el descubrimiento, se cernió una amplia sombra sobre nosotros. Comimos el pastel de manzana casi en silencio y yo tuve que ahogar en repetidas ocasiones unas furtivas ganas de llorar porque me encontraba culpable de haber estropeado el día.

Por si algo faltaba, el cambiante clima primaveral de Nueva York decidió dar una vuelta de tuerca más y el cielo se cubrió con espesas nubes plumizas. Al poco tiempo, antes de que hubiéramos regresado al coche que, por fortuna, había dejado con la capota puesta, comenzó a llover. No demasiado, pero lo suficiente para imposibilitar cualquier tipo de paseo. Cuando entré en el coche, mientras Gabriel metía la cesta en el maletero, ya estaba mojada. Miré mi reloj; no eran todavía las cinco de la tarde, pero con la escasa luz que traspasaba las nubes, parecía mucho más tarde. No sabía cómo reconducir la tarde y tampoco quería que me llevara de vuelta al hotel, porque no quería dejar de estar junto a él. Intenté pensar en alguna propuesta interesante y atractiva, pero las fui descartando todas por demasiado turísticas: un musical de Broadway, un museo, un... Gabriel entró en el coche, cerró tras él, se quitó algo de lluvia del pelo y se peinó con los dedos. Luego me miró, en silencio, lo cual, en un espacio tan reducido como aquel, adquiría un cariz mucho más íntimo de lo que debería. O eso me pareció a mí. Luego arrancó el coche.

—Si no te importa, voy a llevarte a un sitio. Hay algo que quiero que lleves —dijo—. Un regalo.

—¿Un regalo? —contesté, asombrada—. ¿Como qué?

—Un insignificante colgante de ónice que quiero que lleves —me miró—. ¿Lo harás?

Sin esperar mi respuesta, Gabriel arrancó el coche y nos pusimos en movimiento, sorteando la circulación, que se había vuelto tan espesa como la neblina que había traído las nubes. Cuando entramos en el parking de un edificio altísimo, apenas quedaba un átomo de luz solar por las calles. Después entramos en un ascensor bastante moderno e iluminado con una fuerte luz blanca y Gabriel metió una llave diminuta en una cerradura

situada en la parte superior del tablero de mandos. El ascensor comenzó a subir. Lo hizo durante un buen rato. No estoy acostumbrada a esos ingenios mecánicos, máxime cuando en mi propia casa subo a pie cuatro pisos, pero me pareció que nos estábamos dirigiendo a un piso muy elevado.

Por fin nos detuvimos y la puerta se abrió, de una manera silenciosa y amortiguada. Salimos a un lujoso rellano con decoraciones geométricas, estilo Art Nouveau. El suelo, de mármol, reproducía otros diseños geométricos. Sólo había una puerta, de doble hoja, bastante grandes ambas, de brillante madera de ébano.

A su lado, una diminuta consola con números. Gabriel se acercó, marcó una clave de varias cifras y una luz verde se encendió en la consola. El único ruido que pude escuchar fue el de la cerradura automatizada de la doble puerta, dejándonos paso. Gabriel se adelantó y abrió las puertas.

Entramos en un vestíbulo alargado de proporciones gigantescas, de un estilo similar al rellano, pero adornado más lujosamente; grandes lámparas metálicas de pie alumbraban la estancia; podía ver muchas macetas con esbeltos árboles de troncos trenzados. Había numerosas puertas que daban a aquel rellano, todas ellas cerradas. Al fondo, una doble y colosal puerta de cristal nos permitía ver que, detrás, había movimientos de siluetas que iban y venían. De hecho, el vestíbulo estaba poblado de voces que venían de aquella dirección. En cuanto las percibimos, Gabriel chasqueó la lengua con enojo. Dudó unos segundos, dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la puerta, con intención de salir, pero se detuvo. Me miró fijamente.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—Pensé que... no sabía que la casa estaba ocupada.

No sabía si decirme que nos fuéramos o que nos quedáramos. En cuanto tomó la decisión, se dirigió a su derecha, abrió la segunda puerta y me indicó con la mano que entrase. Aquella puerta daba a una biblioteca colosal y con una altura superior a la de un simple piso.

—Espérame aquí, por favor. Y no salgas.

Dio media vuelta y salió, cerrando cuidadosamente las puertas.

La biblioteca debía de tener más de setenta metros cuadrados, dispuestos en dos pisos; ambos estaban cubiertos de librerías repletas de libros desde el suelo hasta el techo. Al piso de arriba se subía a través de una escalera metálica de caracol, que giraba sobre su eje acompañada por un pasamanos de reluciente latón. El nivel superior estaba protegido

por una barandilla barroca, como el resto de la habitación. El suelo reproducía un damero de mármol blanco y negro, eso era lo que podía vislumbrar al menos entre los huecos que dejaban a la vista las alfombras que cubrían toda la habitación. En una especie de delicioso *horror vacui*, quedaban muy pocos espacios, como el de la chimenea, sin cubrir por libros. En el centro, varios grupos de sillones y sofás, reunidos bajo lo que resultaba ser una secuencia de lucernas de dimensiones tan disparatadas como toda la habitación. Los sillones, colocados estratégicamente bajo cada una de estas altísimas ventanas, recibían la luz directamente del exterior o el influjo de las nubes. Aquello me hizo pensar que nos encontrábamos en el último piso del edificio. ¿Qué planta sería aquella? ¿La 60?

Pese a la paz y el silencio que reinaba allí, daba la impresión de ser una habitación utilizada frecuentemente. Me sorprendió el olor, que no se correspondía al típico olor a polvo y libro viejo que una esperaría encontrar en un sacro lugar como ése, sino un suave aroma de melocotones.

Estaba tan asombrada con lo que alcanzaba a ver que no escuché la puerta detrás de mí. Cuando oí su voz, pegué un bote:

–Bienvenida.

Me giré. Nadir me miraba con los brazos cruzados y una expresión divertida en la cara. Me alegré de veras y le di un beso en la mejilla.

–Me ha pedido Gabriel que te entretenga mientras va a recoger una cosa. ¿Te gusta? – e hizo un gesto con el brazo que abarcaba toda la estancia.

–¿Conoces a alguien a quien no le pueda gustar esto?

Nadir sofocó una risa.

–Ven, quiero enseñarte algo –me dijo.

Se dirigió hacia la chimenea y yo le seguí, las alfombras amortiguando nuestros pasos. Cuando estuvimos frente a ella, descubrí lo que quería enseñarme. Un cuadro, un viejo óleo que decoraba el tiro de la chimenea, enmarcado en un precioso marco con volutas de pan de oro. La pintura representaba una bonita joven, de costado, con una fruta en la mano, algo que parecía, tras una mirada más atenta, una granada. Estaba vestida con una túnica color azul cobalto y tenía la mirada perdida en un punto no muy alejado del espectador. Era un cuadro de una belleza asombrosa, no sólo por el precioso rostro de la protagonista –y sus manos: la mano derecha apresaba la muñeca izquierda, que era la que sostenía la granada, como si su mano derecha intentara detener lo que estaba a punto de hacer la izquierda–, sino por el acabado de todo el óleo, preciosista, maravilloso, de

una textura casi fotográfica si no fuera por cierto surrealismo mágico que impregnaba todas las pinceladas.

—Es Proserpina, pintada por Rossetti —dijo Nadir a mi lado—. ¿Conoces algo de la historia de Proserpina?

Asentí. Perséfone —o Proserpina, como la llamaron los romanos— fue autorizada por Hades, después de que Zeus intercediera por ella, a abandonar su reino de las tinieblas, con la única condición de no comer nada en su ascenso a la superficie. Pero Proserpina comió los granos de una granada y esa imprudencia la obligaría el resto de su vida a volver cada cierto tiempo al Infierno.

—No había visto en mi vida un cuadro tan bonito —dije, y no exageré.

—Rossetti pintó tres Proserpinas, desde 1874 hasta 1880. Varían ligeramente, en el color de la túnica que llevan y pocas pinceladas más. Fíjate en el cuadro. ¿Ves la forma de elipse que dibuja su brazo izquierdo? Se repite en la hiedra que hay detrás de Proserpina y, de nuevo, en las volutas de humo del incensario. Precisamente el incensario era la forma de reconocerla como una diosa.

Me fijé en lo que Nadir iba señalándome, pero me llamaba la atención la mirada de la joven, entre expectante y triste.

—¿Hacia dónde mira? —le pregunté.

—Mira el recuadro de luz blanca que hay justo detrás de ella. Simula una puerta o una ventana abierta, como si alguien estuviera ofreciéndole la salida del reino de los infiernos hacia la superficie, donde la espera su madre, Deméter o Ceres. Pero ella ha comido ya la granada y sabe que ese gesto tan inocente la condenará a pasar seis meses al año junto a Hades. Así que está viendo su liberación pero al mismo tiempo sabe que nunca será libre.

Eso era. Tristeza por lo que sabía que nunca llegaría a poseer realmente.

—Es maravilloso. Has dicho que hay tres cuadros pintados sobre Proserpina. ¿Dónde están los otros dos?

Nadir negó con la cabeza.

—Los otros tres.

Ahora fui yo la que negué con la cabeza.

—No entiendo.

—Los otros tres. En el primero, Proserpina lleva una túnica casi blanca. En el segundo, es de color azul claro. Y en el último, el color de su túnica es como el de este cuadro.

Sólo que en los tres cuadros conocidos y expuestos al público, el color de los ojos de Proserpina se corresponde con los de su modelo y musa, Jane Morris, de quien estaba enamorado Rossetti. Azul cielo. Pero fíjate bien en esta Proserpina.

Me acerqué al cuadro hasta que lo tuve a un palmo de distancia de mis ojos. A esa distancia, casi podía palpar las pinceladas, que cobraban una textura física inexistente hasta entonces. Miré fijamente los ojos de Proserpina. No eran azules. Eran verdes. Como...

–Como los tuyos –dijo Nadir–. Exactamente el mismo verde que los tuyos. Curioso, ¿no?

¿Sí?

–En cualquier caso –continuó Nadir–, nadie sabe que existe esta última versión. Lo pintó respondiendo a una petición de... un antepasado de Gabriel –la palabra sonó extraña, lejana.

–¿Por qué le pidieron otro cuadro? Por qué no, simplemente, compraron alguno de los existentes.

–Sólo sé que la familia de Gabriel quería tener uno porque... –noté una lanza de fuego en el costado de mi cara y supe que era su mirada– ...esperaban la llegada de una Proserpina en particular.

Ahora fui yo quien le miró. Nadir tenía los brazos cruzados y la luz que entraba por la ventana envolvía su figura con un halo de irrealidad, como si él, el cuadro, la casa, incluso Gabriel, no existieran, como si comenzara a abrirse una grieta entre mi conciencia de la realidad y lo que estaba percibiendo a través de mis sentidos. Pero, aún en el caso de que efectivamente nada de esto estuviera ocurriendo y que, por lo tanto, me estuviera volviendo loca sin remisión, no podía evitar sentir un cosquilleo en mi espina dorsal, una atracción irremisible hacia todo aquello, parecido a cuando alguien te masajea delicadamente los hombros.

–Hablas como si te estuvieras refiriendo a mí.

Nadir sonrió. Era un joven muy, muy atractivo. ¿Es que para pertenecer al círculo de Gabriel tenías que pasar un test de físicos agraciados? Increíble. Sin embargo, había algo en la postura de este chico, en su mirada, en su vestir, tan sereno, tan sobrio, tan parco, que me hacía pensar constantemente en un monje o un cura. Desde luego, no se podía decir que tuviera aspecto o pose de rompecorazones.

–Tu nombre –dijo, rompiendo el hilo de mis pensamientos– no es muy habitual, que

digamos.

—Una afortunada coincidencia —una idea maligna se abrió paso a través de mi confusa mente—. ¿No me estarás queriendo decir que Gabriel me presta tanta atención sólo porque me llamo como el personaje de un cuadro que tiene en su casa? Es... ridículo —y ofensivo, y me estaba enfureciendo, y le daba a todo aquello un barniz de... infantilismo que me hacía vomitar.

Sin embargo, y para mi más íntimo alivio, Nadir se echó a reír.

—Para nada —dijo Nadir—. No es tan retorcido. Ahí donde lo ves es una de las personas más cultas y refinadas que he conocido nunca. Te asombraría sacar cualquier tema de conversación con él, lo que fuera, y ver cómo lo domina.

—¿Cualquiera? ¿Como... por ejemplo libros?

Nadir abrió los dos brazos para abarcar toda la estancia.

—¿Qué quieres decir? —inquirí—. Para leer todo esto necesitarías varias vidas.

Nadir me miró y luego se encogió de hombros.

—Puedes hablar con él —continuó— de cualquier género musical que se te ocurra; lo conoce, seguro. Desde el... rap, hasta el *lied* alemán, ópera, clásica... pasando, por supuesto, por el jazz, su favorito.

—Pues es muy joven para tener esa cultura tan vasta, ¿no?

—Es todo tan relativo... —según lo pronunció, se mordió el labio. Decidí pasar por alto su comentario y seguir aprovechándome de su presencia para sacarle información sobre Gabriel.

—Y... ¿esta casa es suya?

—Mmm... más o menos. Vive aquí, desde luego, cuando está en Nueva York.

—¿Y cuando no? ¿Viaja mucho? Por su trabajo, me imagino.

Nadir reprimió otra sonrisa.

—Eres muy curiosa. Sí, viaja mucho. Y respecto a lo de su trabajo... podríamos decirlo así —abrí la boca para seguir preguntando, pero él adelantó el índice de su mano derecha, exigiéndome silencio—. Basta de preguntas. A nadie nos gusta que se hable de nosotros a nuestra espalda. Y debe de estar a punto de bajar...

En ese momento sonó una especie de aullido, un quejido chirriante, algo parecido a un mueble siendo arrastrado pero con un eco humano detrás. De haber sido humano, la voz que lo profirió contenía más dolor y angustia del que había oído jamás. Los dos pegamos un respingo y nos giramos a mirar la puerta de la biblioteca.

—...o no —Nadir completó su frase inacabada—. Tengo que dejarte. Voy a ver si Gabriel me necesita.

Y con pasos rápidos se dirigió a la salida de la biblioteca. Antes de salir, se giró y me dijo:

—A ver qué han roto esta vez. Enseguida vuelvo.

Y cerró la puerta tras de sí. Todavía tenía la piel de gallina por el grito que acabábamos de escuchar y, por primera vez, sentí ganas de abandonar aquella suntuosa casa. Pero no se oía ningún ruido y ese silencio, unido al encantador ambiente que reinaba en la biblioteca, lograron que me tranquilizara enseguida. Un par de minutos en aquella soledad tan serena y me convencí de que lo que habíamos escuchado podía haber sido cualquier cosa menos un grito humano. Era ilógico pensar que alguien tuviera ese timbre y esa potencia de voz, así que descarté de plano aquella explicación que, segundos antes, me había parecido tan escalofriantemente posible, y me la sacudí de la cabeza. Sentí curiosidad por la impresionante cantidad de libros que albergaban las infinitas estanterías y empecé a curiosear. Había libros de todo tipo, época, encuadernación, temática, tantos que era imposible recordar un solo título. Algunos parecían tener varios cientos de años y otros parecían recién comprados, aunque éstos eran los menos.

Entonces descubrí un hueco enorme en la librería, ocupado por una doble contraventana de madera negra, que medía unos tres metros de largo e iba del suelo al techo. Estaba en el punto de la librería más alejado de la luz que entraba a través de la ventana, y si no llega a ser porque iba curioseando los libros, jamás habría reparado en ella. Tenía un postigo muy sencillo, antiguo pero perfectamente cuidado. Levanté el pestillo de madera y tiré de las dos contraventanas, que se abrieron sin ningún ruido, suavemente y a la vez casi automáticamente, pues con un leve empujón por mi parte se abrieron del todo y quedaron plegadas a ambos lados.

Detrás de las contraventanas, a apenas treinta centímetros de ellas, había un vano en la pared, como si la habitación hiciera un retranqueado para albergar un cuadro, la pintura más grande que había visto en mi vida. De tan cerca como me encontraba yo, apenas distinguía nada que no fuera una gran mancha oscura. Me alejé unos cuantos pasos con la mirada fija en la pintura y entonces comenzó a hacerse nítida, aunque seguía siendo realmente sombría, y muy difícil de comprender; con unos trazos dolorosos, el autor había pintado un paisaje fantasmagórico, casi infernal, en algo que

debía de ser la recreación de un limbo envuelto en brumas; por todas partes aparecían trazos de figuras contorsionándose en agonía, todas con los brazos elevados en súplica. Era angustioso, incómodo y, cuando iba a apartar la mirada, percibí con el rabillo del ojo algo que captó mi atención. En la parte inferior del cuadro, esquinada a la izquierda, el pintor había dibujado una figura estática, de pie, de contornos suaves, que miraba fijamente al espectador, desde un rostro perfectamente dibujado. Mi corazón se paralizó y me olvidé de respirar cuando descubrí el rostro de Gabriel en aquella figura, sus ojos azules mirando (*mirándome*) desde la lejanía de un escenario infernal y apocalíptico. Era él, sin duda. Y era él hacia quien las sombras lanzaban sus brazos, en busca de ayuda o — comencé a marearme— intentando atraparlo. Di unos pasos hacia atrás, paralizada por el descubrimiento, y me di cuenta de que me temblaban las piernas, así que me dejé caer en uno de los sillones, situado justamente frente al cuadro, colocado exactamente para que alguien pudiera pasar muchas horas mirando ese cuadro tan agónico, que reproducía el rostro más hermoso que jamás había contemplado. Sentí oleadas de calor atravesando mi cuerpo, encendiendo mi rostro. Gabriel. El cuadro parecía tener varios siglos, más antiguo que el de Rossetti. Me fijé en la firma del autor y la memoricé para buscar información sobre él más tarde: John Martin. No me sonaba de nada. ¿Cómo era posible que apareciera él? ¿De dónde había salido ese hombre? ¿Por qué estaba en ese cuadro?

Tardé unos minutos en oír las voces: unos susurros inundaron la biblioteca, procedentes de todos los rincones de la habitación. Eran varias voces, o al menos eso creía, que hablaban entre sí, solapándose, como si la habitación se hubiera llenado de pronto de gente que susurrara para no despertar a alguien dormido. El sonido era hipnótico, meloso, acariciaba mi piel por debajo del pelo. Por ese motivo no salí corriendo al principio; porque quería escuchar las voces, las cantarinas voces aterciopeladas que me rodeaban. Un segundo después, mi conciencia despertó de manera traumática, me invadió el pánico y salí de prisa de la biblioteca. Abrí la puerta, salí y cerré tras de mí. Tenía el corazón desbocado, latiéndome en la garganta como un animal con vida propia e independiente. Miré alrededor. El vestíbulo estaba desierto, silencioso, y hacía algo de frío. Presté atención, para ver si escuchaba algún sonido procedente de la puerta de cristal del fondo, pero, pese a que se veían luces detrás, no se movía ninguna sombra ni se oía ningún ruido. Era como si todo el mundo hubiera abandonado la casa o el barco a mitad de un incendio, y yo fuera la última en enterarse. Ese pensamiento hizo que mi estómago se contrajera en una náusea.

Entonces creí escuchar un murmullo breve, que despertó conexiones en mi cerebro con algún recuerdo lejano, aunque no logré detectar cuál. El ruido salió de una de las puertas situadas al otro lado del vestíbulo. Como no había nadie, o precisamente porque no había nadie, crucé a paso rápido la desmesurada estancia y abrí la puerta con precaución. La habitación que había detrás tenía una iluminación muchísimo más tenue que la del vestíbulo, así que tardé unos segundos en acostumbrar mis ojos. Cuando por fin pude ver, descubrí que se trataba de un mastodóntico espacio, cuya altura debía sobrepasar la de la biblioteca. Estaba completamente ocupado por una piscina rectangular de unas dimensiones irreales. Debía tener de largo no menos de quince metros por alrededor de diez de ancho, aunque nunca he sido buena calculando distancias. Unas columnas cuadradas servían de soporte al altísimo techo abovedado. Al fondo, espectacular y teatral, toda la pared había sido sustituida por un ventanal que descubría la luz de la ciudad, los millones de focos, faros, bombillas y fluorescentes, que ya destacaban sobre los últimos retazos del crepúsculo que se escondía entre los edificios. Me llamó la atención que hubiera pasado el tiempo tan deprisa. La piscina estaba iluminada desde dentro, con una tenue luz que confería un bonito color azul celeste al agua. Por fuera, unos pocos focos dirigidos al techo decoraban la estancia, dándole un aire íntimo y delicado, en contraste con su tamaño descomunal. El verdadero foco de claridad que alumbraba provenía del exterior.

No había nadie, ni en el interior de la piscina ni en el exterior. La superficie del agua estaba tan quieta que parecía un lago congelado. Fascinada por la vista de la ciudad que se percibía a través de la cristalera, pasé junto a la piscina, prestando atención a mis pasos para no sufrir uno de aquellos resbalones característicos míos. De todas formas, comprobé que, al menos en aquella orilla de la piscina, las losas del suelo estaban completamente secas, así que era más difícil resbalar por la ausencia del agua. Insisto: tratándose de mí, sólo más difícil, no imposible.

En cuanto comencé a rodear la piscina, me di cuenta de que las paredes, contrariamente a lo que me había parecido en un principio, no estaban vacías de decoración; lo que había tomado por irisaciones sobre las placas de la pared debido al agua apenas ondulante eran en realidad mosaicos que reproducían, siguiendo la misma estética modernista del resto de la casa, escenas domésticas de lo que debía ser principios del siglo pasado: una bonita joven con un vaporoso vestido blanco arreglando unas flores en lo que parecía un invernadero; unas calesas paseando bajo un radiante cielo azul por

unas calles de aire parisino, y otras similares. A continuación del último mosaico, un cuadro de más de dos metros de alto, que representaba una escena campestre en la que una joven levantaba las manos en actitud huidiza. Debajo del cuadro, una leyenda: «Maude Adams as Joan of Arc».

Cuando llegué al final de la piscina, que acababa en unas escaleras en suave pendiente, vi que a lo largo del larguísimo ventanal había un banco corrido de madera, cuyas patas estaban decoradas con volutas artesanales. Me senté de costado en él, para poder admirar las vistas de la ciudad y la propia estancia, cuyas luces le conferían un aspecto mágico.

Escuché un brevísimo burbujeo, muy sutil, de una décima de segundo y me giré para descubrir una cabeza que emergía del agua: había alguien saliendo de la piscina por los escalones. Ahogué un grito y me levanté de un salto, el corazón al borde del infarto. Me pegué a la cristalera, con las piernas dobladas sobre el banco, sólo para ver cómo la espectral figura continuaba ascendiendo escalón tras escalón, hasta que estuvo completamente fuera de la piscina y a dos escasos metros de mí. Entonces pude verle completamente.

Era un hombre, muy joven, de una blancura insoportable, como si estuviera hecho de la mismísima materia de la Luna. La larga melena, igualmente blanquecina, se le pegaba a la nuca y le bajaba por los hombros. Pero era el rostro lo más enigmático de aquella figura: a medio camino entre un hombre y un niño, o, incluso, entre un joven y... una niña. No era sólo que tuviese rasgos afeminados, sino que eran rasgos impúberes, con una piel delicada que tensaba un rostro redondo y delicado. Lo menos infantil, sin embargo, eran sus ojos: increíblemente negros y grandes. No, más que grandes, tenía un iris de un tamaño anormalmente exagerado. Daba la escalofriante sensación de que los hubieran recortado de otro rostro y pegado sobre el suyo. Parecían ojos de ardilla.

No tuve dudas acerca de su género masculino porque no llevaba ninguna prenda de baño al salir de la piscina. Me miró tranquilamente. Luego me dio la espalda, se alejó unos pasos hacia el extremo opuesto del banco y recogió de allí una toalla azul en la que yo no había reparado en ningún momento. Su espalda era igual de delicada, con una piel de seda que apenas cubría los omoplatos.

Yo seguía de pie y recostada contra el ventanal, cuando el hombre/niño se acercó a mí, despacio, secándose con la toalla, sin sentir ni un ápice de vergüenza por su desnudez. Cuando estuvo a mi altura, sin decir palabra, me tendió la mano, de largos

dedos y uñas casi transparentes. Sonreía. Con un pequeño asomo de temor, se la estreché. Tenía la piel fresca, por el baño. Sin embargo, estaba segura de que la piscina estaba vacía cuando entré. El único rincón del agua donde podía haber estado sumergido aquel extraño ser era la esquina en penumbra más alejada de donde estábamos ahora. Pero era imposible que hubiera permanecido sumergido todo el tiempo que yo llevaba allí, no menos de diez minutos.

Como si me leyera el pensamiento, aquella misteriosa figura blanca retiró la mano y dijo en inglés:

–Aganto bien bajo el agua.

Su voz le pertenecía por completo: dulce, aniñada y asexuada. Una voz blanquecina.

–Por cierto –volvió a hablar–, soy Orlando. ¿Y tú?

Recuperada de mi asombro, aguanté unos segundos la respuesta, por si mi interlocutor seguía leyendo mi mente. En cuanto recobré la cordura y vi lo absurdo de mi comportamiento, contesté:

–Pers, eeh, me llamo Pers.

–Encantado, *Pers*, eeh –repitió él con voz cantarina y juguetona, imitando mi vacilación.

Sin añadir nada más, se alejó de mí, rodeando la piscina por el mismo pasillo que había atravesado yo. Cuando llevaba la mitad del camino recorrido, y sin volverse, levantó una mano y me dijo, elevando la voz para que sus palabras me llegaran claras y nítidas:

–Por cierto, *Pers*, eeh, ten cuidado con la oscuridad. En ocasiones esconde algo. Y no te preocupes si él cierra por dentro tu estudio. No necesito puertas abiertas.

Y con esas tenebrosas palabras, salió de la estancia, dejando la puerta entreabierta. Yo me había quedado clavada en mi sitio, paralizada por las palabras de Orlando. Pese a que las había pronunciado con una voz tan blanca y nívea como él, habían sonado como una especie de lúgubre advertencia y premonición.

En ese momento miré en todos los recovecos de aquella estancia que no estaban iluminados; al entrar no había reparado en ellos, pero tras la intervención de Orlando, me pareció verlos más negros que antes. Se me estaba comenzando a erizar el vello de la nuca y los antebrazos cuando la puerta se abrió del todo y apareció recortada contra la luz exterior una silueta familiar.

–Veo que has conocido a Orlando –la voz de Gabriel levantó olas de eco a lo largo y

ancho de la estancia—. Ésta es su sala favorita. Adora el agua.

Me encaminé rápidamente hacia él, haciendo un esfuerzo por controlar mis escalofríos cuando pasaba junto a las zonas más oscuras de aquella habitación. Gabriel esperó a que hubiera llegado hasta él para volver a hablar, esta vez en un tono de voz mucho más suave:

—¿Te ha gustado la cámara de la piscina? Si te doy cinco minutos más, te recorres toda la casa —esbozó una sonrisa, más educada que sincera—. Pero tendrá que ser en otra ocasión, porque nos tenemos que ir.

—Oye, tu amigo, no estoy segura pero... juraría que ha estado sumergido en la piscina más de cinco minutos.

—¿De veras? —Gabriel enarcó las cejas al decir esto; no supe interpretarlo—. ¿Seguro que cinco minutos? ¿No entraría en el agua sin que te dieras cuenta?

Sus palabras me hicieron dudar.

—Puede ser. Es sólo que estoy segura de que... estaba sola. Y entonces apareció él, saliendo de la piscina.

—¿Él? —esta vez no había sorpresa fingida, era real—. ¿Orlando, él?

Y rompió a reír. Le miré sin comprender ni su comentario, ni su risa. Gabriel sacudió la cabeza y dijo:

—Es incorregible. Tengo una cosa para ti.

Extrajo de su bolsillo algo de lo que apenas pude ver un destello plateado. Se inclinó hacia mí, me rodeó el cuello con ambos brazos, lo que nos obligó a ambos a reducir la distancia que nos separaba a unos escasos centímetros, y me colocó un colgante. Por un segundo, su aroma me envolvió y logró crear una especie de vacío dentro de mi pecho a medida que respiraba aquel olor. Cuando escuché el clic en mi nuca y él se separó, cogí con mi mano el colgante que pendía de la cadena; era un pequeño escorpión de ónice, de un negro tan pulido y brillante que casi parecía una gota de mercurio oscuro. La cadena estaba formada por diminutos granitos de plata.

—Guárdalo bajo tu jersey, por favor, y no te lo quites. ¿Me has oído? Es muy importante que no te lo quites nunca.

Todavía nerviosa por su cercanía y con su olor anegando mi glándula pituitaria, le hice caso y me guardé el colgante dentro del jersey. Cuando levanté la cara me seguía mirando. Ninguno de los dos retiró la mirada de los ojos del otro. No creo que durara más de diez o quince segundos, pero el intervalo paralizó alrededor de mí el tiempo y el

espacio. Sus maravillosos ojos tenían mil iridiscencias a esa distancia tan estrecha. Pero no era sólo que poseyera el físico más arrebatador e innegablemente atractivo que había visto en mi vida; había algo más, algo que mi cerebro se empeñaba en traducir como una cierta rendición por su parte, como si lo hubiera conquistado. No me cabía ninguna duda de que no era sino el deseo que despertaba en mí. No tengo ni idea de cómo se puede conquistar a un ser humano como Gabriel.

De pronto, dio un paso atrás y me dejó el camino libre para que saliéramos de la sala. El hechizo y mis fantasías se deshicieron en el aire. Atravesamos el vestíbulo, de nuevo lleno con sonidos procedentes de la doble puerta de cristal, que continuaba cerrada. Me volví por encima de mi hombro para ver que, de nuevo, había siluetas moviéndose tras las puertas, como si se hubiera reanudado la fiesta que se celebraba cuando entramos Gabriel y yo en aquel enigmático piso. Gabriel hizo caso omiso de las voces, y seguimos caminando hacia la puerta de salida hasta que, a menos de diez pasos de distancia de ésta, oímos claramente cómo se abría una de esas puertas a nuestra espalda, y el nivel de los sonidos se disparaba a través de la doble puerta de cristal ahora abierta. Una voz retumbó por encima de todas las demás:

—¡Gabriel! ¡No sabía que estabas aquí!

Miré a Gabriel, que había fruncido el entrecejo. Su rostro, habitualmente bello y cálido, era ahora una máscara, bella también, pero dura y fría. Miraba al frente, hacia el picaporte de la puerta que estaba a punto de alcanzar. Porque no nos habíamos detenido al oír aquella voz, que sonó de nuevo, esta vez más bramadora:

—¡Gabriel! ¿Adónde vas tan deprisa?

Gabriel dio un paso más hacia la puerta de salida, con el gesto enfurecido.

—¿Es que no nos vas a presentar?

Entonces Gabriel se detuvo, miró hacia abajo y resopló. Me miró de reojo un breve segundo antes de darse la vuelta.

En aquella casa de distancias saltarinas y cambiantes, volví a llevarme un buen susto porque, si bien la voz sonaba al final del vestíbulo, en cuanto nos giramos, su propietario estaba a menos de dos palmos de nosotros. Y no se parecía en nada al nívico Orlando. Se trataba de un hombre, de más de dos metros de alto, con unos hombros exageradamente desarrollados que le proporcionaban un aspecto ciertamente animal. Guapo también, al estilo nórdico, había algo en su atractivo que, sin embargo, daba algo de repulsión. No, no era repulsión, era sencillamente miedo. Su rostro era muy alargado, con una

mandíbula bastante pronunciada. Su cabello, cejas y pestañas eran rubios, su piel muy blanca, aunque en absoluto recordaba la delicada palidez de Orlando y sus ojos de un azul casi transparente. Llevaba dos piercings de esferas plateadas diminutas en la ceja izquierda y otro más, idéntico, en un extremo del fino labio inferior. Todos los rasgos de su rostro habían sido perfectamente delineados con trazos finos y duros.

Apenas me miró. Hablaban en inglés, pero no pasé por alto la irritación en la voz de Gabriel.

—No sabíamos que vendrías.

—Yo tampoco sabía que estaríais aquí.

Entonces sí que me clavó sus ojos.

—Porque... de haberlo sabido, ¿me habría perdido la posibilidad de una presentación como es debido?

Aquel gigante se agachó hacia mí, me tomó la mano y me la besó ceremoniosamente. Confirmando mis recelos, su contacto levantó un escalofrío por mi espalda.

—Soy Isaak. ¿Y tú eres...?

—Per... —Gabriel me interrumpió, tirando de mi cintura hacia atrás en un movimiento brusco.

—Nos íbamos.

Isaak se sorprendió de su gesto y me contempló con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, pero no debí resultar lo suficientemente interesante para él, porque enseguida concentró su atención en Gabriel, con un suspiro de alivio por mi parte. Chasqueó la lengua mientras meneaba la cabeza de un lado al otro.

—No te irás sin, al menos, entrar para saludar, ¿no, viejo amigo?

—Tenemos prisa...

Extendió su brazo reptiliano para apoyar la mano en el brazo de Gabriel, gesto al que éste contestó con una sonrisa, más parecida a una mueca.

—Gabriel, Gabriel, Gabriel, tu excesiva exposición pone nervioso a más de uno — continuó Isaak. Su voz, teñida de cierta ironía, era grimosa, como si por debajo de su tono percibiera el ruido de bichos o tentáculos arrastrándose—. Y, cuando se trata de ser educado con los tuyos, escurres el bulto. ¿Acaso crees que eso te va a hacer más... *persona*?

—Por supuesto —contestó visiblemente enojado Gabriel.

Y, empujándome suavemente por la cintura, echamos a andar los tres hacia el fondo

del vestíbulo, en dirección a la sala de la que salía aquel borboteo de voces. Cuando me encontraba a dos pasos de las puertas de cristal, Gabriel se detuvo, y yo con él.

—Espérame aquí, voy a saludar a algunas personas y nos vamos, te lo prometo —me dijo.

Asentí. Tenía la sensación de ser una mosca en un nido de arañas y ese pensamiento me dejaba la garganta reseca. Gabriel atravesó la doble puerta de cristal, seguido por Isaak, y ambos desaparecieron. Escuché algunas voces repitiendo su nombre, alguna carcajada, algo de música de fondo. Mi visión de la sala, desde donde me encontraba, estaba limitada a un pequeño ángulo y tampoco me sentía con la suficiente curiosidad como para asomarme a investigar. De hecho, lo único que quería hacer era salir de allí. De vez en cuando, pasaban junto a la puerta algunos personajes de la extraña comitiva que estaba reunida allí dentro. Las personas que pude ver fugazmente eran tanto o más raras que Orlando o el mismo Isaak: pasó junto a la puerta un hombre, de más o menos mi estatura, con la cabeza absolutamente rapada y una camiseta negra de tirantes que dejaba al aire los numerosos tatuajes de su cuerpo. De hecho, llevaba tatuado el cráneo, el cuello, los hombros y los dos brazos hasta las muñecas. Le siguió una mujer tremendamente voluminosa, emitiendo sonoras carcajadas, que llevaba una blusa de llamativas flores rojas y blancas, ondeando a su paso como una balsa de aceite. Justo cuando pasó al lado de la puerta y, por consiguiente, muy cerca de mí, recogió con la mano su negra melena y la echó por delante de su hombro, y así pude comprobar que el pelo le llegaba por debajo de la rodilla. Pero todavía me aguardaban más sorpresas.

Mientras cambiaba mi peso de un pie a otro, lanzando un sonoro suspiro, pasó, fugaz como una visión, una mujer menuda de rasgos asiáticos y con una melena corta que recordé al instante. Se trataba de Lila, aquella extraña amiga de Max que organizó todo el viaje. Juraría que, además, al pasar giró su bonito rostro hacia la puerta y sus ojos rasgados de color violeta se posaron una breve fracción de segundo sobre mí.

Aquello era demasiado. Demasiadas coincidencias, pensé. En una ciudad colosal como Nueva York, ¿cuántas posibilidades existían de coincidir con aquella mujer en aquella casa, precisamente? ¿Una entre un millón? ¿Entre un trillón de millones? Eso sin contar con el hecho de que le había mentado a Max, al decirle que tenía que viajar urgentemente a Praga.

Había dado orden a mi cerebro de acceder a la sala para perseguir a Lila cuando la entrada se oscureció una fracción de segundo; una persona se interpuso en mi camino,

bloqueando la entrada. Lo primero que distinguí fue una silueta en pantalones, más o menos de mi estatura, pero más ancha. Se trataba de una mujer que había superado los sesenta años, calculé, vestida con exquisitez, con unos pantalones anchos de algodón gris y una preciosa camisa blanca con gemelos rojos. Por único adorno llevaba un largo collar de perlas grises. Aunque era evidente que no se había sometido a ninguna exigencia estética para disimular su edad, tenía una extraña belleza autoritaria y, al mismo tiempo, serena. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño a la altura de la nuca. Y, sobre todo, se movía con la mayor elegancia que había visto en mi vida. Lo supe en cuanto dio dos pasos hacia mí, acercándose mucho a mi cara. Me miró. No, mejor dicho me escrutó. Pero había algo más en su manera de observarme, con una curiosidad hambrienta, que no me gustaba. Detrás de su elegante y sofisticada fachada, se ocultaba algo más perverso, tétrico, que daba miedo. Un lobo con piel de cordero, sin duda.

—¿Y tú? ¿Quién eres y qué haces aquí?

El desprecio en su voz me dejó clavada en el suelo. Su inglés tenía un marcado acento ruso. Maduraba alguna contestación cuando se fijó en la cadena que llevaba al cuello, la que acababa de regalarme Gabriel. La señaló con el dedo, cuya uña estaba exquisitamente esmaltada.

—¿Qué llevas ahí, hija?

Esta vez su voz no resultó tan dura, pero había en ella una autoridad a la que resultaba difícil ofrecer resistencia, así que me saqué de dentro del jersey el resto de la cadena con el colgante, el extraño escorpión de ónice. Cuando lo vio, echó la cabeza unos centímetros hacia atrás, agrandando los ojos, y luego volvió a concentrar toda la fuerza de su mirada en mi rostro. Noté que me encendía como un farolillo de Navidad.

—¿De dónde lo has sacado?

—Es un regalo.

—¿De veras? Y ¿puedo preguntarte de quién?

—Mío —la voz de Gabriel sonó tras la mujer.

Era innegable el poder de aquella mujer para reducir la confianza en uno mismo. Se apartó para ver a Gabriel y, cuando lo descubrió, sonrió de una manera sarcástica, mientras le señalaba con un índice oscilante.

—Tú... eres muuuy travieso, Gabriel. Deberías explicarme esto, ¿no te parece?

—Otro día, Ulla, hoy tenemos prisa.

Gabriel sorteó a la mujer y se colocó junto a mí, agarrando mi cintura otra vez —cada

vez que lo hacía, se me congelaba la respiración en los pulmones—, para irnos. Pero no llegamos a dar ni un paso.

—¡Espera un momento!

Nos detuvimos y nos giramos al mismo tiempo. Aquella mujer, Ulla la había llamado Gabriel, hizo un gesto repentino y rápido que nos pilló a los dos desprevenidos: cogió mi mano derecha entre las dos suyas y las apretó con fuerza. No fue agradable: sentí algo parecido a lo que debe de ser una descarga eléctrica, pero en sentido negativo. Es decir, una fuerza abrasadora de frío me recorrió desde las manos hasta la base de la nuca, con tanta violencia como si me hubiera pasado un coche por encima. Sentí crujir cada uno de mis huesos, hasta los de la nariz, y una oleada de dolor siguió a la ola de frío, haciendo el mismo recorrido. La presión me hizo expulsar el aire de los pulmones y ese detalle me hizo pensar, mucho después, que aquello no duró más de unos segundos. Porque durante aquel tiempo no pude respirar, debido al inhumano peso que sentí sobre mí, alrededor de mí, dentro de mí, hurgándome las entrañas y aplastándolas contra la caja torácica, mientras Ulla me cogía la mano.

La soltó con la misma virulencia y creo que justo entonces perdí, durante uno o dos segundos, la conciencia. No llegué a caer, pero en mi cabeza todo se volvió blanco y algodonoso; luego me subió una arcada por la garganta que logré tragarme. No quería vomitar delante de Gabriel.

Abrí los ojos, aún de pie aunque no sabía cómo, y vi a Gabriel, sujetando con sus manos las muñecas de aquella mujer. Estaban hablando deprisa, en un tono bajo de voz. Sólo capté estas palabras:

—Si no la coges, caerá al suelo.

Y entonces Gabriel soltó a Ulla y pasó un brazo por debajo de los míos, abrazándome con fuerza. No tenía ninguna intención de caerme, pero tal vez ese temblor de mis piernas no pensaba igual. De todas formas, estaba demasiado cansada como para apreciar el pequeño detalle de que mi cuerpo estaba pegado al de Gabriel.

Enseguida comencé a sentirme mejor y a recuperar mis facultades. Ulla estaba diciéndole a Gabriel:

—Ahora ya está claro tu concepto de integración.

—Siempre ha estado claro, Ulla.

—No debías haberme ocultado su presencia. ¡A mí! —la voz de Ulla sonaba furiosa.

—No voy a discutir ahora contigo los motivos que tenía para hacer lo que hice. Sólo te

pido que mantengas silencio sobre este asunto.

Ulla soltó una fea carcajada.

—¡Me pides! —subió el tono de su voz—. ¡Me pides! ¡No estás en condiciones de pedir nada, Gabriel, maldita sea!

—Sí, maldita sea nuestra estirpe. Pero llegas tarde, Ulla.

Gabriel dio media vuelta, sujetándome todavía en vilo, y nos encaminamos hacia la puerta. Antes de salir del piso todavía pude oír una vez más a Ulla, enfurecida:

—¡Sabes ante quién tendrás que rendir cuentas! ¡Y sabes que no será tan benévola como yo!

Mientras la puerta de ébano se cerraba, atisé por encima del hombro de Gabriel hacia el interior del piso y distinguí a Ulla, todavía de pie en el umbral, mirándonos con ferocidad. Y, tras ella, estaba Isaak, también contemplándonos. Aquello reavivó mis náuseas.

Un breve lapso de tiempo después, del que no guardo un recuerdo concreto, Gabriel me estaba dejando en la puerta de mi hotel. Justo antes de entrar por la puerta giratoria, se detuvo en seco, se giró hacia mí y dijo:

—Quiero pedirte, Pers, que tengas mucho cuidado. Necesito que te mantengas a salvo. Cuídate. No hay mucho que yo pueda hacer mientras no esté contigo. Por eso es tan importante que no te quites el colgante, pase lo que pase.

Me besó en la frente y se fue, sin decirme nada más, caminando con prisa, a grandes zancadas, atravesó el portón de hierro, giró a la derecha y salió de mi campo de visión sin volverse ni una sola vez.

Me quedé allí, de pie, como una tonta, mirando el sitio por el que había desaparecido. Sin darme apenas cuenta de lo que hacía, me quité la cadena para contemplar mejor el colgante. No era bonito, de hecho era algo tétrico; la figura del escorpión era bastante realista y las guirnalda de luces colocadas en los árboles del patio del hotel arrancaban destellos metálicos al ónice en el que había sido tallado. Esperaba verlo cobrar vida en cualquier momento, deslizándose por la palma de mi mano. No tenía ni idea de qué podía significar todo aquello, pero como estaba algo irritada por su repentina marcha, me lo quité y lo eché en la mochila. Si Gabriel pensaba que iba a ser tan fácil seducirme, tendría que demostrarle lo contrario. ¿No?

Subí a mi habitación dando vueltas a todo lo que había visto, oído y sentido hasta entonces desde que entré en el club de jazz. Estaba todo fragmentado en mi cabeza,

recordaba nítidamente algunas sensaciones, como el malestar que sentí cuando Isaak me dio la mano, la extraña advertencia de Nadir, la aún más extraña coincidencia de que Lila estuviera en aquella casa... ¿Coincidencias? ¿De verdad lo habían sido? Pero sobre todas las cosas, por encima y por debajo de todas las situaciones anormales que estaba experimentando en las últimas horas, estaba Gabriel; me daba perfecta cuenta de que me encontraba absolutamente anulada por él y, lo que era peor, me parecía encontrar en sus ojos un sentimiento parecido al afecto que me iba a trastornar por completo.

Me puse el pijama, me cepillé los dientes, me lavé la cara a conciencia y me metí en la cama. Había dejado las cortinas sin correr, de forma que pudiera ver el cielo oscuro y entrara el reflejo de las luces nocturnas en la habitación. Mi cabeza siguió dando vueltas hasta que me invadió el ligero sopor que precede al sueño. Justo cuando iba a cerrar los ojos, lo vi. Bueno, no, no lo vi, porque creo que ya había cerrado los ojos: lo *sentí*. La esquina de la habitación más alejada de mi cama se había vaciado. No era que faltaran los muebles, porque el inmenso mueble-bar de caoba seguía en su sitio. Era como si se hubiera producido una ausencia de oxígeno, como un agujero negro que comenzara a tragarse la escasa luz que llegaba hasta allí. O, mejor dicho, como si algo más oscuro y negro estuviera ocultando esa parte de la habitación. Todos mis sentidos de alarma saltaron al unísono. Me senté en la cama. No estaba sufriendo una alucinación, había *algo* allí, intangible y casi invisible. Sólo una palabra brillaba en mi cabeza como luces de neón: vacío. La nada, el vacío, la ausencia de vida, como una gran bola oscura, blanda y viscosa que esperaba, agazapada, mirándome. En un acto reflejo, eché mano del primer cojín que pillé y lo arrojé contra aquella esquina. El cojín, un ancho rectángulo de seda color marfil con remates dorados, desapareció enseguida en la oscuridad; de hecho, ni siquiera lo escuché golpear la pared.

De pronto, aquello, fuese lo que fuese, comenzó a moverse. Mi corazón sufrió una descarga brutal de adrenalina y tuve que ahogar un grito con ambas manos, porque aquello se movía en dirección a mi cama, reptando por la pared, muy lentamente, como si estuviera reconociendo el terreno. Era ahora más perceptible que antes, porque a medida que se acercaba a la ventana, me daba cuenta de que la luminosidad exterior no podía atravesarlo, sino que más bien rebotaba en aquella forma que se iba acercando. Entonces me di cuenta de que no se movía, se *estiraba* hacia mí: la esquina en la que lo había descubierto seguía inmersa en aquel vacío negro y frío. Frío, en la habitación había comenzado a hacer tanto frío que de mi boca salía vaho junto a la respiración acelerada,

tenía el pulso como loco, pensé en un destello de racionalidad que me iba a dar un infarto, que me estaba dando un ataque al corazón y por eso veía o sentía aquello. Pero mi piel estaba bien despierta, sin pesadillas de por medio, porque estaba erizada, con el vello de punta. Mientras, la cosa seguía acercándose, devorando la pared, oscureciéndola a medida que reptaba por ella. Intenté gritar pero era incapaz de aguantar el aire en mis pulmones lo suficiente como para formar un chillido; estaba sufriendo un ataque de pánico, pero *aquello* seguía acercándose más y más. Ahora había abandonado la pared y reptaba por el suelo hacia los pies de mi cama. Disparé mi brazo hacia la lamparilla de noche; no me sorprendió en absoluto que no se encendiera. Lo intenté también con la pequeña consola de luces que tenía sobre mi mesilla y que controlaba todas las luces de la habitación. Nada. Así que aquello devoraba la luz, incluso la que no había llegado a producirse. Eso mismo haría conmigo, me alcanzaría y me chuparía la vida, hasta el último aliento para dejar después la carcasa reseca e inservible de mi cuerpo muerto.

El frío ya era doloroso, me atenazaba los pies y las manos, sobre todo cuando vi que la mancha estaba sobre mi cama, a menos de un metro de mis rodillas encogidas. Me encontraba paralizada por el puro terror, dejé de respirar el aire gélido, esperando el final de un momento a otro, sin poder pensar, reaccionar, huir, mover un solo dedo. Cerré los ojos, con furia, desesperada por todo lo que estaba pasando, por lo que no iba a pasar, lo que no podría vivir porque algo me iba a robar la oportunidad de, por ejemplo, besar a Gabriel...

¡Gabriel!

Abrí los ojos desorbitados justo antes de que aquella cosa sin vida tocara la punta de los dedos de mis pies y salté hacia la butaca donde, media hora antes, había tirado mi mochila. Metí el brazo, hurgando en el interior, pero no daba con lo que quería sacar. Miré por encima de mi hombro, sólo para confirmar mis temores: la mancha oscura había girado hacia el borde de la cama por donde yo acababa de saltar. Sin embargo, lo que finalmente me hizo gritar fue un agudísimo dolor en el empeine de mi pie derecho, el único que todavía tocaba el suelo. El dolor, parecido al de una quemadura súbita, se extendió por toda la pierna y alcanzó la base de mi cerebro. No había visto que otra de aquellas cosas había descendido por la pared del cabecero de la cama, había reptado hasta la butaca en la que me encontraba y había alcanzado el pie que tenía aún apoyado en el suelo. Lo había quemado. En cuanto noté el dolor, recogí el pie en la butaca que, en breves segundos, dejaría de existir también.

Dios, ¿qué era aquello?

Me moví como pude, con las articulaciones entorpecidas por la congelación, buscando histéricamente en el interior de la mochila. Pero no lograba encontrar lo que buscaba, así que, en un movimiento desesperado, volqué la mochila para que todo su interior cayera sobre mis rodillas. Algunas de las cosas se desparramaron por el suelo y descubrí que lo que caía no emitía sonido alguno, ni siquiera el eco suave de chocar contra la moqueta. Las dos manchas se encontraban ya a escasos centímetros de mí. El pulso me latía tan furiosamente en las sienes que en la visión periférica de mis ojos comenzaron a aparecer fugaces destellos blancos, como algodones. Me daba cuenta de que estaba inhalando y exhalando aire demasiado deprisa, pero me encontraba incapaz de controlar mis emociones desbocadas. Manoteé nerviosamente en mi regazo, buscando... el colgante de ónice de Gabriel. Lo toqué primero con los dedos y luego lo apreté con fuerza contra mi pecho, acurrucada en la butaca, rezando, llorando, despidiéndome. Cerré los ojos y aguanté la respiración, esperando la primera punzada de dolor que entraría en mi cuerpo, era seguro, por los pies. No me atrevía a moverme. Iba a morir y no encontraba ni un ápice de valentía para intentar afrontar con dignidad lo que iban a ser mis últimos segundos de vida. Lloré.

Iba a morir. A morir.

Lo primero que noté fue que ya no tenía frío. Lo segundo, que podía abrir los ojos. Lo tercero, que la habitación estaba a oscuras, tranquila, durmiendo, que la vida seguía desarrollándose al otro lado de mi ventana. Lo cuarto, que todo había pasado. Me levanté como pude, a duras penas, di un manotazo en la consola de las luces y se encendieron todas. Las paredes seguían teniendo su tela color marfil con suaves flores verticales, la cómoda de caoba seguía estando en su sitio, mi cabecero continuaba igual de anónimo e impersonal que antes... Lo único que me aseguró que aquello no había sido una pesadilla fue mi piel, extraordinariamente fría y ligeramente amoratada, y el dolor de mis articulaciones, provocado, sin duda, por la perversa exposición a bajas temperaturas.

Y luego, estaba aquella cosa en mi pie, oscura, parecida a un borrón de tinta negra, pero que escocía como no había sentido nunca ninguna quemadura. Sin embargo, por encima de aquel dolor lacerante estaba la sensación de supervivencia a la catástrofe, de seguir con vida pese al ataque de... lo que hubiera sido aquello.

Una pesadilla. Decidí que todo lo que acababa de ocurrir tenía que haber sido una especie de alucinación, una pesadilla, una reacción incomprensible a algo más

incomprensible aún. Me metí en la cama, tapándome con el edredón blanco hasta las cejas y sin dejar de apretar el colgante de ónice entre mis manos.

Desperté casi en la misma posición, con las luces de la habitación encendidas y con las manos dormidas, de la posición forzada durante la noche. Tardé un buen rato en moverme, espiando todos los rincones que habían protagonizado mi ataque de pánico, aterrorizada porque todas las posibles explicaciones eran a cual peor: o me estaba volviendo loca, o había sufrido una alucinación o... la última era sencillamente inasumible. La deseché y salí por fin de la cama, con el sano propósito de ducharme. En cualquier caso, el sol que entraba por la ventana, de una realidad incontestable, contribuyó a hacer que la experiencia de la noche anterior adquiriera la extraña textura de una pesadilla demasiado profunda. Los monstruos no existían a la luz del día. ¡No! Los monstruos no existían, y punto. De todas formas, me colgué el escorpión en el cuello. El ónice parecía estar ardiendo, supuse que de haberlo tenido apretado entre mis manos toda la noche. Pensé que el agua de la ducha me daría fuerzas para afrontar el nuevo día.

En cambio, mi corazón pegó un vuelco y mis piernas se convirtieron en puro granito anclado al suelo en cuanto saqué los pies del edredón y descubrí una pequeña mancha negra informe en el pie. Ni siquiera entonces me atreví a tocarlo.

Con náuseas que no podían hacerme vomitar porque tenía el cuerpo vacío de alimentos, huí al cuarto de baño y me encerré en él. Me duché concienzudamente, como si el agua pudiera arrastrar los restos de la pesadilla de la noche anterior. Pero, sobre todo, me duché con todas las luces encendidas en el cuarto de baño, para asegurarme de que no quedaba ningún resquicio a oscuras.

Cuando salí, descubrí que alguien había deslizado una nota por debajo de la puerta de mi habitación. La cogí, era una fotografía, en tamaño estándar, aunque apenas entendía nada de lo que mostraba: unas ¿siluetas? en movimiento, borrosas, a contraluz; no, no era luz blanca lo que había de fondo, sino una oscuridad menor que la de las sombras. Era un poco siniestra y bastante fea. Le di la vuelta. Tenía una línea manuscrita:

Ven a mi habitación, tenemos que hablar, es muy importante.

Oliva

El «muy» estaba subrayado nerviosamente varias veces. Volví la fotografía, menuda mierda de trabajo. No se distinguía nada. Pensé que la había rescatado de la papelera porque necesitaba algo en que escribirme el mensaje.

Me vestí y salí al pasillo. Llamé varias veces, pero no contestó nadie. No salía ningún ruido del interior. Miré mi reloj; eran las ocho menos cuarto de la mañana. Oliva debía de haber madrugado. Me encogí de hombros y bajé a desayunar, con la esperanza de encontrármela allí. No. Desayuné sola.

Cuando salí al patio de la entrada del hotel, el sol me cegó por un momento. Cerré los ojos y me dejé acariciar por la luz, por el estímulo de un nuevo día con Gabriel, aunque no tenía ni idea de dónde encontrarle. Pero cuando los abrí, Gabriel no apareció por ningún sitio; la luz ya no me pareció tan bonita y se levantó una brisa que me dio algo de frío. Decidí buscar en el mapa la forma de llegar al Metropolitan. De momento, Madison Avenue hacia Central Park.

Salí del patio del hotel hacia la derecha y subí por la calle. Me detuve en el cruce con la 51 por el semáforo y cuando ya tenía la luz verde para peatones, me fijé en una pareja de chicas con sendos vestidos ceñidísimos y sobre unos altísimos tacones, que esperaban enfrente para cruzar y observaban algo situado a mi izquierda. Me llamaron la atención porque no podían tener los ojos más desorbitados ni la boca más abierta. Sin poder evitarlo, me giré hacia el punto al que miraban ellas.

Cómo no. Un impresionante descapotable blanco acababa de detenerse a mi lado y Gabriel, desde el asiento del conductor, se estaba estirando para abrirme la portezuela del pasajero. Por lo inesperado, y también por lo deseado, su visión hizo que mi corazón lanzara una inyección de adrenalina a cada uno de mis músculos. Llevaba una impecable camisa celeste, arremangada hasta los codos. Superado el shock –si era posible superarlo en algún momento de mi vida–, me colé casi furtivamente en el asiento del copiloto y cerré la puerta. El semáforo se había puesto rojo para nosotros, pero las dos chicas nos seguían mirando boquiabiertas mientras cruzaban el paso de cebra. Me sentí cohibida, demasiado vulgar para formar parte de esa escena. Desvié la mirada hacia mi regazo, porque noté que me estaba poniendo colorada. Entonces Gabriel me cogió la cara por la

barbilla, giró mi rostro hasta tenerme frente a sus ojos y me dio un beso fugaz en la mejilla, muy cerca de la comisura de mis labios.

–Buenos días –susurró en mi oído.

Ya podía morirme en paz. Aunque hacerlo ahora sería una lástima, con tantas promesas en el aire y en el azul de sus ojos...

–Hola. Pensé que no te vería hoy.

–La improvisación suele formar parte de mi vida. Lo que ocurre es que has madrugado más de lo que esperaba y cuando he llegado al hotel ya ibas calle arriba. Un poco más y te hubiera perdido. Me habrías condenado a un día miserable, buscándote por las infinitas calles de esta ciudad.

Pero ¿es que este hombre tenía siempre la palabra perfecta en los labios? Me limité a sonreír. Aunque en la cabeza me bullían algunas preguntas relacionadas con el ónice que llevaba al cuello y con la gente que había visto la noche anterior en aquella casa. Hice un esfuerzo para no sucumbir a la urgencia de preguntarle, para no parecer impertinente o avasalladora.

–Bueno, y ¿qué hay previsto para hoy?

–Mmm... ¿has paseado alguna vez por un templo egipcio?

Otra vez el misterio, pero esta vez no me iba a pillar desprevenida:

–Sí; de hecho, en Madrid tenemos uno en mitad de un parque.

–Cierto –asintió con la cabeza–. ¿Y por el interior de una pirámide?

Seguía sonriendo. Me abstuve de preguntarle adónde quería llevarme, con tal de seguir maravillándome ante su sonrisa. Además, había otras cosas más importantes de las que hablar.

–Sonríe –me dijo–. Todavía nos están mirando.

Hizo un gesto hacia mi espalda y me giré para comprobar que las dos chicas del cruce seguían allí detenidas. Me eché a reír. Gabriel me siguió en la carcajada y arrancó el motor.

Sin embargo, en una de las ocasiones en que Gabriel giró el coche y salimos hacia una calle inundada de sol, la sombra del edificio a mi derecha que percibí con el rabillo del ojo me trasladó con intensidad la pesadilla de la noche anterior. Me eché la mano al cuello instintivamente, para comprobar que el colgante seguía en su sitio. Gabriel me vio hacer el gesto y debió de sospechar algo, porque inmediatamente me preguntó:

–¿Tienes algo que contarme?

Detuvo el coche junto a una acera casi vacía y se giró hacia mí:

–¿Qué es, Pers? ¿Qué ha pasado?

Toda la urgencia que había sentido momentos antes se desvaneció. En su lugar, sentí una especie de pudor incómodo.

–No ha sido nada... al menos, nada que pueda contar fácilmente.

–Tengo todo el tiempo del mundo para esperar a que encuentres las palabras adecuadas.

Desvié la mirada de su rostro, intentando concentrarme en traducir a vocabulario común lo que había ocurrido la noche anterior. Eso era lo complicado, lo fácil era conceptualizar lo que yo había sentido: pánico. Eso, sin contar con la sensación más que física de dolor cuando aquella mancha me tocó.

–Anoche, cuando fui a dormirme –¿o ya me había dormido? ¿Estaba ahí la clave?– me pareció ver algo en mi habitación...

–¿Algo o alguien? ¿Entró alguien en tu habitación?

–No, no fue una persona, fue... –llené de aire mis pulmones y lo solté, preparada para la reacción de Gabriel–, algo más extraño. Oscuro. Y frío.

Le miré de reojo para calibrar su expresión pero nada podía haberme preparado para lo que vi: nada. Me miraba con la cara vacía de cualquier sentimiento. Una auténtica cara de póker. Entonces pensé que simplemente estaba esperando a que yo dijera algo más para soltar la carcajada, mirarme como a un bicho raro o hacer lo que fuera, ¡algo! Sin embargo, se giró hacia el volante, encendió el motor y puso el coche en marcha. Su ausencia de reacción fue devastadora para mi ánimo.

Cuando habló, lo hizo con evidente fastidio en la voz:

–¿No te habrías quitado el colgante que te puse, verdad? ¿Te lo quitaste?

No me atreví a contestar. Pensé que si hablaba, no podría seguir conteniendo las lágrimas. Gabriel detuvo otra vez el coche, en una calle que discurría paralela al East River. Apenas la miré, porque no estaba de humor para contemplar más paisajes. Insistió:

–Pers, mírame: ¿te quitaste el colgante?

Como yo no hacía ademán de girarme, me cogió del brazo, sin agresividad, pero con apremio:

–¡Contéstame! ¿Te-lo-quitaste?

Me volví a mirarle. Pese a mi pretendido autocontrol, las lágrimas corrían por mi cara. Me enfurecí conmigo misma. ¿Por qué lloraba si lo que quería era exigirle que me

explicara la relación entre ese colgante y la pesadilla de la noche anterior? Pero la reacción que tuvo Gabriel fue mucho más extraña: se limitó a chasquear la lengua disgustado y a suspirar. Dejó de mirarme y observó pensativo la calle que teníamos delante de nosotros. Estuvimos un rato así. Al final, dejé de llorar y empecé a buscar un pañuelo en mi mochila. Gabriel, inmerso aún en su mutismo, se inclinó hacia la guantera del coche y sacó un paquete de kleenex que me tendió.

—No puedo hacerlo solo, Pers —había un profundo cansancio en su voz—. Te juro que si pudiera, me encargaría de protegerte todas las horas del día, de todos los días del resto de tu vida. Pero no puedo hacerlo. No voy a estar siempre a tu lado. Aunque sea lo que más quisiera hacer. ¿Comprendes la importancia de que al menos lleves algo que te ayude a protegerte a ti misma cuando yo no pueda hacerlo? —al hablar, se había ido acercando hacia mí y ahora casi podía sentir su respiración en mi cara.

—No sé de qué hablas. ¿Protegerme de qué? ¿De quién? ¿Qué es lo que tienes que hacer tú solo? ¿Qué tiene que ver todo esto con lo de anoche? ¿Qué tengo que ver yo con todo esto? ¿Qué es lo que pasó anoche y por qué el colgante me salvó la vida? ¿Qué está pasando?

A medida que fui sacando de mi cabeza todos los interrogantes que me inundaban desde el día anterior y los iba formulando con palabras, fui sintiéndome más fuerte. Estábamos tan cerca el uno del otro que nuestros alientos se enredaban.

—¿Quién eres?

—Alguien que sólo intenta protegerte.

—¿Qué significa eso? ¿Vas a explicarme algo? —insistí.

—No.

Fue tajante. Me irritó que intentara zanjar el tema, como si yo fuera una niña pequeña. Sin embargo, su negativa llevaba implícita la existencia de algún tipo de «secreto», algo que yo remotamente vinculaba con mi experiencia de la noche anterior. Me froté los brazos porque de pronto noté la piel muy fría. Gabriel me miraba, impertérrito.

—¿Qué? —pregunté.

—Esto —Gabriel comenzó a hablar con excesiva suavidad— no tenía que estar ocurriendo. Tú no deberías estar aquí. No deberíamos habernos conocido, ni a Orlando o Isaak. Y lo de Ulla... ha sido imperdonable y va a causarme molestias. Lo de anoche fue un acto grosero e imperdonable, pero no sé quién lo ha hecho.

—¿Cómo que quién lo ha hecho? ¿Es que ocurrió de verdad y no fue una pesadilla

mía?

—Es que ni siquiera deberíamos habernos conocido. No deberías estar aquí.

—Oye, yo no he planificado nada de esto. Ni siquiera la idea de venir a Nueva York fue mía.

Gabriel sonrió.

—¿Me estás queriendo decir que lo de las copas de champán no fue intencionado? Me cuesta creerlo.

Me recosté en el asiento y cerré los ojos. Me estaba mareando. Mal hecho, porque reviví hasta el último tintineo de cada copa, segundos antes de estrellarse en torno a mí contra el suelo. Gabriel cerró la capota del coche y encendió el aire acondicionado. En cuestión de segundos, el habitáculo del coche se había enfriado considerablemente y eso contribuyó a calmar mi estómago. Entonces posó una mano sobre mi frente. Abrí los ojos y le vi a un palmo de distancia de mi nariz.

—Demasiada información, ¿verdad? Te propongo que nos olvidemos de esto por un rato. Ya seguiremos charlando. Tenemos todo el tiempo del mundo, ¿verdad?

—No, no lo tenemos. El lunes por la mañana regreso. Y me gustaría tener respuestas antes de irme.

—No regresarás el lunes —dijo Gabriel clavando sus ojos en los míos—, si logro convencerte de que te quedes conmigo. Y tendrás tus respuestas, te lo prometo.

Una oleada indescriptible de emociones anudadas en ramilletes subió por mi espina dorsal.

—¿Qué quieres decir? —otra vez las mariposas flotando.

Se limitó a sonreír y arrancó el coche.

Al Metropolitan. Ahí era donde íbamos. Pasamos allí el día completo. No fue sólo pasar las horas entre aquellos maravillosos tesoros de todo el planeta, almacenados y expuestos a la vista de los curiosos como yo, sino vivirlas con él. Me hice con un plano del museo al entrar e intenté seguir un recorrido racional valiéndome del mapa. Gabriel caminaba detrás de mí, siempre con la sonrisa flotando en sus labios. Cada vez que me perdía, y fueron demasiadas, él me seguía, sin intentar corregir mi trayectoria errática y errabunda. Era delicioso. Una parte del edificio estaba en obras de remodelación, lo cual no contribuía lo más mínimo a mi escasa orientación. Cuando nos encontrábamos con un muro que, según el mapa, no debería estar ahí, era él quien nos sacaba fuera del laberinto. Era evidente que se conocía el museo al dedillo y que disfrutaba dejando que

tomase yo las decisiones, aunque eso implicase acabar en el mismo punto una y otra vez. Cuando nos deteníamos junto a una obra, él complementaba la información sobre el autor o sobre ésta. Charlábamos, nos reíamos (demostró tener un afilado sentido del humor, reparando en pequeños detalles de la gente con la que nos cruzábamos e inventándose un perfil completo de su vida) pero, cuando quería saber algo más de él, levantaba un apenas perceptible muro entre los dos que me irritaba y, al mismo tiempo, me apasionaba. Cuando le pregunté, por ejemplo, que me explicara en qué consistía exactamente su trabajo, se limitó a responderme –mientras contemplaba maravillado un ininteligible Pollock, *Autumn Rythm*– que era monótono y gris.

–Soy... una especie de guarda fronterizo. Como los que trabajan en aduanas.

–Pero Nadir me dijo que trabajas en compras y fusiones de empresas.

Gabriel asintió.

–Eso también.

Pese a mis preguntas, no quiso darme más explicaciones, así que renuncié por el momento a ellas, porque no quería ahuyentarlo. También choqué contra su invisible muro mientras estábamos sentados frente al templo egipcio de Dendur, con la enorme cristalera teñida del verde de Central Park a nuestra derecha. Aunque no nos tocábamos, existía una especie de corriente eléctrica circulando entre los dos. Creo que si me hubiera rozado con uno de sus dedos habría sentido una descarga. Intentaba concentrarme en lo que tenía delante, en el templo, pero era inevitable sentir su presencia, el espacio que ocupaba su figura a mi lado, tan cerca, y actuar como si nada.

–¿Tienes pareja?

–No. Es imposible que alguien como yo pueda convivir con una persona a su entera disposición.

–Pero ¿nunca has tenido?

Gabriel me miró, haciendo una mueca con la comisura de los labios.

–¿Y tú?

–Sujeto erróneo. Estamos hablando de ti.

–En tal caso, la respuesta común a todas las preguntas de este tipo es no –contestó sonriendo.

–¿Hay algo a lo que puedas contestarme afirmativamente?

Gabriel asintió con la cabeza:

–Millones de preguntas. Sólo tienes que hacer las correctas.

Suspiré. Él aprovechó el suave vacío que flotaba en ese momento:

—Me toca.

Y comenzó una batería de preguntas, desde las más triviales hasta las más personales. Yo me arrogué el mismo derecho a dejar de contestar las que me parecían menos oportunas. No quise hablar, por ejemplo, de Max. Tampoco de Helena, porque era un tema en el que generalmente me sentía débil y vulnerable.

Sí intenté en varias ocasiones que me explicara qué había querido decir en el coche, pero fue inútil; a cada pregunta hacía un gesto negativo con la cabeza. Al final del día, casi había logrado convencerme de que habían sido alucinaciones mías.

El sol fue moviéndose entre las copas de los árboles mientras hablábamos, proyectando sombras móviles en la inmensa sala del templo. Cuando miré el reloj, me di cuenta de que faltaban pocos minutos para que el museo cerrara. Comprobé que la sala se había ido vaciando.

Cenamos juntos, en un pequeño restaurante cerca de Fulton Street, panelado con grandes láminas de metal. De algunas de las paredes metálicas caía una fina película de agua, como si se tratara de una cascada futurista. En contraste, del centro del techo pendía una gigantesca lámpara barroca de lágrimas de cristal. El local no tenía todas las mesas llenas, éramos pocos clientes. Gabriel contemplaba divertido mi escasa experiencia en restaurantes de esa categoría, mirando cómo intentaba comprender parte del menú. Me temía que, harto de esperar, él iba a pedir por mí la cena de un momento a otro y la perspectiva me enfurecía.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó divertido, tras su habitual fachada de cortesía.

—No, gracias —contesté—. Prefiero equivocarme y pedir saltamontes fritos que dejar que elijas por mí.

Gabriel rió entre dientes:

—Precisamente —me dijo con fingido aire misterioso—, este sitio es famoso por su parrillada de insectos.

Le miré horrorizada y eso le hizo reír.

—No está bien que te rías de mí —ahora me tocaba fingir a mí—. Que no entienda lo que pone en esta carta no significa que sea una analfabeta. Me imagino que la gente con la que estás acostumbrado a venir aquí sabe lo que quiere.

—Te equivocas —dijo y bajó la mirada a la carta, el humor sombrío ahora, con una

mirada tan dura que me hizo temblar—. Vengo aquí yo solo. De todas formas, la gente a la que *estoy acostumbrado* tampoco suele cenar.

—¿No? ¿Qué significa eso?

En ese momento apareció el camarero para tomarnos nota. En el rato que transcurrió desde que pedimos hasta que nos trajeron los primeros (ensalada con langosta para mí, ostras rebozadas para él, aunque no vi por ningún sitio la concha de la ostra), la conversación fue serena, sosegada y dulce. Gabriel se mostró atento y suave en sus modales. Y estaba absolutamente pendiente de mí. Estaba relajada y encantada de la vida, de su compañía, de su rostro y de aquellos ojos azules.

—¿Qué es eso que has pedido? —me preguntó cuando me trajeron el segundo plato.

—Creo que son raviolis, aunque no estoy muy segura —sonreímos los dos—. ¿Quieres probarlo?

Gabriel asintió y yo pinché con el tenedor cuidadosamente un ravioli, gigantesco. Cuando le tendía el tenedor golpeé su copa de vino, que se estrelló ruidosamente contra el mantel blanco... y su muñeca, causándole un corte del que comenzó a manar sangre. No era una herida profunda, pero las gotas de sangre se mezclaban en el lino del mantel con las de vino, creando un mosaico de distintos escarlatas. Lo que sucedió a continuación fue demasiado rápido para que mi mente pudiera procesarlo todo cronológicamente: comencé a disculparme con Gabriel cuando me di cuenta del corte en su muñeca y me subió una ola de calor por el cuello; él se apretó la herida con una servilleta, al tiempo que llegaba hasta nosotros un camarero, alertado por el ruido, dispuesto a retirar los restos de cristal y empapar el vino del mantel con un trapo. Yo estaba balbuceando mirando horrorizada a Gabriel, pero él se limitó a decir, con una serenidad pasmosa:

—Estoy bien, Pers, no ha pasado nada.

Alcé hacia el camarero la mirada con auténtico terror:

—¡Se ha cortado! ¡Por favor, tráiganos algo!

Gabriel alzó las cejas con sorpresa:

—No, no me he cortado, son manchas de vino.

Había visto perfectamente cómo el borde dentado de la copa creaba una fina línea roja en la piel blanca de su muñeca que comenzó a producir sangre brillante. Pensé que no se había dado cuenta del corte, aunque se lo estaba tapando con la servilleta. El camarero, alarmado por mi tono de voz, se volvió hacia Gabriel:

–Señor, ¿está seguro?

Entonces Gabriel se apartó la servilleta y dejó su perfecta muñeca al aire: inmaculada, blanca, lisa, tersa, uniforme, sin rastro de ninguna línea ni gota de sangre. Apoyó la servilleta sobre la mancha de vino. Mi mandíbula se desencajó. De reojo, vi que el camarero me echaba una mirada de desaprobación y se alejaba de la mesa con los restos del cristal y el trapo empapado en vino. Miré a Gabriel totalmente alucinada, no daba crédito.

–Pero ¡lo he visto! ¡He visto el segundo exacto en el que la copa te cortaba!

Cogí la servilleta y la volví, pero la mancha que la empapaba podía ser perfectamente de vino. Entonces añadí una pregunta que, en otra situación, habría resultado completamente enajenada, fuera de todo sentido y lógica:

–¿Cómo lo has hecho?

A Gabriel le sorprendió mi pregunta y, tras meditar la respuesta, dijo:

–Tengo esa facultad.

–¿Qué?

Se inclinó hacia delante y yo le imité.

–Hay gente que somatiza sus preocupaciones –dijo–, convierte sus angustias en auténticas dolencias físicas; yo tengo la suerte de hacer lo contrario: tengo cierto autocontrol sobre mi cuerpo y eso me permite pasar por encima de pequeños inconvenientes, como el de una copa rota que me tira encima la persona que está acabando con mi resistencia emocional a su mirada.

Pasé por alto el último detalle de su frase, aunque se me clavó bien dentro, e intenté concentrarme en el resto:

–¿Quieres decir que puedes... cerrar una herida instantáneamente?

–Mmmm, depende del calibre de la herida. Un rasguño como éste, sin problema.

Volví a fijarme en su muñeca, tan inmaculada como antes de mi torpeza. Hipnotizada ante el descubrimiento, decidí retarle:

–No te creo.

–¿Cómo que no? Lo acabas de ver –Gabriel sonreía seguro de sí mismo.

–Vuelve a hacerlo.

Se echó a reír.

–¿Quieres que me corte? ¿Adrede? ¿Tratas así a todos los que te cortejan?

Iban dos. Esa noche iba a costarme mucho conciliar el sueño. Seguí con el juego:

—No querrás que lo haga yo, con una copa rota ya he tenido suficiente.

Sostuvo mi mirada, calculando la intensidad de mi petición o, tal vez, ahora lo pienso, decidiendo si descubrirse tan pronto.

—Está bien. Pero con una condición: no quiero preguntas, ni una sola. ¿De acuerdo? —asentí—. Atenta.

De un gesto muy rápido, sostuvo como un destello el cuchillo con la mano derecha y se hizo un corte en la palma de la mano izquierda, que mantuvo abierta para mí, para que viera cómo, en cuestión de cinco o seis segundos, el diminuto corte que se había practicado se cerraba solo, sin estridencias, como si la suave línea roja se evaporara. Ocurrió de forma limpia, como si el gesto tuviera toda la sensatez y cotidianeidad del mundo. No daba crédito a lo que acababa de contemplar. No podía ser. Imposible.

No me había recuperado de la conmoción ni apartado la vista de su palma, cuando Gabriel me preguntó:

—¿Y tú?

—¿Yo qué? Quiero decir que si yo me corto y sangro mucho, puedo morir, como todo el mundo. Todos... menos *tú*, claro —sonó extraño en mi propia voz.

Esbozó otra de sus sonrisas luminosas.

—Quería decir si tú tienes alguna... habilidad. Que no sirva para nada. Tan absurda que haya pasado desapercibida toda tu vida.

¿Habilidad absurda? ¿Ser inmune a los cortes era una habilidad absurda? Eso me hizo soltar lo primero que me vino a la cabeza sin reflexionar:

—¿Eres inmortal?

—¿Cómo voy a ser inmortal, Pers? —antes de que yo pudiera protestar, él atajó—. Te había advertido que no quería preguntas hoy. Además, tienes que contestar tú. ¿Hay algo extraño que puedas hacer?

Sí que lo había. Una pequeña tontería que me ocurría desde que era una niña y con la que de vez en cuando me divertía.

—Bueno... si... si miro fijamente la nuca de una persona, se encuentre a la distancia que sea, siempre se vuelve a mirarme.

—¿Ah, sí? —a Gabriel pareció divertirle mi respuesta—. Por supuesto, sabes que te voy a pedir pruebas.

—Faltaría más. Mira a esa pareja.

A nuestra derecha, con unas mesas vacías de por medio, cenaba una pareja, más

concentrados en ellos mismos que en la comida. La chica, rubia, con el pelo recogido en un moño bajo, nos daba la espalda. Estaba inclinada sobre la mesa y parecía escuchar atentamente lo que le decía su novio o marido o lo que fuera. Llevaba un vestido rojo con un profundo escote en pico en la espalda, que le dejaba la nuca expuesta al aire, perfecta para mi prueba. Era sencillo: simplemente tenía que concentrarme en su nuca, como si efectivamente fuera a tocarla con mis dedos, y a los segundos, la persona en cuestión se giraba y me buscaba con la mirada. Esta vez no fue una excepción: tras unos segundos, la chica se llevó la mano derecha a la nuca, se giró en el asiento y se me quedó mirando, con cara de sorpresa. Primero a mí, pero luego descubrió a Gabriel, que contemplaba con curiosidad la escena, y cambió su gesto por otro mucho más... intencionado. Su pareja enseguida reclamó su atención y luego vi que él nos miraba de hito en hito.

Gabriel me felicitó y me pidió que lo repitiera otra vez. Lo hice de nuevo con el hombre de la mesa más alejada, hacia el fondo de la sala, del que, al girarse, vimos que llevaba un voluminoso bigote que nos hizo mucha gracia a los dos; con el jefe de sala que estaba tecleando alguna comanda en el ordenador y se volvió, sorprendido, como si alguien le hubiera llamado; y, finalmente, con una gruesa mujer que abandonaba el restaurante en ese momento, junto a su marido. La mujer se giró tan repentinamente que prácticamente perdió el equilibrio y no cayó al suelo porque se agarró a una mesa; los camareros más cercanos volaron hacia ella, para ayudarla o para que no destrozara la mesa, no sabría decir, y cuando estaba a punto de salir por la puerta, esta vez firmemente agarrada de la mano de su ahora solícito esposo, me fulminó con la mirada. Debió de pensar que le había tirado una miga de pan.

Todo esto divirtió mucho a Gabriel, que me hizo prometerle que lo intentaría con él, porque quería saber qué se sentía. En ese momento yo pensé que no era con la mirada con lo que querría acariciar su cuello, sino con mis manos, y juraría que él pensó algo similar, porque los dos bajamos inmediatamente la vista al mantel. Yo me puse a jugar con el tenedor y Gabriel con el pan. Decidí que era el momento de hacer un alto y me levanté para ir al cuarto de baño.

Las escaleras que conducían al baño estaban junto a la mesa del hombre de bigote. En un rellano de las escaleras habían decorado la pared con un disco gigantesco de barro cocido, relleno de ojos de cristal de muñecas, cada uno con su correspondiente iris y pestañas, cada uno mirando en una dirección. Era... atractivo a la vez que desagradable.

El baño estaba panelado con maderas oscuras. No había nadie más. El lavabo era una extraña pila de piedra oscura, que corría ininterrumpidamente de un extremo al otro de la pared, como un pilón, y el agua manaba directamente de varios agujeros situados a intervalos regulares.

Mientras me lavaba las manos, volví a escuchar los susurros de la biblioteca de la casa de Gabriel. Nítidamente, como si alguien estuviera cuchicheando en el retrete de al lado. Me asomé, pero estaba vacío. Estaban todos vacíos. Al principio escuché una sola voz, no sabría decir si de mujer o infantil, pero enseguida fueron varias voces. No era como si mantuvieran una única conversación, porque se solapaban unas voces sobre otras, como si hubiera un grupo. Agarré con todas mis fuerzas el colgante de ónice mientras espiaba a través del espejo todos los rincones a la vista del solitario baño. No paraba de repetirme que debía ser algún sonido proveniente de las cañerías, pero comencé a helarme de terror. No sabría decir cuánto tiempo duró aquello, si un minuto o unos segundos. Justo cuando mis piernas me respondieron a la señal de salir corriendo de allí, se abrió la puerta y apareció una mujer, la que estaba sentada junto al hombre de bigote. Me miró un segundo, musitó un buenas noches y entró a uno de los retretes. En ese momento exacto me di cuenta de que los susurros habían desaparecido.

Volé escaleras arriba. En el corto trayecto que me separaba de la mesa de Gabriel, había tomado la decisión de contárselo todo, pero cuando me senté, me envolvió la sensación de protección y calidez que me inundaba a su lado. Él nunca permitiría que me pasara nada, era una certeza recién adquirida. Absurda, pero férrea.

Cuando terminamos de cenar, me ofreció dar un pequeño paseo. La noche era perfecta para ello, aunque algo en la brisa estaba impregnado de despedida. Tal vez no fuera otra cosa que el día, que tocaba a su fin. Pero yo sabía que a la mañana siguiente volaba de regreso a Madrid. Aquel gesto, el de reincorporarme a mi pequeña rutina diaria, me parecía imposible desde el punto en el que me encontraba en esos momentos; demasiadas experiencias irreales en muy poco tiempo, demasiados sentimientos a flor de piel, sobre todo cuando los ojos aguamarina de Gabriel andaban cerca...

La perspectiva de separarme de él empezó a ahogarme lentamente. Pensé que aún tenía esa noche por delante para... ¿para qué? ¿Para pasarla juntos? ¿Eso iba a cambiar el hecho de que al día siguiente todo se acabaría? Miré de reojo a Gabriel, que parecía tan ajeno a la angustia que me embargaba... me pregunté si para él supondría algún

trance separarse de mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Aquel pensamiento me serviría para romper con todo lo que había supuesto mi estancia en aquella ciudad.

Subimos por Fulton Street hasta Broadway, giramos a la derecha y cogimos Park Row, desde donde podíamos comenzar a subir por la vía peatonal del puente de Brooklyn. En todo el trayecto, las distintas percepciones de lo que ocurría alrededor se mezclaban en mi cabeza y me impedían pensar con claridad. El aire olía a salitre, veía las luces de las calles y los edificios, las caras de la gente con la que nos cruzábamos, me llegaba el eco de sus voces y de los coches, los árboles y los rascacielos a mi alrededor, la preciosa fachada de la Pace University y, luego, el entramado de hierro y madera, como una jaula, del puente a medida que comenzamos a remontarlo. Pero era, sobre todo, su presencia a mi lado lo que centraba mi actividad cerebral y física; cuando, si nos cruzábamos con otra pareja, se colocaba detrás de mí para dejarles sitio libre, yo podía sentir el campo electromagnético que se desataba en los centímetros que nos separaban en esos escasos segundos.

Llegamos al centro del puente y nos apoyamos en la barandilla del lado que daba al puente de Manhattan. Había mucha más gente paseando o contemplando, como nosotros, el asombroso ejercicio de señales luminosas de la ciudad, que refulgían como un océano perdido en mitad de la noche. Era un espectáculo inaudito, que te hacía congelar la respiración, para que no perdieras ni una fracción de la belleza que se desplegaba ante tus ojos.

Tardé un rato en darme cuenta de que Gabriel me estaba mirando fijamente, apoyado de costado en la barandilla. No le interesaba el paisaje. Le interesaba yo. Imité su postura y le observé.

La pregunta que me lanzó me obligó a agarrarme con más fuerza a la barandilla de hierro:

—¿Hay alguien que te espere en tu ciudad?

—¿Es que estás pensando en tirarme por la barandilla o qué? —pese a mi fingida ironía, me temblaban las piernas.

—¿Por qué contestas una pregunta con otra?

—¿Y tú?

Nos miramos en silencio y rompimos los dos a reír al unísono.

—No, no estoy pensando en deshacerme de ti —contestó, aún con la sonrisa aleteando en su cara.

–No –dije a mi vez–, no hay nadie que me espere allí.

–Bien.

–¿Por qué?

–Yo... llevo unos días madurando una idea que te afecta...

–Nos conocimos el viernes. Y hoy es domingo. O maduras muy rápidamente tus ideas o estás exagerando.

Gabriel asintió, pero su sonrisa no apareció por ningún sitio de su rostro.

–Tú has hecho que maduren deprisa. Haces más cosas, has... desde que te conozco, has operado otros cambios en mí. A veces no sé ni cómo enfrentarme a ellos.

Tragué saliva para intentar disolver la bola que se me había creado en la garganta.

–Bueno y... ¿en qué consiste tu idea?

Gabriel reflexionó un momento más. Apoyó ambos codos sobre la barandilla y contempló el paisaje lunar que se extendía ante nosotros.

–¿Sabes? Me gusta mucho el agua –sus giros en la conversación me mareaban–. Me siento protegido cuando estoy cerca del agua. Creo que es algo que viene de... mi familia. ¿Alguna vez has cruzado el mar?

–Mmm... claro. Vivo en otro continente, ¿lo recuerdas? Obligatoriamente he tenido que cruzar un océano para venir aquí.

Gabriel me echó una mirada sarcástica de reojo. Confirmado: no existía ningún ángulo de su rostro que no resultara perturbadoramente bello.

–Me refiero a cruzarlo... por mar. Un crucero.

Negué con la cabeza.

–¿Te gustaría hacer uno? ¿Con... migo?

Enarqué las cejas en silencio.

–Es decir –carraspeó ligeramente y se volvió a mirarme, a unos centímetros de mi cara, lo que hizo que mi pulso se desquiciara–, ...lo que quiero decir..., eeh, proponerte... es que te quedes conmigo, Pers.

El mundo se paralizó.

–¿Qué?

–¿Querías quedarte conmigo? Acompañarme. Dejar que te acompañe yo. No... no puedo dejarte ir. No puedo permitir que desaparezcas de mi vida, aunque no lo comprendas aún. Esto... no sé si es una declaración de intenciones o de emociones, Pers,

pero ahora que has vuelto... que has entrado en mi vida, no puedo dejar que desaparezcas.

Silencio.

—¿Lo harás, Pers? ¿Te quedarás conmigo?

Todo el East River, todas y cada una de las estrellas, cada alma sufriente y viviente de esta ciudad, se paralizaron, expectantes, guardaron silencio esperando mi respuesta.

Tontos. Era fácil.

—Sí.

Silencio. Gabriel sonrió en silencio, mirando al suelo. Luego se acercó mucho a mí, hasta que su respiración y la mía se enredaron. Estaba tan nerviosa que apenas podía controlar lo que quería hacer, hipnotizada por el color de sus ojos, su olor... Justo cuando sus labios comenzaban a rozar los míos, la delicada esencia de nuestro universo estalló en mil pedazos cuando un grupo de borrachos comenzaron a soltar carcajadas y obscenidades a nuestro lado. Se habían acercado sin que nos diéramos cuenta. Nos apartamos como por un resorte. Gabriel bufó y dijo:

—Ven.

Y echamos a andar hacia la salida del puente, mis dedos entre los suyos.

Abandonamos el puente de Brooklyn y recorrimos a buen paso la distancia que nos separaba del coche. Una vez dentro, arrancó enseguida.

—Tendrás que esperar a que llegue a mi casa, en Madrid. Quiero despedirme de las chicas y recoger mis cosas.

—No será necesario.

—¿El qué?

—Recoger tus cosas. Elige la ciudad en la que te gustaría ir de compras.

Solté una carcajada.

—No seas infantil —le dije—. No es sólo ropa. Son fotos, mis recuerdos, mis trabajos... mis *cosas*.

—De acuerdo. Lo siento.

—Forman parte de mí.

Gabriel me miró, sonriendo. Acababa de tomar la que probablemente ocupaba la primera posición en mi lista de decisiones vitales. Era una locura... o tal vez no, pero tenía que intentarlo. Gabriel podía ser la respuesta a mi enigma, a mi búsqueda. ¿Qué

había en él que me transformaba, que me ofrecía paz y calma? ¿Ocurre así de rápido en la gente?

El aura que le envolvía, que nos envolvía a los dos en aquel momento mágico e irreal iluminó el coche y toda la noche alrededor, como si miles de fuegos artificiales estuvieran estallando en el interior del coche, una fiesta diminuta de puras ganas de vivir...

...sólo que no era Gabriel la fuente de aquella luz, sino dos focos blancos. Los faros de un camión de transporte de mercancías que estaba a punto de empotrarse contra el coche, por mi costado, a toda velocidad y sin control.

Duró un segundo. Pensaba que la mente humana no era capaz de registrar tantos sucesos determinantes, simultáneos y vertiginosos en tan breve espacio de tiempo, clasificarlos y comprenderlos por separado más tarde. Pero sí puede; yo lo hice.

La estridente luz blanca que había inundado el coche pertenecía a los faros de un camión desbocado que apareció por mi derecha, en un cruce que debería haber respetado, de haberlo visto a tiempo, el conductor. Cuando el hombre abrió los ojos –un segundo de cabeceo nada más, le explicaría más tarde al policía, sólo un segundo, porque habían sido muchas horas conduciendo y estaba cansado y además estaba lo de la discusión con su esposa a través del móvil, momentos antes, que le había dejado distraído–, cuando por fin abrió los ojos, ya se había saltado la señal del stop y estaba a punto de embestir a un descapotable blanco, diminuto desde la altura de su volante; tremendamente vulnerable desde la altura de sus ruedas. No pudo hacer nada por evitarlo.

Un segundo.

Eso fue todo lo que Gabriel necesitó para comprender de dónde venía aquella luz, dar un fuerte giro al volante del descapotable y hacer que éste girara 180 grados sobre su eje, de forma que fuera su costado del coche el que recibiera la colisión de toneladas de acero que impactaron a una velocidad mortal.

No yo. Su rapidez de reflejos y la decisión que tomó me salvaron la vida. Así de sencillo.

Pese al desagradable mareo, en parte producido por las cervicales, inmovilizadas bajo un collarín, no perdí el conocimiento en ningún momento. No tengo un recuerdo exacto y lineal de todo, más bien fogonazos o destellos, pero suficientes para poder recrear en mi memoria aquella noche durante las siguientes semanas de manera obsesiva, agónica y dolorosa.

Fui trasladada con rapidez a un hospital, no recuerdo cuál, donde se me practicaron los pertinentes análisis y pruebas diagnósticas que rechazaron otros daños en mi organismo excepto: contusión cervical, traumatismo leve torácico –un bonito moratón en forma de cinturón de seguridad que atravesó mi pecho, desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda durante casi un mes– y esguince leve en el tobillo derecho. Un joven médico de aspecto árabe me preguntó cómo me había hecho aquella quemadura en el pie y si me la estaba tratando. Me eché a llorar. Analgésicos, el informe médico, papeleo con la póliza de la aseguradora médica, llamada telefónica a Nico, y pude entrar en mi hotel varias horas después de nuestro paseo por el Puente de Brooklyn.

Gabriel, mientras tanto, se había desvanecido.

Desvanecido, esfumado, desintegrado, volado, desaparecido...

Desaparecido porque no quedaba ni rastro de él en el interior del vehículo. Desvanecido porque no había ninguna huella suya alrededor del coche o del camión que indicaran que, contra cualquier pronóstico, hubiera sobrevivido al accidente y salido de allí por su propio pie. Desintegrado porque su costado del coche había quedado literalmente aplastado bajo el camión. La mitad del precioso descapotable blanco había quedado convertido en un amasijo de hierros retorcidos incompatibles con la vida humana. No quedaba ni rastro de él. Le llamé, grité, lloré, chillé y me desgañité con todo el mundo, pero todos, los policías, los enfermeros y personal de la ambulancia, e incluso después en el hospital, repetían la misma historia: que iba sola en el momento de la colisión, que nadie podía haber sobrevivido a un impacto de ese calibre. Que era el resultado de la conmoción. Unos ligeros rasguños en comparación con lo que me habría sobrevenido de no haber absorbido el asiento del conductor la fuerza motriz del impacto. Un conductor que se había desvanecido en la noche. Un conductor que, a juicio de todos, debía haberse bajado del coche justo antes de la arremetida del camión, aunque mi cerebro se empeñara en olvidar ese pequeño detalle. Incluso llegaron a traer un enfermero mejicano, por si la conmoción del accidente estaba haciendo que me expresara mal en inglés. Lo cierto es que, a partir de un momento, sus palabras comenzaron a ser incomprensibles.

Cuando me recogió Nico, estaba muy cansada y dolorida como para intentar hablarlo con él. Simplemente, dejé que me llevase hasta el hotel y ejerciese su honesta preocupación durante el trayecto. Pese a que insistió, me negué a que me acompañara hasta mi habitación ni quise que me recogiera la mañana siguiente para llevarme al aeropuerto. Qué curioso, pensé, la víspera de ambos trayectos la he pasado en

hospitales. Aquella idea presionó sobre mi tobillo y tuve que ahogar un breve quejido, para no alertar a Nico.

En la puerta del hotel, dentro del patio, le di un abrazo y un par de besos en las mejillas. Le di las gracias sinceras y emocionadas por todo lo que había hecho por mí. Nico me miró unos segundos sin decir nada, luego sonrió tímidamente y se fue.

Entré muy despacio en el lobby, como si tuviera que reflexionar y decidir cada paso que iba dando, entré en el vestíbulo de los ascensores y apreté el botón con una mano que me pesaba toneladas. Esperé pacientemente a que se abriera la puerta de uno de los ascensores y entré. No podía parar de darle vueltas a la cabeza por todo lo ocurrido, pero no lograba concentrarme en ninguna idea productiva, algo que explicara lo que había pasado. Tenía la cabeza abotargada y, por unos momentos, decidí que sería mejor convencerme de lo que me había dicho todo el mundo: que estaba sola en el coche, que mi acompañante debía de haber salido del coche momentos antes de la colisión y que mi cerebro no lo recordaba bien por el estrés postraumático o lo que fuera. A lo mejor tenían razón y Gabriel salió a hacer una llamada justo antes del impacto y mi cabeza no había querido registrarlo. A lo mejor había sido todo una mentira urdida por mi mente enferma y ni siquiera había recibido ninguna propuesta de Gabriel para fugarme con él al paraíso. A lo mejor el paraíso no existía y sus ojos tampoco. Últimamente estaban pasando cosas muy extrañas y mi pragmatismo se empeñaba en arrojar una serie de conceptos a mi maltrecho cerebro, que iban desde la paranoia hasta simples alucinaciones.

¿Había sido también otra alucinación o, unas horas atrás, había puesto mi vida entera en manos del hombre que me había robado el corazón en apenas dos días?

Todavía le daba vueltas a aquella idea perversa cuando metí la tarjeta en la ranura de mi habitación. Oí el mecanismo de apertura y empujé suavemente la puerta...

...para encontrar la habitación absolutamente iluminada y a Oliva sentada en el centro de mi cama. Tenía las rodillas dobladas y rodeadas por sus brazos. Había escondido su cara entre los brazos, pero su escandalosa melena roja se desparramaba sobre los hombros. No había ninguna bombilla sin encender. Llevaba unos vaqueros y una sudadera azul celeste con la cremallera abierta, la sudadera que se había comprado conmigo en Nueva Jersey.

Lentamente, cerré la puerta tras de mí, pero Oliva no hizo ningún movimiento. Parecía dormida, aunque estaba en una postura bastante incómoda para quedarse uno dormido.

—¿Oliva? —la llamé.

Pegó un respingo y levantó la cara. Yo di un paso hacia atrás y choqué contra la puerta, los ojos desorbitados y el corazón disparado, cuando vi su rostro.

O lo que quedaba de su bonito rostro.

No era Oliva aquello que estaba sentado sobre mi cama. Es decir, aunque parte de su estructura, de su *carcasa* exterior, seguía teniendo algunos rasgos identificables —su melena pelirroja, sus delgados brazos—, entre la Oliva con la que había desayunado el día anterior y la Oliva que estaba viendo mediaban... cien años de diferencia, como poco, y veintitantos kilos.

Aquella mujer era una anciana. No, peor: su piel se había convertido en una membrana arrugada y casi transparente; tenía los hombros hundidos hacia delante, y lo que al principio había tomado por su preciosa melena pelirroja me recordaba ahora a los hierbajos resecos por el sol, pegados al cráneo y cayéndole sin vida por los hombros.

Cuando me miró, al principio sin reconocirme, vi unos ojos lejanos, asustados, como si un animalillo espiara escondido detrás de las córneas. Contuve la respiración. Ella soltó una exclamación cuando, al fin, me reconoció:

—¡Pers! ¡Pers! ¡Estás aquí! —soltó sus rodillas y adelantó sus manos, huesudas, alzándolas hacia mí. Yo avancé y me senté junto a ella. Cogí sus manos; el pellejo que recubría sus huesos estaba muy frío y era tan delicado que parecía que se me iba a quedar pegado a los dedos. Me dio miedo tocarla.

Debajo de la sudadera llevaba puesta una camiseta negra con una leyenda de Harley Davidson en el pecho, la misma que tenía el día que la conocí, en el pasillo del hotel. Entonces le quedaba llamativamente ajustada, pero ahora flotaba sin fuerza, como una bandera sin viento, sobre su cuerpo escuálido.

—¡No sabía si seguías viva! ¡No contestabas a mis mensajes! —hablaba con un hilillo de voz. Luego giró la cabeza para mirar a través de la ventana el magnífico paisaje lunar de la ciudad nocturna que teníamos ante nuestros ojos, pero que no me interesaba en aquel momento.

—Oliva, mírame —le dije; me obedeció lentamente. Ahora no había miedo en su cara, solamente una extenuación y una tristeza que casi se podía palpar—. ¿Qué te ha pasado?

En lugar de responder, me pasó la mano despacio por la cara, como para comprobar que yo era real.

—No te han tocado... no te han hecho nada... no has cambiado —hablaba en un

susurro—. Yo he podido escaparme pero ha sido de milagro y vendrá a por mí porque no ha terminado todavía porque mírame aún tengo algo de vida que quiere y no voy a dejar que lo haga.

Parecía absolutamente enajenada, trastornada, y hablaba atropelladamente.

—Pero sé que sabe que estoy aquí y va a venir en cualquier momento y... ¡Pers! —se puso de pie de un salto tan ágil que, por un momento, recuperó su verdadera edad—, ¡escucha! ¡Tenemos que irnos ahora mismo de aquí!

Yo me levanté también, cogiéndola aún de las manos. Había algo en el pánico de su voz que se me estaba transmitiendo. Una sensación muy incómoda se me había enquistado en el estómago y me lo estaba retorciendo.

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Qué te han hecho? ¿Quiénes? ¿Qué te has tomado?

Comenzó a hablar en susurros dirigidos a nadie, mirando en círculos a nuestro alrededor, como si esperara un ataque imprevisto de algo o alguien. Yo la estaba cogiendo por las muñecas cuando de pronto el pulgar de mi mano izquierda rozó una porción de su piel distinta al resto de la mano. Bajé la mirada y con el mismo pulgar levanté la manga para dejar al descubierto una mancha oscura de piel retorcida, levantada.

Era la misma quemadura que tenía en mi pie derecho.

Le subí la manga de ese brazo. La quemadura se prolongaba por la cara interior del brazo unos centímetros más y luego se ramificaba, como dedos retorcidos, para rodear todo el brazo. Le ahuequé un poco el cuello de la camiseta para poder echar un vistazo a su hombro, y lo que vi confirmó mis pesadillas: sí existen. Los monstruos que queman vivas a las personas sí existen. Y habían quemado a Oliva. Aquello hizo añicos mi percepción de la realidad. Un dolor agudo, minúsculo pero intenso, se desató detrás de mi ojo derecho.

La solté en un acto reflejo de miedo y di un paso hacia atrás, alejándome de ella, de todo aquello. Eso hizo que Oliva regresara a la realidad y me mirara atentamente.

—Somos su alimento —silabeó las palabras para decirlas muy claras. Retumbaron en mis oídos como si me hubieran pegado un puñetazo en las orejas. Lo repitió, esta vez más bajito, acercando su cara a la mía—. Somos su alimento. Nos sorben el aliento de la vida para poder continuar atados a este mundo.

—¿De qué estás hablando? —no podía permitir que sus palabras se filtraran en mi cabeza como estaban haciendo, creando grietas en mi razón—. Oliva, ¿qué te has tomado?

Ella me miró de pronto, como si fuera la primera vez que me veía, y se echó a reír, una risa histérica y lunática, fuera de control. Esta vez fue ella quien me agarró de las muñecas:

—¿No lo entiendes? ¿Me has visto? Mírame, ¿me estás mirando? *¿HAS VISTO LO QUE HAN HECHO CONMIGO?*

Brillaba una luz de pánico en sus pupilas, en su voz, en cada pelo erizado de su piel. Y me lo estaba contagiando.

—¿Quiénes, Oliva? ¿Quiénes te han hecho esto? ¿Y cómo?

En ese momento, me soltó, retrocedió hacia el fondo de la habitación, mirándome con recelo, como si de pronto yo formara parte del enemigo. Habló con una voz helada desde el corazón:

—¿Que qué me han hecho a mí? Lo mismo que te harán a ti. No pretendas que nada de esto te atañe, porque también te quieren a ti. Por eso nos han traído. A ti también te harán esto —y al decirlo levantó hacia mí sus dos brazos escuálidos con las palmas abiertas.

Sí, definitivamente me estaba entrando pánico, aunque aún intentaba disimularlo. Me concentré en dominar mi respiración.

—Oliva, no me ha traído nadie. Escucha, no sé dónde te has metido o qué te has metido, pero tenemos que ir a un hospital, tiene que verte un médico enseguida. Vamos.

Me giré para abrir la puerta pero ella se lanzó en un segundo y bloqueó mis brazos con sus manos. Luego me miró, poseída:

—¡No! ¡NO! Nos cogerán allí, joder, piensa un poco.

—Pero ¿quiénes? —hablé con la suavidad con que se trata a un niño o a un loco. Pareció surtir efecto, porque relajó todos sus miembros y se concentró en algo, intentando recordar.

—Sólo me viene un nombre a la cabeza, no sé los demás nombres, pero el de él sí, porque es de esos monstruos que te hielan la sangre.

Me miró. Pronunció un nombre y mi corazón comenzó a bombear adrenalina a cada tendón y músculo de mi cuerpo. El aire me quemó los pulmones a medida que inspiraba, cada vez más deprisa. Supuse que iba a sufrir un ataque de pánico porque me subió una oleada de calor desde el pecho hasta la base de la barbilla, el cuello se me inflamó. Aquello era el miedo en estado puro...

Oliva repitió su nombre una vez más, asistiendo satisfecha por fin a mi cadena de

reacciones.

–Así que lo conoces, por lo que veo.

–No, yo...

–Entran por la noche, porque están hechos de oscuridad y la noche es su mejor camuflaje.

–Oliva...

–Pensé que había venido a por ti también, por eso te dejé una nota pero no me contestaste...

–No, no, no.

–Pero no supe de ti y pensé que te había cogido y pude entrar en tu cuarto y te estaba esperando, antes de que ellos lo hicieran...

–¡CÁLLATE!

Me tapé los oídos con las manos y cerré los ojos con tanta fuerza que en el interior de mis párpados se dibujaron estrías de luz. Podía escuchar el retumbar del corazón, allí abajo, en algún lugar de mi cuerpo. Cuando noté una caricia en el dorso de mi mano, abrí los ojos. Oliva me miraba.

–No me crees, ¿verdad?

Dudé unos momentos. Luego apoyé el pie en el borde de la cama y me descalcé, para que Oliva viera la mancha oscura en el empeine de mi pie. Abrió mucho los ojos cuando lo descubrió y luego me miró con incredulidad.

–Pero... pero..., tú... si has..., ellos te han..., pero tú...

Entonces saqué el escorpión de ónice que llevaba oculto bajo mi jersey y se lo enseñé. Luego se lo conté todo, le hablé de Gabriel, de los otros en su casa, del ónice, del ataque que sufrí y cómo creía que el colgante estaba relacionado con ellos, como si fuera un amuleto de protección.

Cuando terminé mi relato, Oliva tenía toda la cara empapada en lágrimas. Unos fuertes espasmos sacudían su espalda de juguete y parecía que, de un momento a otro, una de esas sacudidas la rompería en mil pedazos y la dejaría como un puzzle inservible sobre la colcha de la cama. Se tapó la cara con las dos manos. Coloqué una mano sobre su hombro, pero ella la apartó de un manotazo. Cuando me miró, había muchos sentimientos en sus ojos: ira, frustración, furia, miedo...

–¿Por qué no he tenido yo la misma posibilidad que tú de salvarme? *¿POR QUÉ?*

–Oliva, tenemos que ir a un hospital, si no quieres aquí, en tu casa. Tiene que haber

una cura para... –la miré de arriba abajo– *esto*.

Oliva me miró con una intensidad demente y de pronto, cogió un mechón flotante de su pelo muerto y se lo arrancó del cráneo con suavidad, sin ningún gesto de dolor. Lo miró, sin extrañeza ninguna, y lo tiró al suelo. Aquello inició una náusea en mi estómago.

–Oliva, escúchame. Mañana por la mañana te vienes conmigo al aeropuerto y nos volvemos las dos, ¿de acuerdo?

Tuve que repetírselo varias veces antes de convencerme de que me había escuchado. Asintió y siguió mirando, sin ninguna expresión, su mechón de pelo caído sobre la alfombra.

Nos tumbamos las dos, juntas, encima de los cojines y de la colcha. Oliva pegó su cara a mi brazo, se hizo un ovillo y se durmió enseguida. A mí me costó más, pero también dormí un sueño sin pesadillas, extrañamente.

Me despertó la fuerte luz que entraba por la ventana. Una luz blanca, diáfana, impregnada de vida real y no de monstruos nocturnos. Tenía los hombros entumecidos y el tobillo me latía bastante fuerte. Me levanté como pude, intentando no despertar a Oliva, que seguía durmiendo en la misma postura, y me senté en la cama. Miré el reloj: tenía muy poco tiempo para hacer la maleta. Cojeando, la saqué a rastras del armario, la dejé abierta en mitad del suelo y tiré la poca ropa que me había llevado. Cerré y la arrastré hasta la puerta. Luego me di una ducha, torpemente, con el pie vendado colgando por fuera de la bañera.

Cuando terminé, desperté a Oliva, que regresó al mundo de los vivos desde un lugar muy lejano, tal y como parecían decir sus ojos.

–Nos tenemos que ir, Oliva –ella asintió–. ¿Dónde has dejado tu maleta?

Oliva negó con la cabeza y habló con voz pastosa:

–No me hace falta, déjala aquí.

Mirándola más detenidamente, me pareció que su aspecto era algo mejor que la noche anterior. Seguía pareciendo una máscara, pero tal vez fuera la máscara de una octogenaria, no de una mujer centenaria.

–Vale, pero ¿tienes aquí tu pasaporte? ¿Tu localizador de vuelo?

Abrió los ojos con desmayo.

–No, están en mi habitación.

–Vale, pues vamos a por ellos.

La cogí del brazo para ayudarla a levantarse –tal y como haría con una ancianita,

pensé— y me di cuenta de que estaba tan anclada a la cama como si la hubieran cosido al colchón durante la noche. Había pánico en sus ojos y en su voz.

—Pers... yo, no... no puedo... lo siento... allí pueden estar ellos...

Negaba con la cabeza y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Suspiré porque en un simple segundo comprendí tres cosas: uno, que no podía dejarla colgada; dos, que alguien tenía que entrar en la habitación a por sus cosas; y tres, que ese alguien era... yo.

Con la tarjeta de su habitación en la mano, me planté, descansando el peso de mi cuerpo sobre la pierna no herida, frente a su puerta. Metí la tarjeta. Sonó el pestillo automático. Empujé con cuidado la puerta. Por el estrecho resquicio que se abrió, comprobé que la habitación estaba en total penumbra. El corazón comenzó a golpear furiosamente mi esternón. Mis rodillas amenazaban con convertirse en gelatina. Miré a un lado y a otro del pasillo, pero no había nadie. Podía caer un rayo de cólera divina y hacerme arder al instante y no se enteraría nadie, así que rechacé la posibilidad de buscar ayuda.

Conjuré todos mis miedos agarrando con fuerza el escorpión de ónice y avancé un paso hacia la penumbra. Metí la mano que tenía libre para tantear la pared junto a la puerta, en busca del interruptor. Las yemas de mis dedos recorrieron lentamente la pared empapelada de la habitación...

...hasta que escuché un susurro proveniente de la oscuridad y retiré los dedos inmediatamente, reculando hasta dar con la puerta que estaba situada a mi espalda. La oscuridad que despedía la habitación, tan espesa, tan negra, era insana, no podía ser normal.

De pronto, recordé el sueño de Helena, la habitación a oscuras en la que se metía. Me pregunté si, en el plano de los sueños, ella me estaría esperando en esa habitación, sentada, aguardando el momento en que, simplemente, diera la luz y entrara en el cuarto, a abrazarla y besarla. Seguro que si lo hacía, si me atrevía a entrar, lo haría convertida en una niña de ocho años.

Fue aparecer Helena en mi cabeza y despejarme del todo. Atravesé el pasillo, empujé la puerta, metí la mano y tanteé de nuevo hasta que di con el interruptor y lo pulsé. La habitación se llenó de luz eléctrica, artificial, maravillosa. Fui directa hacia el armario, donde me había dicho Oliva que guardaba su maleta y, dentro, toda la documentación del viaje. Allí estaba, la cogí y salí del cuarto llevando la maleta en volandas.

Sin embargo, justo en el momento previo de atravesar el umbral de la puerta, giré la cabeza y me pareció ver un resto de sombra gelatinosa retrocediendo hacia una esquina tras el mueble bar, ocultándose.

Cerré la puerta con un golpe.

Camino al aeropuerto, en el autobús que cogimos en Port Authority, mi cabeza se convirtió en un hervidero de preguntas, dudas, recuerdos y varios grados de dolor, alguno de ellos físico. Me concentré en encontrar la solución al problema más acuciante, que era cómo adelantar el billete de regreso de Oliva. Echábamos miradas furtivas por las ventanas del autobús, como si fuéramos capaces de distinguir a un coche que nos persiguiera en el maremágnum de circulación que nos rodeaba. A veces el autobús se movía desesperadamente lento y veía por el rabillo del ojo cómo Oliva se removía inquieta en su asiento. Si hubiéramos podido bajarnos del autobús y echar a correr, lo habríamos hecho. Por suerte, el tráfico mejoró en cuanto atravesamos el Lincoln Tunnel y emergimos por el costado de Nueva Jersey. A partir de ese momento, el autobús voló por las interminables autopistas y enlaces que se cruzaban una y otra vez, por encima y por debajo, en una suerte de duelo infinito.

Conseguimos dos plazas en un avión que salía a las once de la mañana. Mientras esperábamos, repasé con una lucidez extraordinaria todos los momentos vividos desde que recogí aquel sobre de manos de Max. Intentaba sacar una idea en claro, una reflexión productiva de todo aquello, un razonamiento que me sirviera para convencerme a mí misma de que todo era un error, un malentendido, en el mejor de los casos producto de mi imaginación. No podía comprender cómo era posible que todos aquellos síntomas tan evidentes de que había algo monstruosamente anormal alrededor de Gabriel los hubiera aceptado con esa tranquilidad, como si hubiera desconectado mi señal de alarma para que no me molestase. Tuve la intuición de que aquella laxitud en mi respuesta era también algo inducido por él, como si me hubiera drogado con su presencia. Y eso sólo se hace con un animalillo que es conducido al matadero. Pero a pesar de aquella nueva perspectiva sobre el asunto, cuando recordaba a Gabriel se abría algo parecido a un agujero negro en el centro de mi pecho.

Tras haber franqueado la portezuela del avión, resguardada por dos amables azafatas — una de las cuales, Linda, según se leía en su placa, trocó su sonrisa en una mueca al descubrir el rostro de Oliva; consciente de su gesto, comenzó a mirarse el chaleco de su uniforme y a estirárselo con la punta de los dedos—, Oliva se tranquilizó visiblemente en

el momento en que el avión despegó, porque había recorrido con la mirada todos y cada uno de los asientos ocupados, cerciorándose de que nadie nos había seguido hasta allí. Yo también lo había hecho, pero, al revés que ella, deseando con toda la insensatez de que era capaz que él estuviera allí, como en un cuento de hadas. Que de pronto se levantara, se dirigiera a mí y me besara. Sabía que pensar eso era estúpido, era como silbar a Jack el Destripador desde el otro lado de la calle para llamar su atención. Un Jack fantasma.

Vomitó. Dos veces.

—Tranquila —me dijo Oliva, cuando regresé del baño—. Ahora ya estamos a salvo.

MADRID

Atravesé las puertas automáticas de una de las salidas de la Terminal 2 en el aeropuerto de Barajas, en Madrid, y choqué contra un muro de aire cálido y de ruidos de coches. Me acerqué a la parada de taxis y entré en el que ocupaba la cabecera de la fila. Después de darle mi dirección, la taxista, una mujer de pelo rubio bastante corto, arrancó el coche y comenzamos a sortear una serie de salidas y entradas de carreteras, cada vez más atiborradas de vehículos. Apoyé la cabeza en el respaldo y contemplé el paisaje que desfilaba por la ventana.

Oliva se había despedido en cuanto recogió su maleta de la cinta transportadora. Me dijo que iba a buscar un enlace con Valencia y que no quería volver a saber nada de mí, porque pensaba que ésa era la única posibilidad que teníamos las dos de seguir con vida. Me dio un largo beso en la mejilla, que hizo que un hombre con maletín menease la cabeza con disgusto al vernos, cogió su maleta y la arrastró hacia la salida, con todos sus frágiles miembros a punto de descoyuntarse. Para cuando la cinta transportadora escupió mi maleta y hube atravesado yo también las puertas correderas, Oliva había desaparecido de mi vida para siempre.

Al menos no volví a verla nunca jamás.

Mientras el taxi iba entrando en Madrid por la carretera de Barcelona, los paisajes conocidos fueron metiéndome en otra realidad, más cotidiana, más palpable, y, al hacerlo, los recuerdos de Nueva York se fueron volviendo más transparentes, como un sueño que al despertarnos nos asalta con crudeza y realismo, pero que se va desvaneciendo a medida que avanza el día.

Subí con dificultad peldaño a peldaño los cuatro pisos sin ascensor de mi edificio de la calle Cervantes, donde estaba mi mundo, sin fuerzas para arrastrar la maleta, en gran parte debido a que llevaba sin dormir más de veinticuatro horas, si pasaba por alto las ligeras cabezadas que di en el avión. De hecho, en algún momento entre el segundo y el

tercer piso me di cuenta de que no había llamado a las chicas para comunicarles que había adelantado mi vuelo de regreso. Tenía la mente demasiado embotada, llena de fantasmas y fantasías.

Por suerte, no estaban en casa. Tiré la maleta en un rincón del salón, me pegué una ducha y me metí en la cama, después de quitarme el aparatoso vendaje del esguince. Me dormí enseguida, en la misma postura en que me tumbé. Recuerdo haber oído lejanamente que se abría mi puerta pero enseguida volví a caer en la oscuridad de una larga noche.

Dormí dieciséis horas del tirón, sin moverme ni tener un solo sueño. Me despertó el dolor de espalda por llevar tantas horas tumbada. Salí de mi habitación dando tumbos, mareada y con la vista desenfocada. Entraba mucha luz en la casa, pero no oía ni un solo ruido. Estaba sola otra vez, aunque las chicas habían venido en algún momento de la noche y se habían vuelto a ir. Habían colocado la maleta en mi habitación y me habían dejado la cafetera cargada. Desayuné en la terraza, muy adormilada aún. Era cerca de la una del mediodía y de los restaurantes más cercanos a casa subía olor a comida.

Cojeando, entré en mi cuarto con la intención de deshacer la maleta y me llevé una sorpresa desagradable. Me vino a la cabeza como una alucinación la imagen del mozo del hotel preguntándonos a Oliva y a mí si sólo se vendía un único modelo de maleta en España.

Me había traído la maleta de Oliva y ella, supuse, estaba en Valencia abriendo la mía.

Una vez certifiqué mi error, dudé unos segundos si cotillear en sus cosas, pero la verdad era que estaba demasiado enfadada conmigo como para hacer otra cosa que no fuera sentarme al borde de la cama y mirar por la ventana. No tenía su móvil ni ningún otro dato sobre ella que me pudiera dar una pista para localizarla. Ella tampoco tenía el mío, ni mi dirección, nada. Entonces recordé que la maleta que estaba ahora mismo en Valencia sí tenía unos datos, escritos pulcramente en la pequeña etiqueta: los de Elisa. El nombre y apellidos de Elisa y su dirección en Madrid, es decir, la mía. La nuestra. Decidí que Oliva sería lo suficientemente perspicaz como para intentar localizarme ella a mí y dejé correr el asunto de las maletas. Cerré la suya y la aparté en un rincón donde no molestase mucho. Anoté en mi cabeza que tendría que comprar algunas cosas en el supermercado, para reponer las que habían seguido camino a Valencia, como el cepillo de dientes y otras tonterías. Por suerte, nada irremplazable.

A lo largo de los siguientes días, sufrí una especie de shock post-traumático. Deambulé

por los sitios conocidos en trance, como si las experiencias que había vivido en Nueva York durante los días más intensos de mi vida me hubieran formado una costra de escamas impermeables a la vida rutinaria que se desarrollaba frente a mis ojos. Por una parte, lo vivido se alejaba cada vez más de mi conciencia, pero, por otra, no llegaba a soltarme. De hecho, era como si me envolviera una funda de plástico que impedía que llegaran a mi cerebro los pensamientos y las percepciones nítidas de lo que me rodeaba.

Lo primero que hice, para intentar recobrar la normalidad, fue sentarme en mi estudio y encender el ordenador, pero comprobé que, en algún momento, debía haberse producido una división, un fraccionamiento, en mi ser. Una de las dos mitades estaba allí sentada, aunque contemplando la pantalla del ordenador como quien observa la división celular del embrión de un renacuajo. La otra parte todavía no había regresado de allí, donde quiera que fuera ese «allí». No lograba concentrarme en mis tareas, miraba alrededor como si estuviera todo conservado en formol desde varios siglos atrás. Aquello que podía tocar con la punta de los dedos me pertenecía, pero yo no estaba allí. Aún.

Salía a pasear sola y despacio por no quedarme quieta, pero apenas levantaba la vista del suelo, sólo lo suficiente para no darme contra una farola. No lograba interesarme por nada. A cada momento, me miraba las manos, retorció los dedos, estaba cerca de un ataque de ansiedad. Descubrí que me proporcionaba una tregua mirar por la ventana las luces de la noche, cuando las chicas ya se habían acostado, como solía hacer antaño. Pero el sentimiento era distinto, aunque no lograba identificar qué lo hacía diferente.

Me sentía muy alejada de lo que había sido mi vida antes de emprender el viaje. Algo me había transformado profundamente. Por supuesto, cada vez que me planteaba esto, un nombre surgía de la tierra y se me clavaba entre los ojos, dolorosamente, hasta que los cerraba y me los apretaba con los puños. Era el nombre de alguien a quien tenía que alejar de mis recuerdos, porque no servía de nada revivirlo constantemente. De esto intentaba convencerme día y noche, hora tras hora, cuando encendía el ordenador, cuando me tapaba por las noches, todavía con la luz encendida, cuando paseaba sin rumbo fijo, cuando, en lugar de subir los cuatro pisos hasta mi casa, me quedaba sentada en un peldaño, contemplando absorta la maceta verde con un pobre geranio que tenían los vecinos del segundo derecha, colgada junto a su puerta. A veces me sorprendía a mí misma pensando que el objetivo era que las horas corrieran, que pasara el tiempo. Y entonces me enfurecía, porque sabía perfectamente a cuento de qué venía esa idiotez: era él, de nuevo él, nunca había dejado de serlo. Esperaba su regreso, su mágica

aparición, en una noche estrellada repleta de cálidas notas de jazz, para envolverme en sus brazos y en su mirada deslumbrante.

Una de aquellas tardes estúpidas e inútiles, me levanté del escalón para tocar el geranio de mis vecinos del segundo derecha. Comprobé que era de plástico y me inundó una rabia y una furia inauditas. Era un engaño, una mentira. Pegué un manotazo a la maceta y se estrelló contra el suelo. Salí corriendo y me refugié en el piso.

¿Había perdido la cabeza? Me enfurecía, me cabreaba, me gritaba en silencio hasta que se me saltaban las lágrimas y los ojos se me hinchaban. Ésos eran los únicos momentos de lucidez emocional, en los que no estaba anestesiada. Pero casi prefería lo otro.

Las chicas se dieron cuenta enseguida de que algo no iba bien. Elisa regresó una tarde antes de lo previsto y me encontró sentada junto al retrete llorando con un dolor tan inmenso que se sentó a mi lado, preocupada y agobiada, y me abrazó. Al final ella también lloró.

Aquello no tenía sentido. Porque cada vez que veía un coche blanco circulando, y no digamos ya si era descapotable, se hacía el vacío en mi pecho y acababa hiperventilándome, con lo que sólo lograba marearme y dejar que la decepción más amarga me helara por dentro cuando descubría que no era el coche de Gabriel ni Gabriel.

Entonces sucedió un pequeño e insignificante suceso: acababa de apearme de mi vagón del metro y estaba esperando el ascensor para ahorrarme subir las escaleras que me sacarían a la superficie. Junto a mí se detuvo una mujer, no mucho mayor que yo, empujando un carrito de bebé. Miré al crío, de más o menos un año de edad; lo primero que me llamó la atención fue su manera de inclinar la cabeza hacia delante, en dirección a su madre, que esperaba absorta el ascensor. El niño tenía el cuello rígido, inmóvil, y los ojos clavados en ella. Me fijé con más atención en el rostro del niño. Sus ojos, negros, ligeramente achinados, eran enormes y miraban como si hubiera depositado todo el peso de su existencia, toda la increíble importancia de aquella personita en su frágil mirada. Eran ojos asombrados, tiernos, firmes, asustados, llenos de amor y dependencia, magia y vulnerabilidad. El niño tenía síndrome de Down en algún grado. Pero en sus ojos latía toda la fuerza vital que es capaz de producir la Naturaleza madre.

Llegó el ascensor, se abrieron las puertas y la mujer y el niño entraron, pero yo no me vi con fuerzas de compartir un espacio tan reducido con una manifestación tan desmesurada de vida, recluida en un frasco diminuto de ojos negros. Dejé que las puertas

automáticas se cerraran y subí por las escaleras, abatida por lo pequeña e insignificante que era al lado de un prodigio de vida como la mirada de aquel niño.

Así que cuando Elisa nos propuso a Emma y a mí ir a cenar una preciosa y calmada noche a la plaza de Santa Ana, lo acepté. Cenamos en una de las primeras terrazas de la temporada. Las chicas me explicaron que, en mi ausencia, había estado haciendo un tiempo magnífico, con temperaturas muy superiores a las habituales por aquella época del año, y las sombrillas de las terrazas habían a florado como setas en un lluvioso otoño. La plaza estaba llena de gente, de locales y de turistas, de curiosos y de parejas, hervía de sonidos. Presidiendo la plaza, el antiguo hotel Reina Victoria, con su fachada iluminada como un palacio de princesas recién aterrizado en aquella plaza tan ecléctica. Sí, me sentía a gusto, aún lejos de recobrar la tranquilidad de mi espíritu. Muy por encima de nuestras cabezas volaban las golondrinas.

—¿Nos acercamos al Blue Bay? —fue Emma quien lo propuso y Elisa me miró de reojo.

Yo enarqué las cejas, intentando mostrar una apariencia de normalidad.

—¿Has ido a ver a Max desde tu regreso? —preguntó Elisa.

Negué con la cabeza.

—¿Y a qué esperas? —dijo Emma.

Me encogí de hombros.

—Pues vamos —y se levantó.

Elisa me preguntó con la mirada si realmente quería ir, pero levanté una mano en señal de «tranquila, no pasa nada».

El Blue Bay estaba prácticamente vacío.

—¿Qué día es hoy? —le pregunté a Elisa, nada más atravesar la puerta.

—Martes. Sí que estás empanada.

—Sí. El jet-lag, supongo.

—Sí, claro.

Max estaba sentado en una de las pocas mesas del local, al fondo, cerca de la mesa de billar. Tenía el pie escayolado en alto, apoyado en otra silla. Cuando me vio extendió los brazos hacia mí.

—¡Pequeña! ¡Cuéntame qué tal te ha ido todo!

Nos sentamos junto a él y Hermi nos trajo unas cervezas a las tres. Le hice una hipotética crónica resumida del viaje que hubiera sido de no haber conocido a Gabriel. Le gustó mi relato. A Emma también. La única que me miraba con gesto serio era Elisa.

–Me alegro por todo.

–¿Qué tal tu escayola?

–Obediente. No se mueve si no se lo digo –dijo Max–. Estoy contento. Las cosas van lentas pero en la dirección correcta.

–Ésa es la impresión que tengo yo también –dije, hablando más para mí que para los demás.

–Oye, ahora que ya has descansado en tus vacaciones, tengo trabajo para ti. ¿Te acuerdas de aquel colega que tiene un hotel? Llámale mañana y ponte a trabajar, nena. Hazle un bonito diseño. Sólo tienes que evocar uno de esos atardeceres en el mar contemplados desde la hamaca de un precioso hotel blanco. ¿De acuerdo?

–Mmm, claro.

–Te ha mandado un email. Yo ya he cumplido. Ahora el resto corre de tu parte.

–Gracias, te debo una. Por cierto, ¿cómo te las apañas con el bar?

En ese momento escuchamos la inconfundible risa del Cocinero, alternando con otra risa femenina. De la puertecilla de la cocina salió Lucy. Cuando nuestras miradas se encontraron, descompuso el gesto, levantó la barbilla y se concentró en alguna tarea tras la barra.

–¿Te está echando una mano? –dijo Emma.

–Sí. La verdad es que se está portando muy bien.

–Max, lo que te va a echar es el lazo. Esa niña te quiere liar –Emma me había leído el pensamiento.

–Mmm. Lo sé –contestó Max y giró su mirada para contemplar a alguien que entraba en ese momento en el bar.

Yo bajé la mirada hacia el vaso que estaba girando entre las manos. Me sorprendió desagradablemente darme cuenta de que aquella escueta conversación producía una serie de derivadas –que saltaba a la vista la intención de Lucy y que a Max no le molestaba en absoluto– que no me hacían sentir nada. Antes de mi viaje, la presencia de aquella niñata me dejaba un sabor agrio en la boca. Pero ahora, ahora... nada.

–Bueno –dijo Max, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos–, ¿alguien podría preguntarle al Cocinero qué va a cocinar hoy para la cena?

–Arenques –dijo Lucy desde detrás de la barra.

–¿Arenques? ¿Para cenar?

–¿Arenques? –repitió Elisa–. ¿Desde cuándo se han cocinado aquí arenques?

Max se inclinó sobre la mesa para bajar el tono de su voz:

—Creo que el Cocinero está saliendo con una chica de Estocolmo que vive en Moratalaz. La cocina se ha convertido en un laboratorio. ¿Habéis cenado ya?

Al día siguiente me puse en contacto con el amigo de Max, el del hotel. Me explicó qué tipo de diseño quería, un logotipo minimalista, de líneas puras y blancas. Un diseño moderno, elegante y que estableciese una relación directa con el mar, a cuyos pies se encontraba el hotel y de cuyo turismo se alimentaba. Me daba menos de una semana para entregarle un boceto que tenía que presentar a los otros socios del hotel. Querían tener toda la papelería impresa antes de que comenzara la temporada alta de vacaciones, dentro de muy poco tiempo.

Así que me apliqué, contenta de tener algo entre manos que alejara mi cabeza de aquel breve trayecto que no debía realizar bajo ningún concepto: desde los ojos hasta la base del cuello de Gabriel.

Por fin se había hecho la luz en mi oscura cueva de la responsabilidad perdida. Trabajé todo el día en aquel proyecto, pero resultó una experiencia agotadora, frustrante, negativa. Nada de lo que me salía tenía sentido.

En un momento dado, apoyé la cabeza sobre los brazos, encima de la mesa, al lado del teclado. Cerré los ojos... y me quedé dormida. Me despertó, sobresaltada, el sonido de mi móvil. Durante los días pasados, apenas había sido consciente de llevar aquel diminuto aparato conmigo, aunque recordaba haber visto alguna llamada perdida de Mateo. Mateo, mi hermanito, mi medio hermano, con quien no quería hablar porque hacerlo suponía dar un paso demasiado atrás en mi vida y ni siquiera sabía dónde estaba ahora. Saqué el aparatito de la mochila y comprobé que volvía a ser él. Descolgué.

–Hola, Mateo, ¿qué te cuentas?

Hubo un ligero ruido estático en la línea durante unos segundos, demasiados, los suficientes para haberme dado cuenta de que pasaba algo, pero llevaba tanto tiempo concentrada en mi parálisis emocional que no tenía ojos ni oídos para nada más.

–¿Te vas a enfadar conmigo? –sí, sin duda era Mateo, con esa voz de hombre a medio hacer.

–A ver, dime qué has hecho –en mi tono de voz ya había emitido un juicio, aunque fuera involuntario.

Más ruido estático. Pero ¿en qué estaba pensando? Al final habló:

–Me he ido de casa.

Lo dijo con una voz tan tranquila, tan seguro de sí mismo, tan calmado, que por un momento olvidé que tenía sólo dieciséis años.

–¿Qué?

Suspiro de impaciencia.

–Que me he ido de casa. ¿Estás sorda o qué?

–¡Cómo que...! –respiré hondo–, pero ¿de qué me estás hablando? ¿Dónde estás ahora mismo? ¿Lo saben papá y María? ¿Qué pasa, que te has cabreado con ellos? ¿Qué pasa con tu... –no estaba segura de cómo continuar la frase y ese segundo de dudas me mostró el tremendo abismo que reinaba entre los dos últimamente– ...con tus estudios?

Mateo resopló.

–Sabía que no era buena idea llamarte. Bueno, ¿podrías prestarme al menos algo de dinero para coger otro autobús?

–¿Adónde quieres ir? –la luz se encendió en mi cabeza–. Mateo, ¿dónde estás ahora mismo?

Ruido estático.

—En Atocha. Acabo de llegar a Madrid.

—¡Hay que joderse!

Once minutos después estaba pagando a un taxista que me había llevado a la estación de Atocha. Mateo estaba justamente donde le había ordenado que me esperara, sentado en el lateral del invernadero que albergaba la estación, justo tras la fachada original del edificio. Siempre había sido uno de mis sitios favoritos de esta ciudad. Reconozco que el hecho de que yo también desembarcara aquí, para iniciar mi aventura en la gran ciudad, y me viera de pronto envuelta en la exhuberancia tropical y pegajosa del invernadero, con los ojos abiertos como platos ante el magnífico espectáculo brillante que se desplegaba ante mí, tiene algo que ver con que adore este sitio en concreto. La fachada del siglo XIX, tejida en infinitos nervios de hierro rojizo con un delicado encaje de cristales modernistas, me fascina. Me hace pensar en tiempos más ordenados, más tranquilos. Y dentro de esa bombonera se encuentra un vergel tan bonito como inverosímil, un jardín tropical con gigantes aerosoles que rocían constantemente millones de diminutas gotas de humedad.

Durante el trayecto en taxi había valorado las distintas posibilidades del encuentro, que variaban desde meterle en el siguiente tren de vuelta a casa de papá, a cogotazo limpio, hasta hacerle entrar en razón como haría con un adulto. Pero, claro, sus 16 años entorpecían la vía civilizada. De todas formas, cuando llegué a la estación ya se me había pasado el enfado. Entré por el piso superior y me acodé en la barandilla que se abría sobre la zona del invernadero. Desde allí pude ver a mi hermano. Sentado en uno de los bancos que bordeaban el jardín tropical, con una mochila a sus pies, se veía tan indefenso y quebradizo como se me debía de ver a mí cuando llegué a esta estación. Una ola de ternura maternal me recorrió, hasta que recordé su llamada y el motivo de su visita y exorcicé los sentimentalismos como quien espanta una mosca con la mano.

Bajé a su encuentro. En cuanto me vio acercarme, se removió incómodo. Se hizo a un lado y me senté junto a él. Los dos permanecimos en silencio unos minutos, hasta que decidí romper el hielo, ya que era la hermana mayor.

—¿Sabes que esta estación se llamaba la Estación de Mediodía?

—¿Porque los trenes llegaban siempre al mediodía?

—No creo. Y aquí, donde estamos ahora sentados, en lugar de este oasis estaban las cabeceras de las líneas. Aquí se detenían los trenes. Acababan los viajes.

—O comenzaban.

–Mateo, ¿qué haces aquí?

–Comenzar un viaje, como hiciste tú.

–No seas cursi. ¿Lo saben tus padres?

Por respuesta, Mateo chasqueó la lengua. Esto iba a ser más difícil de lo que creía.

–En serio, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Qué te ha pasado?

Mateo se levantó incómodo. Dio unos pasos en una dirección y luego regresó a mi lado, pero no se sentó. Dudaba, miraba nervioso a su alrededor. Era evidente que quería hablar, pero o no sabía cómo o no sabía por dónde empezar. Por fin, se lanzó:

–Allí me estaba ahogando. ¡Necesitaba salir, quería esto! –y abarcó con un gesto de los brazos todo lo que veíamos, las palmeras gigantescas, los relojes, la fachada de hierro, los pasajeros, las prisas, la vida que nos rodeaba. Inspiré una bocanada de oxígeno, caliente y húmedo, y miré mis zapatos.

–Mateo, no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Se sentó de un salto a mi lado y me habló con vehemencia:

–¡Eres la última persona del mundo de quien me habría esperado incompreensión! –esperó unos segundos mi respuesta, pero me limité a mirarlo—. Pues no voy a regresar, ¿me oyes? No tengo la menor intención de volver.

–¿Y cómo vas a lograr sobrevivir? Porque te recuerdo que eres menor de edad.

Mi pregunta tan directa le desconcertó durante unos segundos, pero enseguida se recompuso. Era listo.

–¿Cómo lo hiciste tú? Seguiré tus pasos, me buscaré un trabajillo de cualquier cosa y me apuntaré a un curso de algo interesante, tiene que haber miles de oportunidades para alguien como yo. ¡Puedo merendarme esta ciudad!

Cuando dijo eso, lo vi tan vulnerable, tan tierno, y tan osado en su ignorancia que me entraron ganas de abofetearle. Me tragué la pequeña bola de ira que se estaba formando en mi estómago.

–¿Tienes donde vivir?

Me miró con una expresión mucho más calmada... suplicante.

–Bueno, tengo una hermanita en la ciudad, así que había pensado...

–O sea que has decidido quedarte en mi casa sin preguntarme.

–Me hubiera venido bien tu ayuda, pero puedo apañármelas sin ti –dijo mientras se volvía a levantar y cogía su mochila.

–Tú eres tonto, chaval. ¿Conoces a alguien aquí?

Dudó antes de contestar.

—Conozco a alguien que tiene un amigo que vive aquí.

Lo miré con desdén.

—Sí, es un contacto genial, Mateo. Seguro que te abre las puertas de esta ciudad. ¿Tú estás loco o qué?

—Pers, que no tienes que hacerte cargo de mí.

Y echó a andar. En dirección contraria a la salida, por cierto, pero indignado y autosuficiente como sólo se puede fingir a su edad en un entorno así de hostil y desconocido. Suspiré y salí detrás de él. Cuando le alcancé, le cogí del brazo y le obligué a darse media vuelta para mirarme a la cara:

—Escúchame, medio bobo. Lo que quieras hacer con tu vida, me importa sólo a ratos —mentira, pero no era el momento de mostrarme clemente—. Lo que me preocupa es que papá no sabe nada de esto, ni tu madre, y deben de estar muy agobiados. ¿No te han llamado al móvil?

Mateo asintió con la cabeza, pero no abrió la boca.

—Entonces, vamos a hacer las cosas ordenadamente. Te propongo un trato: puedes alojarte en mi casa, hasta que te encontremos un trabajo y un piso compartido, a cambio de que llames ahora mismo a papá y a María y les expliques dónde estás, por qué te has ido de casa o lo que sea que haya pasado, ¿de acuerdo?

Mateo no me miraba a la cara, tenía los ojos alicaídos.

—¿De acuerdo, Mateo?

Entonces, de improviso, Mateo se echó en mis brazos y me estrechó con fuerza. Cuando se apartó, vi que tenía los ojos húmedos y una expresión de angustia y me di cuenta de que se había asustado ante la posibilidad de que rechazara ayudarlo. ¿Cómo se le ocurrió que podría hacerlo? Sin mencionar más su huida de casa, nos fuimos hacia el metro, hablando de cosas relativas a su futuro en la gran ciudad.

Las chicas estaban en casa cuando llegué. Como quería tratar este asunto primero con ellas a solas, le pedí a Mateo que me esperara en la calle. Las tres observábamos a rajatabla un sencillito protocolo de convivencia que consistía en que ninguna podía traer invitados (para dormir en el sofá-cama del salón o en la habitación de la interesada) sin someterlo antes a consulta. Por ahora las cosas habían funcionado bien así. Durante mi etapa con Max, o dormíamos en su piso o pasábamos los ratos muertos en mi estudio. Nunca había incumplido la norma. Por eso me sorprendió tanto la reacción desmedida de

Emma, que se negó furiosa a que Mateo durmiera en el piso ni una noche. Elisa y yo discutimos con ella y al final me vi obligada a lanzar un órdago:

—Si él se va, yo me voy con él.

Las dos me miraron. En el silencio que siguió a mis palabras, decidí que, si me salía mal la jugada, podíamos alojarnos en el estudio hasta que encontráramos otro refugio...

Sentí un gran alivio y agradecimiento cuando Elisa se levantó también del sofá y, mirando a Emma, dijo en voz clara:

—Y si Pers se va, yo también me voy.

Emma la miró fijamente, sin dar crédito.

—Y ¿sabes qué te digo? —continuó Elisa—. Que si nos vamos los tres, Pers, su hermano y yo, a otro piso, te vas a quedar muy sola.

Contemplé expectante la reacción de Emma. Que, pese a lo infantil de la amenaza y a que ésta surtiera efecto, fue muy serena: Emma se levantó y alzó las manos en señal de alto el fuego.

—Está bien. De acuerdo, me rindo. Puede quedarse una semana. No más, ¿vale? —dijo mirándome—. Sólo una semana.

Elisa y yo asentimos y pude bajar a por Mateo.

Aquella noche, después de que Mateo llamara a nuestro padre y a María para tranquilizarlos, y mientras dormía en el sofá del salón, volví a tener mi sueño, el de Helena. La misma casa, la misma búsqueda, la misma oscuridad agazapada tras la puerta, esperándome... pero aquella vez, el sueño volvió a sufrir una variante. De nuevo, la silueta se adelantó hacia la luz, con intención de cerrar la puerta, y de nuevo pude descubrir que se trataba de un hombre. Pero entonces pude verle el rostro completamente, una breve fracción de segundo antes de que empujara la puerta y ésta se cerrara de un golpe ante mis ojos.

El sonido que produjo el sueño en mi cerebro me despertó de golpe. Me senté en la cama y me abracé las rodillas. Era Gabriel. La soledad me aplastó el pecho y me dolió tanto que no pude contener el llanto. Me tapé la cara con la almohada porque no quería que Mateo me oyera llorar.

La tarde siguiente fui con Mateo al Blue Bay. Aunque sabía que Max no podía conducir la moto con la escayola, el no verla aparcada en la puerta hizo que albergase dudas acerca de si lo encontraría allí. Y me pregunté cómo hacía para moverse del bar a su casa y al revés.

Sin embargo, sí estaba, sentado en el mismo sitio, rodeado de papeles y con una calculadora. Le presenté a Mateo.

—Max, vengo a pedirte un favor.

Le expliqué las circunstancias que rodeaban a Mateo en aquellos momentos; Max me escuchó atentamente, aunque supongo que me vio venir desde el principio.

—Quería pedirte que le dieras un trabajillo —continué—. Lo que sea. Algo para que pueda despegar. ¿Lo harás?

Iba preparada para discutir con él, para utilizar todos los argumentos que pudiera producir mi cabecita con tal de convencerle. Incluso iba preparada para escuchar una negativa tan inamovible que me obligase a buscar un plan B. Pero para lo que no llevaba preparación fue para la respuesta que obtuve:

—De acuerdo, acepto con una condición: verte más por aquí.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

Max soltó una carcajada.

—Sabía que te lo debía haber puesto más difícil. Bueno, sí que hay otra cosa más: quiero que me cuentes qué te ha pasado en Nueva York.

Un escalofrío me subió por la espina dorsal.

—No ha pasado nada...

—Venga, Pers. Salta a la vista que ha pasado algo allí, porque no eres la misma desde que has regresado. Emma me ha contado lo mismo. Que te ha ocurrido algo allí. Si hasta cojeas.

Metí el pie bajo la silla en la que estaba sentada. Maldito esguince, pensé que lo disimulaba mejor.

—En realidad, no hay mucho que contar...

—¿Has conocido a alguien allí?

Mi silencio colocó varias millas de desierto infranqueable entre los dos. Al menos para mí. Decidí desviar el rumbo de la conversación:

—Y... ¿en qué va consistir el trabajo de Mateo?

Max suspiró. Los dos miramos a Mateo, que asistía a la conversación sin comprender nada.

—Supongo que podría ponerlo de ayudante con el Cocinero. Los arenques funcionan muy bien.

Solté una risilla ahogada.

–¿Ah, sí? Venga ya...

–En serio. Bueno, ¿eso significa que aceptas mi trato?

–Acepto.

Me levanté y le di un beso en la mejilla.

–Qué malo es estar solo, ¿verdad? –le dije al oído.

–Y qué difícil solucionarlo entre tanta gente –me contestó él con una sonrisa apagada.

Por la noche, como no podía dormir, decidí subir al estudio, para ver si adelantaba algo el trabajo. Sorteé casi a oscuras el sofá del salón, en el que Mateo dormía, y salí al descansillo. Subí rápidamente los escalones y me encerré en mi fortaleza. Eché el pestillo desde el interior; la casa estaba tan silenciosa que daba algo de miedo.

Cuando saqué los últimos bocetos del trabajo del hotel me quedé horrorizada; sin pensar en lo que hacía, había trazado unos dibujos oscuros, algo tenebrosos, que me recordaban a algo...

Claro, el tatuaje de Gabriel.

Con el ánimo arruinado, hice una pelota con los bocetos y los tiré a la papelera. Me levanté para abrir el tragaluz. Me acodé en su repisa y estaba absorta mirando la noche, sin estrellas, cuando me percaté de que había una figura en la acera de la calle, justo frente al portal de nuestro edificio, que miraba hacia arriba, hacia mi ventana abierta. La calle estaba bastante iluminada por la luz cónica de las farolas pero aquella figura estaba metida bajo uno de los portales y además yo me encontraba en un sexto, con lo cual me costaba distinguir los rasgos de aquella silueta que tenía la cara vuelta hacia mi posición. Su manera de mirar, tan obsesivamente, descartaba que estuviera paseando o que mirara hacia arriba por azar. Pensé que sería algún borracho o incluso algo peor: alguien que estuviera calibrando la posibilidad de trepar por los balcones del edificio para entrar a robar. Aquel pensamiento me puso una gota helada en la nuca y pensé cerrar el tragaluz y regresar a la cama. Pero justo cuando iba a hacerlo, la figura levantó la mano muy despacio y la dejó en el aire unos segundos. Me estaba saludando. Entonces dio un par de pasos hacia delante para situarse bajo el radio de acción de la bombilla de la farola. De esa forma, su rostro adquirió facciones, visibles, incluso desde mi alejada posición.

Una cabeza cuajada de rizos negros y brillantes. Nadir. Mi corazón dio un triple salto mortal en mi pecho.

Cerré el tragaluz y bajé a la calle, saltando los escalones de dos en dos. Cuando

llevaba varios tramos de escalera, me di cuenta de que iba en pijama. Me detuve, pensando si regresar a cambiarme o no, pero era demasiado tarde. Seguro que no se escandalizaría. Pasé junto a la puerta del segundo derecha. El aro metálico que había sostenido la maceta con la planta de plástico seguía huérfano, sin nueva maceta.

Abrí el portalón de la calle, que debía medir por lo menos tres metros de alto. Enfrente seguía la figura, apoyada contra la pared. Durante un segundo amargo, me asaltó la duda de si no había metido la pata y se trataba de otra persona; un borracho o un ladrón, por ejemplo. Alguien que se divertiría sin duda viendo a una idiota salir a la calle a las tres de la madrugada en pijama.

Pero aquella silueta cruzó la calle y se plantó frente a mí.

—Hola —dijo con dulzura.

—Hola.

Nadir dio un paso más y me abrazó fuertemente. Yo le respondí. Era tan agradable volver a verle. Entre otras cosas, su presencia traía cosida a su sombra la de aquel por quien se había partido en mil pedazos mi corazón. Le miré. Seguía tan guapo como lo recordaba, pese a que mis memorias de Nueva York tenían la consistencia irreal de un sueño lejano en el tiempo y en la distancia.

—¿Cómo estás?

—Bien ¿y tú?

Asintió y con eso dimos fin, por acuerdo tácito, a la parte convencional de la conversación, inútil e innecesaria tratándose de Nadir.

—Sube arriba. Tengo demasiadas preguntas que hacerte.

—No puedo, no hay tiempo.

¿Cómo?

—Entonces dime qué haces aquí, cómo sabes que yo vivo aquí...

—De verdad, no hay tiempo. Me he escapado. Bueno, lo cierto es que alguien me ha mandado...

—¡¿Gabriel?! —volver a pronunciar su nombre me colocó al borde del abismo. Llevaba un tiempo rechazando su nombre y cuando salió por mi boca me di cuenta de que no me costó nada pronunciarlo, como si lo hubiera llevado cosido a los labios desde el principio. Aquello era absurdo, no tenía sentido.

Nadir negó con la cabeza.

—No, escucha, préstame atención —y me llevó de la mano hacia el interior de mi portal.

Entramos y nos quedamos en semipenumbra, iluminados a medias por la luz que entraba desde la calle—. Alguien me ha pedido que te diga que se están concentrando todos aquí.

—¿Concen...? ¿*Quiénes*?

—Los que viste en casa de Gabriel.

Oh, sí. Aquellas caras, en especial la de Isaak, emergieron de la oscuridad.

—¿Concentrándose *aquí*? ¿En esta ciudad, quieres decir?

—Sí. Gabriel me contó lo que te pasó. *Aquello* de la habitación de tu hotel.

—¿Y qué fue aquello, Nadir? Gabriel nunca me lo explicó.

—Ellos... a veces, no siempre, consumen la energía vital de nuestros cuerpos.

—¿Consumen?

—Sí, como si se la bebieran.

—¿Como si se bebieran la sangre? ¿Quieres decir que son *vampiros*?

Un sabor metálico inundó mi boca. En la vida real no se tienen estas conversaciones. Para acorralar más mi sentido de la realidad, tuve frío a través de la ligera camiseta blanca que llevaba puesta.

—No, no son vampiros. Nunca he visto uno en persona, pero creo que no tienen el mismo aspecto que ellos.

Oh, oh. Una duda como el filo de una espada se me clavó entre los ojos.

—Nadir, tú... quiero decir...

Negó con la cabeza.

—No, no soy uno de ellos. Soy... *normal*.

No era eso lo que subía por mi espina dorsal.

—No me refería a ti...

Nadirladeó la cabeza, mirándome de manera sesgada.

—¿En serio me lo estás preguntando? ¿No sabes que Gabriel *es* uno de ellos?

Entonces nos movimos los dos en círculos. No, no nosotros dos, sino el resto del edificio; las dos hojas altísimas de la puerta que franqueaba la entrada al portal se desplazaron varios metros, y las paredes también se alejaron, llevándose con ellas la penumbra como si se tratara de sus faldones. Noté que alguien me cogía con fuerza la muñeca.

—Pers, ¿estás bien?

Inspiré una enorme bocanada de aire, lentamente, con los ojos cerrados. Sentí las pulsaciones en el interior de mis oídos, en las sienes, en el creciente dolor de cabeza.

Cuando abrí los ojos, las cosas se habían calmado. Las paredes, la puerta, todo seguía igual. Miré a Nadir. Tenía ojos preocupados.

–Me he mareado.

–¿Se te ha pasado?

–Sí.

–¿Te ocurre muy a menudo?

–Últimamente sí, desde que nos conocimos en Nueva York. Decías que... hablabas de Gabriel...

–No, estaba hablando de cosas más importantes, Pers. Por cierto, ¿llevas el ónice?

A modo de contestación, me lo saqué de debajo de la camiseta. Nadir asintió satisfecho.

–Tengo que irme.

–Pero si no me has contestado ninguna pregunta.

–Sí que lo he hecho. Y te he hecho una advertencia, que era el motivo de mi visita: me temo que alguno de ellos viene a por ti. Gabriel me ha contado quién eres y creo que ellos también lo saben. Tienes que ser más fuerte y más lista. No te quites el colgante, te protege de ellos cuando tienen forma de sombra. Pero si uno intentara atacarte siendo humano, no serviría. No protege por ejemplo contra brazos rotos, ¿lo entiendes?

¿Serviría de algo decir que no?

Nadir me dio un beso en la mejilla y salió por la puerta sin hacer ruido. Yo me quedé allí sola, paralizada, hasta que me percaté de que estaba absolutamente rodeada de oscuridad. De tinieblas que podían volverse espesas y cobrar vida propia, si...

Entré en mi casa medio minuto después, con el corazón deshecho del esfuerzo de subir corriendo los doscientos escalones, sin detenerme. Cerré tras de mí la puerta, eché la llave, rodeé el sofá de Mateo, que seguía durmiendo tranquilamente, y entré en mi habitación. Cerré con cuidado, encendí todas las luces y me metí en la cama. No sabía cómo podría dormir con toda aquella iluminación, pero tenía claro que no volvería a dormir a oscuras. De todas formas, las palabras de Nadir danzaron a mi alrededor buena parte de la noche.

Al día siguiente, pese a que Mateo me rogó que no lo hiciera, le acompañé al Blue Bay, porque era su primer día de trabajo.

–¿Me llevas la tartera? –me dijo con evidente disgusto.

–Sí, con el purecito para el bebecito –le contesté con sorna.

La verdad era que lo acompañaba porque no quería quedarme sola en casa. Las chicas estaban en pleno período de exámenes y pasaban más tiempo fuera que dentro. Y yo no quería quedarme a merced de mis fantasmas, de los reales, aquellos que quemaban la piel. Me daba miedo volverme una miedosa. Qué gracioso sería. Así que le acompañé, pensando quedarme un buen rato en el Blue Bay.

No debía haber salido de casa. Cuando estábamos cerca del bar, a un par de manzanas, tuve la extraña pero tangible sensación de ser observada. Detrás de nosotros. Sin decirle nada a Mateo –¿qué habría podido decirle?–, me giré de improviso. Al fondo de la calle, entrando en un coche aparcado en doble fila, creí ver una figura alta, muy alta, con una rubia melena flotando sobre sus hombros. Sentí un frío helador en las venas. Por supuesto, llevaba las palabras de Nadir grabadas a fuego en el cerebro. Me fijé con más atención en el coche, aún detenido en la acera. Pero no se distinguía ningún movimiento en su interior. Di un par de pasos en su dirección, no porque me atreviera a enfrentarme a Isaak, si era él, sino por quitarme de encima la incógnita angustiosa de si era o no. Pero en cuanto me hube acercado medio metro, el coche arrancó y se puso en marcha, alejándose de mí. Aquello me pareció la prueba de que se trataba de Isaak, pero, para mi sorpresa, el coche se detuvo unos metros más allá, puso el intermitente derecho e inició una lenta maniobra de aparcamiento. Cuando se hubo detenido completamente, se abrió la puerta del conductor. Contuve la respiración... sólo para ver cómo del coche descendía una chica con el pelo rubio, que sacaba del maletero una sillita infantil plegada. La abrió y luego sacó del asiento trasero un bebé que depositó con mimo en la sillita. Cerró el coche y se alejaron los dos, chica y bebé. Claro, por eso se había puesto en marcha, porque había descubierto un sitio para aparcar.

Me di la vuelta, enojada, pero también nerviosa. Mateo se había detenido también y me esperaba. Me puse a su altura rápidamente y entramos juntos en el bar.

Más tarde, mientras charlaba tranquilamente con Max de tonterías, sonó mi móvil. Era el tío del hotel de la playa. Básicamente, su llamada fue para recriminarme los bocetos que le había enviado. Muy tenso, me dijo que no había entendido ni una palabra del concepto que buscaban. Que se les echaba el tiempo encima y querían ver ya una prueba de verdad. Que había confiado en Max porque le dijo que yo era buena y sería trabajando, pero que aquello que le había enviado no les valía en absoluto. Que esperaba que no se volviera a repetir. Bla, bla, bla.

–¿Quién era? –me preguntó Max cuando hube colgado.

—Nadie.

Si descontábamos el hecho de que era el único cliente que me quedaba y que llevaba una semana utilizando dinero de mis ahorros, porque no tenía ningún ingreso, mi respuesta era cierta. Pero me daba cuenta de que antes yo no era así; de que, antes de mi viaje a Nueva York, me tomaba las cosas serias en serio.

Ahora no podía quitarme de la cabeza la advertencia de Nadir. Y, por supuesto, todas mis vivencias de Nueva York habían regresado en tropel, arrollando el escaso sentido común que me quedaba.

Estaba, lo reconocía, hipnotizada por todo aquello. Por *ellos*.

No obstante, aquella noche intenté ponerme otra vez a trabajar. Estuve varias horas en mi estudio, volviendo a intentarlo. Tenía clara la imagen de la que quería partir: una puesta de sol, una tranquila bahía de agua turquesa, uno de esos destinos turísticos con los que se sueña durante los inviernos grises. Todo muy claro. Manos a la obra. Y, sin embargo, todo lo que era capaz de dibujar, de producir, todas las ideas gráficas que me venían a la cabeza y me inundaban, me exasperaban, me debilitaban y, finalmente, me hacían romper el papel y lanzarlo a la papelera, tenían algo en común: largos tentáculos negros, informes, una mezcla entre un tatuaje y una quemadura. El tatuaje de Gabriel. Nada tan sencillo como dibujar los trazos crípticos de una bahía con sol poniente. Y, sin embargo, cuando reducía la imagen a un logotipo, es decir, a tres o cuatro líneas, lo que quedaba era, una y otra vez, aquel tatuaje. Si había dibujado sólo el contorno del tatuaje, yo misma lo rellenaba distraída con tinta oscura. Luego me percataba de lo que había dibujado y me ponía nerviosa.

Entonces tuve una intuición, un momento de entendimiento diáfano y cristalino: me pregunté si, pese a haber pasado con él menos de setenta y ocho horas, la huella que había dejado en mí sería indeleble y la llevaría conmigo siempre, conociera a quien conociera. Aunque en el futuro me convirtiera en una feliz y despreocupada ama de casa, madre de siete u ocho niños, y, después, en una octogenaria abuelita de ochocientos nietos, nunca, nunca, podría quitármelo de la cabeza. Supuse que, con los años, se borrarían los perfiles de su rostro, iría olvidando las mariposas que levantaba en mi estómago su sonrisa, o lo increíblemente torpe que me volvía cuando clavaba sus ojos aguamarina en mí. Pero siempre recordaría que una vez hubo alguien, en un fugaz destello de mi vida, que abrió las aguas del Mar Rojo para mí.

Y que nunca más se volvieron a cerrar.

Bajé al piso desmoralizada, hundida y muy enfadada conmigo misma. No había podido hacer nada útil para enviarle al cliente. Estaba en serios aprietos. Sin embargo, cuando abrí el piso, me encontré a Mateo. Me había traído un plato de areques del Cocinero, de parte de Max, para que cenara. Qué encanto.

Estuvimos charlando después de cenar. Me quedé muy sorprendida cuando me dijo que María y papá habían iniciado los trámites para adoptar una niña china. No daba crédito. ¡Una hermanita nueva! Al mismo tiempo que la emoción del asunto, sentí una punzada de dolor agudo porque no me lo hubieran dicho antes. ¿Tan separada estaba de ellos? ¿Tan lejos me había ido? Mateo debió adivinar lo que pensaba por la expresión de mi rostro y me confesó que querían darme una sorpresa. Pero sus palabras no pudieron evitar que me sintiera más fuera de esa familia que nunca.

—Desde que murió Helena, mi madre —Mateo hizo un gesto de ofensa, dándome a entender que sabía perfectamente quién era Helena y que no era necesaria la acotación; lamenté al instante haberla hecho—, no he vuelto a tener una buena conexión con papá. A veces pensaba que me culpaba por la muerte de Helena. Y la simple idea me torturaba por dentro como el fuego. Luego, cuando tanteé la posibilidad de irme de casa y alejarme de todo aquello, se hizo la luz. Se convirtió en el único objetivo de mi vida; cumplir dieciocho años e irme. Me gustaría que hubieran intentado convencerme de que me quedara, pero también me habría asombrado. Tú ya estabas allí y era evidente que contigo formaban la familia perfecta. Y yo sólo era la evidencia palpable de lo que hubiera sido la vida con Helena, antes de que papá conociera a tu madre. Por eso no encajaba allí.

—Pero mi madre siempre te ha querido, Pers.

—No digo que no me quisiera, aunque ponte en su lugar: para ella también ha sido complicado. Pero no es de ella de donde proviene el problema, sino de mi padre. De mi relación con él. Siempre he tenido la sensación de que María se detenía en el umbral de la puerta a mirarnos, para escucharnos hablar, respetando nuestro espacio propio. Pero nunca ha habido ese espacio propio, al menos desde que murió Helena.

—Creo que papá te tenía miedo —dijo Mateo—. Voy a contarte una cosa. Cuando tenía siete años y tú trece, tuvimos una pelea monumental. No recuerdo el motivo, pero seguramente sería algo sin importancia. El caso es que estábamos solos en casa en ese momento; mamá estaba comprando en el supermercado de debajo de casa y papá no había regresado aún de trabajar. Para vengarme de ti, cogí varios rotuladores de mi

estuche del colegio, entré en tu habitación, abrí las puertas del armario y pintarrajeé tu ropa. Estaba furioso y sabía que haciendo eso te ibas a enfadar mucho. Efectivamente, cuando entraste en tu cuarto y me pillaste con las manos en la masa, te pusiste como loca. Salí corriendo y me encerré en el cuarto de baño, antes de que pudieras cogerme. Pensé que estaría a salvo si aguantaba allí hasta que viniera mamá, porque era mejor enfrentarme a ella que a ti. Pero tú no estabas dispuesta a esperar, así que comenzaste a pasar papelitos ardiendo, que habías prendido con un mechero, por debajo de la puerta – se echó a reír–. A medida que los metías, yo los apagaba con la suela del zapato, a pisotones, pero me estaba asustando mucho. Tú continuaste metiendo uno y otro y otro y yo los iba apagando, pero el baño se llenó con el olor de los papeles quemados y empecé a llorar. De pronto, oí al otro lado de la puerta la voz de papá; te había pillado. Decidí salir. Él estaba junto a la puerta de entrada, mirándote con ojos furiosos. Tú estabas junto a la puerta del baño, todavía con el mechero en una mano y un recorte de periódico en la otra. Papá comenzó a gritar que qué hacías, que si querías quemarme o quemar la casa, que qué era aquello. Yo estaba llorando, así que todo te apuntaba como la única mala de la historia. Papá dio dos o tres pasos en tu dirección, con la cara roja de ira. De pronto, tú, que no habías abierto la boca, tiraste el papel al suelo y en su lugar agarraste una punta de tu camiseta y acercaste el mechero a ella. Lo encendiste y te quedaste quieta contemplando a papá, que se había detenido en seco, mirándote con los ojos y la boca abiertos. Comprendí que estabas amenazando con prenderte fuego. Y entonces dijiste una sola frase, que se me quedó clavada. Dijiste: «Puedo volver a encontrar el camino que me lleve a Helena». No la entendí, pero sí comprendí que, fuera lo que fuera que significaba, había golpeado muy duro a papá, porque te miró con ojos aterrorizados, conmocionado por tus palabras, con tal pánico en su cara, que lo vi envejecer varios años en ese segundo.

Nos quedamos los dos en silencio.

–¿Qué hizo entonces?

–Simplemente, se acercó muy despacio a ti, te cogió suavemente el mechero de la mano y se fue, sin abrir la boca. Tú estabas muy tranquila. Me miraste y te fuiste. Unas semanas después, anunciaste que te irías de casa al cumplir los dieciocho.

No recordaba aquel capítulo, nada de lo que dije o hice. Y eso que era infrecuente que Mateo y yo nos peleáramos.

–Y ¿qué querría decir con esa frase?

—¿Y tú me lo preguntas? Siempre he querido recordártela para que me lo explicaras. «Puedo volver a encontrar el camino que me lleve a Helena». Eso fue exactamente lo que dijiste.

—Pero ¡si ni siquiera recuerdo cómo murió! Era demasiado pequeña, ¡tenía tres años! Sólo recuerdo unas paredes blancas de una habitación y una enfermera cerrando una ventana. Recuerdo a papá llorando mucho. Son imágenes confusas, fragmentadas, sin sentido.

—¿Eso es lo único que recuerdas? ¿Nada más?

—No, ni siquiera sé qué tipo de cáncer se la llevó.

—¿Cáncer? ¿Qué cáncer? Pers, ¿no sabes que tuvisteis un accidente de coche?

—¿De qué me estás hablando?

Mateo me miró de una forma rara, considerando la posibilidad de que le estuviera tomando el pelo. Pero entonces debió de decidir que aquel no era un asunto de risa, o al menos no uno sobre el que yo bromeara.

—Estoy hablando de que tu madre murió a consecuencia de las heridas que recibió en un accidente de coche que sufristeis las dos. No puedo creer que nadie te lo haya contado.

Como si mi cabeza estuviera formada por vértebras en lugar de por masa encefálica, crujieron todas como cuando uno hace crujir los nudillos. Se me desató un agudísimo dolor de cabeza en el centro de la frente, que me obligó a cerrar los ojos con fuerza. Por su respiración, noté que Mateo se acercaba a mí.

—Pers, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? Siento haberte contado esto, lo siento, es que alucino con que no lo supieras.

—No... tranquilo, no pasa nada, es sólo que me duele la cabeza —abrí los ojos y le vi mirarme con preocupación; intenté sonreír aunque creo que me salió una mueca—. No lo sabía, nadie me lo había contado así, siempre había oído que se había tratado de...

—Perdona, yo no quería...

—No, está bien. Pero estoy descubriendo un capítulo nuevo de mi vida.

—Si quieres, lo dejamos aquí.

Negué con la cabeza, aunque cada pequeño movimiento desataba una tormenta furiosa en el interior.

—¿Dónde pasó?

—Eeh..., creo que fue cerca de donde vivíais antes. El coche que conducía se salió de

la carretera y voló sobre el acantilado. Tú, por algún motivo, saliste disparada por la ventanilla al principio de la caída y eso te salvó la vida, porque el coche... ¿seguro que quieres seguir oyendo esto?

Asentí, aunque sabía que estaba llorando y que aquello no contribuía mucho a transmitir una imagen de serenidad.

–Sigue.

–El coche se estrelló contra las rocas y eso fue todo.

Silencio.

–Lo que no me puedo creer es que papá no te lo haya contado nunca. Pero ¿y tú nunca habías querido saber nada más?

No podía responder a esa pregunta. Simplemente, con los retazos de pequeñas conversaciones había ido fabricando mi propia explicación al suceso, a la muerte de Helena, y eso me había servido. No necesitaba más y tampoco sabía si hubiera podido aguantar más información. Ahora veía que sí, que podía aguantar más información. Tenía una parte totalmente nueva, a estrenar, de mi vida. Ya decidiría qué hacer con ella.

De momento, me refugié en mi habitación. Con todas las luces encendidas.

El día siguiente amaneció resplandeciente y bastante caluroso. La luz pareció contagiarnos de buen humor y todos –la casa estaba excepcionalmente concurrida, porque ni Elisa ni Emma habían ido a sus facultades y Mateo entraba a trabajar por la tarde– estuvimos haciendo labores de mantenimiento y limpieza. Por un momento, breve y feliz, pensé que la presencia de Mateo traería de vuelta la desvanecida cordura a mi vida. Espié de reajo a Emma, para comprobar que su comportamiento con Mateo fuera correcto. Y lo fue. No tan cariñoso como el de Elisa, que pareció haber adoptado a mi hermano pequeño, pero no podía quejarme. Decidí tomarme el día libre de agobios y preocupaciones.

Mateo cocinó espaguetis. Las risas surgían espontáneas en cualquier momento, sobre todo en la animada sobremesa. Después, cuando el atardecer pintó de naranja la luz del sol, cada uno de ellos salió de la casa con un rumbo distinto. Antes de irse, Mateo me pidió que fuera a cenar al Blue Bay. Acepté. Se fueron todos y abrí mi libro de Agota Kristof. Cuando mi estómago lanzó señales de aviso, a eso de las diez, me vestí para ir al bar a cenar con Mateo y Max. Deseé fervientemente que no estuviera Lucy.

Bajé las escaleras y descubrí que los vecinos habían colgado una maceta nueva, esta vez con unos bonitos pensamientos violeta. Me hizo sonreír.

Había cruzado Alcalá y caminaba por Virgen de los Peligros, tarareando una canción, «Flightless Bird», de Iron & Wine, que no sabía dónde había escuchado recientemente pero que no me podía sacar de la cabeza. Me pregunté si tendría algún mensaje oculto, como esos que se suponía que podías escuchar en los años setenta al poner al revés determinados vinilos de rock. Ahora, en la era del mp3, aquella opción de mensajes subliminales quedaba descartada. A lo mejor serviría darle la vuelta al reproductor del dvd para lograr sacar algo entre líneas. Me iba riendo para mis adentros por mis excéntricos pensamientos cuando me quedé paralizada.

Ya había entrado en Aduana cuando, justo detrás de mí, pude escuchar nítidamente el susurro de algo arrastrándose. No, no se arrastraba, fuera lo que fuese: crepitaba. Era un sonido reptante que crepitaba. Me di la vuelta de un salto, sólo para comprobar que estaba sola en la calle. No había nadie detrás. Ni delante. Ni en los portales. Los balcones, algunos cerrados, otros entornados, no dejaban salir luz ni sonidos. Se me erizó la piel del miedo. Era como una pesadilla. ¿Cuántas posibilidades existen de caminar completamente sola por una céntrica calle de una ciudad de tres millones de almas? Al final de la calle vi una pareja. Recordé que Aduana acababa en la calle Montera, muchísimo más concurrida, así que eché a andar a paso rápido hacia allá. No quería seguir a solas en una calle así de noche. Al fin y al cabo, caminaba junto a una de las principales arterias de la ciudad. Si me ocurría algo allí, tendría que ver con alguien de carne y hueso. Sin embargo, no era por una persona por lo que estaba tan asustada.

Volví a escuchar el ruido, a mis espaldas, más cercano. Me giré de nuevo. Sola. Lo que ocurrió entonces fue que al principio de la calle en la que me encontraba, la farola se apagó. Como si alguien apagara el interruptor. No, no fue sólo la farola. Se fue la luz en toda aquella parte de la calle, porque las ventanas también se quedaron a oscuras. Un segundo después se apagaron todas las luces del siguiente bloque. Eché a correr endemoniadamente.

Miré por encima de mi hombro mientras corría y comprobé que el siguiente edificio se había quedado a oscuras. Ni farolas, ni rótulos luminosos de las tiendas, ni lámparas tras las ventanas, nada. El inicio de la calle era una gran boca oscura de lobo. No había ningún peatón, ningún coche, ningún movimiento.

Apreté aún más la carrera. Resoplando, tropecé con una bolsa de basura y caí sobre la acera, desparramando en todas direcciones los desechos. Aterricé sobre mis rodillas y las palmas abiertas de las manos, y un latigazo de dolor agudo se abrió paso a través de piernas y brazos. Intentando recuperar el aliento y controlar el dolor, sobre todo en la rodilla izquierda, me quedé unos segundos sentada en la acera. Giré la cabeza. Sólo quedaban dos bloques iluminados entre la completa oscuridad y yo. Miré hacia delante; estaba aún a más de cien metros de Montera. No llegaría a tiempo, por muy rápido que corriera.

Entonces escuché algo detrás de mí y me giré aterrorizada. El portal más cercano comenzó a abrirse, lentamente. Si uno se pudiera preparar en un momento así, yo lo habría hecho. Pero lo cierto es que me quedé inmóvil, sintiendo la garganta tan seca

como si me hubieran crecido púas en la tráquea que me estuvieran desollando viva por dentro. Dejé de respirar mientras aquella puerta vieja, pintarrajeada, se abría lentamente hacia dentro, revelando la oscuridad compacta que había al otro lado... y pude ver la cara de un hombre chino, de mediana edad y gafas, que asomó la cabeza, sorprendido. Me vio tirada en el suelo, en mitad de un montón de basura desparramada, contemplándole con horror, y se quedó tan paralizado como lo estaba yo. Creo que estaba dudando sobre qué hacer. Miró a su izquierda, hacia el principio de la calle. La oscuridad había avanzado otro bloque más. Quise chillar, gritarle socorro o salga de ahí, ayúdeme a levantarme y vayámonos de aquí, lo que fuera, pero no lograba concentrar la fuerza necesaria en mi diafragma que me permitiera impulsar el aire a través de mi laringe para formar ni un solo sonido. En ese momento, el hombre decidió que no quería saber nada del asunto. Estaba comenzando a meterse de nuevo hacia el interior del portal cuando *algo* lo agarró.

Ninguno de los dos tuvimos tiempo ni siquiera de gritar.

Algo parecido a una correa negra, pero sin forma concreta, ondulante y viscosa, se enrolló alrededor del cuello del hombre. Una fracción de segundo después, antes de que pudiera echar sus manos al cuello, otra cosa igual lo agarró por la cintura. Y ambas tiraron de él hacia atrás y hacia arriba, con un impulso tan fuerte y rápido que me pareció ver cómo doblaban su cuerpo por la mitad, hacia delante, en un ángulo imposible. En cuanto el hombre desapareció devorado por la oscuridad de su portal, le oí soltar un grito, agudo, que transmitía dolor en cada terminación nerviosa de su cuerpo. Pero lo que acabó por petrificarme fue la forma brusca en que aquel grito se interrumpió; no fue cediendo potencia gradualmente, sino que se cortó de manera tajante, a mitad del aullido. Luego, el silencio. Recordé cómo aquellas cosas devoraban también los sonidos, tal y como me pasó en la habitación del hotel.

Aquello fue el detonante de la explosión en mi cabeza. No necesité nada más. Me levanté y corrí como no lo había hecho en mi vida. No volví la cabeza atrás, porque sabía que mi supervivencia dependía de no saber si estaba a punto de alcanzarme. Simplemente, corrí, corrí, incluso después de que las piernas me estallaran en llamaradas de dolor y los pulmones me ardieran.

Corrí incluso después de haber llegado a Montera, luego continué hacia Gran Vía, viva, resplandeciente, repleta de personas y coches y luminosos de neón y tiendas cerradas y motos y ruidos. La crucé aún sin parar de correr, pillando el semáforo en

ámbar ante la suspicaz mirada de un policía. Seguí corriendo hasta que llegué a la puerta del Blue Bay, todavía sin la Triumph de Max en la puerta. Me apoyé en la pared antes de entrar, para intentar normalizar un poco los latidos del corazón y la cabeza, que se estaba volviendo loca en espirales que caían hasta el mismísimo infierno, porque aquellas cosas no pasaban, no tenían lugar en la vida real, no podía ocurrir, qué habría sido todo aquello, y el hombre del portal, qué había pasado con él, mi corazón latía desaforadamente en la cabeza y las piernas me abrasaban de dolor y...

Una voz volvió a trasladarme al mundo real:

—¿Qué haces ahí parada como un pasmarote?

Levanté la cabeza y me encontré a Lucy, mirándome, los brazos en jarras. Iba calzada sobre unas altísimas plataformas. Yo iba con mis Adidas blancas. Pensé que si hubiera llevado el calzado de Lucy, aquello me habría alcanzado, devorado, quemado, comido, partido...

—Vamos dentro —le dije, poniéndome derecha de un salto y agarrándola por el brazo y empujándola dentro del bar. Protestó por mi brusquedad, pero me importó un pimiento.

Una vez en el interior, me dejé caer en una de las primeras sillas que encontré. Crucé los brazos sobre la mesa y apoyé mi cabeza en ellos. Dios, necesitaba aire, respirar, calmar la agonía de los músculos de mis piernas, decidir qué había sido aquello, tranquilizarme. No podía quitarme de la cabeza aquel hombre, sus ojos asustados, aquellas cosas que le habían agarrado, la forma de tragárselo y cómo habían cercenado su grito.

Levanté la cabeza, pero no porque Max se hubiera sentado a mi lado, que lo hizo sin que me diera cuenta, sino porque me temblaban tanto los brazos que mi cabeza daba tumbos. Me estaba mirando anonadado.

—Pero qué...

El primer instinto que tuve fue el de pedirle que llamara a la policía, pero no tenía ninguna duda de que mi relato me conduciría directamente al ala de urgencias de psiquiatría del hospital más cercano. Me limité a mirarle.

—Estás blanca, ¿te ha pasado algo? —y girando un poco la cabeza, pero sin dejar de mirarme, gritó por encima de su hombro—. ¡Mateo!

Mi hermano asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Me vio y se acercó sonriendo. Llevaba un delantal blanco, cinco o seis tallas más grande de lo que requería su cuerpo. Cuando ya estaba lo suficientemente cerca de mí, dejó de sonreír.

—¡Pers! ¿Te has vuelto a marear?

Su comentario despertó las sospechas en Max.

—¿Vuelto? ¿Es que te mareas últimamente?

—Sí, ayer también le ocurrió.

Miré enfadada a Mateo.

—Oye, pequeña, deberías hacerte un chequeo, ir a que te vea un médico, algo, lo que sea.

—Pero ¿qué te ha pasado, Pers?

—Estás así desde que has vuelto de Nueva York...

Incapaz todavía de respirar con normalidad, miraba a uno y a otro según se iban alternando en sus preguntas. Tenía las respuestas para cada una de ellas, pero no podía dárselas.

—¿No estarás embarazada?

Mateo y yo miramos a Max según formuló la pregunta. Mateo me miró y por sus ojos supe que también valoraba aquella opción. Me eché a reír, tan fuerte, desquiciada y sonoramente como pudieron mis pulmones casi ahogados. Era el colmo. No, mejor aún: era muy, pero que *muy* gracioso.

Me levanté para ir al baño, después de comprobar que mis piernas volvían a sostenerme, y los dejé allí, en la mesa, sin que me quitasen los ojos de encima. En el cuarto de baño, un minúsculo cuartito con lo imprescindible, incluidas unas fotos de George Clooney que Hermi había pegado con celo alrededor del espejo, me lavé la cara a conciencia y no me importó que el agua fuera dejando gotas oscuras sobre el rosa pálido de mi sudadera. Me fijé en la marca del jersey, tres grandes letras cosidas sobre el pecho, a ambos lados de la cremallera. Miré por el ventanuco que tenía el cuarto de baño, situado encima del retrete. Daba a una callejuela que pasaba por detrás del Blue Bay, a espaldas del edificio. A la entrada de aquel callejón, Max solía dejar los cubos de basura del bar cada madrugada. Antes de que amaneciera, venía un ruidoso camión de basura, vaciaba el contenido de aquellos cubos de plástico gris en la tripa rugiente del camión y se alejaba en dirección a la siguiente parada. Algunas veces, tiempo atrás, Max y yo habíamos pasado junto al camión de basura; me había quedado con él en el bar hasta que terminaba de hacer caja y luego caminábamos cogidos por la cintura hasta su moto. Íbamos a su apartamento y dormíamos hasta pasado el mediodía. Recordaba el olor fresco del aire a aquellas horas y cómo los sonidos eran diferentes, como si estuvieran

envueltos en celofán, seguramente por el contraste entre el ruido continuado del bar mientras estaba abierto y el silencio que reinaba una vez cerrado.

Todos aquellos recuerdos eran reales, tangibles, cotidianos, pertenecían al orden natural de las cosas, de la vida. Lo otro, aquello del callejón, lo que había atacado a aquel hombre, no. Las palabras de Nadir, tampoco. Ni ninguna de las experiencias que había vivido en Nueva York.

Ni siquiera Gabriel.

Salí del cuarto de baño, despacio y silenciosamente. Max y mi hermanastro seguían sentados a la mesa, conversando, de espaldas a mí. Ninguno de ellos me vio llegar.

—...lo sé, pero no sé cómo...

—Pues tienes que encontrar la manera, chaval. Es tan evidente...

—Sí, ya, claro, pero tú no la conoces. Es más terca que una mula.

—Vale, lo entiendo, pero está muy rara. Algo le pasa y tienes que sacárselo.

—Hablaré con las chicas también.

—No tenía que haberla dejado viajar sola.

Decidí que ya era suficiente y entré en su campo de visión. En cuanto me vieron, interrumpieron su conversación. Yo me senté, fingiendo no haber escuchado nada. Pero la grieta que me estaba separando del resto del mundo continuaba ensanchándose, alejándome de todos ellos.

Fingí el resto de la noche, apenas toqué los arenques del Cocinero y aguanté las miradas de Lucy, que, por otra parte, ya no me molestaban. Pasadas las doce de la noche, Mateo salió de la cocina sin el delantal y se colocó la mochila sobre los hombros. Deduje que era la hora de salir. Le di un beso a Max en la mejilla. Hubiera querido preguntarle cómo iba a casa, si le llevaba alguien, si podía ayudarle en algo, pero en el fondo no tenía ganas de comunicarme con nadie.

Salimos los dos, mi hermano y yo, e hicimos el recorrido de vuelta a casa, tranquilamente. Por supuesto, dimos un rodeo para evitar la calle del ataque. Como Mateo era nuevo en la ciudad, no se percató. O si lo hizo, no lo manifestó. Contestaba con monosílabos a lo que me iba contando, pero al final optó por callarse también y caminamos en silencio.

Dos sonidos interrumpieron mis pensamientos: el primero, una alarma enloquecida, cerca de la calle de Jesús de Medinaceli; pertenecía a una peluquería, cerrada y oscura, cuya señal de alarma lanzaba destellos naranja a intervalos mientras ululaba.

El segundo fue un silbido de Mateo justo cuando estábamos llegando al portal de casa. Enfrente, aparcado en prohibido, por cierto, había un impresionante coche deportivo negro. Oí a Mateo pronunciar algunas palabras, pero aquella situación me estaba provocando un *déjà-vu* muy incómodo y no le estaba prestando atención.

Solté el aire de mis pulmones como si alguien me hubiera pegado un puñetazo. Saqué las llaves con unas manos tan temblorosas que se me cayeron al suelo. Las recogí y metí la más larga en la cerradura de la altísima puerta de mi portal. Entré, seguida de Mateo, di un manotazo al interruptor automático de luz y subí la escalera, de dos en dos, intentando con todas mis fuerzas bloquear el único pensamiento que se me estaba atragantando en esos momentos y que me impedía respirar. Mateo subía detrás de mí, a la misma velocidad, pero resoplando menos que yo. Llegué a la puerta de casa. Del interior salían risas, femeninas. Emma y Elisa. Supuse. Abrí la puerta y me detuve en el recibidor, desde el que se veía el salón.

Sería inútil explicar las arritmias y contracciones que produjo mi corazón, cuando le vi allí, sentado, en el sofá de mi salón.

Él. Quién si no.

Entonces comprendí que lo único que había deseado con tanta fuerza que hasta me lo había ocultado a mí misma había sido su regreso, volver a verle, mirar de nuevo sus ojos, escuchar su voz, que su mano rozara mi brazo, que me envolviera otra vez con ese sentimiento tan poderoso de protección que desprendía cuando estábamos juntos.

En cualquier caso, mi vida, desde hacía varias semanas, no pertenecía al ámbito de la realidad, de lo esperable o predecible, al plano del resto de vidas cotidianas con las que me cruzaba en cualquier esquina o semáforo, subiendo calles o bajando escaleras. Había visto cara a cara la esencia de la magia, no la de un escenario con telón de terciopelo rojo y sombreros negros de copa descansando sobre una mesa, no ese tipo tan concreto y limitado de magia; sino algo más allá, fuera de nuestro alcance, un significado de las cosas que abarcaba todo lo posible, desde las íntimas notas de una pequeña sinfonía que se abre camino a través de nuestros sentidos para llegar a lo más profundo de nuestro ser, hasta una ligera brisa que apenas notamos, pero de la que percibimos los efectos cuando, tras soplar sobre la brillante hoja de un chopo y apartarla, permite que un simple rayo de luz blanca de sol primaveral llegue a nuestra cara y se desate toda una tormenta hormonal y celular en nuestro cuerpo, cuyo último resultado es hacer que nos sintamos vivos en ese instante mágico, percibir cómo la vida transcurre ante nuestros cerrados ojos

y forma una burbuja de aire en nuestros pulmones que nos va a permitir vivir un día más, prolongar nuestra existencia en una línea más, una nota más, una imagen más...

—Pers...

Gabriel me estaba mirando, con ese poder extraordinario que tenían sus ojos para vaciar la habitación y quedarnos los dos a solas. Estaba exactamente igual que la última vez que le vi, en aquel coche. Perfecto, irreal, extraído de un anuncio. No hablaba, simplemente nos mirábamos. Él tenía una expresión de satisfacción y alivio, como de haber encontrado algo perdido. Ese algo, ¿era yo? ¿Tanto me había buscado? De pronto, tenía demasiado calor en el cuello.

—Pers... oye, querida...

La suave voz de Emma se fue filtrando en mi conciencia, como si hubiera llegado de muy lejos. Tal vez era cierto que Gabriel había vaciado la habitación por un instante.

—¡PERSÉFONE! —gritó Emma impaciente.

Me giré a mirarla. Poco a poco, mi atención se fue centrando en las piezas dispersas del puzzle que era la habitación, fui notando la existencia de más cosas y más personas aparte de Gabriel. Emma, por ejemplo, estaba de pie, pero inclinaba la cabeza hacia el recién llegado, con las cejas levantadas, implorando una presentación formal. Elisa estaba sentada junto a él, en el sofá, pero no me miraba a mí, sino a él.

Di un paso para entrar en el salón. A mi espalda, escuché cómo se cerraba suavemente la puerta. Claro, Mateo.

—Sabía que volverías. Lo sabía. Siempre lo he sabido.

La voz de Gabriel, lejos de romper el hechizo, me envolvió en un estado parecido a la hipnosis:

—Pers.

Mi nombre en sus labios habría sido perfecto, de no ser por la excesiva formalidad que mostraba su pronunciación. Se levantó, despacio, como lo haría un auténtico gigante en un diminuto granero. Como un resorte, yo levanté mi mano, a modo de señal amistosa de saludo. Ridículo. Apenas podía respirar y sin embargo parecíamos una escena sacada de *Ultimátum a la Tierra*. Pero ¿qué me pasaba? Habría saltado a sus brazos para besarle en el cuello, pero, en cambio, era incapaz de acortar la distancia que me separaba de él. Tardé unos segundos en comprenderlo: no era por mí, ni siquiera por él. Era por el resto de testigos de aquella escena, que actuaban de muro de contención entre nosotros dos.

Gabriel –¡ah, Gabriel!– pareció leer mi mente de nuevo:

–¿Has cenado? –me preguntó.

Negué con la cabeza, y pude ver de reojo que mis dos compañeras hacían lo mismo.

–¿Puedo invitarte a cenar?

De nuevo, asentimos las tres. Esta vez sí que las fulminé con la mirada, aunque no se dieron cuenta porque seguían sin apartar sus ojos de él. Tenía que formularle varios centenares de preguntas, pero ahora mismo todo se reducía a estar a solas con él.

Pasamos junto a Mateo, que me miraba sin dar crédito, y salimos del piso. Mi sueño y yo.

Bajamos las escaleras en silencio, aunque de vez en cuando me volvía para comprobar que seguía conmigo. Él no hablaba, sólo sonreía. Cuando llegamos al portal, abrí la pesada puerta para pasar primero, pero cuando estaba saliendo, Gabriel me cogió del brazo y me obligó a entrar de nuevo. Entonces me abrazó con fuerza. Yo crucé los brazos por detrás de su espalda, agarrando con fuerza su camisa. Nada ni nadie volvería a apartarme de aquella piel. Entonces nos besamos. En silencio.

Las mesas del restaurante estaban separadas por grandes caballos blancos de madera, de un antiguo tiovivo. De hecho, seguían aún empalados en sus postes rojos de madera. Pero tenían caras felices, sonrientes. Estaban decorados con pequeños dibujos y bridas de colores chillones y me pregunté si alguna vez en mi infancia habría montado en alguno de ellos. Pero por más que lo intenté, no recordé ningún tiovivo en el que hubiera estado.

Después de pedir –carpaccio de boletus de primero para los dos, lomo de atún rojo para mí y foie a la plancha con salsa de trufas para él; la verdad es que tenía el apetito desbocado–, por fin rompimos a hablar. Habíamos hecho todo el trayecto al restaurante en silencio, pero no en uno de esos silencios incómodos que a veces te ves obligada a romper, diciendo lo primero que te viene a la cabeza, como qué mal tiempo hace, o cosas así. No, era un silencio reposado.

–Te pido disculpas por haber tardado tanto en encontrarte –era pasmosa la facilidad que tenía este hombre de dejarme sin defensas–. He visto que cojeas un poco. ¿Del... coche?

Asentí y él chasqueó la lengua con disgusto.

–Lo siento –me dijo.

Yo sofoqué una risa; ¿sentirlo? Él continuó:

–Me asusté bastante después de... lo del coche y te busqué en el sitio erróneo. Me llevé un gran alivio cuando vi que no te encontrabas allí, pero en cambio me costó un poco... regresar –hablaba con total familiaridad, como si yo entendiera cada palabra y, simplemente, utilizara un juego de alusiones para que no nos comprendieran los clientes de las mesas más cercanas. Aunque eso era imposible, porque me hablaba en un tono tan bajo que incluso a mí me costaba oírle.

–¿Regresar? ¿A por mí?

Su mirada se concentró tan intensamente en mi cara que noté cómo me subían los

colores. Maldije para mis adentros; no era el momento de ponerse colorada.

–Alguno de nosotros no respeta las reglas y temo que estés en peligro.

Noté alarma bajo su voz. Eso me incomodó un poco.

–¿Qué peligro? ¿Qué reglas? ¿De quiénes hablas?

–Las reglas bajo las que nos regimos todos nosotros.

–¿Y quiénes sois vosotros?

Gabriel se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de su butaca. Miró pensativo el caballo de feria que estaba situado a su derecha y acarició con uno de sus largos dedos el morro pintado de la figura. Tenía el ronzal decorado con diminutas estrellas azules. Por fin, me miró:

–Creo que es justo que te enseñe quién soy. Contestaré todas tus preguntas. Pero te advierto que no será agradable comprender *qué* soy.

La forma de pronunciar el «qué» me disparó una corriente de escalofríos por la espalda. A mi cabeza acudieron sin orden alguno las imágenes de Nueva York: las sombras de mi habitación, el corte de su muñeca, el envejecimiento innatural de Oliva, el cuadro en aquella casa irreal, las voces...

Inconscientemente miré sus brazos, apoyados sobre la mesa. Llevaba, como era usual, una camisa con las mangas dobladas hasta la mitad del antebrazo. Pero los tatuajes que me habían obsesionado no estaban, habían desaparecido. Además, volví a sentir la sombra de vacío que a veces parecía aislar a Gabriel de su entorno.

–Bien, estoy dispuesta a correr ese riesgo. Dime qué eres.

–Aquí no.

–¡Acabas de decir que contestarías mis preguntas!

–Pero no te he especificado el momento de comenzar. Y además, éste no es un buen sitio para hablar de esas cosas.

Me levanté con un movimiento más brusco de lo que hubiera querido.

–Entonces nos vamos a buscar el sitio adecuado.

Gabriel no hizo ningún ademán de pedirme que me sentara. Me miró pensativo unos segundos, sacó unos billetes de su cartera, los dejó sobre la mesa y se levantó.

–Las damas primero –me indicó el camino hacia la salida del restaurante con una mano.

Un rato después, tras aparcar el coche, subíamos por la calle Segovia. Torcimos por la Costanilla de San Andrés, bordeando unos muros de ladrillo, tras los cuales asomaban

copas de árboles. Cuando llegamos a la plaza de la Paja, Gabriel giró a la izquierda, siguiendo el trazado del muro. Comprendí que íbamos al Jardín del Príncipe de Anglona.

Oculto como por sortilegio, aguardaba al visitante una pequeña joya, un jardín francés de no más de quinientos metros cuadrados, diseñado sobre unos trazados geométricos sobre los que se diseminaban parterres, setos, celosías, arriates, una fuente apoyada en una columna salomónica que se erguía en la intersección de los caminos que lo recorrían y toda una suerte de rincones discretos. Aunque parecía un poco abandonado, me pareció el maravilloso vergel que debió de ser en otros tiempos.

El jardín estaba desierto. Uno de los caminos del jardín iba en paralelo a la tapia que discurría a lo largo de la Costanilla de san Andrés. Allí, en el centro de un semicírculo junto a un parterre, había un banco de piedra en el que nos sentamos. Los sonidos de la ciudad llegaban amortiguados, esponjosos, como si no fuera más que un sueño. Allí estábamos solos Gabriel, yo y la noche. Cerré los ojos y levanté la cara hacia el cielo. Pensaba en la magia, que seguramente estaba envolviendo en brumas el jardín, hasta que escuché la voz suave de Gabriel:

—Soy un incorpóreo. Un fantasma.

Abrí los ojos y le miré.

—¿Qué has dicho?

—Que no pertenezco a tu mundo. Soy un espectro. No puedo morir, porque, en parte, ya estoy muerto. En otras culturas nos conocían como sombras. No-muertos. Entro y salgo de tu mundo, a veces contra mi voluntad porque tengo que regresar a mi mundo. Ésta es la respuesta a todas las preguntas que tienes en la cabeza.

Se detuvo, esperando mi reacción. ¿Qué reacción? ¿Qué reacción se puede tener ante una revelación de ese calibre? Lejos de traducir con mi supuesto intelecto sus palabras, cogí su antebrazo, levanté el puño de su camisa, dejé al descubierto su muñeca, de una piel blanca que casi transparentaba sus venas azuladas y le clavé las uñas de la otra mano con toda la fuerza de la que fui capaz. Gabriel pegó un leve respingo, no creo que por el dolor, sino por lo inesperado de mi reacción, pero no movió ni un músculo, no intentó apartar el brazo ni alejarme de él. Simplemente esperó, contemplándome desde la increíble marea de sus ojos. Cuando despegué las uñas de su piel comprobé que de las pequeñas heridas semicirculares manaba sangre, no mucha, pero lo suficiente para gotear sobre el banco. No solté su muñeca, simplemente esperé, igual que él. Mi respiración se había acelerado peligrosamente, tenía el estómago dándome vueltas y el corazón dando

tumbos. Al cabo de varios segundos, las heridas habían cicatrizado y no quedaba de ellas más que los diminutos círculos oscuros en el asiento que, con esa luz, apenas parecían sangre. Gabriel seguía sin moverse, mirándome, dejando descansar su muñeca en mi mano, tan sereno y sosegado, tan seductor y fascinante, que, incluso sorprendiéndome a mí misma, pasé la mano libre por detrás de su nuca, acerqué su cara a la mía y le besé con fuerza, devolviéndole todo el asombro, furia, miedo, fuego, excitación, impulsividad, que había incorporado a mi vida desde que le conocí. Entonces liberó su muñeca de mi mano para abrazarme y responder con más fuerza si cabía a mi beso. Aquello no podía ser fingido, estaba lejos de ser templado. Cuando me separé de él, notaba fiebre en mi cabeza.

—Un no-muerto —repetí sus propias palabras—. ¿Quieres decir, como un vampiro?

Chasqueó la lengua con cierta incomodidad.

—No, no soy un vampiro. Sólo un espectro, algo que se mueve entre vuestro mundo de vivos y el nuestro, el de los muertos.

—Gabriel, eso no es posible...

—¿Qué pruebas quieres? Pídemelas, y te las daré.

—Llévame contigo, enséñame tu mundo.

Mis palabras hicieron que me soltara y se alejara unos pasos de mí, mirándome con horror.

—¡No sabes lo que dices!

Fijó los ojos en la verja de hierro que daba acceso al jardín. Yo veía su perfil y podía casi palpar las dudas que ensombrecían su frente; debía estar preguntándose si había hecho bien confiándome su secreto. No sabía cómo decirle que no dudaba de él, que tan sólo necesitaba encajar esa nueva realidad que me había mostrado. Le hice la pregunta más normal del mundo en una situación así:

—¿Cuántos años tienes?

Sin contraer ni un solo músculo de la cara, sus ojos viajaron por el tiempo, se alejó de mí tanto que lamenté en el acto haber formulado la pregunta.

—Nací el diez de marzo de mil setecientos cuarenta y dos, en un pueblo bretón, al noroeste de Francia.

Mis ojos y mi boca se abrieron como platos.

—Acabas de cumplir...

—Sí, lo sé.

Notaba sus palabras agolpándose a mi alrededor, intentando atacar mi raciocinio. Era muy extraño hablar con él en esos términos sin dudar de su veracidad ni por un segundo. No me estaba mintiendo.

–¿Eres... inmortal?

–No –se giró para encararme y vi, aliviada, que estaba de buen humor–. Técnicamente, muero cada vez que regreso al otro lado.

–Y... ¿haces eso muy a menudo?

–No hay una regla fija. A veces transcurren meses sin que me mueva de aquí. Depende de muchas cosas. Pero, en cualquier caso, cada día que paso aquí yo también envejezco, a mi manera.

–No aparentas más de veintiocho años.

–Eso es lo que mi aspecto ha envejecido este cuarto de siglo. Pero creo que el proceso se acelera con el tiempo, mientras no...

–¿Mientras no qué?

Desvió la mirada.

–Eso más adelante. Otras preguntas.

Me quedé bloqueada. En mi cabeza bullían las preguntas, pero no parecían encontrar el camino hacia la formulación en palabras a través de mi boca.

–¿Hay más como tú?

Gabriel asintió con la cabeza.

–Sí.

–Pero no entiendo que digas que eres un fantasma, si estás aquí, y puedo tocarte... –al decir esto, me ruboricé como una niña. Agaché la cabeza, confiando en que él no lo hubiera notado.

–Mientras estamos en vuestro mundo seguimos la mayoría de vuestras leyes físicas. Otras no, como has comprobado.

Miré su muñeca, pero, aunque estaba ya cubierta con la manga de su camisa, sabía que no guardaba ninguna cicatriz de mis uñas.

–Los otros... ¿Son como tú?

–Lo has podido comprobar tú misma. Has conocido a algunos.

No hizo falta que dijera más; enseguida rememoré caras y situaciones.

–Claro. Ulla, Isaak, Nadir...

–No, Nadir no es como nosotros. Él es humano como tú, es parte de un complejo

sistema de cobertura que usamos para pasar desapercibidos.

—¿Un sistema de cobertura? ¿Como... una fachada?

—Sí. Al principio, era más fácil sobrevivir en el anonimato. Ahora cada vez es más comprometido, necesitamos constante encubrimiento para nuestra presencia y nuestras actividades. Es más complicado permanecer en la oscuridad.

—Y Nadir ¿sabe lo que sois? ¿Sabe para quién trabaja?

Gabriel asintió:

—Sí. El padre y el abuelo de Nadir ya trabajaban para nosotros. Es más fácil si el conocimiento de lo que somos se transmite de generación en generación como una especie de secreto familiar. Ahorramos riesgos.

—¿Por qué? ¿Qué crees que pasaría si el mundo os descubriera?

Gabriel soltó una carcajada:

—No somos lo único que ignoráis en vuestras existencias.

—¿Qué quieres decir? —me asaltó de nuevo un escalofrío.

—Que hay cosas... menos... ortodoxas que nosotros ahí fuera.

—¿Como qué? —al instante de decirlo, me arrepentí.

—Esa cabecita —me acarició la frente con el anverso de su mano— no necesita tanta información de golpe, ¿no crees?

—Pero debéis de poseer muchas de las claves de la existencia humana, las respuestas a las preguntas que se ha hecho el hombre desde que tiene conciencia. ¡Esa información podría ayudar a mucha gente!

—¿Ah, sí? ¿Y qué información es ésa?

—¡No lo sé! Información acerca de... la muerte, de lo que hay detrás, de si tiene sentido estructurar un sistema moral de reglas basadas en una vida después de la muerte —de nuevo, frío por mi espalda—. Todas esas personas que hablan de túneles de luz al morir y resulta que tú lo has atravesado muchas veces.

—No existe ningún túnel de luz. Es un recurso celular del cerebro humano, para facilitar la transición.

—¿Lo ves? —dije exaltada.

Gabriel me miraba sorprendido, no creo que se esperara mi reacción. De pronto se echó a reír.

—Sabía que eras diferente, Pers.

—¿Qué quieres decir?

—Que te estoy revelando el secreto mejor guardado de este planeta, la existencia de nuestra forma de vida, y tú me echas en cara que no lo esté gritando a los cuatro vientos.

—¡Estás mostrándome un mundo nuevo, lleno de vida desconocida! ¿Cómo no querer utilizarlo?

—Pers, hace poco tiempo intentaban quemarnos en la hoguera. ¿Crees que tanto ha cambiado el ser humano? Volverían a intentarlo.

—Ya no existe la Inquisición. Hemos avanzado mucho.

—Menos de lo que crees. El miedo es una de las fuerzas más terribles que mueve al mundo. El mayor impulso.

—Pero ¡mírame! Yo no te tengo miedo, no estoy asustada.

—Además, no es sólo lo que somos, sino lo que hacemos... —Gabriel había bajado un par de tonalidades su voz y su rostro se volvió frío de pronto—. Lo que hacemos nos convierte en lo que somos. Vosotros y nosotros. Y nosotros somos monstruos, no lo olvides. Monstruos de la razón.

No entendí el giro tan brusco hacia el pesimismo, si hasta hacía un momento parecía reinar el buen humor en su ánimo. Quería preguntarle más, pero en ese momento otra pareja entró en el jardín y, al descubrírnos, dudaron si quedarse o no. Decidieron ir a sentarse a otro de los bancos. Gabriel me cogió de la mano y fuimos a buscar el coche.

Condujo por una de las carreteras que salían de la ciudad, hacia el norte. No dudaba en los cruces, en las salidas que tomar; parecía estar muy familiarizado con la ciudad. Me pregunté si alguna vez nos habríamos cruzado en una calle cualquiera, entre cientos de peatones, sin mirarnos siquiera a los ojos.

Abandonamos la carretera principal y atravesamos Torreldones. Gabriel sabía perfectamente adónde iba y conducía a bastante velocidad, aún sin llegar a llamar la atención del resto de conductores. Salimos de la pequeña carretera y nos adentramos por un camino poco transitado que atravesaba un pinar y terminaba en una pequeña explanada, a cuyos pies se desplegaba, recortada contra el cielo, Madrid y sus millones de luces; un paisaje lunar y maravilloso que nunca había contemplado. La vasta meseta que nos separaba de la línea del horizonte, trufada de miles de puntos blancos y azules, era también un mantel infinito de luces que se abría en todas direcciones. Era relajante y estimulante al mismo tiempo. Desde esa distancia, la ciudad estaba más bella e inaccesible que nunca.

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo?

Negué con la cabeza.

—¿Traes aquí a todas las jovencitas incautas como yo para revelarles tu secreto?

—Primero, nunca había contado mi secreto a nadie. Segundo, no eres una jovencita incauta. Tercero, tu turno de preguntas no es ilimitado.

—Pero tengo muchas.

—Pues tendrás que seleccionar las más importantes.

Hice un esfuerzo por reordenar mis pensamientos, mis recuerdos desde el momento en que lo descubrí en el patio del hotel.

—Hum... no sé por dónde empezar.

—¿Por el principio?

—Sí, por tu principio. ¿Cuándo supiste que eras... —un muerto, un no-muerto, un espectro— *así*?

Gabriel me miró tranquilo, pero pude ver tras sus ojos que había destapado una caja de Pandora de recuerdos amargos.

—A los siete años tuve mi primer tránsito. No podrías imaginar nunca la experiencia tan atroz y aterradora que fue. No era más que un niño al que asustaba demasiado la oscuridad. Y en ninguna parte encuentras un manual o una guía de cómo va a ser esta vida, de qué te vas a encontrar por el camino o de a qué te vas a enfrentar... yo lo descubrí todo aquella vez.

—¿Cómo pudiste soportarlo?

—Bueno, mis padres pusieron su granito de arena.

—¿Son como tú? ¿Se recibe por herencia genética?

—No. La forma de heredarlo no tiene nada que ver con vuestras leyes físicas o naturales. Me refería a que ellos... bueno, digamos que me echaron de casa cuando lo descubrieron.

—¿Qué ocurrió?

—No se lo tomaron bien —Gabriel emitió un largo suspiro e hizo un gesto con la cabeza para ahuyentar aquellos recuerdos—. Pasé mucho tiempo aislado, en un monasterio. Después, conocí a Ulla. Ella me dio nuevas claves, las reglas, me enseñó todo lo que soy.

—¿Ulla? Dios mío, ¿qué edad tiene esa mujer?

Gabriel se rió.

—Edad, edad, edad... ¿qué importa? ¿Qué más da cuándo naciera Ulla o cuándo lo hice yo? En nuestro mundo, no necesitamos cumplir dieciocho años para alcanzar la mayoría

de edad. Tienes que comprender que nuestro concepto del tiempo no tiene nada que ver con el vuestro.

–Y ¿qué has estado haciendo desde entonces?

–Mmm... sobrevivir.

–¿Sobrevivir? ¿Cómo puedes decir eso? Nosotros sobrevivimos porque somos mortales, porque la supervivencia sólo puede darse en la carrera que es la vida. Pero ¿tú? ¿Vosotros? No sobrevivís, os deslizáis por nuestra vida sin más.

Gabriel arqueó las cejas, contemplándome con evidente curiosidad.

–Interesante razonamiento, aunque erróneo. Ya te he dicho que no somos inmortales.

–Y cuando muere uno de los vuestros, ¿qué ocurre?

–Más o menos como cuando muere un ser humano: cruzamos la frontera y nos quedamos allí.

Se levantó una fuerte ventisca y envolvió al coche con furia. Cuando miré hacia arriba, a través del parabrisas delantero, me di cuenta de que el cielo se había cubierto por completo, porque no se veía ni una sola estrella. Como para acompañar a mis pensamientos, cayeron dos solitarias gotas pesadas sobre el cristal. Enseguida comenzó a llover.

–Creo que es suficiente por hoy. Mañana seguiremos, ¿de acuerdo?

–¿Mañana? ¿De verdad crees que voy a zanjar esta conversación así como así?

–Se ha hecho tarde y te he contado suficiente por hoy. Te prometo que mañana seguiremos.

–No, ni hablar.

Gabriel suspiró.

–Está bien –dijo–. Te propongo un trato: una sola pregunta más esta noche. El resto tendrá que esperar a mañana, ¿de acuerdo? Así que dime, ¿hay algo más que necesites saber hoy?

Asentí.

–¿Por qué has venido a buscarme?

Se hizo el silencio. Nos mirábamos a los ojos, pero, de nuevo, casi podía palpar esa inmensa distancia que nos separaba, a veces de forma casi física, como cuando notaba ese vacío que le rodeaba y aislaba. Desvió los ojos hacia el salpicadero del coche. Cuando volvió a mirarme, pensé que se había escondido tras una máscara y su voz lo corroboró:

–Necesitaba volver a verte.

Me entró pánico, porque pensé que no decía la verdad, que no era cierto que quisiera verme. No me asustaba pensar que hubiera otra razón, más terrorífica o vinculada a su verdadera naturaleza, para buscarme, sino que no hubiera una legítima que pudiera corresponder a lo que yo sí sentía por él. Ese pensamiento se me clavó de una forma muy dolorosa y le pedí que me llevara a casa.

Frente al portal de casa, se bajó para abrirme la puerta, dejando el motor en marcha.

–En este barrio, si haces muchas veces esto no te va a durar el coche. Te va a volar en un segundo.

–Es sólo un coche. Además, no me preocupa. Sabría cómo recuperarlo –algo en su tono hizo que se me contrajera el estómago hasta el tamaño de una uva pasa.

Cuando me disponía a entrar en el portal, dudé si darle un beso de despedida o no. Él se adelantó a mis dudas y me besó. Luego entró en su coche. Desde el interior, a través de la ventanilla bajada, me llamó:

–¿Puedo venir mañana a buscarte?

Recordé que había prometido a Mateo acompañarle a ver un par de pisos compartidos, además de que tenía la entrega inaplazable de un encargo que me iba a costar varias horas de trabajo intensivo. Comenzó a chispear, probablemente la misma nube que nos había pasado en Torreldones.

–Claro.

A la mierda todo lo demás. Hablaría con Mateo.

–Pers, una cosa más: ¿llevas el ónice, verdad?

A modo de respuesta, metí la mano por el cuello de mi camiseta y se lo enseñé. No me lo había quitado ni para ducharme desde aquella noche. Quería haberle preguntado por el significado de aquella piedra, pero Gabriel me sonrió y salió disparado. Yo entré en el portal, envuelta en nubes de algodón.

Cuando entré en casa, sólo Elisa estaba despierta. Al menos no se había acostado, aunque estaba recostada en el sofá, mirando somnolienta la televisión. En cuanto me vio entrar, se incorporó de un salto en el sofá.

–¿Quién es él? ¿Es la razón por la que has estado destrozada estos días? ¡Cuéntamelo todo echando leches!

Yo reí.

–Por cierto –dijo Elisa–, antes de que se me olvide. Ha venido un tío preguntando por

tu hermano. Le he dicho que estaba trabajando y se ha ido. Tenía un aspecto de esos que te fuerzan a cambiar de acera si te lo cruzas de noche.

Me extrañó.

—¿Te dijo cómo se llamaba o algo?

—Eeh... no era un nombre lo que me dio, era algo así como un apodo... el... algo...

Y de la misma manera que anticipas una tormenta porque percibes olor a tierra húmeda y ruidos lejanos de truenos, perdidos en el horizonte, supe su nombre y no me gustó.

—¿El Interventor?

Elisa chasqueó los dedos.

—¡Exacto! El Interventor. Un chaval con mala pinta. ¿Colega de Mateo?

Moví la cabeza.

—Creo que no... eso espero, al menos...

El Interventor era el chico más problemático de mi pequeña ciudad. Lo apodaban así porque siempre intervenía en todos los asuntos turbios de la región. No tenía ni idea de que Mateo lo conociera y la idea me provocó repulsión.

Elisa me puso la mano sobre la rodilla y me apremió a que le hablara de Gabriel. Por supuesto, únicamente le hablé de la parte más sensata de nuestros encuentros en Nueva York y de una maravillosa y romántica cena en la que sólo nos habíamos mirado a los ojos.

La amplia terraza de la casa da al mar, pero no al mar abierto, sino a la desembocadura de la cala, una pequeña bahía con una lengua de arena blanca y aguas azul turquesa. La bahía está delimitada además por riscos cuyas paredes están coloreadas de pinos verdes y casas blancas. Hay poca gente en la playa en estos momentos, porque no hemos llegado a la temporada de los bañistas. Todas las fincas que dan a la cala dormitan tranquilas bajo el sol del mediodía, igual que los pocos barcos de grandes velas blancas que se mecen a la entrada marítima de la cala. Una brisa juguetona trae de vez en cuando el olor de naranjos en flor.

En el extremo de la terraza hay una piscina rectangular, resguardada por un porche color albero, en cuyas ventanas enrejadas florecen buganvillas que brillan al sol. Lentos abejorros merodean el lugar en busca de la flor más sabrosa. Dentro del porche, resguardada del sol y de las vistas curiosas, una butaca de madera, con patas curvas de mecedora que crujen suavemente cuando su ocupante se balancea. La mujer que está sentada en la butaca parece dormir, pero en realidad contempla el mar en calma a través de las ventanas enrejadas. Respira con dificultad porque el aire apenas penetra en sus pulmones quemados. Ella sabe que se está muriendo pero ¿acaso no lo hacemos todos día a día desde el mismo instante en que nacemos? Simplemente, está saboreando ese delicioso instante de calma y tranquilidad que le ofrece esa visión del paraíso.

A su espalda, unos pasos se acercan. Un hombre se inclina cariñosamente sobre ella y le susurra algo. Ella asiente. Él deja su mano sobre su hombro.

—¿Estás segura? —insiste el hombre.

La mujer vuelve a asentir, esta vez con la mirada fija en él. El hombre hace un movimiento rápido de cabeza y se aleja.

Diez minutos después, regresa con un hombre de gafas redondas y metálicas que lleva

una pesada y vieja bolsa al hombro. Eso es lo primero en lo que se fija la mujer. Cuando habla, lo hace con un hilillo de voz.

—¿Es usted profesor?

El hombre de gafas se pasa un pañuelo amarillento por las sienes y la frente, empapadas en sudor. Niega con la cabeza y se sienta en una silla de enea que hay junto a la mecedora de la mujer. Apoya la bolsa junto a sus piernas y saca una grabadora.

—No podrá utilizar eso conmigo. Apenas me sale ya voz y tendría que cosérmela a la boca para que se pudiera grabar algo.

Lo que acaba de decir le parece súbitamente gracioso y la mujer comienza a reírse, un sonido horrible, hueco, como ladridos de una hiena. Pero el esfuerzo de la risa le produce un ataque de tos que a duras penas puede calmar. Cuando tose, se tapa la boca con un kleenex de papel decorado con suaves motivos florales rosas. El hombre de gafas se fija en ese detalle y mira a su alrededor: el porche, las flores, los reflejos del mar de la bahía vistos a través de la ventana enrejada del porche, la ondulante superficie de la piscina, la casa de sillares de marés al final de la suave pendiente de césped verde brillante, los pinos que la bordean. Luego se mira las manos. Guarda la grabadora en la bolsa de cuero y extrae en su lugar un cuaderno y un bolígrafo azul.

—¿Ve? —dice la mujer en cuanto ha aplacado su tos; guarda el pañuelo en el hueco de su mano pero el hombre ha podido ver que las flores se han teñido de rojo—. ¿Ve lo que han hecho de mí?

—¿Quiénes?

—Aquellos a los que busca. Las sombras.

Las palabras de la mujer congelan al hombre de gafas, que la contempla con horror. La mujer que tiene sentada frente a él está artificialmente quemada, como envejecida prematuramente. El rostro seco enseña unos globos oculares que parecen estar a punto de caer por su propio peso a cada momento. Las mejillas hundidas y los labios agrietados que apenas pueden cerrarse en torno a las mandíbulas. Extremadamente delgada, unos bracillos de piel retorcida y ennegrecida asoman bajo las mangas de una delicada camisa blanca de hilo bordado. En conjunto, calcula en silencio el hombre de gafas, aquella mujer no puede sobrepasar los treinta y cinco kilos de peso. Y la mayor parte de ese peso se lo lleva, sin duda, su melena, una cabellera apagada y mustia de grandes rizos rojizos que lleva suelta sobre los hombros. Sobre su cráneo brillan pequeñas calvas, lagunas de pelo.

Lo que ha horrorizado al hombre de gafas, lo que ha hecho que comience a sudar copiosamente de nuevo, es la constatación de dos verdades que llevan aplastando su vida desde hace años: que las sombras existen y que son capaces de hacerle *eso* a alguien. Capaces de transformar a un ser humano en *aquello* que está sentado en una mecedora y lo está mirando. El hombre tiene que esforzarse en reprimir las constantes muecas de asco y horror que le produce la visión de ese ser horrible que ahora contempla el mar. Durante unos segundos, todas las alarmas se han disparado en su cabeza, advirtiéndole de que ahora hay un peligro real que nunca antes había tenido en cuenta porque nunca antes se había materializado la constatación de la existencia de aquellos seres mitológicos. Pero por encima, y por debajo, estrangulando un instinto de supervivencia que le está pidiendo a gritos que se olvide de todo aquello, que renuncie a su búsqueda insana, que regrese a la cómoda y anodina vida anterior, está la obsesión que ha presidido todas las decisiones de su vida desde hace muchos años, la ciega locura que ha guiado sus pasos en una búsqueda perturbada, demente y alucinada que le ha llevado a sentarse frente a la mujer esa idílica tarde de mayo, ante el mar Mediterráneo.

—¿Dice que son... que han sido ellos quienes le han hecho... *eso*?

La mujer tarda unos minutos eternos en contestar, que hacen que el hombre de gafas se revuelva incómodo en la silla; por primera vez siente que está cerca de alguna respuesta más tangible a su búsqueda y ese convencimiento lo vuelve impaciente, exasperante, irritable. Pero ella está contemplando de nuevo el mar a través de la ventana enrejada.

—¿Conocía Portocristo?

Él llena los pulmones de aire. Luego se reclina en el asiento de la silla.

—No.

—Le recomiendo que pasee por el pueblo antes de abandonar la isla.

—Por favor, perdone que sea tan insistente, pero quiero... no, necesito saber quién le ha hecho eso.

La mujer le mira.

—¿Por qué está tan obsesionado con ellos? ¿Para qué los busca?

—¿Obsesionado? ¿Yo? —el hombre alza la voz sin darse cuenta, súbitamente alterado—. ¿YO? El hombre lleva buscando la verdad acerca de la vida y de la muerte desde que existe. ¿Qué es este corto período en el que existimos y qué es lo que hay después? ¿Por qué existimos? ¿Por qué está dispuesto, según qué protocolo, que tengamos que vivir

antes de morir? ¿Por qué no es al revés? ¿La vida no podría ser la culminación del otro proceso, uno anterior a nuestro nacimiento, al que regresaríamos después de dejar las funciones vitales que nos otorgan esta conciencia por un período ridículamente corto, si lo comparamos con cualquier otro proceso vital que se desarrolla a nuestro alrededor? ¿Para qué? ¿De qué nos sirve obtener esta conciencia, esta información de la vida, si luego la perdemos? ¿O no la perdemos? Millones, señora, millones, un número infinito de preguntas nos venimos haciendo desde el inicio de los tiempos. Y ellos, *ellos*, podrían otorgarnos la respuesta. Ellos son la respuesta a la pregunta que da sentido a la existencia del hombre.

—¿Qué pregunta es ésta?

El hombre se detiene, para coger aire y respirar más pausadamente antes de contestar.

—La pregunta que engloba todas las demás es simple: por qué.

Se contemplan fijamente, estudiándose el uno al otro.

—Creo —dice ella— que debería ir a un loquero. Si no fuera porque yo misma he vivido recientemente experiencias que ningún psiquiatra o psicólogo del mundo ha podido explicarme, le recomendaría alguno. Y créame —y hace un gesto con el raquítico brazo, abarcando todo lo que está a la vista, la casa, la finca entera, el más que palpable poder económico que transpira cada una de las agujas de cada uno de los pinos que bordean la magnífica mansión—, no se han escatimado gastos a la hora de buscar especialistas. He consultado muchos estos días. Pero se acabó. Ninguno de ellos tiene la respuesta a mi pregunta, ni la tendrían para usted. Ni siquiera creo que ellos, las sombras, la tengan. Creo que lo que usted busca es una quimera. Pero no me interesa. Es su locura; yo tengo que cargar con la mía propia, mientras me dure el aire en los pulmones. Y será por muy poco tiempo. He accedido a hablar con usted porque lo que yo busco, y usted me puede proporcionar, es algo mucho más prosaico, vulgar y humano.

El hombre la mira y dice:

—Venganza.

—Así es. Y la obtendré a través de usted, aunque haya muerto ya para entonces. No me importa. Le daré toda la información que desee, todas las claves que puedan conducirlo a ellos, para que los saque a la luz, para que el mundo conozca qué clase de monstruos viven entre nosotros. Se han escondido durante miles de años. Pero ahora podemos hacerles daño. Simplemente con volcar toda la atención del planeta sobre ellos, cada foco, cada par de ojos, cada laboratorio, toda la furia y todo el odio que permanece

latente en el ser humano sobre ellos, habré logrado mi venganza. Devolverles el sufrimiento inhumano que me han proporcionado. Aunque nunca sabré por qué a mí. Por qué fui yo la elegida. Aunque eso ahora ya no tiene importancia. Su búsqueda es la mía, señor. ¿Entendido?

A medida que ha hablado, los exhaustos músculos faciales de la mujer se han ido retorciendo, contorsionándose, en un ejercicio de ira contenida, que ha convertido su rostro en una monstruosidad de la naturaleza. El hombre ha asistido aterrado a la transformación, pero, pese a las náuseas que le suben hasta la garganta, la perspectiva de estar a punto de hacer un gran avance en su búsqueda, de situarse más cerca de los incorpóreos de lo que ha estado jamás, hace que su cabeza dé vueltas, de manera que tiene que agarrarse con ambas manos a la silla. La mujer lo toma por una muestra de asco hacia su aspecto y levanta el kleenex hasta su rostro, intentando ocultarse tras él. Continúa hablando así, parcialmente oculta tras el pañuelo de papel.

—Le daré la información que he averiguado de la otra chica que conocí en Nueva York. Es a ella a quien tiene que buscar. Por algún motivo, ellos decidieron que se salvara. Averigüe por qué y los tendrá.

La mujer comienza a desgranarle su historia y el hombre de gafas garabatea frenéticamente en su cuaderno abultado. Más allá de la reja que enmarca la ventana del porche, más allá de la empinada ladera cuajada de pinos que muere en las tranquilas aguas turquesa de la cala, más allá de la desembocadura de la bahía, el mar asiste impertérrito al constante movimiento infinitesimal que se desarrolla a su alrededor, en su interior, y sobre él, con un número tan elevado de gaviotas y albatros sobrevolando su superficie que hace que el mundo sea un juego.

¿Cómo dormir con lo que me había contado Gabriel? Pasé la noche recordando todas y cada una de sus palabras, sus entonaciones, sus gestos, lo que implicaban sus revelaciones. A medida que las horas avanzaban, mi cabeza se fue espesando por el cansancio y los nervios acumulados, hasta que entré en una especie de duermevela, donde se mezclaban sueños ligeros con los restos de la conversación, en un caos incómodo que comenzó a producir pesadillas. Me desperté varias veces a lo largo de aquel letargo, sólo para volver a adormecerme enseguida, siempre con la sensación de peligro y ecos lejanos de una angustia que no acababa de identificar.

Cuando por fin me levanté, cerca del mediodía, un único pensamiento se abría paso a través de mi cabeza, como un cuchillo en un bloque de mantequilla: quería asistir a una transformación de Gabriel, a un... ¿cómo lo había llamado él?— tránsito. Necesitaba ver, comprobar, su verdadera naturaleza.

Sonó mi móvil y en la pantalla apareció uno de esos números ocultos que me enfurecían. Pensé no cogerlo, pero en un impulso me pregunté si no sería Gabriel. Por supuesto, no tenía mi número, pero, *por supuesto*, ninguno de estos pequeños inconvenientes parecía detener a alguien como él. Descolgué:

—¿Sí?

La vida se vuelve luminosa y resplandece ante tus ojos si escuchas al otro lado la voz que más deseas oír:

—¿Dormías?

—Sabes que no. Siempre parece estar observándome. Me estás esperando cuando salgo a la calle, me encuentras en todas partes. ¿Es que acaso me espías?

—Mmm... no exactamente. No lo necesito.

—¿Qué quieres decir?

—Que, de alguna forma, puedo sentir si duermes, estás despierta, tienes miedo o frío.

Estamos conectados de una forma que no puedo explicarte aún. Apenas lo comprendo yo mismo.

—¿También puedes adivinar mi número de teléfono? Porque no recuerdo habértelo dado.

Gabriel se echó a reír al otro lado de la línea.

—No, eso tiene más que ver con nuestra activa vida financiera y empresarial.

—¿Perdón? Creo que me he perdido algo.

—Bueno, no es una conversación para mantener por teléfono, pero imagínate todo el tiempo que tenemos para decidir en qué queremos invertir nuestros fondos. Somos accionistas de la mayoría de las grandes empresas de este planeta. En alguna de ellas me conseguirían el teléfono que quisiera. De hecho, me han dado el tuyo.

Sus palabras me trajeron a la memoria aquel espléndido piso de Nueva York. Las vistas de la ciudad nocturna desde la piscina. Aunque lo que acababa de contarme Gabriel me despejaba algunas incógnitas, tendría que seguir averiguando más.

—¿A qué hora te recojo?

—En... media hora estoy lista. Pero no es necesario que me recojas. Podemos quedar donde quieras. Voy a tu hotel, si quieres.

—No me alojo en un hotel.

—¿Y dónde si no? ¿Tenéis apartamentos aquí? —la perspectiva de una red consolidada cuyos brazos llegaran hasta mi propia ciudad no me resultó en absoluto tranquilizadora.

—Bueno, yo no lo llamaría un apartamento.

Fantástico. Desechada la idea de enseñarle el estudio.

—Sea lo que sea, dame la dirección y te encontraré allí.

—Preferiría recogerte y, luego, si quieres, te lo enseño. ¿De acuerdo?

—Está bien. Dame media hora y bajo a la calle.

—Perfecto.

Colgó y la línea se quedó tan vacía e inútil sin su voz que colgué como si me quemara el móvil.

Desayuné rápidamente, me cepillé los dientes mientras contemplaba mi armario, con las puertas abiertas de par en par, buscando qué ponerme que fuera al mismo tiempo personal, sexy, elegante, casual e interesante. Contemplé todas las posibilidades de mi armario. Nada. Me enjuagué la boca y acudí corriendo al cuarto de Emma. Por primera vez en mi vida, abrí su armario, diciéndome a mí misma que ella lo entendería y

aplaudiría mi decisión de estar allí en ese momento, y saqué varias prendas escogidas al azar. Cualquiera de ellas cumplía con mis nuevos objetivos de gustar a Gabriel; me las probé y me miré en su espejo. Diez segundos después, volaba al armario de Elisa, más parecida a mí en estatura y peso, y hacía el mismo repaso que había hecho con la ropa de mi otra compañera de piso. Esta vez la búsqueda sí produjo resultados. Con un precioso vestido de algodón blanco y grandes flores color café, me metí en el cuarto de baño; consulté mi reloj sólo para corroborar que tenía menos de diez minutos para ducharme.

Seis minutos después, abría el portón que daba a la calle. Junto a la caricia de la luz, entraron en mi campo visual sus ojos aguamarina. Gabriel cruzó la calle de dos zancadas y me dio un largo beso en la mejilla. Caminamos por la calle Cervantes hacia la plaza de Neptuno. Un taxi pasó con el piloto verde encendido.

—¿Está muy lejos?

—No, aquí cerca. Vamos caminando.

—Tus amigos volvieron a visitarme ayer. Fue antes de regresar a mi casa y encontrarte sentado en mi sofá.

Gabriel soltó un bufido que me hizo encogerme. Pensé que le había herido con mis palabras, pero me cogió cariñosamente la mano.

—Que compartamos la misma naturaleza no nos convierte en amigos. ¿O tú consideras amigos a todos los de tu especie, a los casi siete mil millones de seres humanos?

—¿Cuántos sois vosotros?

—¿Por qué siempre contestas a mis preguntas con más preguntas?

—¿Y tú?

—Incorregible —y soltó una carcajada—. No más de un centenar.

—Te contesto con preguntas porque cada cosa, cada dato nuevo que me revelas implica miles de preguntas nuevas.

—Lo entiendo. Y cada pregunta tendrá su respuesta... en su momento.

Pasamos delante del Museo del Prado. La mañana era magnífica.

—¿Qué pasa, es que no has traído coche hoy? ¿No hay descapotable, deportivo o cualquier otra maravilla que tengas?

—Nuestro sentido de la propiedad es algo diferente del vuestro. No son *mis* coches, *mis* casas, *mis* posesiones. Estas cosas no tienen ningún valor al otro lado, así que para nosotros tampoco a éste. En cualquier caso, y respondiendo a tu pregunta, no he traído

el coche porque creo que tenías razón ayer y no duraría ni medio minuto en la calle aparcado.

—¿Por qué? ¿Qué coche es?

Gabriel sonrió, misterioso:

—¿Sabes qué es un Bugatti Veyron?

—¿Tengo pinta de saberlo?

—Mejor. Encuentro cierto placer en sorprenderte, tengo que confesarlo.

—Pues tengo que felicitarte, porque cada día que paso contigo es irrepetible. Y hace... ¿cuánto tiempo que nos conocemos?

El rostro de Gabriel se nubló, regresando de nuevo a ese espacio indefinido de sombras que se abría como un abismo entre los dos y que estaba aprendiendo a odiar con todas mis fuerzas.

—Realmente, nos conocemos desde hace mucho más tiempo.

No era la primera vez que oía ese tipo de comentarios en su boca y, la verdad, comenzaba a agobiarme. ¿Por qué tanto secreto?

—¿Hace cuánto?

Gabriel meditó la respuesta, sin apartar sus ojos aguamarina de los míos.

—Desde antes de que muriera Helena.

—¿Qué? ¿Conocías a mis padres?

—A tu padre sólo lo vi una vez, un encuentro fugaz. Con tu madre coincidí más veces.

Una idea perversa, retorcida, me cruzó la mente y fue dejando una estela de destrucción por donde pasaba. Me quemó la boca preguntarlo, pero tenía que echarlo fuera, antes de que me hundiera con ella, aunque me costó pronunciar las palabras:

—¿Cuántas veces? ¿Por qué sólo con Helena? —respiré hondo—. ¿Estuvisteis liados tú y mi madre?

Gabriel se sorprendió ante mi pregunta, abrió los ojos y la boca para responder, pero antes soltó una carcajada tan sonora que una pareja de turistas con cámara al cuello nos miró con curiosidad. Luego me contempló unos instantes antes de responder.

—A veces se me olvida lo joven que eres. Y esas veces te encargas tú sola de recordármelo.

Arqueé las cejas para demostrar mi indiferencia ante su evasiva. Él continuó:

—No, no fui amante de tu madre. No soy tan retorcido. Helena era una persona maravillosa, una mujer con muchas virtudes, además de que tenía tus ojos —se inclinó

hacia mí y bajó el tono de voz—. Pero incluso desde que tenías tres años yo sabía que te esperaría. Te habría esperado cincuenta años más. Pero te adelantaste a mis previsiones.

—¿Cómo?

—Apareciendo en Nueva York.

Iba a objetar algo a su contestación, cuando me interrumpió:

—Ya hemos llegado.

Aparté los ojos de su rostro y miré alrededor. Estábamos en Espalter, una de las estrechas calles que desembocaban en el Parque de El Retiro, a espaldas del Museo del Prado y de la Iglesia de los Jerónimos, una de las zonas privilegiadas de la ciudad. Los edificios se copiaban unos a otros: grandes sillares de piedra, una elegante sobriedad y un portal adoquinado de los tiempos en que se necesitaban para los carruajes.

—Vamos a por el coche. Si te portas bien te regalaré una cosa.

Sonreí, intentando proyectar cierto misterio sobre una sonrisa enigmática que pudiera, aunque fuera mínimamente, igualarse a la brillante sonrisa de él.

—Lo prometo. ¿Qué es?

Sonrió. Me deshice. Esa secuencia parecía repetirse mucho últimamente en mi vida.

Gabriel me guió hacia uno de esos amplios portales; el portero, vestido con traje oscuro, camisa blanca y corbata oscura también, le saludó ceremoniosamente y se apartó con un movimiento ágil, para que nosotros accediéramos a una pequeña puerta lateral. Conducía a unas escaleras descendentes. En el rellano, justo ante una puerta metálica, de esas que se utilizan para cortar posibles incendios, una incoherente lámpara de lágrimas multicolores de cristal pendía del techo. Todo el rellano tenía el perímetro del techo decorado con una moldura de escayola que reproducía volutas y otros motivos clásicos. Viendo el lujo derrochado para una simple entrada a un garaje, me pregunté cómo sería la garita del portero, si sólo el doble del tamaño de mi estudio o el triple.

Entramos en el garaje, con grandes columnas cuadradas marcando las plazas de los vehículos. Estaba casi desierto, y los pocos coches que estaban durmiendo, lo hacían cubiertos con enormes fundas grises. Gabriel sacó una llave del bolsillo y se dirigió hacia una de las fundas, que retiró con cuatro o cinco movimientos expertos y apareció ante mis ojos uno de esos coches futuristas, bajo y ancho, negro como una noche sin luna, y con el interior de un naranja rabioso. El morro del coche tenía la parrilla del radiador abierta como una boca asombrada; por detrás, sin embargo, la línea era tan agresiva

como cabía esperar de un vehículo de aquellas características. Mmm, me gustaba, pero no iba a mostrarme impresionada.

–Bonito coche, pero sólo un coche al fin y al cabo.

Gabriel sonrió y repitió mis palabras:

–Sólo un coche al fin y al cabo.

Definitivamente, la garita del portero debía de ser el triple de grande que mi estudio.

–¿Adónde quieres que te lleve?

–No lo sé, elige tú.

–Ésta es tu ciudad. Tendrás tus rincones favoritos. Llévame al tuyo. Y, después, si quieres, te enseño el mío.

–Perfecto. Comienzo yo.

Entramos en el coche y Gabriel encendió el motor, que retumbó gravemente en aquel sótano. Juraría que vi arenisca cayendo en ligeras nubes de las esquinas de aquel viejo edificio, incapaz de soportar muchos motores de ese calibre. Antes de que saliéramos a la calle, Gabriel me advirtió:

–Hum... este tipo de vehículo es bastante llamativo. Te acostumbras enseguida. No le des importancia.

Nunca me habían interesado los coches y, aunque aquel me parecía bonito, qué duda cabía, no me habría vuelto nunca por la calle a mirarlo, así que no comprendí en ese momento el alcance de las palabras de Gabriel. Que, de nuevo, acertó. En cuanto nos incorporamos a la calle, tras abandonar el edificio del garaje, las escasas personas que nos vieron pasar clavaban la mirada en el coche. Pero la cosa no hizo sino empeorar a medida que nos íbamos moviendo por avenidas más amplias y, por tanto, con mayor densidad de vehículos y de peatones. Esperaba que, de un momento a otro, la gente se agolpase a nuestro alrededor, para comprobar si éramos marcianos o sólo famosos. Sospecho que si nos hubieran visto antenas y escamas verdes se habrían llevado una decepción. Sí, era agobiante. En los semáforos, mirara donde mirara, veía caras asombradas escrutando el coche. Comencé a escurrir mi trasero en el asiento, para bajar la cara y que no fuera tan visible. Y eso que estaba segura de que no me miraban a mí, sino al coche. O, más concretamente, primero al coche y luego al conductor. Y luego constatarían cierta coherencia formal y estética entre un coche de esas características y un rostro como el de Gabriel.

Circulamos por la avenida de Alfonso XII, bajamos por la calle Alcalá, en dirección a

Cibeles. Era una mañana radiante; el Retiro se había abierto, unas bocacalles atrás, ante nuestra vista como el oasis prometido a ojos de un desheredado del desierto. El follaje verde resplandeciente desparramaba vida sobre las aceras, desde las faldas de las chicas hasta los globos de colores de los puestos callejeros. Torcimos por el Paseo de la Castellana, en dirección norte. Gabriel circulaba tranquilamente, disfrutando del paseo y, sospechaba, de la atención que despertábamos a nuestro paso. Pero, si lo hacía, era con la mayor naturalidad del mundo; si apartaba los ojos de la calle era para mirarme o para señalarme algún punto de interés en el que, en la mayoría de los casos, yo no había reparado nunca antes, pese a los años que llevaba viviendo en la ciudad.

Cuando nos acercábamos al paso elevado de Juan Bravo, buscamos un parking y metimos el coche. Tras habernos desembarazado de las miradas incómodas, nos dirigimos a pie hacia el punto al que quería llevarle. Nada de exuberantes edificios; nada de dinero, nada de clases sociales, todo era más sencillo en mi mundo, en mi modesta vida, y así se lo quería enseñar a Gabriel. Por eso había decidido que le enseñaría la pequeña cascada artificial que ocupaba el subterráneo bajo el paso elevado que unía las calles de Juan Bravo y Eduardo Dato. Justo bajo su unión transversal con la calle Serrano, nacía una pequeña cascada de granito y hormigón, plana, ancha, ondulada, por la que se deslizaba, hasta que por la noche desconectaban el mecanismo, una fina película de agua transparente que moría en un estanque a sus pies. El rumor del agua cayendo casi apagaba el inagotable ruido del tráfico proveniente de la superficie; había sido un capricho de alguien disfrazar aquel ángulo estéril bajo el aspecto de recuerdos lejanos del agua real despeñándose por verdaderas cascadas salvajes, dulces y atrevidas. En uno de los pilares del puente que enmarcaban la cascada había una placa envejecida de latón en la que se leía:

Eugenio Sempere (1923-1985)

Fuente, 1972

Hormigón y cemento blanco

Y, justo en el centro del estanque, una escultura roja de brazos paralelos al agua, ligeramente retorcida llamada *Mediterráneo*, de Martín Chirino. Tantos años de salpicaduras de agua habían acabado por borrar la fecha de creación de la placa.

Adoraba aquel sitio. Mis primeros años en la ciudad, cuando añoraba el mar y pensaba

que la ciudad estaba rodeada de tierra polvorienta por los cuatro costados, me iba allí, a sentarme y dejar que mi angustia flotara sobre la película de agua para que se perdiera en el estanque cuadrado.

Así que aquel fue el sitio que escogí para llevar a Gabriel. Nos sentamos los dos sobre el pequeño murete que separaba a los curiosos de la cascada. Durante un buen rato, ninguno de los dos habló. Mirábamos, hipnotizados, caer el agua, aunque yo espiaba con el rabillo del ojo alguna expresión de Gabriel. Él se limitaba a sonreír.

—No podía imaginarme que éste fuera tu sitio favorito —dijo, finalmente. Yo asentí—. Me gusta. Mucho. ¿Lo utilizas para impresionar a tus pretendientes?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—No, yo... siempre he venido aquí sola. Se puede decir que... eres la primera persona que traigo.

Dejé el resto de la frase colgando en el aire, para ver si él lo cazaba al vuelo, pero no apartó la mirada del agua. Volvía a estar alejado de mí, perdido en sus recuerdos. Cuando habló, su voz pintó dulces ocre en un lienzo blanco que mecía la vista:

—Yo estuve enamorado una vez. Fue en París, en 1910. Se llamaba Isobel y tenía dieciséis años. Lo que me hizo fijarme en ella por primera vez fue su pelo rubio, brillante, casi cegador. Ella paseaba con su aya junto al Sena y un arranque del viento hizo volar su sombrilla. Yo la cogí al vuelo, antes de que cayera al río, y se la devolví. Ella pronunció un *merci* tan suave que apenas alcancé a escucharlo, con los ojos agachados. Antes de dar media vuelta, me miró una fracción de segundo, una mirada fugaz o su aya se habría dado cuenta, y ese breve instante me dio a entender que Isobel me daría una oportunidad. Aunque mi aspecto en 1910 era el de un joven de no más de veintipocos años, ya había cumplido más de cien, así que algo sabía de mujeres, al tiempo que seguía aprendiendo de mí mismo y de los míos. Y precisamente el conocimiento de mi naturaleza me mantenía apartado de los humanos, me prohibía mantenerme demasiado tiempo al lado de ninguno. Las mujeres que había conocido habían pasado fugazmente por mi lado..., si no te molesta que te hable así...

—En absoluto —mentí, agachando la cara, para que no se diera cuenta de que hervía de celos. Pero él no me miraba, seguía cosiendo sus recuerdos con el hilo del agua que caía por el ondulante hormigón.

—Bien. Pero hubo algo en aquella joven que me llamó poderosamente la atención, y no era otra cosa, lo supe mucho tiempo después, que la tremenda fuerza vital que despedía

su alma. Eso es algo arrollador para cualquiera de nosotros. Además, tuve la fortuna de obtener el dulce encanto de sus ojos color miel y eso, de alguna manera, me vinculó a ella, más fuertemente de lo que me había ocurrido nunca antes. Decidí cortejarla. Como comprenderás, no cabía en mi cabeza la posibilidad de unirme a ella por el resto de nuestras vidas con uno de esos lazos de papel ficticio que utilizáis vosotros. Esos marcos no funcionan con nosotros. No podrían.

Lo entendía. Pero, entonces, ¿por qué ese dolor ácido en mi pecho?

—El caso es que yo continúe con mi ficción, dejando que Isobel creyera que lo mío era tan convencional como todo lo que vivía y respiraba a su alrededor. Porque, de otra forma, ¿cómo podría explicarse mi interés en ella, si no era por fines puramente honestos? De la manera más egoísta, dejé que aquello fuera cobrando velocidad y se deslizara cuesta abajo, sin intentar poner ninguna zancadilla. Todo con tal de seguir al lado de Isobel. Sus padres estaban encantados conmigo y complacidos con la perspectiva de que formáramos una familia su preciosa y única hija y yo. De todos los que conocían lo mío con aquella niña, sólo Ulla me previno. Me avisó, dijo que dañaría mucho a Isobel. Pero no la escuché. Menos de un año después de aquel encuentro fugaz a orillas del Sena, en la galería de cristal de casa de los padres de Isobel, en un momento de descuido en que nos quedamos a solas, aunque tiendo a pensar con los años que de casualidad no tuvo nada, ella, la niña del pelo dorado y ojos color miel, me preguntó sin ambigüedades posibles cuándo nos casaríamos. Y yo, que vi romperse en mil añicos ante mis ojos el espejo de una ansiada vida normal en el que quería contemplar mi imposible reflejo, enfadado, molesto por la interrupción de mi fantasía, previendo mi consecuente desaparición, le dije a la niña que nunca nos casaríamos. Fui lo cruel que puedes llegar a ser con un pequeño y delicado objeto que adoras cuando tienes un acceso de ira contra el mundo, por lo que me había tocado ser, en lugar de un corpóreo mortal como todos los demás, como tú, como la pequeña Isobel.

Hizo una pausa. El nombre de la chica flotaba en sus labios como si nunca los hubiera abandonado. Un diminuto y brillante cuchillo me seguía removiendo las tripas.

—Ella, como te puedes imaginar, no se esperaba ese desenlace. Fue traumático para la pequeña a la que todos daban por casada. Y yo destruí sus sueños y esperanzas. Además, creo poder afirmar, sin temor a resultar vanidoso, que me amaba sinceramente. Al menos, con toda la sinceridad de que era capaz a su corta edad, sin ver mundo ni conocer a más personas que las de su reducido círculo familiar. Era una pequeña rosa de

invernadero que sus padres habían cultivado a salvo de depredadores... como yo. Cuando me alejaba de París, esa misma tarde, Ulla me dijo que se me requería al otro lado. Así que me detuve en un recodo del camino al caer la noche, oculté el caballo e hice la migración. Una vez finalizado el trabajo, todavía al otro lado, cuando me disponía a convertirme en corpóreo de nuevo, la vi. A Isobel. Había muerto. Quedé horrorizado ante el desenlace de mi acción egoísta. Te prometo, Pers, que hubiera dado cualquier cosa por devolverla a la vida, pero era demasiado tarde, llevaba demasiado tiempo al otro lado como para guardar la más mínima esperanza de recuperación. Cuando regresé a vuestro mundo, volví al galope desesperado a París, para conocer de primera mano lo que había ocurrido. Isobel se había quitado la vida aquella misma noche. No quise entrar en la casa, pero podía oír los gritos desgarrados y los lamentos de los padres de la pobre niña a la que, sin pretenderlo, había asesinado.

Miré la cascada. El agua seguía cayendo, ajena a nosotros, lejana en el tiempo y en la distancia, suave como un reflejo e imposible de aprehender. Un fantasma.

Las palabras de Gabriel habían convertido el aire en un peso que se hundía en mi pecho. Podía ver perfectamente a aquella niña, espiando entre sus pestañas el perfecto rostro de Gabriel, colorada y emocionada porque un hombre así la hubiera escogido a ella. Y podía imaginarla después, desesperada en su cama, deshecha en llanto, convencida de que aquel dolor tan espantoso nunca podría ser curado, que no quedaba salida para ella mas que abrir la ventana y saltar. Yo podría haber sido Isobel. ¿No lo era ya acaso? Hipnotizada por él, de la misma forma que lo estuvo aquella niña.

Me levanté de un salto, dando la espada a Gabriel, porque se me habían llenado los ojos de lágrimas y no quería que me viera así. Y porque, en parte, me sentía furiosa contra él. Sin girarme, oí su voz a mi espalda:

—Creo que cuanto antes sepas quién soy, es mejor para los dos. Durante mucho tiempo me he comportado como un monstruo. No puedes imaginarte el daño que he llegado a infligir.

Los escalofríos me retorcían la espalda y los brazos.

—¿Me harás daño a mí también?

—No. Aquellos días pasaron. Conmigo estás a salvo. Estás más a salvo que con cualquier otro ser, vivo o no.

—¿Cómo puedo creerte? —decidí pasar por alto sus últimas palabras.

—¿No te he dado suficientes pruebas?

–No me refiero a salvar mi vida, sino a... –mi corazón, mi pobre y finito corazón– a otro tipo de daño.

–Nunca haría nada que pudiera perjudicarte. Nunca. Tienes que confiar en mí.

Nos quedamos los dos en silencio.

–Espérame aquí, voy a por el coche. En cinco minutos te recojo.

No le vi irse. Cuando me giré, estaba sola. Volví a sentarme y contemplar la cascada. Sí, aquí había venido yo a llorar ciertos rasguños de frustradas relaciones. Cosas que ahora no tenían importancia, pero que, recientes, quemaban. Pobre niña.

Entonces sonó mi móvil.

Número desconocido. Descolgué.

—¿Sí?

Una voz con un fuerte acento.

—Hola Perséfone. Soy Ulla.

Silencio en la línea.

—No sabía que estabas aquí.

Ulla se rió.

—Hay muchas cosas que desconoces, querida.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? Gabriel no está ahora mis...

—No es con Gabriel con quien quiero hablar. Es contigo. ¿Tendrías la amabilidad de reunirte conmigo?

Sofoqué como pude una náusea que me inundó la tráquea y la boca.

—Preferiría...

—No, realmente querida, no sabes lo que preferirías. Y necesito verte. Te espero en la calle de Los Donados.

—No creo que vaya a ir.

—Es muy cortés por tu parte intentar oponer resistencia, pero creo que sí lo harás.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque ha llegado el momento de que sepas quién eres en realidad y por qué has concentrado tanta atención.

—Y, sólo por curiosidad, ¿dónde tendría que buscarte, una vez llegara a esa calle?

—Lo sabrás. Es sencillo. Te espero.

Colgó. No pensaba moverme de allí, salvo para salir de debajo del puente para ir al encuentro con Gabriel. Pero de pronto, la soledad que hacía unos momentos me había parecido maravillosa se volvió opresiva y agobiante. Ulla sabía exactamente dónde

estábamos y que Gabriel se había ido al garaje. Me levanté y giré en redondo, esperando encontrarla tras una columna, debajo del agua, tras la inmensa escultura colgada con los gruesos cables de acero del puente. Muerta de miedo, pese a estar a plena luz del día y en un sitio público, subí deprisa por las escaleras laterales hasta llegar a Serrano.

Maldiciendo, detuve el primer taxi libre. El coche bajó por Serrano, giró en la Plaza de la Independencia, subió por Alcalá y me dejó en la Puerta del Sol, aduciendo que Arenal era peatonal y ningún coche podía atravesarla. Pagué y salí con prisa. Arenal era ya un hervidero de gente que caminaba o miraba escaparates. Cuando comencé a divisar, al fondo, la Plaza de Isabel II, sonó mi móvil. Supuse que era Gabriel, pero no quise cogerlo. Me concentré en alejar de mi cabeza la idea de que lo estaba traicionando, aunque lo imaginaba allí, sobre el puente de Juan Bravo, con el coche detenido, buscándome con la mirada.

Por fin llegué a la calle de Los Donados, giré a la derecha y busqué en los edificios alguna señal que me indicara dónde podría estar esperándome Ulla. La mayoría eran portales de viviendas; algún bar; una tienda de productos homeopáticos, poco más. De pronto, divisé una plaquita: Oratorio del Santo Niño del Remedio.

Tenía que ser allí, pero me pregunté cómo debía considerar aquello: si se trataba de una muestra de humor macabro de Ulla o qué.

El edificio era bastante más pequeño que sus vecinos y estaba coronado por un campanario. Atravesé las rejas de una pequeña entrada y entré en un vestíbulo cuadrado, amplio, con un panel de corcho en el que figuraban los servicios religiosos del día. Una doble puerta ancha de madera, abierta, mostraba una cortina de terciopelo granate. La aparté y entré al oratorio. Éste consistía en una sencilla nave rectangular, con varias filas de bancos. El lugar había sido remodelado recientemente. Casi olía a pintura. Había estado en iglesias más bonitas y aquella transmitía, al contrario que las grandes catedrales, una calma algo incómoda. Apagué el móvil.

Había varias cabezas esparcidas sobre los respaldos de los bancos, a medio camino ante el altar. Pero sólo una, rubia, con el pelo recogido en un moño sobre la nuca, llevaba el cuello de la camisa coquetamente subido. Me senté a su lado y le susurré:

—¿Qué hacemos aquí?

Ulla se llevó un dedo a los labios y me mandó callar.

—¿Conocías este sitio? —fue su respuesta.

Negué con la cabeza.

—A finales del siglo XV, se fundó en este mismo lugar un hospital, el de Santa Catalina de los Donados, cuya misión era atender a doce hombres desahuciados a cambio de que éstos rezaran por el fundador del hospital. Las ropas que les prestaban provenían de donaciones. De ahí el nombre del hospital. Funcionó dos siglos, hasta que a mediados del siglo XIX se transformó en el Hospital de Ciegos. Treinta años después, el personal y los enfermos fueron trasladados y el edificio fue demolido, aunque no completamente: parte del hospital se aprovechó para esta pequeña iglesia. A finales de ese siglo, un impresor que vivía cerca de aquí compró una talla religiosa de un niño, al que rápidamente se le asignaron varios milagros. El capellán de esta iglesia propuso que la talla milagrosa se alojase aquí, para que los fieles pudieran rendirle culto adecuadamente, y así es como acabó convirtiéndose este lugar en el Oratorio del Santo Niño del Remedio.

No tenía ni idea de la historia y tampoco había estado allí nunca. Ulla prosiguió:

—Lo que más me gusta de la historia es que el hospital de ciegos fue trasladado a un lugar llamado Vista Alegre. ¿No te parece un exquisito humor negro?

No, no me lo parecía.

—Ironías aparte, es un lugar que encuentro adorable.

—Y ¿de qué lo conocías?

—Oh, es simple. Aunque se derribara el hospital y se construyeran después viviendas, que se derribarían a su vez para dar paso a los actuales edificios, hay algo que no ha variado con el transcurso de los años alrededor de esta capilla: es una puerta entre vuestro mundo y el nuestro. De hecho, cuando se escapa alguien que no debería estar a este lado, suele colarse por aquí. Por eso lo conocemos bastante.

Sus palabras me provocaban escalofríos.

—¿Colarse? ¿Quieres decir como... espíritus y esas cosas?

Ulla me miró con curiosidad.

—¿Esas *cosas*? Deberías mostrar más consideración, jovencita.

Miré al suelo, pero la oí reírse quedamente.

—Sí, esas cosas. Los vecinos de este oratorio conviven con muebles que se mueven solos y puertas que se cierran. Suelen tolerarlo poco tiempo y se mudan enseguida. Pero creo que me estoy alejando del verdadero motivo por el que estás aquí.

Me sonrió.

—Exacto —dije—. ¿Qué quieres de mí?

—Por cierto, me atrevo a pedirte que mantengas esta conversación en la más estricta

confidencialidad, ¿de acuerdo?

Asentí. Llevaba una blusa de seda color ámbar y una falda larga hasta los tobillos color hueso. La única nota de color en su traje era una inmensa flor carmesí de tela prendida a la altura del pecho.

—¿Qué sabes ya de nosotros? ¿Qué te ha contado Gabriel?

Busqué las palabras adecuadas en mi cabeza para resumir toda la, a veces grotesca, información que había recibido en las últimas horas acerca de los incorpóreos, las sombras, los espectros, o como quisiera que se llamaran.

—Bueno, pues... creo que todo.

Ulla echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada que hizo que se volvieran a mirar los pocos reunidos en el oratorio. Uno de ellos, un señor de cerca de ochenta años, nos chistó malhumorado.

—Ni siquiera —continuó Ulla, bajando un poco el tono de voz, aunque no lo suficiente— nosotros lo sabemos todo acerca de nuestra especie. Sólo La Araña lo sabe todo.

—¿Quién?

—La Araña. Oh, es alguien de quien no tienes que preocuparte. Dirige nuestra especie y controla la frontera entre los corpóreos y los incorpóreos.

—¿Así es como llamáis a los vivos y los muertos?

—Bueno, vuestro conocimiento acerca de la vida y de la muerte es terriblemente limitado, querida. Yo prefiero los conceptos de corporeidad e incorporeidad.

—Pero hay más diferencias que el tener o no un cuerpo físico, ¿verdad? Por ejemplo, según Gabriel, cuando morimos no recordamos nada de lo que hemos sido al otro lado.

—Cierto. Pero no perdéis ese vínculo con vuestra anterior vida hasta cierto tiempo después. Luego, una vez disuelta, es imposible que salgáis de allí. Pero hasta ese momento, seguís siendo, en parte, humanos.

—¿Es a eso a lo que se refería Gabriel cuando dijo que llegó tarde para salvar a Isobel?

Ulla entornó los ojos.

—¿Así que Gabriel te ha contado la historia de aquella joven? Pobre, pobre niña. Advertí a Gabriel, pero ya sabes cómo son los jóvenes a veces de egoístas. Déjame que te hable de aquello. Recuerdo perfectamente la época. Fue gloriosa, divertida, atrevida; aquel cambio de siglo fue muchísimo más emocionante de lo que ha sido éste.

»Gabriel y yo estábamos en Estados Unidos, en Chicago, a finales de 1909. Teníamos unas entradas para una representación de la magnífica Maude Adams, que interpretaba a

Juana de Arco, en Harvard. Fue una noche memorable. Te aseguro, querida, que no alcanzo a comprender cómo soy capaz de almacenar tantísimos recuerdos en una sola cabeza. En fin. Una belleza, la Adams. Ella nos había invitado personalmente a aquella función, así que decidimos posponer el regreso a Europa para pasar aquí el invierno. En este continente, el Modernismo ya había culminado su apogeo, pero aún así mantenía su interés. Además, ninguno de nosotros había visto todavía a Isadora Duncan ni a Mata-Hari y nos llegaban muchos comentarios acerca de los nuevos aires que estaban llevando las compañías orientales a París. Todo era excitante, nuevo, por descubrir en la vieja Europa.

»Sin embargo, una inundación de París, a finales de enero, nos obligó a posponer nuestro regreso. Cuando por fin pudimos llegar, ya era verano. Yo llegué a conocer a la joven, Isobel. Era muy bella. Pero tanto Gabriel como yo nos equivocamos con ella. Las mujeres estaban comenzando un lento despegue de sus tradicionales papeles sociales, generación tras generación, que les otorgaba la maldición de representar *sine die* el mismo papel, el de la solícita esposa, abnegada y servicial. En plena Belle Epoque, estaban comenzando a reclamar un lugar propio en el mundo. Tú has nacido con parte de ese camino ya recorrido, aunque aún os faltan muchas victorias. Pero a mí me siguen pareciendo emocionantes las disputas públicas de las sufragistas, aquellos días en que las mujeres comenzaron a abandonar el corsé y las enaguas de crinolina —de las que tú, seguramente, no has oído hablar en tu vida— para vestir esos trajes de dos piezas que dejaban los tobillos al aire y que inflamaban a los respetables caballeros. Todo aquello me parecía extraordinariamente divertido y consolador, en una época mucho más aburrida para una mujer que ésta. Así que aquella niña, a orillas del Sena, con aquel vestido blanco de la famosa e innovadora Casa Worth y aquella coquetería tan insolente, me pareció muy acorde con los nuevos tiempos. La siguiente vez que la vi fue en una velada nocturna, y recuerdo que llevaba uno de los audaces quimonos del genial Paul Poiret, lo cual me pareció el colmo de la osadía. Tenías que haber visto aquellas ropas. Por supuesto, sus padres asistían iracundos a las muestras de ingobernabilidad de la niña. Yo creo que todo aquello confundió a Gabriel, le hizo pensar que la chica no seguiría los dictados de la sociedad decimonónica y que podrían prescindir de los trámites absurdos del largo noviazgo y posterior compromiso. Craso error.

»Después de presionarla durante un tiempo, la joven cedió al fin a las pretensiones matrimoniales de sus padres, preocupados por lograrle un buen partido a la niña. Cuando

Isobel se lo planteó abiertamente a Gabriel, él se quedó espantado. No era eso lo que tenía en mente, era precisamente de lo que huía. Comprenderás que ninguno de nosotros pueda establecer largos lazos con seres que no pertenezcan a nuestra propia especie.

»Lo que supongo que no te ha contado Gabriel es que, después de que la pobre niña se quitara la vida, él mismo penó durante mucho tiempo, atormentado por su acción. Sí. Se mantuvo aislado al otro lado durante demasiado tiempo, más del deseado, hasta que llegó a ser peligroso que continuara allí. Hay un momento, querida niña, en que si cualquiera de nosotros permanecemos allí demasiado tiempo, perdemos cualquier posibilidad de recuperar nuestra corporeidad. Perdemos el billete de vuelta. Simplemente, nos convertimos en almas errantes como los demás. Desaparece el vínculo que nos mantiene unidos a este lado y no podemos reincorporarnos nunca más. Yo me preocupé mucho. Intenté convencer a Gabriel de que regresara, de que lo necesitábamos aquí.

—¿Por qué lo necesitáis?

—¿No te lo ha contado?

Negué con la cabeza.

—¿Ves cómo no sabes nada en realidad? Gabriel es... —entornó los ojos de una manera algo teatral, me pareció— algo parecido a un policía.

—¿Un policía? No entiendo.

—Gabriel contribuye a que reine el orden en la frontera, para que los que están allí no salgan y los que estáis aquí... os quedéis aquí mientras os corresponde. No hay muchos más como Gabriel. Él es muy especial, uno entre un millón... si existiéramos un millón de nosotros —de alguna manera incompresible para mí, su comentario le hizo mucha gracia y sofocó una risa—. Pero, de todos los policías, él es el mejor. La Araña lo aprecia mucho. También es mi favorito. Aunque recibe muchas críticas de una parte cada vez más importante de nuestra sociedad por su comportamiento.

—¿Qué comportamiento?

—Muchos censuran su exposición tan visible a vuestros ojos. Creen, *creemos*, que nuestras señas de identidad están protegidas gracias a nuestro anonimato. Y Gabriel disfruta dejándose ver con demasiada frecuencia.

Claro. Recordé la maldita fiesta de la pirámide de champán. El simple hecho de que hubiera asistido a la cena con Nadir y los otros cobraba ahora un nuevo significado.

—¿Y por qué se comporta así?

—Bueno... Gabriel tiene un concepto distinto de nuestro paso por vuestro mundo. Él lo

llama la teoría de la integración. Dice que integrarnos un poco más en vuestras sociedades, de manera calculada y controlada, no puede hacernos ningún mal. Pero no todos piensan igual, como ya te he dicho.

Mi cabeza estaba funcionando a toda máquina, intentando comprender y analizar toda la información que me estaba proporcionando Ulla.

—¿Cómo conseguiste que Gabriel abandonara su reclusión al otro lado?

—Cuando vi que no podía convencerle fui a ver a La Araña y le pedí que hablara con Gabriel. Ella le mandó llamar y tuvieron una breve conversación.

—¿Qué le dijo?

—Simplemente, lo que necesitaba saber. Así que Gabriel abandonó su encierro y regresó a este lado.

—¿Cómo es esa Araña? —sólo pronunciar su nombre daba un nuevo sentido a la palabra repulsión.

—¿Serías capaz de comprender, de entender, de visionar cómo es la frontera que divide nuestros dos mundos? Si te asomaras a la sima abisal más profunda de este planeta ni siquiera eso te daría una idea de lo infinita que es la separación de lo que tú llamas la vida y la muerte. Y, en consecuencia, si no eres capaz, con tu cerebro mortal, de entender el significado de un sitio así, ¿cómo crees que podrías comprender un ente como La Araña, un sistema que regula la existencia de la vida desde el primer segundo?

—Pero ¿y por qué la llamáis así?

—Porque para nosotros, igual que para vosotros, asignar un nombre a un concepto nos ayuda a convivir con él, a integrarlo en nuestra existencia. Ereshkigal, Mórrigan, Mictlán, ha tenido todos esos nombres, llámala como quieras. La Araña nos pareció un nombre tan encantador como cualquier otro.

Ulla consultó su diminuto reloj de pulsera.

—Querida, me queda muy poco tiempo y contigo me distraigo con facilidad. El motivo por el que te he hecho llamar —no se me pasó por alto aquella expresión— es para hablar de algo más importante para ti que La Araña. Préstame toda tu atención —y se acercó a mí unos centímetros—. Tú eres también un ser muy especial. Yo no pongo mis ojos en cualquiera al azar. Escojo muy bien a mis protegidos, igual que hice con Gabriel. Y contigo ocurrirá también.

Según terminó su frase, se abrió un fragmento de tierra delante de mis ojos que amenazó con aspirarme, tal fue el mareo que me arrasó la cabeza; tuve que agarrarme al

respaldo del banco con todas mis fuerzas, porque noté que mis sentidos estaban a punto de nublarse: ¿me estaba queriendo decir Ulla que yo era una sombra, como ellos?

¿Una incorpórea? ¿Un espectro?

¿Un ser capaz de viajar entre el mundo de la muerte y el de los vivos?

Nunca en mi vida había sufrido una migración, regresión o como demonios lo llamara Gabriel, pero él mismo me había contado que sufrió la primera a los siete años, con lo cual esos primeros años los vivió pensando que era mortal como los demás. ¿Y si a mí me ocurría igual, sólo que estaba tardando más de lo normal en tener mi primera... *experiencia*?

El mero atisbo de esta perspectiva me estaba ocasionando olas de náuseas tan fuertes que tuve que llevarme la mano a la boca. Notaba que había palidecido porque de pronto me había invadido un frío tenebroso. Podía ver a Ulla, a millones de kilómetros de distancia de mí, adelantar su mano para tocarme la frente, con un gesto de preocupación en su rostro. Su voz me llegó a través de ondas de agua que inundaban mis oídos:

—¡Querida! ¡Pero Perséfone! ¿Qué te ocurre? Tienes un aspecto horroroso, ¿es por mis palabras? ¿No será que...? ¿Es que acaso crees que eres como nosotros? ¿Incorpórea?

Retiró su mano y, por segunda vez, emitió una grosera y sonora carcajada, impropia de alguien de un aspecto tan refinado. Esta vez nos chistaron las tres personas que había en el oratorio. Cuando sus palabras alcanzaron mi cerebro, aquella marea descontrolada comenzó a asentarse, calmando mis náuseas y vértigos, y devolviéndome al mundo de los vivos, del que no había salido en ningún momento. El alivio me recorrió el cuerpo en forma de una ola cálida y aterciopelada.

—No, no, no. Tú no eres como nosotros. ¿No crees que te habrías dado cuenta ya?

—Yo... —intenté hablar, pero era imposible articular un sonido inteligible. Cerré la boca.

—Tranquila. Lo único que intentaba decirte es que, aunque no seas de los nuestros, tienes unas características únicas que te permitirán tener un destino diferente de todos tus congéneres.

Ulla hizo una pausa, esperando verme totalmente recompuesta. Yo la escuchaba perfectamente, pero sus palabras no lograban hacerme reaccionar. Estaba como anestesiada.

—¿Por ese motivo... me reveláis tanto acerca de vosotros?

Ulla entornó sus ojos:

—Perséfone: eres la que he estado esperando desde hace un largo tiempo, porque sólo tú tienes la facultad de penetrar al otro lado y regresar a éste sin estar sometida a las mismas leyes que nosotros. ¿Me estás comprendiendo? —Ulla se acercó más a mí hasta que nuestros rostros quedaron separados por unos escasos centímetros—. Estás destinada a ser la única mortal con la capacidad de migrar al otro lado. De hecho, muchos de nosotros creemos que eres una portadora: un ser humano con la capacidad de llevar almas de uno a otro lado. ¿Comprendes el significado de lo que te estoy revelando? ¿Sabes cuánto tiempo te hemos esperado?

Como en las lejanas olas de un sueño, le contesté que yo no podía ser aquella persona. Mi sencilla respuesta llevaba implícita la aceptación de las palabras de Ulla. Pero en realidad no era así, no estaba capacitada para reflexionar siquiera sobre todo aquello, porque aún me encontraba anestesiada. Algo así de irresponsable fue lo que hizo Ulla a continuación: creerme, en lugar de finiquitar en ese momento la conversación que, aunque no se dio cuenta, se había convertido realmente en un monólogo porque yo no era capaz de mantener un diálogo racional. Pero las cosas nunca ocurren como debieran en un plano existencial utópico en el que reinara el orden.

Ulla simplemente dijo:

—¿No me crees? Te lo demostraré. Pronto viajarás al otro lado.

Y acto seguido, soltada la bomba de hidrógeno, volvió a mirar su reloj, se levantó y salió por el otro extremo del banco. Un segundo después, escuché el roce del terciopelo de la cortina.

Lo cierto es que allí sentada, a solas con mis pensamientos, sin ningún ruido que me molestase, me di cuenta de que en ningún momento había puesto en cuarentena la supuesta cordura de todo aquello. Claro, era lo más natural del mundo, una vez que has descubierto que el hombre del que te has enamorado es un fantasma, un espectro. No creo que le pasen estas cosas a la gente todos los días pero, y ésta es la gracia, cada uno de nosotros somos diferentes. Eso me había dicho Ulla, que yo era diferente. Distinta de Gabriel, de Mateo o Elisa, de las señoras que rezaban unos bancos por delante del mío, del hombre que estaría transportando una carretilla con palés de latas de conserva en ese momento por la calle, al otro lado de la entrada al oratorio... De alguna forma, aquel nuevo sentimiento encajaba ligeramente conmigo, como si hubiera colocado una cara del cubo de Rubik. ¿No había creído siempre que era una inadaptada? Ahí tenía la prueba.

Era bien sencillo, cómo no se me había ocurrido antes. Tengo la posibilidad de entrar en el mundo de los muertos, como si tal cosa.

Salí corriendo del oratorio y vomité en la acera. Cuando levanté la cabeza, una señora de pelo canoso que estaba paseando a un perro feo y diminuto me miró con gesto de asco.

—Drogadictos —me dijo indignada mientras yo buscaba un pañuelo de papel en mi mochila para limpiarme la boca. La miré, pero no dije nada. Recordé que no tenía ningún teléfono de contacto de Gabriel, porque sus llamadas figuraban en la pantalla de mi móvil como «número desconocido», y que por lo tanto no podía localizarle, así que eché a andar hacia el piso, que no se encontraba muy lejos.

Cuando llegué, me dolían las piernas, como si hubiera corrido un maratón. Y la cabeza estaba a punto de explotarme. En el piso estaba sólo Mateo, bastante enfadado conmigo porque había quedado en acompañarle a ver un piso de alquiler aquella mañana. Me reprochó que le hubiera abandonado. Yo no sabía cómo explicar mi ausencia. Tampoco quería explicarle nada. Sólo quería darme una ducha y meterme en la cama. La noche que había pasado en vela estaba comenzando a pasarme factura.

—Fuiste tú quien se ofreció para ayudarme a buscar piso. Emma me ha dejado bien claro que pasado mañana me tengo que ir.

—Yo... Mateo, éste no es un buen momento, de veras. Mejor lo hablamos mañana, ¿vale?

—Joder, Pers, contigo nunca es buen momento. Últimamente estás más ocupada evitándome que hablando conmigo.

Me detuve en el umbral de mi habitación y le miré. Había varias corrientes opuestas de sentimientos flotando en mi interior: desde un —casi inhabilitado— sentimiento de protección hacia mi hermano menor, hasta una —tímida— voluntad de reflexión, para descubrir si él estaba en lo cierto. Pero la agitación que obtuvo la victoria, aplastante, fue la ira.

—¿Qué? ¿QUÉ? ¡Mateo! ¿Cómo te... atreves? —Mateo retrocedió ligeramente hacia la pared—. No tienes ningún derecho a decir que no me estoy ocupando de ti, ¿me oyes? ¿ME OYES? ¿No fuiste mayorcito para venirme solito hasta aquí? Pues entonces no me necesitas para ir a ver un piso, joder. ¡Y no digas tacos en mi presencia, mierda! ¡Eres un niño! Te crees adulto para comenzar una vida nueva, pero, ¡claro!, siempre que tu hermanita mayor esté detrás, cubriéndote las espaldas. ¡Pues esto no funciona así! ¡Yo

también tengo mis problemas! Y te juro que son más complicados de lo que nunca podrás entender.

Hasta yo misma era capaz de comprender que mi acceso de rabia no iba en realidad dirigido contra él, sino contra *ellos*. Pero caía sin freno por una cuesta de la que no sabía cómo salir sin seguir arrollándole con cada palabra que pronunciaba. Por fin, decidí que ya era suficiente y le di la espalda. Antes de cerrar la puerta con un golpe alcancé a oír algunas palabras más tuyas, pero en un tono radicalmente opuesto:

—Pers, escucha, yo... es que tengo un problema... Estuve saliendo con una chica, sin saber que era...

El sonido del portazo me impidió escuchar nada más. Me metí en la cama y me tapé la cabeza con la almohada. Apenas escuché cómo se cerraba la puerta del piso y pensé que Mateo se había ido a trabajar. Enseguida sentí una punzada aguda de culpabilidad y me prometí a mí misma que iría esa noche a hablar con él al Blue Bay. Lo arreglaría todo. Solucionaría mi problema con mi hermano, lo de su piso, o le pediría a Emma que le permitiera quedarse más días. Iría a ver a Gabriel y le contaría mi conversación con Ulla, para que me diera más explicaciones. Le preguntaría por qué me habían atacado dos veces las malditas sombras. ¡Ah! Y también acabaría el encargo del hotel, antes de que el cliente me mandara al infierno. Donde, por cierto, quería Ulla que fuera de paseo.

Pero todo eso tendría que esperar, porque mientras lo pensaba mi cabeza se llenó de un sueño pesado y pegajoso que fue cerrando mis ojos y mi cabecita...

...hasta que los abrí, en la casa de Helena. Hacía mucho frío. Me cogí los brazos y los froté con fuerza, intentando despertar algo de calor en mi piel helada. Era de noche; a través de la ventana del final del pasillo veía el resplandor de la luna sobre el mar. Sentí un fuerte deseo de ir a mirar por la ventana, pero de pronto recordé por qué estaba allí. La puerta permanecía cerrada. Tras esa puerta se escondía Helena y yo sólo quería darle o decirle algo importante, aunque en ese momento no recordaba qué era exactamente. Giré el pomo y el pestillo cedió suavemente. Empujé la puerta con la mano y se abrió hacia dentro, sin hacer ningún ruido. De nuevo, aquella oscuridad tan compacta, tan pesada, tan consciente de sí misma, volvió a hacerme pensar que, a veces, esconde cosas que no deberían existir, cosas que no deberíamos ver nunca. ¿Quién me había dicho algo parecido últimamente? Dejé de pensar en ello cuando oí un murmullo al fondo de lo que fuera aquel sitio, algo parecido al roce de una ropa cuando alguien se pone en movimiento. Entonces, una oscuridad más granulosa fue tomando la forma de una silueta

humana; al menos pude distinguir la cabeza, los hombros, los brazos a ambos lados de un cuerpo. Aquella figura se acercó más a mí hasta situarse a un par de palmos de mi cara. Sin embargo, como en el pasillo en el que yo me encontraba tampoco había luz, no podía verle el rostro.

–Gabriel, ¿eres tú?

La silueta alargó la mano y propinó un empujón violento a la puerta. Ésta se cerró con un golpe que hizo temblar cada célula de mi cuerpo.

Abrí los ojos. Me costó enfocar la mirada, porque no había luz, era de noche. No, no había anochecido aún, pero sí atardecía y mi habitación estaba parcialmente en penumbra. Me senté en la cama para tranquilizar mi respiración, porque por un momento había tenido la sensación de que el sueño se mezclaba con la realidad; de que, pese a haber abierto los ojos, seguía dentro de aquella pesadilla. Miré mi reloj. Eran casi las ocho y media de la tarde.

Salí de mi cuarto y me encontré a Emma en la cocina, preparándose un sándwich. El televisor estaba encendido, pero a un volumen bajo. Cuando me vio, chasqueó la lengua.

–Chica, hay que ver qué horarios tienes últimamente.

–Sí, bueno, es que esta noche no he dormido muy bien.

Emma sofocó una risilla.

–No me extraña. Con un hombre así, yo tampoco habría dormido.

–No es lo que piensas –contesté enojada–. Es que... he estado dando vueltas en la cama.

–Lo que tú digas, bonita. Pero, vamos, si lo que te preocupa es que le diga algo a Max, estate tranquila. Ni me importa a mí lo que hagas ni creo que le importe a él.

–No tienes ni idea de lo que estás hablando.

–Mmm –Emma asintió–. Por cierto, tu hermano te ha dejado una nota en la nevera. Ya le he dicho que tiene hasta pasado mañana.

Cogió su sándwich, se sentó en el sofá y se olvidó de mi presencia, concentrada en la televisión. Yo decidí dejarla por imposible y me acerqué a la cocina. Sobre la superficie blanca de la nevera, sujeta con un imán, estaba la nota de Mateo.

Pers, esta noche no vengo a dormir. Voy a alojarme unos días en casa de Herminia. Te llamaré.

P. D.: si alguien viene a buscarme, no le digáis dónde estoy.

M.

¿Quién podría venir a buscarle? ¿Por qué en casa de Hermi? Que yo supiera, Hermi estaba casada y tenía dos hijos de su anterior marido, que vivían con ella. ¿Tanto se había enfadado conmigo? No tenía respuestas a ninguna de esas preguntas, como tampoco la tenía a la alarma insistente que sonaba en mi cabeza, que rondaba sin parar la idea de que alguien le estaba buscando... alguien como el Interventor. Que ya había estado en el piso preguntando por él ayer.

Lista de prioridades: primero, ir a hablar con Mateo. Segundo, preguntarle a Gabriel si seguía en pie lo de desaparecer los dos juntos; tercero, respecto al diseño del hotel... dependía del segundo punto.

Cogí mi mochila y salí de casa. Justo antes de cerrar la puerta, tuve un destello de intuición; volví a abrir la puerta, asomé la cabeza y le pregunté a Emma, fingiendo el máximo desinterés que pude:

—Oye, por cierto, ¿ha venido alguien preguntando por mi hermano?

Emma tardó unos segundos en contestar. Cuando lo hizo, sin dejar de mirar el televisor, simplemente asintió con la cabeza. Y continuó masticando su sándwich.

—Ya. Y esto... ¿le has dicho dónde puede encontrarlo a quien sea que haya venido?

Me miró y tragó el bocado.

—No soy la telefónica, ¿vale? —respiré aliviada, con un agradecimiento intenso hacia su malhumor—. Pero para que luego no me critiquéis, te diré que no hacía falta. El tío ese ya sabía dónde trabaja Mateo.

No.

No.

No.

En un tiempo récord recorrí el trayecto que separaba el piso del Blue Bay. A un par de manzanas de distancia, ya pude ver que había alguien apoyado sobre un coche, frente a la entrada del bar. Me acerqué despacio, controlando mi respiración desbocada por la carrera. Al pasar junto a él, miré de reojo a la figura; se trataba de un chico, de no más de veinticinco años, que fumaba con parsimonia, como si estuviera esperando a alguien. A su novia, a lo mejor.

Sólo que lo reconocí. Era el Interventor. Los mismos hombros prematuramente caídos, el mismo cuello inclinado hacia delante, que le daba un aspecto de buitre

carroñero a punto de saltar sobre su víctima. Aunque no pude verlo en detalle, seguiría teniendo la piel picada de viruela.

Entré en el bar con mucho cuidado de no mostrarle mi cara. No estaba segura de si me reconocería, pero no quería arriesgarme. No había mucha gente dentro: un par de parejitas, un cincuentón tomando una cerveza mientras leía un periódico deportivo y un chico jugando al *pinball*; la música, que sonaba suavemente, y las luces bajas contribuían a crear una atmósfera relajada. Tras la barra estaba Hermi. Me senté en un taburete frente a ella.

—Hola.

—¡Hombre! Dichosos los ojos. ¿Qué te pongo?

—Nada. En realidad, he venido a ver a Mat...

—¡Qué lástima! —contestó, alzando la voz un poco más de lo que debería—. No ha venido hoy. Su hermana llamó esta tarde para decir que tenía una cita, algo de una entrevista de trabajo... o algo así.

El vello de mi nuca se erizó cuando vi que Hermi miraba de reojo al que estaba jugando al *pinball*. Llevaba una cazadora vaquera desgastada y aporreaba con tal intensidad los mandos de la máquina que apenas se podían escuchar los timbrazos cuando lograba algún punto. De pronto se sacó un móvil del bolsillo delantero de la cazadora, contestó, asintió con la cabeza y lo apagó. Dejó la partida de manera improvisada y salió del bar. En cuanto desapareció, Hermi se inclinó hacia mí y susurró:

—Le he dado las llaves de mi casa. Se ha ido hace poco. Estará allí unos días.

—¿Os ha dicho por qué le busca este tío?

—No, sólo que había metido la pata y cree que este chico ha venido a pedirle cuentas.

—Pero ¿qué cuentas? Joder. Además, Hermi, vosotros no tenéis sitio en la casa.

—Mujer, donde caben cuatro, caben cinco. Tenemos el sofá del salón.

—Sí, ése parece ser últimamente su sino.

Hermi dio un golpe aprobatorio con la mano en la barra, indicando que estaba zanjada la discusión, y me indicó con la cabeza que entrara en la cocina. Rodeé la barra y abrí la pequeña puerta que conducía a la cocina. Allí estaban Max, sentado sobre un barril de cerveza, y el Cocinero apoyado en la pared. Los dos levantaron rápidamente la cabeza hacia mí en cuanto oyeron la puerta.

—¿Sigue ahí fuera?

Asentí con la cabeza a Max.

—Al menos cuando he entrado sí. Pero el que estaba jugando a la máquina acaba de irse.

El Cocinero miró al suelo incómodo, sacó un paquete de Ducados del bolsillo del delantal blanco que llevaba puesto, extrajo un cigarrillo, lo encendió y salió por la pequeña puerta lateral de la cocina que daba al mismo callejón que se veía desde el ventanuco de los cuartos de baño.

—¿Vas a contarme qué está pasando?

Max se levantó pesadamente del barril de cerveza y se dirigió hacia la salida de la cocina.

—Deberías hablarlo con tu hermano.

—Creo que esta mañana ha intentado decirme algo, pero he tenido un día muy difícil y yo...

—Es algo relacionado con una chica, la hermana de ese tío que le está buscando.

—¿Cómo?

—Que estaban saliendo la chica esa y tu hermano, allí en vuestra ciudad, y algo ocurrió que hizo que tu hermano saliera por pies y viniera aquí. Pero ese tío... ¿cómo lo llamáis?

—El Interventor.

—Eso. Pues ha venido hasta aquí a por él.

—¿Y cómo sabía dónde encontrarlo?

—Porque tu hermano se lo había dicho por teléfono a la chica.

—No entiendo nada...

Me apoyé en la pared blanca y me dejé resbalar hasta que me quedé sentada en el suelo.

—De veras, no entiendo nada. Si tiene un problema, ¿por qué no me lo ha dicho antes?

—Igual ha intentado buscar el momento para hablar contigo. Pero desde que has venido de Nueva York estás inaccesible, lejos de nosotros. No sé qué está ocurriendo o qué pasa por esa cabecita tuya.

—Si yo te contara...

—¡Venga! Hazlo, si tienes algún problema puedes confiar en mí, Pers, joder, ya lo sabes.

Negué con la cabeza.

—No, esto no, esto es... demasiado grande...

Max intentó calibrar la gravedad de mis palabras, preocupado, pero no le di opción.

Bajé la cabeza y la apoyé en mis rodillas. Abrió la puerta de la cocina y miró fuera. Luego se giró hacia mí y levantó la mano.

—Mira, por lo que he podido entenderle, el Interventor ese acaba de enterarse del lío entre su hermana y Mateo. Por eso está aquí. Tu hermano está muy asustado. Déjale que duerma esta noche en casa de Hermi y mañana por la tarde, antes de que abra el bar, nos vemos con él en algún sitio seguro y pensamos qué hacer. ¿De acuerdo?

Asentí, pero bastante distraída.

—Ahora vete a casa y descansa, estás muy pálida. Mañana por la mañana te llamo y me paso a buscarte. ¿Vale?

Me levanté, pasé junto a Max y le di un beso en la mejilla. Me asaltó la idea de que su piel estaba más fría que la de Gabriel.

¡Gabriel!

Abandoné la cocina y me senté en el mismo taburete de antes, saqué el móvil de mi mochila y comprobé si existía alguna llamada perdida que pudiera ser de Gabriel, pero nada. Marqué el número de Mateo. La señal sonó dos, tres, cuatro, cinco veces... cuando saltó el buzón de voz, colgué. Decidí hacer caso a Max e irme a casa. Además, podía subir al estudio y trabajar en algo productivo que me sacara del atolladero con el del hotel.

Algo que saliera bien, en lo que no metiera la pata, para variar.

Sin embargo, cuando encendí mi ordenador me encontré un desagradable mensaje del propietario del hotel, comunicándome que no querían seguir trabajando conmigo, porque no había entendido el concepto que ellos pretendían que transmitiera el diseño. En consecuencia, habían decidido prescindir de mis servicios y contratar a otro diseñador que, de hecho, ya les había presentado un proyecto que encajaba con ellos. Así que nada de tentáculos negros, me dije. Pues vaya mierda. Acababa de perder mi única fuente de ingresos.

Sin embargo, pese a que mi situación podía comenzar a ser desesperada en breve, tal y como me advertía la parte sensata de mi cerebro, un pensamiento me aplastaba hasta dejarme sin respiración: tenía que ver a Gabriel. Tenía que contarle lo que me había dicho Ulla. Comprobar cuánto había de cierto en todo aquello. Y sabía que una forma posible de verificación era ver una migración de Gabriel. Algo que, por otra parte, me provocaba una oleada de náuseas cada vez que lo pensaba. Porque la vía de comprobación que me había sugerido amablemente Ulla era impensable: que yo hiciera la migración. Algo así como si tuviera que amputarme un dedo para ver si se movía solo o no.

Apagué el ordenador, las luces, eché la llave y bajé al piso. Allí me encontré con Elisa y con Emma. Ninguna de las dos me preguntó por Mateo, supongo que porque no recordaban las visitas del Interventor y yo no tenía ánimo para contarles nada.

Emma preparó una ensalada de rúcola, tomate, canónigos y comino, la dividió en tres cuencos y cenamos las tres, sentadas en el sofá, viendo la tele. Al menos ellas dos, porque yo me limité a mirarla. Mi cabeza divagaba por derroteros bien distintos. Al rato de terminar la cena, una cena rutinaria y anodina más, Elisa se despidió de nosotras y se metió en su habitación. Emma bostezó sonoramente, dijo que tenía que estudiar y se fue a su cuarto. Me quedé sola. Apagué el televisor, las luces del salón y también entré en mi

cuarto. Sin saber muy bien por qué, abrí las puertas de mi armario y me senté al borde de la cama, contemplando lo que había dentro. La ropa, los zapatos, algunas cajas con papeles antiguos. A la derecha de la ventana, una sencilla estantería que compré en Ikea sujetaba antiguos apuntes y libros. Antes tenía allí los cd, pero los trasladé al estudio, porque me gusta escuchar música de fondo mientras trabajo. Encima de la cómoda, un espejo redondo que me regaló Elisa por mi cumpleaños el año anterior. En la parte inferior del espejo había pegado con celo la fotografía que nos hicieron a las tres en la entrada del Parque de Atracciones una tarde de verano de hacía dos años. Con nosotras vino un novio que tenía por entonces Emma, al que despachó enseguida. Pero aquella tarde no quiso posar para la foto. Dijo que seguro que preferíamos estar solas las tres. Salimos abrazadas, con sonrisas exultantes. Los picos de las atracciones más altas del Parque se veían tras nosotras, al fondo. Las copas de los árboles brillaban. Fue una tarde maravillosa. Recuerdo que me encapriché con un algodón de azúcar y pedí uno de color rosa. Cuando mordía un bocado de aquella nube, el azúcar se posaba en mi lengua y me obligaba a beber grandes cantidades de agua. Era delicioso. Porque todo fue delicioso aquella tarde que ahora veía tan lejana, como si no hubiera sido yo la de la foto, sino un alter ego feliz en su ignorancia. Ahora me sentía como alguien que ha descubierto que no sabe nadar... después de tirarse por la borda al mar.

Luego descubrí la maleta de Oliva, de la que me había olvidado por completo. Seguía en el mismo rincón donde la había empujado a mi regreso de Nueva York. No me importaba que no fuera la mía. En todo caso, y dado que era igual a la que me había prestado Elisa, la vaciaría y se la daría. Elisa no me había preguntado todavía por su maleta, pero lo haría en cualquier momento.

Sería mejor esperar a la mañana siguiente. Me dejé caer sobre la cama, cerré los ojos y contemplé la esfera de luz que proyectaba en el techo la lamparita que tenía sobre mi mesilla. Me dormí rápidamente.

Por la mañana, sin una llamada telefónica de Gabriel, bajé a la calle, confiando en que vendría enseguida. Me apoyé en un coche aparcado justo delante del portal y así esperé cerca de cincuenta minutos. Al principio, la espera me había sumergido en una ilusión brillante; al final, estaba apagada por el abatimiento. ¿Y si había vuelto a desaparecer? Cuando vi entrar en la calle Cervantes el coche negro, sentí un alivio tan grande que las rodillas me temblaron. Se detuvo a mi lado.

—¿Dónde te habías metido? —dijo Gabriel desde su asiento, después de abrir la puerta

del copiloto—. Entra en el coche, por favor.

Le obedecí mecánicamente y entré, no sin golpearme la cabeza contra el techo. Gabriel metió primera y aceleró. Me miraba en silencio. Hasta que no dejamos atrás mi calle no habló:

—Siento el retraso.

—Siempre te estás disculpando. ¿Por qué?

—¿De veras lo hago? Mmm... reflexionaré sobre ello.

—Podías haberme llamado para decirme que te retrasarías o que quedábamos a una hora.

—Lo sé, pero me dejé el móvil y la ciudad está llena de obras y atascos.

Le miré incrédula:

—¿Que te dejaste el móvil? ¿La gente como tú se deja el móvil? Pero ¿eso no es demasiado... prosaico para vosotros?

Ahora fue Gabriel el que miró con aparente cinismo. Pensé entonces que no me había dado ningún beso. Estaría enfadado por el plantón del día anterior. A fin de cuentas, después de mi encuentro con Ulla, yo había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Estás bien? —preguntó—. Tienes un aspecto horrible, como si hubieras visto un fantasma —sé que su artificiosa ironía estaba destinada a levantar una sonrisa de mis labios, pero no surtió efecto. Él puso un gesto adusto en su cara—. ¿Tienes que contarme algo?

Dudé. Quería contarle mi conversación con Ulla, lo que me había revelado acerca de mi destino o finalidad o lo que fuera y quería preguntarle qué había de cierto en sus palabras. Quería contárselo, explicarle por qué, en lugar de esperarle en la cascada de hormigón, había salido corriendo. Quise hacerlo, pero ese tipo de revelaciones tiene que hacerse en su momento exacto y yo titubeé. El momento pasó y lo dejé correr. En otra ocasión.

—¿Adónde vamos?

—Ayer me llevaste a tu sitio favorito de esta ciudad. Ahora me toca a mí.

—Estupendo. ¿Está cerca?

—No. Pero no tardaremos mucho. Ponte cómoda.

Le hice caso: me arrellané en el asiento y me dediqué a contemplar el paisaje que cambiaba veloz a través de mi ventanilla. En un momento dado, Gabriel encendió el aparato de música y una canción alegre, soleada, chispeante, que hablaba de amor y

desamor inundó el coche. Le pregunté qué canción era y Gabriel me contestó que se trataba de «Seven Days in Sunny June».

–El título se podría aplicar a nosotros –dijo, sonriéndome.

–Pero no estamos en junio aún.

–No, pero haces que salga el sol cada día para mí.

Entorné los ojos, para ocultar lo vulnerable que era a esos comentarios que él lanzaba casi sin importancia.

Tomamos Ríos Rosas, el túnel de Cristo Rey y el inicio de la A-6. Circulamos por la autovía un buen rato, sorteando coches. No iba demasiado deprisa, pero se le veía cómodo conduciendo así. Cuando llegamos a la salida para El Escorial, nos internamos por una carretera de un solo carril por sentido que bordeaba amplios bosques serenos, bañados en luz. La carretera tenía bastante tráfico y eso nos obligaba a circular con cierta lentitud, pero también nos daba la oportunidad de disfrutar del camino. Miraba a Gabriel de reojo y estaba radiante, relajado, mirándome de hito en hito, pero sin hablar, sólo sonriendo. Recordé las palabras de Ulla acerca de lo mal que lo había pasado Gabriel después de la muerte de Isobel. Eso lo convertía en más humano que todos los demás de su... especie. Más... ¿cómo lo había dicho Ulla? Corpóreo. Descubrí, ruborizándome, que yo también quería descubrir cuán tangible era. Me fijé en el movimiento de sus piernas cada vez que cambiaba la marcha, cómo se movía suavemente su muslo izquierdo, enfundado en un pantalón de algodón color chocolate. Luego resbalé la mirada por su vientre y su pecho, la curva de sus hombros, los brazos, el derecho extendido hacia el volante y el izquierdo acodado en el hueco de la ventanilla. Me fijé en sus manos, los nudillos, los dedos sobre el volante; de regreso por sus brazos en dirección a los hombros, el cuello perfecto de su camisa, el trozo de piel que asomaba justamente a continuación y que se perdía bajo el pelo color avellana y ese perfil perfecto... que se giró a mirarme.

–¿Estás bien?

–Claro. ¿Por qué? –buscaba pensamientos en mi cabeza hueca para apagar el pequeño incendio desatado en mi interior.

–Te noto rara. Estás distinta, más... sensible a... no sé, las emociones que flotan a tu alrededor. ¿Estás segura de que no ha pasado nada?

–Te recuerdo –iba a añadir «querido Gabriel» pero sonaba demasiado frío para la temperatura de los pensamientos que acababan de atravesarme–, Gabriel, que hasta que

te conocí hace unas semanas, mi vida era de lo más normal. Me levantaba, trabajaba, salía de vez en cuando y me acostaba a dormir, sin que nada me atacara. Y mi reducido círculo de amistades y conocidos se limitaban a ser iguales a mí, al menos fisiológicamente hablando.

Gabriel sofocó una risa.

—Tú y yo compartimos en estos momentos las mismas funciones fisiológicas.

—Lo dudo —no, él no podía estar sufriendo la revolución hormonal que me estaba asolando en esos momentos, a no ser que él también pensara en esos momentos... decidí que necesitaba aire frío en la cara. Busqué el botón del elevavinas, pero no aparecía por ningún sitio en aquel vehículo tan de otro planeta.

—¿Cómo se bajan aquí las ventanillas?

Gabriel bajó mi ventanilla desde los mandos de su propia puerta. Un aire que olía a pinos inundó el coche. Cerré los ojos. Era refrescante, vigorizante... Estuve un rato con los ojos cerrados, disfrutando del mosaico de olores, a cada cual más agradable, hasta que noté la mano de Gabriel sobre la mía. Abrí los ojos inmediatamente y le miré.

—Hemos llegado.

Estábamos detenidos frente a unas grandes verjas de hierro que se abrían lentamente, chirriando con pereza. A ambos lados de la verja, un muro de mampostería de granito se extendía hasta donde alcanzaba mi vista. Junto a la puerta, un par de carteles, pintados recientemente, advertían de la existencia de perros peligrosos. Cuando la verja se hubo apartado de nuestro camino, nos pusimos en marcha. Comenzamos a atravesar un tupido encinar, mezclado con otras especies de hoja caduca, a juzgar por el verde brillante de sus recién estrenadas hojas. El suelo, entre los árboles, estaba tapizado de hierba y, en algunos recodos, el sol se filtraba entre las espesas copas creando rayos divinos renacentistas. Eso era realmente, a ojos de una inexperta como yo: un lienzo impresionante, mágico e irreal, aunque estaba lleno de percepciones muy físicas, como el olor, aquí más húmedo y sombrío, de la corteza de los árboles.

Llegamos a un ensanchamiento del camino, que sustituía la gravilla inicial por un asfaltado rudimentario. A nuestra derecha apareció una casita de una única planta, con tejas oscuras y grandes ventanas sobre sillares de piedra. Las ventanas estaban cerradas con postigos.

—¿Hemos llegado? —pregunté. Por toda respuesta, Gabriel no aminoró la velocidad. Enseguida dejamos atrás la casita.

—No. Ésa es la casa del guarda de la finca.

—Ah.

Continuamos nuestra marcha. Me di cuenta de que, desde que atravesamos las verjas de hierro, no habíamos parado de ascender. Por fin, tras un recodo se abrió un claro inmenso y, cómo no, en el centro, una impresionante mansión de piedra. Era un increíble cubo geométrico, pesado, con tejado de pizarra y torres puntiagudas en las esquinas. Sobria, sin adornos y grave, tenía varias plantas de altura. Era del mismo estilo herreriano que el Monasterio de San Lorenzo.

Detuvimos el coche a un lado de la rotonda principal. No salió nadie a recibarnos, ni veía ningún otro coche. La casa tenía cierto aire de abandono.

—¿No vive nadie aquí?

—Creo que ahora mismo está vacía. La utilizamos de vez en cuando, como todas las demás. Pero ahora la tenemos sólo para nosotros dos. Los guardeses se encargan de su mantenimiento todo el año. Sabían que íbamos a venir, así que en cualquier momento se acercarán a saludar.

Subimos la amplia escalinata de piedra, jalonada por gigantescos maceteros de piedra, sin planta alguna. Me acerqué a uno de ellos al pasar a su lado y vi que estaban completamente vacíos, a excepción de algunas telarañas y pequeños puntos negros en el fondo de la vasija, de los que no quise averiguar si eran seres vivos o no. Cuando concluimos la subida, llegamos a una amplia terraza que se abría a ambos lados de la entrada. Ésta era una doble puerta gigantesca, que parecía más un paso de carruajes que una entrada peatonal. Estaba rodeada por inmensas ventanas enrejadas que llegaban hasta el suelo, con una altura de más de dos metros y, sobre los alféizares de las ventanas, había más maceteros, preciosas vasijas de piedra labrada, todas vacías, como si esperaran a alguien o algo.

En lugar de entrar en la casa, Gabriel se dirigió hacia la izquierda, siguiendo la balaustrada que proyectaba el porche sobre las infinitas vistas que tenía delante. Al fondo, recortado sobre las faldas de la montaña oscura, podía ver con nitidez el monasterio. Recordé que una vez Max me había llevado a verlo, años atrás, a lomos de su Triumph. La idea de aquella excursión era subir a La Cruz Verde, el santuario de los moteros, con aspecto de bar de cruce de carreteras al final de un auténtico sprint de curvas retorcidas que algún lunático debió diseñar en estado de embriaguez hace mucho tiempo. Aquella mañana, después de que Max me señalara en un mapa adónde iríamos,

y de descubrir que pasaríamos muy cerca de El Escorial, me puse muy pesada con él para que hiciéramos un alto en el monasterio. Él no quería. Al final discutimos y monté en la moto convencida de que no pararíamos, pero, para mi sorpresa, Max abandonó en una de las últimas rotondas el camino que subía al puerto de La Cruz Verde y nos adentramos en un precioso camino a la sombra de esbeltos árboles para atravesar, primero, El Escorial, y luego, tras una subida empedrada, llegar a San Lorenzo de El Escorial, donde un monarca gotoso decidió construir un monasterio y dedicárselo al santo que, presuntamente, mantuvo oculto el Santo Grial y, por ello, fue condenado a morir abrasado en una parrilla. Aquella mole de piedra tan delicada y sobria parecía un recortable de esos de tres dimensiones con los que juegan los niños. La visita me pilló por sorpresa y me volví loca de contenta, corriendo de un lado a otro en La Lonja, la vasta explanada que rodeaba el monasterio, mientras Max me miraba con una sonrisa enigmática que prolongó el resto del día y que me dio que pensar. Aquella noche, acodada en la barra del Blue Bay, fue la primera vez que la idea de romper con él cruzó mi cabeza. Algo en su forma de sonreír me convenció de poner pies en polvorosa. Discutimos por algo que no recuerdo y aquello inauguró oficialmente el principio de nuestro fin. Me llevó mucho tiempo, mucho, entender qué hubo en su gesto que me molestara e irritara tanto. Algo tan sencillo como que hubiera decidido convertir en un regalo algo que me pertenecía por derecho, como la libertad de elegir qué quería hacer en mi vida. Si yo quería visitar el monasterio de El Escorial, lo visitaba. Si él no quería acompañarme aquella vez, ya iría yo sola. Pero cuando me dio la sorpresa, lo tomé por una usurpación de mi libertad de ir en otro momento.

Sí, una tontería, lo sé. Pero en aquel momento me irritó mucho.

Así que allí estaba, apoyada en aquella balaustrada, contemplando el monasterio a lo lejos, una mole de piedra, ligera como el aire y rotunda como los miles de ángulos rectos que la componían. Recostado plácidamente, el edificio observaba la vida pasar delante de él sin inmutarse. Tuve la descabellada idea de que el monasterio podría ser un espectro, tal era su desprecio por las vidas mortales que paseaban bajo su eterna mirada. Miré a Gabriel, acodado a mi lado y que contemplaba como yo el horizonte, y pensé que él no era así. Me pregunté qué parte de su ser, nacida de su *condición*, sentiría desprecio o indiferencia hacia mortales como yo. O incluso autocomplacencia al certificar, día tras día de su larga existencia, la superioridad de sus conocimientos sobre nosotros. Visto desde esa perspectiva, esa teoría de la integración que, según Ulla, defendía y practicaba

Gabriel podría no ser más que un complejo ejercicio de cinismo e incluso humor negro. Él mismo me había dicho que no era de los que podrían pasar el resto de su vida con la misma mujer... lo cual, a estas alturas de mis sentimientos, me abocaba a un panorama desalentador. Me subió una ola de furia desde la boca del estómago hasta la nuca; no era justo haberme quedado colgada por alguien así, tan incapacitado para responder a mis emociones como lo era Gabriel. No, no era justo. Toda la vida esperando a mi salvador, a mi caballero de blanca armadura y resulta que el caballero había venido sólo de visita porque, como si se tratara del caballero inexistente de Italo Calvino, la armadura contenía aire. Al igual que aquella, ésta sólo era movida por la férrea voluntad de existir de un fantasma... un fantasma de carne y hueso...

—Quiero ver una migración.

—¿Cómo? —Gabriel giró su cabeza para mirarme, sin mover ni un centímetro sus manos entrelazadas sobre la barandilla.

—Que quiero verte hacer un cambio.

Por toda respuesta, Gabriel enarcó las cejas y siguió contemplando el horizonte. Sin embargo, algo en su mirada absolutamente fija en un punto, o tal vez lo amarillo de sus nudillos apretados, o la leve presión en sus labios, me indicó que, pese a lo que intentaba aparentar, mi petición había hecho mella en él.

—Oh, vamos, Gabriel. Si hay algo que he entendido de toda esta historia es que todos intentáis decirme que estoy metida hasta los huesos en... esto, lo que sea. Aunque no sé en qué grado ni por qué motivo ni con qué objetivo. O sea que no te hagas el estrecho conmigo ahora. Quiero verlo. Quiero... no, exijo la prueba final de lo que dices ser.

Ahora mis palabras sí que lo sacaron de su pretendida indiferencia. Se giró hacia mí con el cuerpo tenso, los labios apretados y su mano derecha agarrando la balaustrada como si pudiera estrujarla. Igual podía. No me hubiera sorprendido.

—¿De qué me estás hablando?! —la ira reprimida en su voz hacía brillar sus ojos aguamarina. Di un paso hacia atrás, apoyándome en la balconada, pero no por miedo hacia un más que posible estallido de furia, sino para intentar contener mis instintos, los mismos que llevaba a flor de piel desde el trayecto del coche, y que no eran los más adecuados para el desarrollo de esta situación, si quería conseguir mi propósito.

—¿De qué otra forma quieres que te lo pida?

Gabriel dio media vuelta y se alejó un par de pasos de mí; luego giró sobre sus talones.

—¿De ninguna forma! ¡No quiero ni oír hablar del asunto! Pers —se acercó a mí y bajó

su tono de voz, lo convirtió en un susurro, casi suplicante—, ¿por qué te empeñas en sacar a la luz precisamente el lado de mi naturaleza del que quiero olvidarme cuando estamos juntos? ¿No puedes dejarlo estar?

Había tanta vulnerabilidad en su voz, sus ojos y su cuerpo inclinado hacia mí que hizo que mis rodillas temblaran.

—¿No te das cuenta —continuó— de que cuando estoy contigo soy más humano de lo que he sido en toda mi vida? Y esos —una sonrisa fugaz cruzó su rostro— son muchos años, créeme.

Dudé un momento. Y luego tomé una decisión:

—Sólo una migración.

Mis palabras detuvieron en seco a Gabriel. Me fulminó con la mirada, apretó los labios con fuerza y levantó los brazos para dejarlos caer con furia a ambos lados de su cuerpo.

—¡No hay manera! —gruñó, más que habló.

Y echó a andar, rodeando la casa hasta que lo perdí de vista. Tuve que echar a correr para alcanzarle. Cuando lo hice, habíamos dado toda la vuelta a la casa y él ya estaba bajando las escaleras hacia el coche. Entre la carrera y el sol que lucía justo sobre nuestras cabezas, noté gotas de sudor en la base de mi cuello. Bajé los escalones de dos en dos para poder agarrar su manga. Eso le hizo girarse y mirarme:

—Por favor —supliqué. Bajé un escalón más y me situé a unos centímetros de su cara.

—Tu colonia es deliciosa —dijo de pronto Gabriel, desarmándose. Sonrió—. O te has echado medio frasco o el calor ha dilatado los poros de la piel de tu cuello.

Pensé que era el momento perfecto. Aun con la ventaja a mi favor de un escalón de distancia, los ojos de Gabriel seguían estando más altos que los míos. Pero no me costaría nada ponerme de puntillas para alcanzar sus labios. Para colmo, él no se movía, seguía mirándome con esos ojos imposibles que a veces me escrutaban hasta las profundidades marinas de mi alma. ¿Estaría también calibrando las posibles inconveniencias de besarme en ese momento? Pero entonces él dio un paso hacia atrás, bajando otro escalón.

—Está bien, sígueme. Te mostraré cómo es una migración.

Y pasó a mi lado, en dirección a la puerta de entrada de la casa. Tardé unos segundos en superar la tremenda decepción, el enfriamiento de mis manos y mi delicado estado de humor, que por unos momentos amenazaba con tormenta. Hasta que sus palabras retumbaron en mi cabeza.

¡Por fin!

Volé tras él, que ya había abierto la puerta de la casa y entrado en el vestíbulo, una estancia desnuda y altísima, de paredes y suelo de piedra, con grandes puertas de madera oscura. Sin detenerse ni un segundo, se dirigió hacia una pequeña escalera lateral. Antes de que comenzara a subir, oímos claramente un carraspeo a nuestras espaldas. Los dos nos giramos a la vez. En la puerta, recortada su silueta contra la luz que entraba del exterior, vi la figura de un hombre.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Alfredo. No hace falta que abras las ventanas, no vamos a quedarnos.

El hombre asintió y avanzó unos pasos y eso me permitió verle mejor. Su edad rondaba los sesenta y era de complexión tirando a gruesa. Llevaba puesta una vieja camiseta blanca de manga corta y unos vaqueros algo rotos por la rodilla. Sostenía con ambas manos unas pesadas tijeras de podar, cuya punta descansaba sobre el empeine de su bota izquierda. Su piel estaba morena, sin duda por las horas pasadas a la intemperie, y la calva que ocupaba casi todo su cráneo lucía una piel sonrosada. Pensé que si no usaba gorra, se quemaría con el sol en un par de días.

—Como usted mande, señor. De todas formas, si me necesita, estaré en el laberinto, que me volverá loco, señor. No hay quien lo entienda. A veces crecen los setos como enloquecidos y otras veces, pasan meses sin que estiren ni un centímetro. En fin —me miró e hizo un breve gesto de inclinación con la cabeza—. Buenos días, señorita.

Y salió, cerrando cuidadosamente la puerta. Nos quedamos de nuevo a solas. Gabriel retomó la subida por las escaleras y yo le seguí. Llegamos a un pequeño rellano al que daban dos sencillas puertas de madera oscura. Las paredes estaban pintadas recientemente en blanco, aunque en las esquinas del altísimo techo se veían pequeñas telarañas. La única luz provenía de una abertura cuadrada y pequeña situada bastante alta en la pared frente a la escalera. Me asomé un momento, casi de puntillas, pero sólo pude ver las copas de las encinas y un fragmento del cielo azul. Gabriel abrió una de las dos puertas, que no hizo ningún sonido, y entré tras él.

—Ésta es mi habitación, cuando me quedo aquí.

Me sorprendió lo que vi: una habitación cuadrada, pequeña, de altos techos, espartana en grado máximo. Tenía una cama, cubierta con una colcha de color hueso con diminutas flores azules. También había una pequeña mesilla de pino con una lamparita encima y, justo a continuación de la única ventana de la habitación, la puertecita de un

estrecho armario, vacío, según pude comprobar. No tenía otros muebles, ni cuadros que interrumpieran, aunque fuera brevemente, la blancura de las paredes. Miré dos veces toda la habitación, buscando alguna pista que mostrara el acceso oculto a un tesoro escondido, algo así como una habitación oculta que apareciera tras una pared falsa o cualquier otra cosa así. Nada. Miré a Gabriel, que se había sentado en el borde de la cama, contemplando mi reacción.

—¿Qué esperabas?

Me senté a su lado.

—No sé. Esto no, desde luego. Algo más parecido a lo que me habías mostrado hasta ahora.

—Éste es uno de mis rincones favoritos del planeta. Por eso te he traído aquí. Recuerda que me tocaba a mí.

Cierto. Yo le había mostrado la cascada y le tocaba a él. Pero aun así no me esperaba aquella sobriedad.

—Mira hacia arriba —dijo de pronto.

Eché la cabeza hacia atrás y descubrí que el techo de la habitación era, en realidad, un tragaluz, una claraboya triangular que abría la habitación a la inmensidad del cielo. Maravillada por ese ligero detalle que confería otra dimensión a ese diminuto cuartito, me recosté en la cama sin dejar de mirar el cielo limpio de nubes.

—Bueno, hemos venido aquí por algo —dije, al tiempo que me sentaba en el suelo con la espalda apoyada en la pared, frente a Gabriel.

—Querías ver una migración. Te la mostraré, pero te anticipo que no es un proceso agradable.

Al principio, Gabriel permaneció sentado al borde de la cama, mirándome: con una extraña mezcla de sentimientos: pena, impotencia, no sé. Mi pulso se aceleró. Estaba a punto de presenciar algo único, un acto inconcebible en nuestro mundo ordenado por parámetros científicos que lo catalogaban todo. Aquello que iba a ver escapaba de la comprensión humana y eso me producía un vértigo cercano al pánico. Sin embargo no podía derrumbarme; Gabriel había aceptado y yo tenía que estar a la altura de las circunstancias, si es que eso es lo que se esperaba de mí.

Hinchó sus pulmones, mantuvo unos segundos el aire y luego lo exhaló lentamente. Enderezó la espalda y me miró. De pronto, sus ojos comenzaron a volverse más y más lejanos, pero sólo su mirada, como si se alejara por un túnel excavado en la roca hacia el

centro de la tierra. La textura del aire que nos rodeaba comenzó a cambiar, se hizo más tensa, más opaca; comencé a tener dificultades para respirar y no era sólo por los nervios de lo que iba a contemplar; realmente el aire se había vuelto más espeso.

Gabriel palideció a una velocidad increíble; un rayo de dolor cruzó su cara, y le obligó a echar la cabeza hacia atrás en algo parecido a un espasmo que también le arqueó la espalda. Cuando recompuso su postura y abrió de nuevo los ojos, contemplé horrorizada que sus pupilas se habían contraído hasta formar un diminuto punto al fondo de sus iris aguamarina, más oscuros que nunca, como una marea revuelta por tormenta en alta mar. El aire a su alrededor comenzó a hacerse jirones, como cuando alguien expulsa aire de un cigarrillo, sólo que aquellos jirones eran densos y se oscurecían por momentos. Me fijé en sus manos: agarraban fuertemente el borde de la cama con los dedos crispados y los nudillos blancos. Entonces, al fondo de sus alejadas pupilas, apareció lo que me recordó una luciérnaga perdida en una noche oscura; había, efectivamente, un punto de luz blanca en el centro de sus pupilas. De pronto, aquella lucecita se apagó y su desaparición fue el detonante para que la transformación diese comienzo. A una velocidad de vértigo, aquella oscuridad que se había retraído en los ojos de Gabriel, agazapada, esperando que se apagara la lucecita, salió disparada y enloquecida para recuperar lo que era suyo: el propio Gabriel. Las pupilas se dilataron, en menos de un segundo, sobrehumanamente hasta ocupar el globo ocular al completo. Pero no se detuvo ahí: al tiempo que los jirones de humo se materializaban en algo parecido a largos brazos o tentáculos que, a la vez que agarraban a Gabriel también salían de él, aquella oscuridad emanada de sus ojos se materializó en algo compacto que absorbió a Gabriel, lo hizo más transparente, sin consistencia, hasta que todo él se convirtió en aire, un aire denso y opaco que olía ligeramente a almizcle. Luego Gabriel desapareció, sencillamente.

Durante todo el proceso, que no debió durar más de medio minuto, el rostro de Gabriel había mostrado un rictus de dolor, pero no uno cualquiera, sino la clase de dolor que forma parte de la vida de uno; ese dolor amargo, concienzudo y familiar, que atraviesa un cuerpo conocido en una oleada que sabes que acabará desapareciendo, dejando tras de sí una estepa devastada de terminaciones nerviosas destrozadas. Eso es lo que me transmitió Gabriel, no durante el proceso en sí, en el que yo sólo era capaz de detectar su dolor físico y, quien sabe, de alguna otra índole, sino justo antes de que desapareciera, en el último segundo fugaz en que su rostro fue todavía visible. En ese último destello, lo que vi, cuando abrió los ojos y me miró, fue, sencillamente, calma.

Acababa de cruzar el umbral, de atravesar el espejo, y se encontraba al otro lado, a salvo de emociones humanas como el dolor...

Pero no del amor, o eso creí entender en esa pequeña y última mirada de sus ojos, de nuevo aguamarina, una mirada serena, repleta de amor y de todo lo bueno que podía haber en esta vida. En ese momento exacto cometí el error de extender los dedos para tocar su rostro, pero ya no existía. Fue como intentar tocar un espejismo. Retiré los dedos como si me hubiera quemado, espantada ante la corroboración sensorial de lo que acababa de presenciar.

Y entonces, cuando de Gabriel sólo quedaba en la habitación una extraña y suave niebla que olía a almizcle, apoyé la cabeza sobre mis brazos y rompí a llorar. Lloré un buen rato, sin atreverme a mirar, más asustada de lo que había estado en toda mi vida, pero lo que me aterrorizaba no era que algo pudiera atacarme a mí, sino que al abrir los ojos constataría que Gabriel se habría ido, me habría dejado sola, no podría tocarle, ver sus ojos, oler su pelo y eso es lo que iba a volverme loca.

Efectivamente, cuando levanté la cabeza lentamente y miré alrededor, no estaba. Apenas quedaba ya rastro de aquella niebla y del olor. La luz de las lámparas se había vuelto fría e incómoda, todo tenía otro aspecto, más amenazador, como si las sombras hubieran cobrado vida y quisieran apropiarse de cada milímetro de pared, de tela del edredón, de mis tobillos. Pero no era eso lo que me hizo sentir más solitaria de lo que había estado en mi vida; era comprobar que, allí donde se había sentado Gabriel al inicio de la transformación, estaba ahora ese vacío que siempre le rodeaba. Ésa era la realidad que nos separaba, pero me negaba a aceptarla, menos ahora que por fin lo había conocido.

Ahora que sabía que, adonde había ido, yo podría seguirle.

Abrumada por una sensación de pérdida tan inmensa que apenas me dejaba respirar, salí de la habitación de Gabriel en cuanto pude ponerme de pie. Había estado sentada en el suelo, abrazando mis rodillas, tanto tiempo que cuando me moví todas mis articulaciones estallaron dolorosamente como un cohete de ruidosos fuegos artificiales. No miré el reloj, pero imaginé que había estado mucho tiempo allí, perdida en mis pensamientos, porque la luz había cambiado, dentro de la habitación y en el rellano de la escalera. Me asomé a mirar por el ventanuco. Era increíble de qué forma se había alterado mi percepción de las cosas, después de asistir a la transformación de Gabriel, de obtener de primera mano la prueba indiscutible de que todo lo que había conocido hasta ese momento de la vida no era más que un plácido sueño del que acababa de despertar.

Sólo cuando salí al vestíbulo y de ahí a la balaustrada, llené mis pulmones con aire de verdad. Todavía sentía ese extraño olor pegado a cada poro de mi piel y a cada hebra sintética de mi ropa. Iba a costarme mucho desprenderme de él. Pero toda mi atención se centraba ahora en una sola cosa, mucho más simple: ¿y ahora qué? Realidades mucho más prosaicas a las que hacer frente, del tipo cómo regreso yo a la ciudad si no aparece Gabriel con las llaves del coche, ocupaban una de las dos mitades de mi cerebro; la otra mitad estaba vagando por ese nuevo plano de existencia que acababa de conocer.

Definitivamente, de ésta no salía con la cordura intacta.

Decidí dar una vuelta para buscar a Alfredo, el hombre de las tijeras de podar que nos había saludado un momento antes. Rodeé la casa por el porche y divisé desde la parte trasera, no muy lejos, un jardincillo de setos recortados que parecían en la distancia formar un laberinto. Recordé que Alfredo había comentado algo acerca de estar trabajando en uno, así que regresé a la parte principal de la casa, bajé la escalinata y giré a la derecha. Mis pasos hacían crujir la gravilla, pero era el único sonido que percibía. Era como si hubiera caído una espesa niebla de sonidos, que los amortiguara todos hasta

hacerlos desaparecer. Era extraño, porque en medio de un encinar como aquel, lo normal sería escuchar pájaros o grillos o qué sé yo, algo, cualquier cosa, pero nada. De hecho, mis propios pasos se fueron alejando de mí, al menos auditivamente. Entonces me di cuenta de que tampoco percibía ningún movimiento alrededor: ni una hoja, ni un solo ruido de animales, ningún sonido que evidenciara alguna actividad humana... de nuevo, nada.

Había algo en todo aquello que comenzaba a ser desagradable.

A buen paso llegué pronto al muro de setos, perfectamente recortados y altos, por encima de los dos metros, que formaban un compacto muro con una única entrada: un arco, también formado por la misma planta, que daba la bienvenida al visitante al laberinto y le proponía un sencillo juego de pérdidas y reencuentros. Pensé que no estaba de humor para divertirme con aquello, que lo único que quería era encontrar a aquel hombre y preguntarle si había visto a Gabriel, si... ¿qué? ¿Si lo había visto desaparecer alguna vez en su vida? ¿Si sabía que trabajaba para un espectro? ¿Si podría acercarme a una estación de tren porque su jefe había ido a darse una vuelta por el mundo de los muertos, instigado por la necia que era yo y que había olvidado pedirle las llaves? Al menos, nada más pasar bajo el arco de setos, miré a la izquierda y vi a Alfredo, a unos quince metros de mí, inclinado hacia delante, con las gigantescas tijeras de podar abiertas, a punto de pegarle un tijeretazo a una rama esquivia.

Me acerqué a él, llamándole por su nombre –y rogando no haberle entendido mal–, pero parecía que no me oía. Seguramente se debía a ese extraño fenómeno atmosférico que nos estaba envolviendo y que engullía los sonidos. Aunque yo sí que oía mi propia voz. Continué caminando hacia él, imaginando que de un momento a otro levantaría la cabeza y me vería, pero entonces me di cuenta de que no se había movido ni un milímetro de su postura. Cuando estaba a menos de dos metros de él, me detuve y le observé con atención. Tenía el cuerpo doblado por la cintura hacia delante, con los brazos ligeramente adelantados y sosteniendo todo el peso de aquellos tijerones; sin duda, un esfuerzo físico notable. Pero el hombre estaba estático. Miré hacia el punto en el que se perdían sus ojos, intentando descubrir qué le mantenía tan a la espera que ni siquiera se había molestado en saludarme. Pero no vi nada especial; las dos hojas de la tijera estaban a punto de cortar la rama, pero no se movían. Repetí su nombre más alto, en un tono decididamente poco educado. Sin respuesta. Decidí en ese momento que el hombre debía ser sordo, aunque eso no explicaba su absoluto inmovilismo. Me adelanté

un paso más, coloqué la cabeza a la altura de la suya y me preparé para volver a gritar su nombre, cuando escuché la voz más maravillosa que había conocido en mi vida:

—No es necesario, no puede oírte.

Me giré inmediatamente para descubrir a Gabriel, junto a mí. Se estaba abrochando los últimos botones de la camisa. En el dorso de sus manos, unos tatuajes oscuros, recientes. Cuando terminó, en lugar de remeter los faldones de la camisa por dentro del pantalón, simplemente introdujo las manos en los bolsillos del pantalón. Reparé en las ojeras bajo sus ojos, más limpios que nunca.

—Es una de las consecuencias de una migración; durante unos instantes el tejido del tiempo sufre una alteración, que provocamos al atravesar la grieta. Éste es el resultado.

Gabriel sacó la mano derecha del bolsillo del pantalón, levantó el brazo, agarró delicadamente una rama del seto más cercano y la partió. Luego abrió la mano para dejarla caer... sólo que la rama no se movió. Se mantuvo suspendida en el aire, de la misma forma que lo haría si estuviésemos en una cámara de gravedad cero. Peor aún, porque ni siquiera se mecía. Simplemente estaba estática, como si la hubiera apoyado en una mano invisible.

—Esto afecta a cualquier tejido orgánico o inorgánico alrededor de la migración. Dura muy poco tiempo.

Me giré a mirar, boquiabierta, sin poder dar crédito, al jardinero. No había cambiado nada.

—Pero ¿y yo? ¿Cómo es que a mí no me afecta? —había más incredulidad que pánico en mi voz y eso me gustó; podía significar que comenzaba, por fin, a controlar mis emociones.

Gabriel negó con la cabeza.

—No lo sé. No lo entiendo. Deberías... haberte paralizado, igual que él —y señaló ligeramente con la barbilla a Alfredo—. De todas formas, tenía curiosidad por saber si los efectos te alcanzarían a ti también.

—¿Por qué sospechabas que no me afectarían?

—No lo sospechaba. Sólo sé que eres el ser humano más especial que he conocido nunca.

Me volví a mirar al jardinero, que seguía inmóvil, como envuelto en una gelatina tan espesa y compacta que no le permitiera realizar ningún movimiento. Entonces me fijé en un pequeño punto junto a la rama que las tijeras de podar estaban a punto de segar.

—Dices que afecta a cualquier tejido orgánico, ¿no? —dije. Gabriel asintió—. Entonces, ¿cómo es que esa araña sigue tejiendo su tela?

Señalé el punto que había atraído mi atención: una diminuta araña que, ajena a lo que contaba Gabriel, se movía en pequeños círculos, tejiendo una malla brillante entre varias agujas de tejo. Gabriel sonrió.

—Bueno, «ellas» no suelen someterse a las reglas.

De pronto, la rama cortada por los dedos de Gabriel que estaba suspendida en el aire ante mis ojos, cayó al suelo. Inmediatamente después escuchamos un grave chasquido a mis espaldas. Nos volvimos a tiempo de ver cómo Alfredo separaba las tijeras del seto, tras haber cortado la rama que había sido finalmente condenada a morir. En cuanto lo hizo, enderezó la espalda con un fugaz gesto de dolor en su rostro. Se llevó la mano derecha a la zona lumbar mientras nos descubría a su lado.

—¡Señor! No los había oído llegar —miró al cielo con el ceño fruncido—. Va a llover en breve, me temo.

Miré al cielo, perfectamente azul y limpio, brillante y puro, como un sueño. No había el más mínimo anuncio de alguna nube, ni siquiera una perdida. Nada que anunciara lluvias.

—¿Tú crees, Alfredo? —le contestó Gabriel, con evidente sorna en su voz.

—Sin duda. Cuando me tira la espalda, es que viene la humedad.

Gabriel me guiñó un ojo.

—¿Van a quedarse a cenar? —preguntó el hombre, apoyando las tijeras contra su pierna.

¿A cenar? Su pregunta me alarmó por el tiempo transcurrido. Miré mi reloj; eran las seis y media. Así que el dolor punzante en mi estómago no era otra cosa que hambre. Nada misterioso que perteneciera al mundo paranormal. Hambre vulgar y corriente. ¿Cuánto tiempo había permanecido en la habitación?

—No, gracias, nos vamos ya.

Cuando nos giramos, me llevé una desagradable sorpresa: Isaak estaba contemplándonos a unos metros de distancia, con los brazos cruzados. Una atalaya rubia, hermosa, gélida, peligrosa. Una mirada fugaz me bastó para comprobar que a Gabriel tampoco le gustaba verle allí.

—Hola, hola, hola —me di cuenta de que su voz concentraba una gran parte de la repulsión que despertaba en mí. Tal vez era su inglés, marcado por un fuerte acento desconocido—. Mira a quiénes encuentro aquí...

Oímos unos pasos detrás que se situaron junto a Gabriel; era el jardinero, visiblemente nervioso.

—Yo, señor... si no me necesita...

Gabriel movió la mano a modo de despedida. Alfredo asintió rápidamente y se alejó a paso vivo. Cuando pasó junto a Isaak, inclinó fugazmente la cabeza a modo de saludo, pero no pronunció palabra. Enseguida lo perdimos de vista.

Isaak no había apartado los ojos de Gabriel, ni éste de aquel. Parecían estar midiendo sus fuerzas. La tensión que había en el ambiente me estaba poniendo el vello de punta. En ese momento, Isaak soltó un lastimero suspiro y avanzó hacia nosotros, descruzando los brazos y metiendo las manos en los bolsillos de su vaquero.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Gabriel.

—Os he visto llegar en el Veyron. Parecía —dijo Isaak, clavando ahora en mí sus ojos— una pelea de enamorados.

Me moví incómoda por sus palabras y porque Isaak se había situado junto a nosotros. Daba frío; Isaak *emitía* frío, de la misma manera que una ventana abierta al helador viento del norte. Sin embargo, a Gabriel no parecía hacerle mella nada de lo que dijera o hiciese aquel ser aterrador.

—¿Te ha contado que ha visto —continuó Isaak y me señaló con la cabeza— a Ulla?

Gabriel me miró inmediatamente, sus ojos convertidos en un gran interrogante. Una gran ola de furia me invadió. Odié a aquel monstruo, hubiera querido golpearle, hacerle callar como fuera. En lugar de hacer nada de eso, me quedé paralizada, con los ojos redondos y sin poder articular palabra. Isaak se dio cuenta enseguida de la corriente que fluía bajo aquella superficie de miradas silenciosas y la supo interpretar correctamente.

—¿Cómo? ¡No es posible! —nos miró a los dos, disfrutando del momento—. ¡No puedo creerlo! ¡Te lo había ocultado!

Lamenté mucho en el acto no habérselo dicho, no haberle contado aquella conversación con Ulla. Escondérselo había sido imperdonable, una dolorosa equivocación. No sólo por el hecho en sí y lo que éste significaba de desconfianza, miedo o inseguridad, detalles en los que no había caído cuando tuve la oportunidad de contárselo y, simplemente, me callé. No era sólo por todo aquello, sino por las consecuencias: había dejado a Gabriel en inferioridad de condiciones frente a aquel monstruo. Podía ver cómo se iba demudando su perfecto rostro.

Mierda.

—En tal caso, haré de catalizador entre vosotros dos —continuó riéndose Isaak, deleitándose como un gusano—. Pers ya sabe todo lo referente a nuestra especie, a ti e incluso a ella misma, porque Ulla se lo ha revelado. Aunque no todo, porque se ha dejado en el tintero la parte más sabrosa de esta historia.

Gabriel dio un paso hacia mí y yo no supe leer en su rostro; me asusté y retrocedí. Mi movimiento reflejó desconcierto en su cara y luego dolor, seguramente porque pensó que le temía. Y no era así, por todos los cielos, si estaba perdidamente enamorada de él. Pero todo aquello me superaba; la intromisión de Isaak, sus revelaciones, las palabras de Ulla... pero sobre todo, me odiaba a mí misma por haberle ocultado cosas a Gabriel.

—Pers, no —alcanzó a decir Gabriel, justo antes de que la torre oscura de Isaak se interpusiera entre los dos, de espaldas a Gabriel y mirándome de frente a mí. Sus dos metros de altura me hicieron encogerme aún más. Entre el frío y el miedo, comencé a temblar.

—¿Sabes qué pienso, Gabriel? —aunque el monstruo se dirigiera a Gabriel, era a mí a quien atravesaba con su mirada de hiena de la misma manera que se contempla una hormiga segundos antes de aplastarla con el zapato—. Que deberíamos averiguar si Ulla está en lo cierto, dejarla cruzar al otro lado...

—¡NO! —tronó Gabriel.

—...es la única forma de comprobarlo. Que haga una migración. Y así comprobaremos todos la veracidad de las predicciones de Ulla. Y ella podrá saber el origen de esta historia, aquello que Ulla no ha querido contarle...

—¡CÁLLATE!

Lo siguiente ocurrió muy deprisa, tanto que apenas pude descifrar lo que mis ojos vieron y llegó a mi cerebro en estado puro, como materia bruta. Isaak me estaba mirando; su sonrisa de lobo se había desvanecido para dar paso a un gesto de desprecio. De pronto, su rostro volvió a cambiar, esta vez hacia la sorpresa. Comenzó a girar lentamente su cabeza en dirección a Gabriel y, de pronto, ya no estaba allí, delante de mí. A quien vi, en su lugar, fue a Gabriel, con los brazos extendidos hacia la derecha. Miré en esa misma dirección y lo que alcancé a ver fue la inmensa mole blanquecina de Isaak, a punto de caer sobre el suelo... a más de cien metros de distancia, calculé. No pude siquiera abrir la boca para preguntar qué estaba pasando cuando noté la mano de Gabriel en torno a mi cintura y un ligero empujón que me levantó del suelo unos centímetros, mientras era llevada por Gabriel, en dirección a la parte delantera de la casa.

Gabriel caminaba con pasos gigantescos y demasiado rápidos y me transportaba con el mismo esfuerzo con que se lleva una mariposa en la palma de la mano.

Miré hacia atrás, por encima de mi hombro y vi a Isaak, a lo lejos. Se había levantado y estaba sacudiéndose el polvo de los vaqueros. Parecía no tener ningún interés en seguirnos. Tras él, el seto sobre el que había aterrizado estaba completamente destrozado por el impacto.

No tardamos nada en llegar hasta el coche. Gabriel abrió las puertas con el mando a distancia y entonces me depositó en el suelo, junto a mi puerta y rodeó el coche.

En ese momento, un sonido distrajo mi atención: el pitido de mi móvil que indicaba una llamada perdida. En un acto reflejo, saqué el móvil del bolso.

Sí, la había recibido. Las había recibido, en plural. Siete llamadas perdidas, para ser exactos. Cuatro de Emma, dos de Elisa y una de Max. Aunque ninguno de los mensajes de voz me aclaraba otra cosa que no fuera que necesitaban ponerse en contacto conmigo inmediatamente (Max añadía en su mensaje «dónde mierdas te has metido, joder»), todas las llamadas tenían algo en común, a saber: el tono de histeria de las distintas voces; que todas se habían producido en la última hora y cuarto; que en todas se mencionaba a Mateo, aunque sin aclarar nada más; y que con las llamadas daba comienzo el episodio más trágico de mi vida adulta, como descubriría enseguida.

Me separé del coche y llamé a Elisa, mientras Gabriel permanecía apoyado en el coche, sin comprender. Cuando Elisa descolgó, sin mediar palabra, se echó a llorar. Era incapaz de pronunciar ni un solo sonido inteligible. Su llanto se alejó del aparato y supuse que le estaba pasando el teléfono a alguien. Ese alguien era Emma. Había tantos matices distintos en su voz, mezclados, superponiéndose unos sobre otros, que no sabría decir si me estaba echando la bronca, estaba llorando o intentaba ser atenta al hablar:

—¿Dónde te has metido? Te hemos llamado todos, ¡todos! ¿Dónde estás? Ven inmediatamente, ¿me oyes? ¿Te has enterado de lo de Mateo? No, supongo que no, si no, estarías ya aquí. Tu padre está en la estación de tren, viene para acá también. ¿Me oyes? ¡Ven!

Hubo un silencio en la línea, aunque mis oídos estaban llenos del ruido de mis propios latidos, acelerados.

—¿Mi... padre?

A continuación, la tierra se hundió bajo mis pies, mi cabeza, mi tripa, aplastando los pulmones, llenándolos de polvo, impidiéndome respirar, bloqueándome los ojos.

—Es Mateo. Estamos en La Paz. Está muy mal. Se muere, ¿me oyes Pers? ¿Hay alguien contigo ahí ahora mismo que te pueda traer?

Toqué con la mano el polvo que me llenaba los pulmones. Lo miré, era blanco, pero en realidad no salía de mis pulmones, sino que era el polvo de la gravilla. Estaba sentada en el suelo, al pie de las escaleras. Vi a Gabriel venir corriendo hacia mí, como si volara; quería decirle que se había dejado la puerta del coche abierta y que podrían entrar moscas, grandes y negras, pero después pensé que no podría entrar en el coche ninguna porque estaban todas en mis oídos, zumbando. A lo mejor, Gabriel venía hacia mí, en cámara lenta, para espantarlas, pero recuerdo que miré con mucha atención el polvo blanco de la gravilla que había dejado la palma de mi mano como enharinada. Y el móvil, el móvil también estaba enharinado. Probablemente iba a cocinarlo, pensé, a jugar a las cocinillas, como hacía con Mateo, cuando él tenía un año y estábamos en la playa de arena blanca a la que nos llevaban papá y María. Recuerdo que me preocupaba que se llenara el pañal de arena, pero él me miraba sonriendo y se arrastraba por la orilla, ajeno a mis cavilaciones. Entonces María le soltaba el pañal y él se quedaba con el culo blanco al aire, gateando para apresar las brillantes olas de la orilla.

Gabriel me levantó del suelo, me llevó en brazos y me metió en el coche, cogió el móvil y habló, pero no recuperé la facultad de entender hasta un rato después, volando en su coche en dirección a Madrid.

Supe lo que ocurrió, más tarde, de la manera más inverosímil posible, en palabras del propio Mateo que nunca salieron por su boca. Supe, de una forma increíble, cómo Mateo había cogido el autobús para ir a casa de Hermi, en Carabanchel, la noche anterior, aunque cuando conocí todo el relato a través del propio Mateo habían pasado semanas desde su muerte. Mateo me permitiría ver entonces a través de sus ojos cómo se bajaba en una parada de remoto paisaje, totalmente desconocido para él, de edificios gigantes de hormigón blanco y líneas rectas, de millones de pequeñas ventanas, la mayoría ya iluminadas, porque la noche estaba oscura como boca de lobo. Pude ver las farolas, algunas sin globo y con las bombillas desnudas al aire porque algún crío había hecho prácticas de tiro con piedras contra ellas, y ahora esas farolas apenas iluminaban las aceras y los montículos de tierra junto a los edificios que los vecinos habían convertido, con el tiempo, en improvisados aparcamientos. Ví, apenas, las cuerdas de tender que iban de ventana a ventana, la mayoría ocupadas con ropa recién lavada. Oí

los ruidos, los coches al pasar, alguna discusión lejana, televisores, gatos peleándose por basura, algún transistor hablando de fútbol, olí a puchero cocinándose y a otras cosas que no identificaba. Mateo dudaba acerca de adónde dirigirse porque no había placas con el nombre de las calles y, aunque las hubiera, la escasa iluminación las volvía ilegibles y oscuras. Lo vi trastabillar, asustado, preguntándose si había hecho bien al aceptar la generosa y desinteresada oferta de Hermi y convenciéndose de que había hecho mal al aceptar los besos de la hermana del Interventor, la primera vez, tantos meses atrás. Y preguntándose cómo era posible que ahora estuviese metido en aquel jaleo, por culpa de la traición de ella, al revelarle a su hermano dónde se había escondido y dónde trabajaba. Traición, como la que consideraba el Interventor que había cometido Mateo con su hermana. Traiciones, incluida la mía al haberme negado a escucharle.

Y entonces percibí la súbita e insoportable presencia del coche negro que se cruzó en el camino de Mateo y cómo éste rompió a correr en dirección contraria cuando descubrió en el interior del vehículo su destino, encarnado en la navaja del Interventor.

Y al Interventor y a su colega, saliendo del coche y dando caza a Mateo y clavando el filo de la navaja en el abdomen de mi hermano pequeño.

Y entonces la nada.

La nada, para mi hermano Mateo, se tradujo en un estado de coma profundo en una habitación de urgencias en el hospital de La Paz, donde me llevó directamente Gabriel. No recuerdo cómo llegamos, por dónde entramos, qué hizo con el coche, cuánto tiempo nos llevó encontrar a Elisa y a Emma, que se echaron a llorar en cuanto me descubrieron en el atestado pasillo, y a Max, que estaba apoyado en la pared y que tardó un rato en descubrir a Gabriel. Max también lloraba.

Los siguientes recuerdos se suceden a saltos interrumpidos y fragmentados como un cristal hecho añicos en el suelo; recuerdo una silla de plástico verde, blanda, y un vaso de zumo en mi mano; recuerdo varias caras hablándome a las que yo asentía porque de pronto era muy importante para mí comprenderlas y hacerles ver que las entendía, aunque no era así. Recuerdo a Elisa y a Emma llorando; a Max, que de pronto estaba, y de pronto no estaba. Y recuerdo la presión, constante, de la mano de Gabriel en la mía, pero no recuerdo su rostro ni sus palabras. Luego descubrí un pasillo blanco con largos fluorescentes en el techo, y una línea verde oscura horizontal que recorría las dos paredes hasta donde podía ver.

Después hubo enormes puntos blancos, cambiantes, acercándose y alejándose de mi

visión, y luego un sueño.

En mi sueño, yo iba vestida de Afrodita, con el característico casco de guerra que lucía la diosa, y una túnica blanca plisada sujeta con un cinturón. Llevaba un escudo redondo y plano, en mi mano derecha, pero en la izquierda sostenía un móvil, que yo sabía mío pero que no se parecía al que había utilizado hasta entonces. Le pasaba el móvil a alguien situado a mi lado, que resultó ser Rubén, un niño enclenque, compañero de estudios de Mateo de cuando ambos contaban seis años. Rubén estaba sentado, jugando con la arena de la orilla, y entonces yo descubrí que estábamos en la playa de mi infancia. Me giraba hacia el niño, absorto en su juego, y le decía:

—Pero ¿tú no estás muerto?

El niño asintió con total indiferencia.

—Sí —y sacó de debajo de su cubo de plástico amarilleado por el sol un magnífico castillo con varias almenas y un puente levadizo y tiburones hambrientos en su foso y una dama que lloraba en la ventana de la torre más alta hacia su caballero que intentaba salvarla, y en ese momento vino una ola y lo destrozó todo, dejando pequeños montones de arena empapada e informe donde antes había estado el magnífico trabajo del niño. Rubén me miró:

—Viniste al entierro, te recuerdo a ti y a tu mamá, pero no a Mateo.

—Se quedó con mi padre, pensaron que era muy pequeño para ir a un entierro. ¿Cómo puedes recordarlo?

—Se ven muchas cosas desde aquí. Mira, ¿te gusta?

En el lugar del anterior castillo, había hecho ahora un fuerte del oeste, de los de las películas de los sábados, perfectamente asediado por una horda de indios que amenazaban con prender el fuerte, defendido por los pocos soldados que quedaban con vida dentro de él. De nuevo, una ola hizo desaparecer el trabajo.

—Y ¿para qué me has hecho llamar? —le pregunté al niño.

—Porque no sabía si te acordarías de mí y era muy importante que lo hicieras.

Miré hacia el horizonte del mar, con el cielo volviéndose naranja por momentos.

—La verdad es que no había vuelto a pensar en ti desde hacía muuuchos años.

Cuando me giré para mirar al niño, vi que su dulce rostro había desaparecido. Ahora era Ulla la que ocupaba su lugar. Ulla, vestida de blanco, sentada junto a mis pies. Toda sonrisa, pero con los ojos tan negros como el betún, como si la pupila se hubiera ensanchado hasta ocupar todo el globo ocular. Temblé al verla. No habló, se limitó a

señalar un punto a mi espalda. Cuando me giré, vi la silueta de alguien que se acercaba hacia nosotros. Estaba muy lejos aún y no ocupaba más que un palmo, pero supe que era Mateo.

—¿Es mi hermano?

Cuando miré a Ulla, ésta había vuelto a transformarse en el niño, que se había girado hacia la silueta que se aproximaba y le hacía señales para que se acercara. Luego me dijo:

—También hay sitio para ti. Entra en el fuerte a buscarlo.

—NO, NO, NO —grité.

Cedí al pánico porque era vital que Mateo no siguiera acercándose, así que salté de la silla de enea en la que estaba ahora sentada y, cogiendo el faldón del vestido con una mano y el escudo con la otra, eché a correr hacia la silueta, gritándole para que se detuviera, intentando prevenirle del peligro. Pero fuera quien fuera no se detenía, continuaba caminando lentamente hacia mí...

Cuando desperté, tenía varios rostros ansiosos a pocos centímetros de mi cara: Max, y un hombre y una mujer joven desconocidos. Max parpadeó repetidas veces y entonces descubrí las profundas ojeras y las líneas de cansancio en su cara.

—Sigue tumbada, no te muevas. ¿Te duele algo?

Intenté rastrear con mi escasa conciencia alguna señal que indicara dolor en alguna parte de mi cuerpo, pero no encontré nada, así que negué con la cabeza. Hice un esfuerzo por incorporarme, pero varias manos me mantuvieron tumbada. El hombre, que llevaba una bata blanca, ahora podía verla, se inclinó más hacia mí.

—Sigue un rato tumbada. Luego te incorporas despacito, con ayuda de tus amigos, ¿de acuerdo? —se giró hacia Max—. Si vuelve a marearse tu novia, me llamas, ¿de acuerdo?

Max asintió con la cabeza, sin molestarse en sacarle de su error. El médico se alejó y al hacerlo recuperé un poco la perspectiva de dónde me encontraba: era una camilla bastante alta, en una habitación con varias camillas más, todas separadas entre sí por cortinas que colgaban de gruesas anillas de barras suspendidas desde el techo. Cada camilla tenía alrededor varias máquinas y aparatos sobre soportes con ruedas y muchos cables colgando. Había una luz obscena y grotescamente blanca que provenía de los fluorescentes del techo.

—Estás en un box de urgencias —me aclaró Max al ver cómo miraba a mi alrededor—. Has perdido el conocimiento y te hemos traído aquí. Las chicas se han quedado fuera, no podían pasar.

–¿Y Gabriel? –me sorprendió el hilillo de voz que apenas salía de mi garganta.

–¿El que vino contigo? Ha dicho que tenía algo urgente que hacer y que volvía enseguida.

Maldije en mi interior porque no estuviera a mi lado en esos momentos, y eso me llevó a recordar el motivo de mi presencia en aquel hospital. Me senté de golpe:

–¿Mat...?

No pude acabar de pronunciar su nombre porque vi a Max palidecer y bajar la vista al suelo. Le cogí del brazo y se lo retorcí.

–¿Qué ha pasado, cómo está, dónde está? –insistí.

Max no hizo ademán de retirar su brazo. Levantó los ojos para encararse con los míos:

–Está muy mal. El tío que le estaba buscando le siguió cuando salió del Blue Bay y logró alcanzarlo. Le ha pinchado. Pero la policía lo ha pillado, al parecer. Mateo está aquí, pero no podemos verle, está en la UCI. Y la cosa no pinta bien, Pers.

Esta vez sus palabras hicieron diana en mi cerebro, que las absorbió todas e hizo que se despertaran por fin todos mis sentidos. Bajé las piernas de la camilla.

–Quiero ir a verle –miré mis muñecas, pero no salía ningún cable de ellas. Max me sujetó con suavidad.

–No sé si te van a dejar.

–Te apuesto mi vida a que sí –y salté de la camilla. Al tocar el suelo con los pies, noté cierto desequilibrio, y me sujeté a los brazos de Max, pero se me pasó enseguida. Vino una enfermera a preguntarme qué tal me encontraba y si era capaz de ir a sentarme a la salita de espera. Le contesté que sí y pregunté por algún médico que me diera información sobre mi hermano, a lo que me contestó que enseguida vendría uno.

Seguida de Max, salí a un pasillo caótico por el que circulaba una corriente de batas blancas y camillas y llegamos a la salita de espera en la que había perdido el conocimiento antes. Allí estaban sentadas Elisa y Emma, que dieron un salto al verme y se lanzaron a abrazarme. Me llevaron a una silla y se sentaron a ambos lados. Max susurró que salía a fumar un cigarrillo y abandonó la salita.

Entre preguntas y respuestas de las chicas, obtuve un pequeño esbozo de lo que había ocurrido: el Interventor y su amigo habían seguido a Mateo hasta el barrio de Hermi y allí lo habían pillado. El Interventor lo había apuñalado un par de veces y se habían dado a la fuga. Tres horas después, un hombre que se dirigía a su puesto de trabajo en Mercamadrid descubrió a Mateo y llamó a la policía. Pese a la pérdida de sangre, Mateo

no había perdido aún el conocimiento y se lo contó todo a los policías. Poco después, en la ambulancia, camino al hospital, entró en coma. En el hospital le detectaron hemorragia interna. A la vez que María y mi padre salían volando hacia Madrid, mientras Mateo luchaba por su vida, la policía detenía al Interventor.

—Tu padre y María están al caer —dijo Elisa, mordiéndose el labio, como anticipando la dramática escena que tendría lugar en unos momentos. Yo también me preocupé.

Al cabo de un rato, regresó Max, disculpándose porque dijo que tenía que ir a abrir el bar. Me aseguró que me llamaría cada media hora, para que le diera las últimas noticias de Mateo. En cuanto Max salió, como si de una macabra coreografía se tratara, entraron mi padre y María.

Cuando regresé a mi casa bien entrada la madrugada, Gabriel no había aparecido, mi hermano estaba sumergido en un estado comatoso del cual los médicos nos habían dado muy pocas esperanzas de recuperación y mi vida estaba al borde de la quiebra. Yo, yo, yo, que seguía viva, que no podía hacer otra cosa que sentir un atroz dolor en el centro del pecho, que me sentía incapaz de pensar con claridad y, por supuesto, de plantearme que la cosa no saliera bien con Mateo. Y, a tenor de las palabras que oí varias veces en el hospital, las perspectivas eran malas. Muy malas.

Y en medio del huracán emocional de mi cabeza, aún tenía fuerzas y sensibilidad suficiente para percibir un vacío... porque la ausencia de Gabriel ocupaba incluso más que su presencia.

En la cocina, intenté prepararme algo de comer, teniendo en cuenta que no llevaba nada en el estómago desde el desayuno precipitado de aquella mañana, que se me antojaba eterna. En parte, ésa había sido la causa de mi desvanecimiento en la sala de espera del hospital. Aquel día, que técnicamente ya había concluido, puesto que debían de ser más de las tres de la madrugada, había presenciado un tránsito de Gabriel, había sido testigo de la discusión entre él e Isaak y mi hermano había sufrido un ataque que lo había dejado en un estado prácticamente irreversible.

Después de tener la nevera un rato abierta, decidí cerrarla. Todo alimento sobre el que posaba la mirada me producía náuseas. Ya comería por la mañana. Que debía comenzar pronto. Mi padre y María se habían quedado en el hospital, no querían alejarse de Mateo, pese a que estaba en una zona reservada al personal médico. Me habían obligado a venir a casa a descansar, pero tampoco yo quería alejarme de él.

Me tumbé en su sofá, en el que había dormido los últimos días. Sólo me di cuenta de que estaba llorando en voz alta cuando las chicas, primero Emma y luego Elisa, salieron de sus respectivas habitaciones y se sentaron a mi lado, para llorar conmigo.

Antes de que amaneciera, ellas dos se habían dormido, una apoyando la cabeza en mis piernas y la otra recostada en un extremo del sofá, pero yo era incapaz de pegar ojo, pese al cansancio y a la debilidad causada por mi estómago vacío. De esa guisa, vi amanecer, asistí al cambio de colores del cielo y a la nueva luz que reflejaban los tejados de las casas a la vista. Poco a poco se fueron despertando los sonidos de la calle: el tráfico, los autobuses, las voces de los que se dirigían a sus trabajos totalmente ajenos al drama. No comprendía cómo el planeta podía seguir girando y las vidas de sus habitantes continuar como si nada, cuando mi hermano se debatía entre la vida y la muerte. Finalmente, Emma y Elisa también se despertaron y fueron a la cocina para preparar un desayuno. Probé un poco de café y di un par de tímidos mordiscos a una magdalena. Aquello fue todo, pese a los intentos de las chicas. Después, cada una se arregló y se preparó para salir de casa a cumplir con sus tareas cotidianas. Aquello me levantó una fugaz conciencia de mi abandonado trabajo, pero duró poco. Enseguida regresé a mi torturada realidad.

Me levanté y entré en mi habitación, con la idea de elegir ropa y ducharme, pero recuerdo que, sentada en la cama y mirando el armario, me tumbé, sólo un momento, para estirar la espalda...

...y desperté pasado el mediodía. El sol, que normalmente entraba a cuchillo por la ventana de mi cuarto al mediodía, no había dado señales de vida aquella mañana y la ausencia de luz había prolongado mi sueño tardío. Me levanté, me desperecé y salí al balcón, donde comprobé que la mañana había cubierto de nubes opacas y sucias toda la ciudad.

Saqué el móvil de mi bolso para comprobar si tenía alguna llamada perdida; una, de mi padre, con un mensaje de voz en el que me informaba de que Mateo había pasado la noche sin cambios y que él había mandado a María a un hotel cercano para que descansara unas horas. Que cuando le relevara yo en el hospital, se iría él también a dormir algo. Fin del mensaje.

Me senté en el borde del sillón, agotada, exhausta, no sólo físicamente, sino mental y emocionalmente. Me sentía incapaz de dar un paso, desorientada, perdida, culpable, abandonada... en medio de esa crisis de autocompasión, recordé de manera inesperada el sueño, o la alucinación, que tuve cuando perdí el conocimiento en el hospital.

Recordé la historia de Rubén, el niño del sueño: cuando aún vivía con mi padre y María, Mateo tenía un compañero de clase, Rubén. Ambos contaban entonces cuatro

años. Aquel verano –nos enteramos cuando comenzó el curso y Rubén no apareció–, sus padres habían alquilado un pequeño piso en una costa tranquila del Mediterráneo, para poder veranear con otros miembros de la familia que se unirían más tarde. Cuando llegaron al piso, lo encontraron todavía ocupado por los anteriores inquilinos; hubo una pequeña trifulca acerca de la fecha de ingreso y salida del piso, y los padres de Rubén perdieron la disputa. El padre, que buscaba la manera de ahorrarse unos duros, decidió que pasarían la noche en la furgoneta familiar que estaba aparcada junto a la playa y que, en cuanto amaneciera, irían a ocupar el apartamento. Así que durmieron todos en la furgoneta: los padres, Rubén y sus dos hermanas mayores, la abuela y el tío del niño. No recuerdo otro nombre que el del niño. El caso es que en algún momento de la agitada e incómoda noche, el niño se despertó, quién sabe si agobiado por el calor, por el exceso de personas o lo incómodo del lugar, logró abrir de alguna manera la puerta de la furgoneta y bajó a la playa, sin que ninguno de los mayores se percatara de su ausencia, hasta la mañana siguiente. Las olas habían mecido al niño hasta hacerlo dormir bajo la superficie de cristal del agua.

Aquella fue la historia. No había vuelto a pensar en ella desde aquel año. De hecho, jamás hubiera apostado a que la tenía grabada en mi corteza cerebral de tal forma que, casi trece años después, la recordaría.

Recorrí palmo a palmo el sueño, recogí las palabras que el niño había vertido en la arena de la orilla de mi sueño. Reflexioné sobre ellas.

Estaba claro. «Entra a buscarlo», me dijo aquel niño con cara de Ulla.

Ella dijo que yo podía atravesar la puerta sin ser un espectro y también transportar almas de un lado al otro. Yo había contestado que no era posible y ella me dijo que pronto lo haría. ¿Había sido aquello un reto?

Era una locura. Imposible del todo. No podía aceptarlo. Miré por la ventana.

¿Por qué no?

Simplemente porque eso me convertía en la única culpable del accidente de Mateo. Aceptar toda esta historia, involucrarme más en ella, significaba aceptar que Ulla me había lanzando un reto y que yo había aceptado participar en él.

Así que era culpable por partida doble del estado en el que se encontraba mi hermanastro: una física, por no haberle acompañado el día fatídico; y otra, quimérica, asombrosa, irreal, por mi torpeza con Ulla.

Me vestí y salí a la calle. Había quedado con mi padre en una cafetería próxima al

hospital. Desde la mesa en la que nos sentamos, con sendos cafés con leche en vaso, apenas veíamos la calle, aunque estuviéramos pegados a la cristalera de la cafetería, porque el edificio en el que nos encontrábamos estaba siendo restaurado y una desmesurada malla de andamios y lonas envolvía toda la superficie.

Apenas podía tocar el café, de lo caliente que estaba. Mi padre tenía unas profundas ojeras marcadas a fuego en la cara, el pelo revuelto y la camisa de manga corta arrugada. Miraba el vaso, pero dudo que lo viera. Se encontraba, en mente y casi en cuerpo, unos metros más allá, en la habitación que ocupaba Mateo.

Yo tampoco me encontraba con fuerzas para hablar de la grave situación en la que nos encontrábamos. Lo último que habíamos sabido por boca del médico de turno era que Mateo estaba estable dentro de su gravedad; es decir, nada. O todo. Estable dentro de su gravedad; yo me lo imaginaba tumbado en la base de una sima abisal, a oscuras, con frío, durmiendo. Sentía unas ganas urgentes de hablarle a mi padre de los incorpóreos, de las sombras, de Gabriel. Pero no era el momento ni lo sería nunca. Cerré la boca por dentro con fuerza.

Después de unos minutos de contemplar el café hirviendo en silencio, fue él quien habló:

—¿Y qué hace aquí Mateo? ¿Cómo es su vida, su rutina, en qué trabaja, tiene novia? —me miró—. No sé nada de su vida desde que se fue de casa. Pensé que, alejándose de mí, estaría a salvo, como lo estabas tú, pero veo que tampoco.

—A salvo, ¿de qué?

—De mí mismo. Atraigo la mala suerte, mira lo que le pasó a tu madre y estuvo a punto de pasarte a ti.

Bufé sobre el vaso con café.

—Papá, desgraciadamente todo el mundo pierde a alguien. Que tú perdieras a mamá no significa que tengas mala suerte.

Él levantó la vista del vaso y me miró, los ojos horadados en su cara:

—¿Y si le pasa algo a Mateo? ¿Y si lo pierdo también?

Cerró los ojos y se los apretó con fuerza con los dedos de la mano derecha. Lloró en silencio unos minutos. Yo también lo hice. Vi al camarero, desde detrás de la barra, mirarnos mientras secaba con un trapo blanco unos vasos. Chasqueó la lengua e hizo un leve gesto con la cabeza. Luego se colocó el trapo en el hombro y se alejó. Pensé que,

estando tan próxima la cafetería al hospital, aquel debía de ser un refugio habitual para los visitantes de los enfermos.

—Papá, hay una cosa que quiero preguntarte, acabas de mencionarlo. ¿Por qué dices que lo de mamá estuvo a punto de ocurrirme a mí? —recordaba con precisa nitidez la conversación de aquella noche con Mateo, pero no quería desvelar lo que me había contado—. ¿Es que yo también enfermé?

Me miró con cierto atisbo de sorpresa enmarañado en el atroz cansancio de su mirada. Echó la cabeza hacia atrás, hundiendo la barbilla en su cuello.

—¿Enfermar? ¿Tú? Dios mío, pensé que aquella ficción la habías descubierto hacía muchísimo tiempo, mucho antes de que te vinieras aquí.

—¿Qué ficción?

—La de la enfermedad de tu madre. Fue una decisión que tomé, días después de su muerte. No quería que lo supieras y... se me ocurrió lo de la enfermedad, pero había dado por hecho que con el tiempo lo descubrirías tú sola.

—¿Descubrir qué? —la ansiedad me trepaba por la garganta como hormigas.

—Que Helena no murió de una enfermedad, sino de un accidente de tráfico que, según la policía, pudo haber provocado ella.

Me recliné en la silla y saqué la vista a pasear por la calle. Multitud de transeúntes divagaban a esa hora y me pregunté cuántos de ellos redescubrían y rehacían retazos de su vida a una edad tan madura como la mía. Me pregunté si era así como se siente un niño adoptado a quien acaban de confesarle la verdad. Un dolor bastante feo. Mateo me había dicho la verdad.

—¿Por qué sospecharon que pudo haberlo provocado ella?

—Las investigaciones de la Guardia Civil y de la Policía dijeron que era un tramo de carretera demasiado sencillo para haberse salido en la curva y además nunca encontraron huellas de frenada. Simplemente, siguió recto. Tú... ibas en el asiento de atrás.

—¿Cómo fue? ¿Adónde íbamos, a qué hora fue? Dime más cosas, papá, te lo suplico.

—Pers, no es el momento adecuado, no quiero hablar de ello.

—Pero ¿qué más pruebas te dio la Policía para decir que pudo haber sido provocado, si yo iba en el coche con ella?

—No me las dio la Policía, se las di yo a ellos.

Enarqué mis cejas todo lo que pude.

—Helena, tu madre —continuó—, llevaba unos días comportándose de una manera muy

extraña. No habíamos tenido... lo que se puede decir unos buenos meses, peleábamos mucho. Yo le había pedido, insistentemente, que dejara su trabajo, pero ella no quería ni oír hablar del asunto. Las cosas no iban bien y de pronto se torcieron aún más.

—¿Qué pasó?

—Nunca lo supe, pero siempre pensé que había conocido a alguien.

—¿A... alguien? ¿Como un amante, quieres decir? —las hormigas habían dejado paso a oleadas de mareos.

—Sí, eso quiero decir. La semana anterior al accidente, ella... —hizo una pausa para mirar a través de la cristalera, guiñando los ojos, lo que hizo que apareciera un nido de arrugas en su cara— ...comenzó a comportarse de una manera muy rara, muy irascible, lloraba por cualquier cosa, no quería hablar conmigo, ni verme. Sólo quería estar contigo, incluso durmió en tu cama esas noches. Entonces tuve la certeza de que iba a huir de nosotros. Nos iba a abandonar y se estaba despidiendo de ti.

—Pero ¿qué me estás contando? —no podía dar crédito a lo que oía. Todas, la absoluta totalidad de imágenes que tengo guardadas de Helena, transpiraban un amor más allá de toda palabra. Cada mirada en cada foto, cada mano sobre la mía, cada abrazo, todas las sonrisas y todas las risas que aparecen retratadas en las fotografías que guardo de mi infancia me habían hablado siempre de una madre que habría renunciado a todo en este mundo por seguir con su hija.

Conmigo.

—Y una mañana —prosiguió mi padre—, cuando me levanté, Helena te había cogido y os habíais ido en su coche. Pensé que había cambiado de opinión y había decidido fugarse con su amante, pero llevándote con ella. Pasaron un par de horas antes de que un conductor que pasaba por la misma carretera viera los restos del accidente, porque el coche en el que ibais las dos se deslizó por el despeñadero hacia el arrecife.

—Y ¿cómo es que yo sobreviví a ese accidente, si dices que el coche se despeñó?

—No pudieron decírmelo. Por lo visto, tú saltaste del coche en el aire y aterrizaste sana y salva. Fue un milagro que te salvaras.

Yo tenía los ojos clavados en el café, intentando asimilar y digerir toda la información que entraba como un huracán en mi cerebro. Cuando volví a mirarle, había comenzado a llorar otra vez.

—No me preguntes más, por favor. No quiero seguir hablando de aquello. Sólo quiero

que Mateo se salve, cueste lo que cueste. Como sea, Dios mío –sollozó–, escúchame, no te lo lleves.

–No es a Dios a quien hay que pedirselo –mi propia voz sonó tan fría y hueca que me sorprendió que esas palabras hubieran salido de mi boca–, yo sé con quién hay que hablar.

Mi padre ni me oyó. Pero yo sí me había escuchado y había tomado una decisión. No tenía otra salida, lo supe desde ese instante. No podía hacer otra cosa que una huida hacia delante. Me enfrentaría a todo esto, si era lo que Ulla quería.

En ese momento sonó su móvil y mi padre lo abrió ansioso. Era María, para decirle que el médico les daría otro parte en breves minutos y que tenía que regresar. Después de colgar, me preguntó si le acompañaba, pero contesté que tenía que ir a un sitio, aunque no le expliqué que se trataba de ir a recoger el alma de Mateo para devolvérsela a su dueño. Me dio un beso en la frente y salió de la cafetería. Yo pagué los dos cafés, que se habían quedado intactos en la mesa.

Cuando me incorporé al tráfico de peatones de la calle, un aire cálido me golpeó la cara. Miré al cielo, que seguía igual de encapotado, pesado y plomizo. Quería que Mateo regresara. Sano y salvo, a mi lado. Lo único que se me clavaba en un costado produciéndome un dolor casi real era la ausencia de Gabriel. Lo necesitaba aquí, conmigo, tenía que explicárselo todo, contarle mi conversación con Ulla y pedirle ayuda. ¿Cómo se viaja al mundo de los muertos y se regresa después? Lo necesitaba.

Al menos, sí sabía por dónde comenzar a buscar y tenía prisa por encontrarle, así que detuve un taxi y le di una dirección: calle Alfonso XII. Cuando entramos en la calle, desde la Plaza de la Independencia, pedí al taxista que aminorara la marcha, porque no conocía el número del edificio al que iba. Sólo recordaba la entrada del garaje. Cuando la descubrí, le pedí al taxista que se detuviera. Pagué y me bajé. Me acerqué caminando al portal. El mismo portero del día anterior seguía custodiando el acceso al imponente edificio. Le miré desde la distancia, calibrando las posibilidades de que me diera acceso libre a la casa de Gabriel, si es que realmente estaba allí y no lo utilizaba sólo como almacén para su coche en sus períodos de estancia en la ciudad. Eran demasiados interrogantes, angustia, presión, y comencé a respirar agitadamente, nerviosa.

El hombre estaba resguardado del cielo nublado en el interior del portal; me miró, desde su altura, sólo cuando me detuve ante él. Simplemente me observó, no hizo ningún

otro gesto, ni siquiera descruzar las manos que mantenía a su espalda. Saqué el móvil del bolsillo, rogando al cielo por encontrar una llamada perdida de Gabriel, pero nada.

Miré al hombre, carraspeé ligeramente y le hablé:

—Hola. ¿Podría decirme cuál es el piso de Gabriel...? —¡Dios, ni siquiera sabía su apellido! Comencé a sudar—. Ya sabe, el hombre con el que vine ayer aquí.

El portero no se movió ni un ápice. El corazón se aceleró, inyectando sangre a un cerebro que buscaba desesperadamente una alternativa, otra posibilidad, la manera de convencer a aquel hombre impasible de que me dejara entrar. Pero, bien fuera por el cansancio que me atenazaba, bien por el estado de nervios en el que me encontraba, no daba con ninguna solución al lío en el que estaba metida. Pensé que seguiría hablando hasta que diera con la clave, aunque fuera involuntariamente:

—Sí, hombre, ya sabe, el dueño del... —cómo se llamaba el coche, cómo se llamaba... ¡bingo!— Bugatti Veyron que guarda en el garaje. Mire, es importantísimo, vital, que hable con él, y creo que puede encontrarse en el edificio. Por favor, dígame dónde vive, necesito verle...

De pronto, el hombre alteró su postura, descruzando las manos a su espalda y cruzándolas de nuevo por delante. Se inclinó levemente hacia mí y me habló, con una voz estática:

—¿Es usted la señorita Perséfone?

Me quedé paralizada, apenas pude asentir con la cabeza. El hombre continuó:

—La está esperando. Última planta.

Y se echó a un lado. Cuando pasé junto a él, me froté los ojos con el dorso de la mano para hacer que se evaporara el rastro de las lágrimas. No fue hasta más tarde, en el ascensor, cuando pensé que aquel hombre insensible podía haberme ahorrado la escena, preguntándome directamente mi nombre. Pero lo cierto era que sentía tal alivio por haber superado la primera traba, que no le di una vuelta más a aquello.

El portero me indicó que le siguiera hacia una entrada lateral del paso de carruajes adoquinado. Subimos dos escalones de mármol bastante gastado y combado en su parte central y llegamos a un rellano donde descansaba un ascensor que debía tener, por lo menos, cincuenta años. Rodeada de una verja de hierro forjado en mil arabescos, la cabina tenía una doble puerta que el portero plegó en forma de acordeón. Su interior estaba tapizado en terciopelo verde oscuro, desgastado. Tenía un banco ancho y bajo, con las patas torneadas de madera oscura. El panel con los botones de los pisos era de

latón reluciente. Encima del último botón, un seis, había una cerradura para una llave. Después de que entrara en la cabina, el portero cerró la verja de hierro, luego las dos hojas plegadas y, finalmente, metió una llave diminuta en la cerradura que coronaba la placa de los mandos del ascensor, la giró y, lenta y pesadamente, soltando algún quejido, la cabina se puso en movimiento. Casi podía oír las poleas de la maquinaria izando la cabina. Miré al hombre, que mantenía la vista clavada en algún punto de la moqueta.

Finalmente, tras pasar el sexto el ascensor se detuvo, con un sonido de enganche metálico. Se bamboleó unos segundos y el hombre abrió las puertas de acordeón de la cabina. Luego sacó la mano para abrir de un impulso la verja de hierro y me hizo una señal para que saliera. Le obedecí y me encontré en el rellano de la escalera con una puerta abierta que daba a un vestíbulo de una casa privada, amplio, decorado con muebles orientales lacados en negro. Una fuerte luz iluminaba la estancia y provenía de unos apliques ocultos en la moldura que rodeaba todo el techo de la habitación.

Escuché un ruido a mi espalda y me giré, sólo para contemplar cómo la cabina del ascensor descendía, con el portero dentro. Por eso no tenía botón este piso y sólo se podía acceder a él mediante una llave, porque debía de ocupar toda la planta, incluido el rellano de la escalera. Cerré con cuidado la puerta y me quedé sola en el vestíbulo.

Decidí que no me dejaría intimidar, pero lo cierto es que en el momento en que escuché cómo se abría una puerta en algún lugar de la casa, pegué un brinco.

El vestíbulo daba a un único pasillo frontal, que giraba hacia la derecha unos cuantos metros más adelante. De aquel punto incierto provino el sonido. Y hacia allí miraba cuando vi aparecer a alguien. En cuanto apareció tras el recodo del pasillo lo identifiqué, ¡cómo no hacerlo!, pero enseguida noté algo distinto. Se trataba de Orlando, níveo, imaculado, irreal e imposible, con su melena blanca y lacia cayéndole por la espalda. Avanzó hacia mí, sonriendo. Sus ojos... esas pupilas anormalmente grandes y ligeramente oblicuas, negras, podían provocar escalofríos. Llevaba puesta una túnica color marfil, que transparentaba su cuerpo de tal manera que pude ver que no utilizaba ropa interior.

Y fue entonces cuando percibí lo que me dejó paralizada. El Orlando que descubrí en la piscina de Nueva York era masculino, a medio camino entre un hombre adulto y un niño, pero sin duda del sexo masculino. Sin embargo, aquella figura que tenía delante de mí tenía pechos femeninos de adolescente y un pubis que no dejaba lugar a dudas. Era una mujer. Debía de ser la gemela de Orlando porque, ahora que la tenía a escasos

metros de mí, me fijé más detenidamente en su rostro y éste, pese a ser igual de delicado y pálido que el de su hermano, era claramente afeminado, los rasgos aún más dulces si cabía. Era extrañamente bonita, como una figura de porcelana.

–Hola, hola, hola, mira a quién tenemos aquí –su voz resonó con dulzura en la habitación.

Evidentemente, me escrutaba *curiosa*. Continuó hablándome:

–Mmm... estás *horrible*, demacrada, querida.

Una voz masculina sonó tras ella.

–Orlando, no empieces.

Reconocí esa voz inmediatamente y sentí un alivio tan poderoso que mis piernas comenzaron a temblar. El extraño ser giró la cabeza para ver a su interlocutor y, al hacerlo, se apartó de mi campo de visión, lo que me permitió descubrir a Gabriel, avanzando por el pasillo hacia mí.

Recorté la distancia que nos separaba de cuatro zancadas veloces y me eché en sus brazos. Él me acogió, me abrazó y me levantó del suelo. Hundió su rostro en mi cuello, sujetándose con fuerza, y pegó sus labios a mi piel. Hubiera querido besarle, abofetearle, gritarle para saber por qué había desaparecido en el momento de mi vida en que más lo había necesitado, apretarle contra mí, separarle de un empujón, volver a abrazarlo...

Es difícil aclarar una cabeza con tantas ideas contradictorias pugnando por salir a la superficie e imponerse a la voluntad. Me limité a seguir colgada de su cuello para poder notar su respiración en mi piel, mientras se me ponían los pelos de punta. Cuando por fin aflojó su abrazo y dejó que apoyara los pies en el suelo, me separé de él lo suficiente para mirarle a los ojos:

–¿Dónde te habías metido? –fue todo lo que pude soltar por mi boca.

–Lamento no haberte dicho nada, Pers. De todas formas, estaba seguro de que me encontrarías. Me fui antes de que recobraras el conocimiento, porque tenía prisa en venir aquí y hacer la migración. Quería estar allí por... si tu hermano... cruzaba al otro lado...

Había ido bajando la voz, suavizando las palabras para que provocaran el menor impacto en mí, pero no me resultaron tan duras. Gabriel no sabía qué había ido a hacer allí.

–Tengo que hablar contigo, Gabriel. Es muy importante.

–Claro. Ven conmigo.

Me cogió de la mano y me introdujo por el pasillo. Antes de torcer la esquina, vi por encima de mi hombro que aquella chica seguía allí de pie, mirándonos con los brazos cruzados.

–¿Es la hermana gemela de Orlando? –le pregunté a Gabriel. Me miró con curiosidad.

–Orlando no tiene hermanos ni hermanas. Es... único, a todos los efectos.

–Pero... esa chica de ahí es igualita a Orlando y...

–Hermafrodita.

Me detuve en seco.

–¿Qué?

–Orlando –Gabriel se estaba divirtiendo con esto, no podía ocultarlo– es hermafrodita. De hecho, para ser exactos, a veces es hombre, a veces mujer y otras hermafrodita.

–¿Cómo?

–Orlando tiene esa rara facultad de cambiar de sexo tras cada migración. Le divierte. Y lleva haciéndolo tanto tiempo que ambos extremos se han ido acercando cada vez más. Dentro de poco, será... simplemente asexuado.

Gabriel se detuvo ante una puerta doble de cristal con motivos geométricos, que me recordaban la ornamentación Art Nouveau del piso de Nueva York. Pensar eso me llevó a París, a principios del siglo diecinueve... y a la historia de Isobel. Abrió las dos puertas y dejó a mi vista un impresionante salón, gigantesco, absolutamente rodeado por una vidriera que daba a las copas de los árboles del Parque del Retiro. Me acerqué a los ventanales. La vista era tan bonita que costaba creer que fuera real. El resto de la habitación estaba decorada en colores blancos o crudos, con pocos muebles. Era una decoración de revista, cada cosa en su sitio preciso. No sobraba ni faltaba nada.

Gabriel se había sentado en uno de los divanes de cuero blanco que estaban aparentemente desperdigados sin orden por el salón. Detrás apareció Orlando que, con un movimiento suave de sus finos brazos blancos, cerró las dos puertas. Me guiñó un ojo antes de desaparecer.

–¿Cuántos años tiene Orlando? ¿Es mayor que tú?

–Que la propia Ulla. A veces es... un poco raro, pero no es de los peores que hay en el clan. Te tiene cariño.

Agaché la cabeza, avergonzada, porque sentía que había llegado el turno de las confesiones, así que le conté mi conversación con Ulla que le había ocultado. Omití, eso sí, la narración de aquella historia de Isobel. Antes de que terminara la conversación, se

levantó del diván y se dirigió hacia los ventanales. Cuando se giró, me lanzó una mirada de hielo:

–Por Dios, ¿cómo se te ocurrió ocultarme esa conversación?

Intenté que la situación no se desbocara:

–Bueno, en realidad, no me dijo tampoco tantas cosas.

Me levanté y me dirigí hacia él. Le cogí la mano y la apoyé en mi pecho. Intenté hablar con la voz más seria, grave y adulta que jamás en mi vida podría producir:

–Voy a bajar. Voy a ir a rescatar a mi hermano. Nadie podrá impedírmelo.

Tuve un conato de pánico al ver cómo cambiaba el rostro de Gabriel, apenas capacitado para contener su furia. Apartó su mano de mi pecho y comenzó a moverse por la habitación como un animal acorralado. Empecé a tener miedo, no de él, sino de que desapareciera de nuevo, algo bastante probable, por otra parte. Pero en lugar de eso, comenzó a gritar:

–¡NO! ¡NO! ¡NUNCA! ¿Me oyes? ¡*Nunca* permitiré que eso pase! ¡Olvidalo! ¡Sácalo de tu cabeza! No voy a permitirlo nunca, ¡JAMÁS!

Se detuvo y apoyó las manos en la cristalera, hundiendo la cabeza entre sus hombros. Se le veía abatido, exhausto, cansado, alterado, y yo era la causa de todos aquellos estados de ánimo, pero ni eso me detendría. Jugué la única baza que poseía:

–Si no me ayudas tú, encontraré a alguien –me dirigí a la doble puerta del salón–. Alguien como Ulla, por ejemplo.

–¡PERS! –gritó desde su posición y, de pronto, con una rapidez imposible, inhumana, cruzó todo el salón y se interpuso entre las puertas y yo. Me cogió de los brazos con fuerza. Estaba desencajado–: ¡Te lo prohíbo! ¡No sabes de lo que estás hablando! ¡Esto no es un juego, maldita sea!

Sus palabras me incendiaron y comencé a hablar alterada:

–¿Que me lo prohíbes? ¿QUÉ? ¡Nunca te he pedido permiso para nada! ¿Quién te crees que eres para prohibirme algo? ¡Aparta de la salida o ayúdame a cruzar!

Cerré los puños con fuerza, pero Gabriel no sólo no se apartó, sino que me sujetó con más fuerza aún:

–¡No, no, nunca! ¡No voy a permitirte que acudas a Ulla! Si es necesario te retendré conmigo por el resto de tu vida. ¡NO!

De pronto, le besé con toda la fuerza de la que fui capaz. Eso dejó fuera de combate a Gabriel durante unos preciosos segundos que utilicé para liberarme de sus manos. Di

unos cuantos pasos hacia atrás, sin dejar de mirarle. Enseguida se recompuso y me amenazó con un dedo:

—Maldita sea, Pers, joder, no sabes de qué estás hablando —entonces cambió de táctica y relajó su voz hasta convertirla en casi una súplica—. Pers, ningún humano ha vuelto jamás. Si tú no eres la de la profecía, si Ulla está equivocada y cruzas, te perderé. Para siempre. Y nada de esto —abarcó con sus manos todo lo que nos rodeaba— servirá de nada. Cruzaré yo también para acompañarte en tu infinito paseo por siempre. No quiero seguir a este lado si no estás tú, ¿no te has dado cuenta todavía?

Ahora era yo la que estaba fuera de combate. Me dejé caer en uno de los divanes sin dejar de mirarle. Gabriel se acercó con pasos lentos y se arrodilló frente a mí. Puso sus manos sobre mis piernas. Ahora teníamos nuestras cabezas a la misma altura. Casi podía verme reflejada en sus ojos aguamarina.

—Pers —su tono ya no era de súplica, aunque continuaba siendo suave—, te pido por favor que lo olvides. Olvídate de todo cuanto te contó Ulla. Deja que yo busque a tu hermano. Haré todo lo que pueda. Te lo prometo. Eres lo único que me importa a este lado de la línea. Si te pierdo a ti...

Sus palabras dejaron mis músculos convertidos en mantequilla. No iba a ceder en mi intención de pasar al otro lado, pero una nueva posibilidad de desenlace comenzó a iluminarme con una luz tímidamente cálida. Había una probabilidad y necesitaba aferrarme a ella con desesperación, convencerme de que...

—Tal vez no sea necesario hacerlo ahora. Tal vez Mateo salga de ésta.

Vi la respuesta en sus ojos antes incluso de que él se diera cuenta de que lo había descubierto. Sus palabras formaron una espiral en mi cerebro.

—Mateo ha cruzado hace un rato. Ha muerto, Pers.

Tardé unos segundos en comprender el significado de sus palabras y, cuando lo hice, se hizo el vacío alrededor. Sus palabras resonaron en el desierto en que se había convertido mi cabeza, levantando espirales de arena y humo. Con el entendimiento de lo que había ocurrido vino también una ola de calor ardiente que me golpeó el rostro y el pecho y arrancó el aire de mis pulmones.

Mateo, muerto.

Había entrado en el reino de los muertos.

Mateo.

No, Dios mío, no.

Las posibles ramificaciones del laberinto que era la vida, todos los caminos por recorrer, las futuras decisiones que tomar, los minutos preciosos que vivir, todos los colores por ver y los besos por recibir, todas las intersecciones que tenían que conformar la vida aún no vivida de Mateo se habían desintegrado. La vida que aún no había vivido se había convertido en aire.

Comencé a ahogarme mientras una única alternativa cobraba forma. Primero como una sombra, luego con contornos más precisos. Sólo se podía hacer una cosa. Ir a por Mateo.

Era una transportadora, lo dijo Ulla. Tenía que ir a por él. Cuando al fin hablé, apenas escuché mi propia voz:

—Voy a cruzar yo también.

Gabriel soltó un sonoro suspiro de impaciencia. Se levantó y se alejó de mí hacia una de las paredes. Apoyó allí la mano derecha, con el brazo extendido, dándome la espalda.

Tenía que intentarlo, como fuera.

Me dirigí en silencio pero con rapidez hacia la ventana y la abrí. Antes de que Gabriel se girara a ver de dónde provenía ese ruido, ya había pasado mi pierna derecha sobre el alféizar de la ventana e inclinado medio cuerpo hacia fuera. Me mantuve en un precario equilibrio gracias a que mi mano izquierda agarraba el marco de la ventana. Escuché a Gabriel gritar y supuse que venía hacia mí mientras yo descubría lo alejado que estaba el suelo de la calle, siete pisos por debajo de mis frágiles huesos. Noté que sus dedos agarraban mi muñeca, con fuerza y cuidado al mismo tiempo.

—Está bien, tú ganas —ahora sí que había verdadera ansiedad en su respiración. No sabía que Gabriel podía asustarse ante nada—. Pero así no, por favor, ésa es la única manera de que consigas no regresar. Tiene que ser de otra forma. Por favor —me suplicó—, por favor, entra de nuevo y te acompañaré. Créeme. Te llevaré a verlo. Por favor. Iremos juntos a preguntarle a Ulla cómo hacerlo. Por favor. Entra.

Volví la cabeza y le miré. Nunca había tenido intención de suicidarme, sólo buscaba la manera de forzarle a aceptar mi petición desesperada. Pero ahora que lo había logrado, la única impresionada era yo, imaginándome la bofetada contra el frío y duro suelo.

Asentí.

Noté que los dedos de Gabriel se aferraban como un grillete de hierro a mi muñeca y me tiraban suavemente hacia el interior del salón. Me dejé llevar. Gabriel me cogió en brazos y me depositó en uno de los divanes. Sin apartar los ojos de mí, llamó a Orlando.

Un segundo después, una de las dos puertas se abrió y una cabeza casi enteramente blanca, albina, asomó. Los ojos negros de Orlando brillaban de nuevo como las pupilas de los gatos. Me provocaba escalofríos.

–Dime –dijo, con una voz de cristales líquidos.

–¿Sabes dónde está Ulla?

Orlando giró la cabeza hacia el techo, como si buscara la respuesta en alguna de las molduras de escayola que decoraban el ángulo formado entre la pared y el techo. Se mantuvo en esa postura unos segundos y luego nos miró a los dos:

–Ahora sí.

–¿Podrías llevarnos, por favor?

–¿1937 o 1951? –fue su enigmática respuesta.

–Lo que tú quieras.

Orlando me miró entonces, guiñó un ojo y dijo:

–1937 entonces. Vamos.

1937 era, debía haberlo imaginado, el año de fabricación del coche en el que fuimos los tres en busca de Ulla. Era una antigüedad que se movía perfectamente, casi ronroneando. Un Adler Triumph Junior, descapotable, blanco, con un águila plateada en el centro del radiador frontal, entre los dos faros redondos, desafiante, impertérrita al paso del tiempo... como sus dueños, desde luego. Los asientos eran de cuero negro, en perfecto estado, y el salpicadero, negro, contaba sólo con tres indicadores. Un prodigio de la mecánica para aquellos tiempos, según me explicó Orlando en su voz semi-femenina. Era, sin duda, el vehículo más bonito e incómodo en el que había montado en mi vida.

Éramos un conjunto que despertaba la atención allá por dónde pasara; el coche, maravilloso, un conductor albino, de sexo indefinido, oculto bajo un sombrero panamá, y dos acompañantes, uno de ellos tan llamativo como Gabriel. La que, definitivamente, no pegaba nada era yo.

—Podíamos haber ido en metro, adonde sea que vayamos —dije, molesta con la pegajosa curiosidad de la gente.

—No —fue la críptica respuesta de Gabriel. Fue tan tajante que llamó mi atención.

—¿Por qué no? Cualquier medio de transporte más... ordinario.

—No soporto estar bajo tierra —dijo Gabriel y entonces se giró a mirarme—. Malos recuerdos de mi infancia.

—¿Tienes algún problema con este precioso vehículo? —preguntó con su peculiar entonación asexual—. Olvídate de la gente, ya te acostumbrarás a los curiosos.

Me pregunté si Orlando salía mucho a la calle, porque con un aspecto tan llamativo debía ser prácticamente imposible pasar desapercibido.

Mientras hablábamos, tomamos la carretera de Barcelona, de salida de Madrid. Después de varios giros y cambios de carreteras, primero, y calles, después, Orlando

entró en el parking de los famosos Jardines del Capricho, una auténtica fantasía anterior a la Guerra Civil que había sido recientemente remodelados y recuperado para los curiosos.

No había mucha gente a esa hora, más bien casi nadie, así que pudimos cruzar tranquilamente todo el parque, siguiendo a Orlando, que parecía saber exactamente a dónde encaminarse. Nos llevó al embarcadero del estanque, profusamente decorado con motivos florales. Allí, de espaldas a nosotros, y vestida con una amplia túnica vaporosa blanca, protegida bajo un sombrero blanco de ala ancha, Ulla estaba retratando el estanque en un lienzo sobre un caballete.

Nos acercamos sigilosamente, o eso me pareció, por detrás. Cuando estábamos lo suficientemente cerca, pude observar la pintura al óleo que estaba realizando. Si me esperaba un somero retrato realista del reflejo de la escasa luz sobre las tranquilas aguas del estanque, es que no me había enterado de dónde me estaba metiendo. Ulla estaba pintando un extraño paisaje submarino, en el que la perspectiva estaba tan cerca de la superficie del agua que se podía ver, por encima de ella, el tejado del palacio que dominaba el estanque. Al fondo del estanque, es decir, en la base de su cuadro, multitud de diminutas caras giradas hacia la superficie. Desvíe la mirada, con horror, para mirar el estanque, preguntándome si «eso» que veía Ulla existía realmente en el fondo de aquellas aguas plácidas: un bonito estanque lleno de almas perdidas. El vello del cuello y de los antebrazos se me erizó.

—¿Es que acaso no te gusta mi pintura, querida? —dijo en ese momento Ulla sin girar siquiera la cabeza. Supe que se dirigía a mí.

—Demasiado... técnico para mi gusto —contesté.

Entonces se volvió y nos miró a los tres, sin dejar de sonreír. Aún sostenía el pincel en una mano y la paleta, embadurnada de millones de colores distintos, en la otra. Luego volvió a concentrarse en mí.

—Qué dichosos sois en vuestra ignorante y breve existencia, ¿no te parece?

—¿Y si quisiera saber más? —noté que Gabriel tensaba la postura. Orlando, sin embargo, se había acercado al borde del estanque y contemplaba su fondo. Ulla ladeó la cabeza.

—¿Más, querida? ¿Acerca de qué?

—Digamos que... acerca de lo que nos estamos perdiendo.

Ulla miró fijamente a Gabriel, que dijo:

–Lo que Pers quiere saber es cómo puede hacer una migración.

Ulla enarcó las cejas con gesto de agradable sorpresa, abrió la boca en una sonrisa ancha y se giró para apoyar la paleta y el pincel en una mesita auxiliar de patas cruzadas que había junto al caballete del lienzo. Luego me contempló con las manos cruzadas sobre el regazo.

–Estupendo, estupendo, fantástico. Estaba deseando que me hicieras esa pregunta.

–No hacía falta –noté cómo la ira me subía por la garganta y entorpecía mi boca al hablar– que te llevaras a mi hermano pero quiero que sepas que iré a por él, cueste lo que cueste.

Me di cuenta de que había hablado apretando la mandíbula y los puños. La hubiera golpeado en ese momento, sobre todo, porque su beatífica sonrisa no se alteró lo más mínimo con mis palabras.

–Pero, Perséfone, no sé de qué me estás hablando.

Hice un esfuerzo extraordinario por contenerme y no comenzar a gritar. Gabriel se acercó más a mí, pero no para sujetarme, sino para darme la mano.

–¿Cómo dices? Tú... te has llevado a Mateo para retarme a que fuera a por él. Sabías que iría a por él.

–Te equivocas. No he tenido nada que ver con lo de tu hermano. Ni siquiera le conozco.

No podía dar crédito a su desfachatez. ¿Quién se había creído que era? ¿Cómo podía jugar así con la vida de los seres humanos? Gabriel me había contado que era vieja, muy vieja, más de lo que podía recordar, pero eso no la convertía en una especie de dios pagano.

–Pero... tú... tú... –la ira que sentía me provocaba náuseas– dijiste que me obligarías a ir al otro lado.

Ulla cambió el peso de una pierna a la otra, pero aparte de ese movimiento, su gesto no varió en absoluto.

–¿Y qué?

–¿Cómo que «y qué»? Que decidiste llevarte a Mateo para obligarme a seguirle. ¡Atrévete a negarlo!

Ulla soltó una carcajada. Cuando terminó de reírse, pasó a mi lado y echó a andar por el paseo de gravilla por el que habíamos llegado nosotros tres. Antes de girar a la derecha

en una bifurcación del camino, se giró y me hizo una seña para que la siguiera. Yo miré a Gabriel, pero él se limitó a soltar mi mano e indicarme con la cabeza que hiciera caso.

—Te esperaré aquí. No te preocupes.

Miré a Orlando, pero seguía muy entretenido observando desde la orilla al fondo del estanque. De hecho, juraría que sonreía y hablaba en voz baja y susurrante con la superficie del agua.

Eché a andar detrás de Ulla. No me costó alcanzarla porque caminaba muy despacio, como saboreando el camino. Tenía el rostro vuelto hacia el cielo, como si tomara el sol, pero eso era imposible en un día como aquel, tan nublado. De hecho, las nubes se habían vuelto más opresivas y pesadas.

—¿Lo notas? —hablaba sin mirarme, todavía con el rostro levantado—. Es la presión barométrica. Suele producir un pesado dolor de cabeza, apretando las sienes y la nuca. Los animales lo notan más. Nosotros podemos notar claramente e incluso con mayor intensidad que vosotros, algunos de estos fenómenos meteorológicos. Otros no.

—¿Como cuál?

—El frío. Soy incapaz de notar el frío. Siento la nieve sobre mi piel, pero no me produce ninguna sensación térmica. Me ocurre desde que tuve la primera migración. Donde yo nací, caían nevadas demasiado intensas. Mi familia me encontró literalmente congelada tras una tormenta de nieve. Pensaron que había muerto —en este punto, soltó una ligera risa—. Desde entonces, carezco de sensibilidad hacia el frío. No es que lo eche de menos, entiéndeme. Hay otras faltas que me irritan más, como la del sabor de las comidas y las bebidas. Nada de lo que coma o beba tiene ningún sabor para mí. Lo he perdido, el paladar, por completo. Eso sí es una lástima.

—¿Necesitáis comer?

—Pues lo cierto es que no lo sé. Nunca he probado a dejar de alimentarme. Creo que un antiguo tutor que tuvo Gabriel sí lo probó. Pero ignoro las consecuencias de su decisión.

En ese momento, Ulla se detuvo y me miró fijamente.

—¿Qué querías de mí? —me dijo.

—Quiero saber cómo puedo ir al otro lado para recuperar a mi hermano.

—No lo sé.

Su respuesta me vació un jarro de agua helada por la espina dorsal. Confiaba tanto en que ella me facilitaría el acceso, que aquella respuesta imprevista soltó un peso de

toneladas sobre mis hombros. De pronto, me sentí muy cansada. Tantas horas sin descansar, toda la angustia acumulada por el accidente de Mateo se volvieron inaguantables. Comencé a sentir un dolor agudo detrás de los ojos y me los apreté con fuerza con los dedos pulgar e índice de mi mano derecha. Había una sola pregunta que se repetía sin cesar en mi cabeza: ¿y ahora qué?, ¿y ahora qué?

—Pero —Ulla interrumpió mis pensamientos y abrí los ojos para mirarla— no entiendo por qué vienes a preguntarme esto a mí.

—Se supone que tú tienes todas las claves, tú sabes quién soy, tú...

—Sí, pero yo sé cómo *viajamos* nosotros. Tú no eres como nosotros. Tampoco eres como el resto. Si fueras una más, te diría cómo realizar la migración. Perdiendo la vida. Y listo. Nada más fácil, ¿no? Eso sí, en ese caso te tendrías que olvidar de regresar. Tendrías que olvidar todo lo que eres, lo que has significado en tu breve paso por la superficie de este planeta. Te volverías como los demás: una sombra difusa y errática. Pero —estiró el brazo y pasó los dedos por mi pelo, como si me acariciara el cabello— tú no eres como los demás. Tampoco como nosotros. Eres única. Así que sólo en tu interior podrás encontrar el camino que te lleve y te traiga. Ninguno de los consejos que pudiera dar a otros te serviría a ti. Lo siento.

Con sus últimas palabras, mis ojos se llenaron de lágrimas. Ullaladeó ligeramente la cabeza, dio media vuelta y se alejó, atravesando una explanada de césped, hacia un templete circular de columnas que culminaba una pequeña loma. Sin embargo, antes de alejarse demasiado, se giró y me dijo en voz alta:

—Sólo se me ocurre decirte que te alejes del agua. A nosotros, el agua nos dificulta las migraciones. Puede que eso se aplique a ti también.

Y continuó su camino sin aclararme nada más.

Hundida, desorientada, cansada, sacudida emocionalmente, arrastré mis pies por el camino de vuelta al estanque. Bastante antes de llegar, divisé a Gabriel, junto a Orlando, ambos en la orilla del estanque. Regresar a su lado me proporcionó cierto estado de ánimo, tranquilidad, algo de sosiego. Últimamente, me pasaba siempre que estaba con él.

En cuanto me vio, Gabriel se dirigió expectante hacia mí y me cogió las manos.

—Bueno, ¿y qué? —me preguntó nervioso.

—Nada. No me ha servido de nada. No sabe cómo puedo hacerlo. Dice que sólo yo puedo averiguar cómo lograrlo.

Gabriel contuvo unos segundos el aire en sus pulmones, sin dejar de mirarme, y luego

lo soltó en un suspiro de fastidio.

—Algo se nos ocurrirá. Rápidamente, eso sí. No hay tiempo. Cuanto más tiempo esté Mateo al otro lado más irreconocible se volverá.

Gabriel se giró y llamó a Orlando, que enseguida se separó de la orilla del estanque. En esos momentos se estaba riendo con su ¿imaginario? interlocutor, enterrado bajo el agua, tal y como había pintado Ulla. Los tres deshicimos rápidamente el camino por el que habíamos llegado hasta ella, que ahora no aparecía por ningún sitio.

Estábamos en el camino principal que conducía a la salida del parque. Los tres caminábamos a buen ritmo. Vi que acababa de entrar en el parque un chico joven, atlético, con el torso desnudo, que iba corriendo a ritmo concentrado. De su mano pendía una correa que mantenía a su lado a un perro, un pastor alemán que iba disfrutando del paseo con su amo. Ambos se movían absolutamente sincronizados, como si estuvieran rodando un anuncio. Cuando estábamos aún separados unos cincuenta metros, el perro, que hasta ese momento se limitaba a correr con la lengua fuera distraído, olisqueó el aire en nuestra dirección y frenó en seco. Clavó las patas delanteras en la tierra batida del suelo con tanta fuerza que el corredor, su dueño, estuvo a punto de perder el equilibrio con el tirón tan brusco de la correa. El chico se volvió a mirar al perro, sentado sobre las patas traseras pero en absoluto relajado, que nos miraba fijamente. Vi cómo el chico se inclinaba hacia el animal, primero hablándole con mesura o cariño, pero luego tirando de la correa, indicándole con gestos más abruptos que continuara la marcha. No había forma de mover al perro, que se limitaba a ver cómo nos íbamos acercando a ellos. Yo observé de reojo a Gabriel y Orlando, pero ninguno de ellos parecía haberse dado cuenta de la escena que, por otra parte, tampoco tenía nada de anormal.

Lo escalofriante vino después.

A medida que acortábamos la distancia que nos separaba del chico y de su perro, éste comenzó a ponerse más nervioso. Primero levantó las nalgas del suelo, gruñendo entre dientes; luego cambió su postura por otra abiertamente hostil, agachando la parte delantera del lomo y el cuello, pero con el morro apuntando directamente hacia nosotros. Ahora, los gruñidos eran más audibles y graves. Miré por encima de mi hombro, esperando ver otro perro que estuviese provocándolo, pero el camino estaba vacío. Ni siquiera a ambos lados había un alma a la vista, salvo nosotros.

Cuando estábamos a unos diez metros de distancia, el perro se volvió loco. De manera

repentina y salvaje, el animal perdió el control. Era claramente a nosotros a quienes ladraba, enseñando las encías sobre sus colmillos en un gesto de rabia incontrolada. Yo había pegado un respingo y me sentía incapaz de seguir avanzando hacia aquel animal a quien su dueño apenas podía sujetar a través de la correa. Recuerdo que lo llamaba repetidamente por su nombre, mientras nos miraba de hito en hito perplejo. Gabriel se había detenido al ver que yo no continuaba caminando. Se interpuso entre el perro y yo y me cogió la mano.

–Tenemos que irnos, Pers. Vamos, no te detengas.

Tiró de mi mano, pero estaba paralizada de terror: aquel animal intentaba liberarse de su dueño y lanzarse a por nosotros. Tenía ambas patas levantadas en el aire y de su morro salía una espesa baba que le corría por las mandíbulas.

En mitad de aquella escena terrorífica, me di cuenta de que Orlando había seguido caminando sin detenerse, sin ningún asomo de asombro o miedo ante la escena. Cuando pasó junto al enloquecido animal, cuyos ladridos se debían escuchar en un radio de varios cientos de metros alrededor, y junto al chico que a duras penas podía sujetar al perro, Orlando simplemente volvió la cabeza hacia la pareja y chistó al perro, poniendo su dedo índice en los labios, como aquellos pósters que colgaban de los ambulatorios de salud y que representaban a una joven y bonita enfermera pidiendo silencio. Sólo que aquella escena no tenía nada de tranquilizador. Sin embargo, en cuanto el animal recibió en su campo de visión el gesto de Orlando, abruptamente, sin sentido, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, agachó la cabeza y la metió entre sus patas delanteras, con unos quejidos agudos que parecían imposibles en el mismo perro que unos segundos antes nos había estado rugiendo y gruñendo. Orlando ni siquiera detuvo el paso, ni lo aminoró: continuó caminando hacia la salida del parque.

Aprovechando el evidente momento de dolor del perro, al que su dueño miraba sin dar crédito, paralizado con la correa flácida colgando de la mano, Gabriel echó a andar y yo con él. Pasamos junto al perro, que era incapaz de levantar el morro del suelo de arena, lloriqueando y gimiendo. El chico, que juraría que estaba empezando a contemplar la posibilidad de que hubiéramos tirado algo al animal, tan brusco había sido su cambio de ánimo, se limitó a mirarnos, con el ceño fruncido, pero sin atreverse a decirnos nada. Nos siguió con la mirada hasta que los hubimos rebasado ampliamente. Yo tampoco podía quitarles el ojo, por encima de mi hombro, porque esperaba de un momento a otro

que el animal se recompusiera y comenzara otra vez el rosario de aullidos y ladridos rabiosos que nos había dedicado antes.

Tras cruzar la verja del parque, me volví a mirar. El chico había comenzado a correr de nuevo y el perro trotaba tras él, como si la escena no hubiera tenido lugar nunca. Por un segundo, yo también lo dudé. Mientras entrábamos en el coche, Gabriel me explicó que sólo los animales, la mayoría, podía detectar la verdadera naturaleza de los incorpóreos. Y que aquella solía ser la reacción natural.

–Así que nunca hemos cultivado la compañía de animales domésticos –me aclaró.

Entonces Orlando dijo:

–En realidad, la clave está en saber cómo tratarlos y a ninguno os interesa aprender.

No volvió a abrir la boca en el resto del trayecto hacia el piso de Alfonso XII, ni cuando aparcó el coche en el garaje, le dio las llaves al portero y subimos al piso. Una vez allí, desapareció tras una puerta. No volví a verle más. Gabriel me condujo a su habitación, un cuarto grande, iluminado, con unos ventanales rectangulares que dominaban, como el salón, las copas de los árboles del Retiro. Esta habitación estaba también decorada en colores blanquecinos, con una única excepción: en el centro, un largo diván de terciopelo azul cobalto. En él nos sentamos los dos. Sabía lo que venía ahora, o al menos lo que debía venir ahora.

Tenía que lograr entrar en el plano de los muertos, de la muerte, para intentar recuperar a Mateo.

Obviando las preguntas más sencillas e inmediatas del orden de cómo se podía hacer tal cosa, primero tenía que conseguir superar el inquietante temblor de rodillas que me había comenzado a sacudir, desde que me senté en el diván, cara a cara con mi propia decisión. Nadie me había pedido que lo hiciera, de acuerdo, pero en aquellos segundos todas las certidumbres que había ido recolectando los últimos días, acerca de la naturaleza de espectro de Gabriel y los suyos, de la existencia de ese otro mundo, paralelo al nuestro, y de mi propia excepcionalidad, según Ulla, se estaban empezando a disolver en el aire. Lo único real era aquella habitación y los ojos aguamarina de Gabriel mirándome.

Y el miedo que estaba helándome el corazón.

Necesitaba más información del lugar al que pretendía ir.

—¿Cómo es el sitio al que pertenecéis? ¿Es el infierno?

—No te muevas en esos conceptos tan limitados. Infierno, cielo, demonios, ángeles... la religión os ha proporcionado muchas armas, pero os ha negado otras cuantas.

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo, os ha ofrecido demarcaciones tan imperfectas del pensamiento como ésas. Yo no soy un demonio, ni me muevo entre el infierno y la tierra. Es... otra cosa. Pero los seres humanos necesitáis conceptualizar los aspectos de la vida, aunque para ello los limitéis profundamente.

—¿Y qué armas nos ha proporcionado?

—Vuestra fe.

—¿En Dios?

—No necesariamente, aunque eso también ayuda. Fe en la vida, en vosotros mismos,

en vuestros hijos, en el amor. Eso recuérdalo siempre, Pers, porque es la fuerza más poderosa que podrías tener nunca.

—¿Mi fe en lo que siento hacia ti?

—O en lo que siento yo hacia ti.

—¿Y cómo podría ayudarme eso?

—No lo sé. Cuando llegue el momento, lo sabrás. Lo verás con total claridad.

—¿Cuando tenga que descender a los infiernos, para rescatarte, demonio? —intenté sonar divertidamente cínica, pero al decirlo no pude reprimir un escalofrío por mi espalda.

Gabriel rió suavemente.

—Lo que no tiene justificación posible es que atacéis a seres indefensos —vino a mi cabeza aquel gesto de Oliva, arrancándose un mechón de su antes espectacular melena pelirroja. Me pregunté qué habría sido de ella.

—No todos lo hacemos.

—Lo sé, no quería acusarte a ti, pero ¿por qué?

—Porque si os robamos vuestra vida, vuestra fuerza vital, podemos permanecer más tiempo aquí, sin hacer migraciones.

—Pero estás hablando de asesinato. No puedo aceptar eso, Gabriel.

Gabriel inclinó la cabeza. Su gesto delataba su fuerte conflicto interno. Era evidente que había tocado su talón de Aquiles.

—No se trata de que lo puedas o debas aceptar. No lo puedes entender.

—Puedes explicármelo.

—Cualquiera de mis explicaciones no podría acercarse siquiera a la realidad. Está en nuestra naturaleza dejar de existir un día. Pero los humanos, cuando atravesáis el muro y entráis en nuestro mundo, perdéis toda conciencia de lo que habéis sido alguna vez. Todo recuerdo, toda memoria, cualquier rastro mental o emocional de lo que habéis sido. Eso, que es de por sí una condena, también os supone una liberación porque os facilita la permanencia en el otro lado. Soltáis amarras y lastre para poder moveros con libertad. Pero con nosotros la cosa no funciona igual. Nunca perdemos esa conciencia mientras estamos en uno u otro lado.

—¿Quieres decir que cuando estás allí, recuerdas todo lo que has dejado aquí?

—Sí. Seguimos anclados a este lado por nuestra conciencia, recuerdos, vista, todo. Nada se pierde en el tránsito. Y no te podrías figurar qué duro puede llegar a ser.

Imagínate que después de llevar la vida más maravillosa, te encerraran en una cueva, sin motivo alguno, por algo de lo que no eres culpable, como una especie de Segismundo. Aunque supieras que saldrías alguna vez de allí, tu reclusión sería una tortura. Imagínate que, cuanto más tiempo pasaras allí, tuvieras la certeza de que más te condenas a pasar allí el resto de tu vida. ¿No estarías desesperada y dispuesta a lo que fuera para permanecer el mayor tiempo posible fuera de la cueva? Nosotros no somos distintos en eso. Me gusta considerarlo un rasgo humano, algo que nos iguala a todos vosotros. ¿Nunca te has preguntado qué debe ser más duro: ser ciego de nacimiento o perder la vista después de haber contemplado las maravillas que ofrece este mundo?

—Y cuando estáis aquí, ¿en qué os convierten todos los recuerdos del otro lado?

Esa pregunta hizo sonreír con tristeza a Gabriel.

—En fantasmas, sombras.

Sin embargo, los dos sabíamos que sus explicaciones no dejaban de ser justificaciones. Gabriel se sentía fuertemente atormentado por su naturaleza y poco podía hacer al respecto. Salvo una cosa, una única salvación:

—Gabriel, tengo una pregunta más que hacerte, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta. ¿Por qué no me utilizaste a mí? ¿Por qué no arrebataste mi vida?

Tardó en contestar. Por aquel entonces pensé que estaba buscando una explicación que me agradara. Ahora sé que lo que hizo en aquel rato que tuvo la mirada agachada fue ordenar sus pensamientos e intentar ajustarlos a un orden cronológico que mi limitada cabeza pudiera comprender.

Luego me miró. Antes de que hablara, lo supe. Al menos uno de los motivos: no se hace daño a alguien que se ama. El corazón se me contrajo hasta el tamaño de una nuez y luego me explotó.

—Antes de que tú nacieras ya había decidido abandonar todo intento de esperanza y salvación. Los demás siguen huyendo de lo que somos y, al hacerlo, traspasan aún más la línea. Si nuestro destino es quedar atrapados al otro lado, tarde o temprano, no hay salvación posible. Yo lo asumí. Y dejé de aceptar que el asesinato de seres humanos inocentes estaba justificado en aras de nuestra inmortalidad. Somos una especie de monstruos, un error, entre los vuestros, pero entre aquellos del otro lado tampoco somos mejores. Nunca perteneceríamos a ninguno de los dos lados, así que por qué seguir intentando evadir nuestra naturaleza.

»En cualquier caso, lo que había aceptado era que, mientras estuviera aquí, intentaría

disfrutar lo máximo posible de las pequeñas y magníficas maravillas que tenéis todos los días ante vuestros ojos, pero que nunca contempláis. Un rayo de luz, un olor, el tacto de una piel, un mar, la música, las miles de manifestaciones artísticas de las que sois capaces. Apreciárlas, saborearlas, no me convierte de nuevo en humano. Pero me proporciona un placer inigualable que no quiero dejar escapar. Vosotros también lo haríais si supierais lo que yo sé del otro lado.

De nuevo esa sombra gris atravesando su sonrisa.

—Así que, en cuanto tomé la decisión de luchar para evitar el momento en que el otro lado me reclame como de su propiedad, me limité, me he limitado desde entonces, a pasear por vuestras vidas, por vuestro mundo. Y entonces conocí a Helena, tu madre.

La habitación estaba fuertemente iluminada, no sólo por los fluorescentes del techo, sino por un par de lámparas de sobremesa que él había ido encendiendo mientras hablaba. Gabriel me había pedido que me quitara el colgante. Con él puesto, no podría entrar en el otro mundo. Así que me solté la cadena y lo deposité sobre una mesa. Luego me senté en el diván del centro de la habitación. Gabriel se movía a mi alrededor, silbando bajito una melodía que no conocía, pero que mucho tiempo después oí en la voz de Billie Holliday.

De pronto lo escuché, y mi corazón se estrelló contra las paredes de mi caja torácica; fueron tres golpes tremendos, huecos, graves, fríos, oscuros. Como la llamada a una puerta cerrada. Salté del diván, mirando con los ojos desorbitados hacia la puerta, preguntándome qué clase de bestia estaba llamando desde el otro lado. Pegué un respingo cuando Gabriel cogió mi mano.

—Sssh —se llevó el índice de la mano libre a los labios—. ¿Qué has oído?

El hecho de que él no hubiera escuchado nada me aterrorizó, porque de alguna manera eso me dejaba sola en esto. Y sin él no podría hacerlo.

—¡La puerta! ¡Dios mío, Gabriel! ¿Es que no lo has escuchado?

Él me miró en silencio, calibrando el pánico que demostraba mi voz. Antes de que pudiera volver a hablar, lo escuché de nuevo: otros tres golpes gigantescos, pausados, que me helaron el alma.

El infierno llamaba a la puerta.

—¿Otra vez esos golpes?

—Alguien está llamando, Gabriel —sabía que estaba a punto de sucumbir al pánico.

—Entonces, Pers —dijo él muy suavemente, de la manera en que se habla a un niño—,

abre la puerta.

Le miré con los ojos desbocados.

—¿*Qué puerta?*! ¿A QUÉ PUERTA ESTÁ LLAMANDO QUIÉN?

Gabriel suspiró y me cogió las dos manos:

—Pers, creo que esto no ha sido una buena idea, será mejor que lo dejemos correr. ¿Me estás oyendo? Vamos a salir de aquí y olvidarnos de este asunto.

Me dio un fuerte beso en la frente. Juraría que cuando se apartó, descubrí un destello de decepción en sus ojos. Eso hizo que mi pánico se quedara momentáneamente congelado; en ese único segundo, pude recapitular y recordar por qué me encontraba allí y por qué estaba haciendo aquello: Mateo, mi hermano pequeño; el niño de grandes ojos negros que vi al poco de nacer; el que se partió el dedo gordo de la mano derecha peleando contra un niño de octavo cuando tenía cinco años porque se había reído de él, diciéndole que su hermana era sólo su medio hermana; el mismo que se encerraba en su habitación llorando cuando su madre me castigaba por algo y que gritaba que no saldría del cuarto si no me perdonaban... era el mismo Mateo que acababa de ingresar en el reino de la muerte y al que yo podía ir a buscar al infierno o donde fuera que perteneciera Gabriel y traerlo de vuelta conmigo.

Todos aquellos pensamientos se revelaron como una certeza tan luminosa que me llenaron los ojos de lágrimas. Luego estaba, por supuesto, aquel destello de decepción en los ojos de Gabriel, pero prefería no pensar en aquello, prefería pensar que elegía quedarme y abrir la puerta por Mateo, sólo por Mateo.

Como si lo que estaba ahí fuera me hubiera leído el pensamiento, los tres golpes volvieron a sonar, con una gravedad que convertía mi cerebro en una carcasa inútil de gelatina. Miré a Gabriel, que seguía sujetándome las manos. Le pedí con los ojos un apoyo, una ayuda, una pista. Él, simplemente, asintió.

—Sólo tú puedes abrir el acceso, dondequiera que se encuentre. Yo estaré detrás de ti, no vas a viajar sola.

Lo acepté, de la misma manera insana con que había aceptado mi vida del último mes. Miré alrededor; la habitación seguía siendo exactamente igual que antes: impersonal, iluminada, fría, muy fría, demasiado fría... me di cuenta entonces de que la temperatura se había desplomado más de quince grados y que estaba temblando. No tenía ni idea de si se trataba de abrir la puerta de la habitación, de si el purgatorio de los muertos estaría

al otro lado de ella o si era necesario algún otro protocolo que navegara directo hacia el corazón de esta demencia.

Entonces, con la luminosidad que acompaña una revelación, lo vi todo claro. Eso era, había estado allí desde el principio, cómo no darme cuenta antes. Se me había brindado la posibilidad de ir siempre que quisiera. Parecía tan fácil...

Cerré los ojos, tomé una profunda bocanada de aire como el que va a sumergirse en el mar y me concentré en la oscuridad que veía delante de mis párpados. Enfoqué todos mis sentidos hacia un punto concreto de mi vida, un instante atesorado en mi memoria: una puerta, vieja, de madera lacada de blanco, cerrada, cuyo pomo en forma de caracola conocía perfectamente porque lo había tocado millones de veces a lo largo de mi primera infancia, la feliz, la de la luz, la de Helena.

Era la puerta que Gabriel siempre cerraba de un golpe en mi sueño, después de perseguir a Helena por intrincados pasillos infinitos. Allí estaba, como una barrera cerrándome el paso a la oscuridad que permanecía detrás. Agarré el pomo de caracola, suave y frío. Lo giré, pero estaba bloqueado. Intenté moverlo en ambos sentidos, pero sólo giraba unos milímetros y luego soltaba un leve chasquido. Empleé más fuerza, pero no lograba que se moviera el pestillo. Estaba como bloqueada desde dentro. Comencé a ponerme nerviosa. Si no lograba abrirla, no podría ir al otro lado. Apoyé todo mi peso contra ella y empujé, en vano. No se movía. Mis nervios dieron paso a la ira, que descargué en un golpe contra la puerta. Ni siquiera hizo ruido. Empecé a aporrearla con los puños, creo que gritaba. Cada segundo que pasaba me enfurecía más.

De pronto, me di cuenta. Esto era mi sueño, mío, así que yo dictaba las normas. Al menos a este lado. La ira que me había inundado segundos antes se esfumó. Bajé los brazos. Respiré hondo y levanté la mano para agarrar el pomo. Por alguna razón, me venía a la cabeza *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Ábrete —susurré.

Giré suavemente el pomo a la derecha y, por supuesto, éste giró, sin ningún ruido. El pestillo entró en su cajón y la puerta se abrió lentamente hacia dentro. Así, de esa manera tan informal y poco apropiada, dio comienzo el viaje más aterrador de mi vida, el que nunca pensé que podría hacer consciente y voluntariamente. Mi primer descenso al infierno.

La luz que salía de la habitación de Gabriel se proyectaba hacia fuera y me permitía ver que estaba ante una abertura excavada en la roca, como si la habitación diera a una

pequeña cueva alargada. Paredes, techo curvo, suelo, todo estaba formado por una roca grisácea y fría, como pude comprobar tras apoyar la palma de la mano en la pared de mi derecha. Aparte del pequeño detalle de que antes, en este mismo punto, se encontraba el pasillo que nacía del vestíbulo en el maravilloso piso luminoso y blanco de Gabriel, lo siguiente que me llamó la atención fue descubrir un escenario tan... vulgar, común y ordinario para lo que supuestamente significaba para mí el descenso al reino de los muertos. ¿Estaría confundida? ¿No sería más bien que todo aquello era una alucinación, en absoluto relacionada con Gabriel y su mundo? En cualquier caso, todo eso lo había provocado yo, había ido deliberadamente allí, buscando algo muy concreto, y no pensaba dar marcha atrás.

Además, a mi favor jugaba el hecho de que aquella cueva, o lo que fuera, estaba en completo silencio. No quedaba ni rastro del eco de aquellos golpes que habían resonado en la habitación de Gabriel momentos atrás.

Avancé por aquella cavidad lentamente, no sólo debido al miedo que se había instalado en mis articulaciones, sino porque la iluminación era deficiente y no quería tropezar. El camino se prolongaba sinuoso y retorcido hacia delante muchos más metros de los que parecía porque, si en un momento dado creía estar viendo una pared al final que bloqueaba el camino, lo que descubría al llegar a ese punto era que el pasillo había torcido suavemente hacia la derecha o la izquierda.

Dispuesta a continuar hasta el final, a medida que avanzaba descubrí tres cosas: que la luz que procedía de la puerta abierta de la habitación de Gabriel iba menguando; que el techo y las paredes iban estrangulando el espacio, porque a cada paso el túnel se estrechaba; y en último lugar, que Gabriel no me seguía. Cada dos o tres pasos me detenía y me giraba para ver si estaba detrás de mí, y cada vez que comprobaba que no era así, me sentía tentada de dar media vuelta y regresar al inicio. Pero no lo hacía, no me detenía; encaraba otra vez la incertidumbre de lo que me esperaba delante y seguía avanzando un poco más, sólo un poco más. Había decidido que, en el momento en que descubriera algo, un sonido, un movimiento en las cada vez más crecientes sombras que me rodeaban, cualquier cosa imprevista, daría media vuelta y saldría de allí corriendo sin mirar hacia atrás. Pero no había ninguna señal que me hiciera pensar que no estaba sola en aquel pasadizo de piedra.

Como mis ojos se iban acostumbrando a la creciente oscuridad, no me di cuenta hasta muchos pasos después de que apenas veía ya; levanté mis manos hasta la altura de mis

ojos y apenas vi un borrón grisáceo. Para entonces, podía seguir avanzando sólo porque mis manos iban palpando por delante de mí el trazado del recorrido; ahora caminaba con el cuerpo inclinado hacia delante; y en cuanto notaba que algo me rozaba el pelo, agachaba la espalda un poco más. Enseguida llegué a un punto en el que comencé a caminar a gatas, tanteando el terreno cuidadosamente para no arañarme las palmas de las manos. El frío me traspasaba la tela de los vaqueros y me subía por las piernas y había hecho que se me erizara el vello de los brazos. Tenía la piel helada. Comencé a castañetear con los dientes, no sólo por el frío, sino por el miedo: aquel corredor no había cesado de menguar y ahora casi no podía avanzar a gatas. Apoyada sobre mis codos, e impulsándome con las rodillas y los pies, comencé a arrastrarme por el suelo. La claustrofobia había ido apoderándose de mi cabeza y mi cuerpo y comenzaba a asfixiarme. Mis pulmones no parecían funcionar bien, como si no recibieran todo el oxígeno necesario y en consecuencia inspiraba y expiraba a cortos intervalos, cada vez más seguidos. Como si lo necesitara; hacía un rato que había tomado la decisión de regresar y escapar de aquello que se estaba convirtiendo en una pesadilla monstruosa. No podía continuar más allí, tenía que huir, dar marcha atrás. Y sin embargo, como si mi mente se moviera en una dimensión paralela a mis músculos, era incapaz de conectar la decisión de mi cerebro con mi cuerpo. Todos mis pensamientos, mis ideas, mis convicciones anteriores a meterme en aquel agujero se habían difuminado, habían perdido toda consistencia, no sabía qué demonios hacía allí, qué clase de alucinación había permitido que me encontrara en aquellas condiciones. Estaba temblando tan fuertemente que mis mandíbulas chocaban entre sí. Había comenzado a sollozar hacía un rato y ahora estaba llorando abiertamente. Hacía ya bastante que avanzaba a oscuras, en la más absoluta tiniebla, en un conducto tan estrecho que ahora no me permitía levantar la cabeza más de un palmo del suelo sin tocar el techo.

La primera vez que la imagen atravesó mi cerebro paralizó todos mis músculos, incluidos los pulmones; me dejó unos segundos en estado de congelación y luego situó mi conciencia en el mayor estado de terror que había sufrido en mi vida.

Estaba enterrada viva.

Se trataba de eso, toda aquella simulación creada por mi cerebro o, peor aún, por las perversas y retorcidas mentes de los demonios incorpóreos del mundo de Gabriel, para intentar hacerme pasar al reino de los muertos. Estaba claro: ¿de qué otra manera puedes

pasar al reino de los muertos, si no es muriendo primero? Al menos, estaba enterrada viva.

Comencé a dar alaridos, a gritar con toda la capacidad de mis pulmones; los aullidos rebotaban en cada centímetro de piedra que me abrazaba y regresaban a mí, ampliados. Mis gritos se encadenaron con los que el eco de aquella minúscula tumba de piedra me devolvía y, unos segundos después, tenía los sentidos, especialmente el auditivo, embotados. A medida que oía mis propios alaridos de terror me asustaba aún más y así formé una espiral de pánico y horror sin sentido, mientras me desgañitaba pidiendo socorro, auxilio, pero ¿a quién? ¿A mí misma?

Giré con mucho esfuerzo, de manera que me quedé tumbada sobre mi espalda, con los brazos doblados y las palmas de las manos apoyadas en el techo de la cueva. Comencé a arañar la piedra y para cuando el dolor de las uñas arrancadas comenzó a pulsar latidos a través de mis manos y muñecas ya no me limitaba a gritar, sino que lloraba, horrorizada. No cerré los ojos en ningún momento, aunque la oscuridad era tan compacta que no veía absolutamente nada; por el contrario, abría con fuerza los párpados, intentando así forzar mis pupilas a obtener algún fragmento de luz. Pero no había nada.

Es complicado describir el alud de sentimientos y percepciones que acuden a una cabeza cuando se está en medio de una situación que ya no es siquiera desesperada, sino que se ha situado en un plano más allá, en un nivel de abandono de cualquier esperanza. Comencé a golpear mi cabeza contra el suelo y el techo, contra todo lo que me rodeaba; no sabía por qué, sólo ejecutaba la acción de negar aquella situación de la manera más primitiva posible.

Intenté retroceder, pero estaba absolutamente bloqueada y aprisionada, de manera que apenas quedaban unos centímetros de aire rodeándome. En un momento dado, pensé que no moriría enterrada viva porque, de continuar aquel estrechamiento paulatino de la tierra, moriría aplastada. Mi cráneo saltaría en astillas al mismo tiempo que los hombros serían comprimidos hasta partir mis clavículas. Dejé de arañar la piedra pero ya no pude bajar las manos para alinear los brazos junto a mi cuerpo; no tenía espacio suficiente para hacer aquella sencilla maniobra. Tuve que girar la cabeza y ponerla de costado, porque la piedra había comenzado a rozarme la nariz.

Volví a gritar aullidos que arrancaban jirones de mi alma, pero la piedra me los

devolvía más fuertes con el eco, como si de esa forma pretendiera hacerme callar, demostrándome que ella podía ser más ruidosa que yo. Fue entonces cuando sucedió.

En medio de aquel ruido que me rodeaba y que provocaba yo misma, noté algunas notas discordantes, como pequeños puntos extraños intercalados en un plano sonoro que reconocía mío. Había algo más allí, además de mi voz. Sofoqué el último grito y me detuve; el eco tardó unos segundos más en callarse y de pronto el silencio me envolvió, haciéndome daño en los oídos. Por unos momentos, sólo noté un zumbido lejano en el tímpano, pero en cuanto éste se calmó, detecté lo que sobraba, aquello que no eran mis gritos.

Era el suave susurro de una voz humana, de eso estaba segura, un sonido modulado que se deslizó como terciopelo sobre mi piel. Cerré los ojos, intentando no perder ni un solo fragmento de aquel sonido, capturarlo entero para mí; si hubiera podido levantar las manos habría intentado apresarlo como si fuera una mariposa revoloteando en una tarde llena de luz y colores. Moví los dedos, por si había algo tangible en aquello, pero no era así.

Sabía lo que era y, aunque no se podía tocar, recordé que durante un breve tiempo de mi vida, cercano, había sido tan tangible como su piel, su cuello, sus labios, sus manos. Recordé su primer beso, que había atravesado fulminantemente mi centro de gravedad y había creado una fuente de calor justo en medio de mi pecho. Fue recordar el tacto y el sabor de aquel beso y comprender que era Gabriel quien me estaba hablando, que lo que me rodeaba ahora era su voz que formulaba palabras que querrían significar algo; Gabriel me estaba hablando y tenía que escucharlo, entenderlo, aunque sabía que lo más importante de aquel pequeño gesto cotidiano y real que era permitir que mi oído interno captase las ondas sonoras de su voz, no era su voz en sí, ni siquiera el mensaje, sino algo más básico, esencial para que yo pudiera continuar luchando por mi vida, para que no me rindiera a la evidencia tan espantosa y avasalladora que estaba a punto de arrasarme. Ese algo tan simple era que no estaba sola allí.

Que Gabriel había cumplido su promesa y no me había dejado sola en aquel infierno. Estaba conmigo y eso también significaba que yo estaba allí, que no había desaparecido aún. Que fuéramos dos implicaba que yo seguía siendo una, una de esos dos.

Cerré los puños con cuidado, exhalé el aire de mis pulmones y puse toda mi atención en lo que podía escuchar. La voz de Gabriel flotó a mi alrededor, rodeó mis muñecas, subió por mi caja torácica, me sopló en la nuca, entró en mis oídos y llegó a mi cerebro

en aquellos momentos. Como si se tratara de la mismísima mano de Dios, a su paso despertó de nuevo la vida en mí.

Tardé una eternidad en comprender la única palabra que repetía, una y otra vez, como un salmo inmortal, el agua de la fuente de la vida para mí, los ríos de salvación que corrían a través de un bosque de nueve letras:

–Levántate. Levántate. Levántate.

Quise gritar que no podía moverme, que estaba atrapada viva en aquella pesadilla, que alguien me la había jugado, que aquello había salido mal, que había sido un error, que debía haber dejado las cosas como estaban, que nada era cierto y que todo estaba equivocado desde el principio... pero sólo pude escucharle una vez más:

–Levántate.

Tenía razón. Era sencillo. Como un juego.

Había atravesado el espejo y me encontraba en un mundo, en un plano existencial, donde las reglas que conocía y que habían regido mi vida no tenían validez. Reglas de orden físico, mental, moral, intelectual, que no pertenecían a aquel sitio. Tendría que buscar las nuevas o, mejor aún, crear mis propias referencias de conducta. Decidí que eso sería lo que haría a partir de ese momento: yo decidía qué estaba bien y qué estaba permitido hacer.

La primera medida que tomé, en consonancia con mi nuevo estatus de creadora de normas en aquel lado del espejo, fue decidir que no necesitaba aire en mis pulmones. Exhalé la última bocanada de oxígeno y aguanté. No pasó nada. Descubrí que no tenía nada que ver con aquellos juegos infantiles de competición que consistían en ver quién aguantaba durante más tiempo sin respirar; recordaba cómo, al borde de mis fuerzas, los pulmones comenzaban a arder y se creaban pequeñas bolas carmesí en mi campo de visión que crecían y explotaban, crecían y explotaban, hasta que abría la boca y tomaba la bocanada de aire más desesperada y gigantesca que podía. Pero aquello no estaba funcionando así. De hecho, no funcionaba de ninguna manera. No movía mi plexo solar, los pulmones permanecían dormidos, sin ninguna queja, y yo me sentía igual que antes.

Es decir, igual de aprisionada que antes pero, quizás, menos desesperada. Sí, eso era: menos ahogada. Ahora yo dictaba las reglas. Decidí hacer caso a Gabriel y levantarme. Abrí los puños y toqué por última vez con la yema de mis dedos la fría superficie de granito de mi tumba.

Mi siguiente decisión fue abrir los ojos.

Lentamente, con algo de miedo, abrí los párpados y esperé a que mis ojos terminaran de enfocar. No vi nada. Pero levanté las manos, las puse frente a los ojos y las distinguí. ¡Podía ver mis manos! Entonces reparé en el segundo aspecto de aquel sencillo gesto: no continuaba en la tumba de granito. Había salido, escapado, la había alejado de mi conciencia, lo que fuera, cualquier explicación me valía. Me encontraba de pie, en medio de la nada. Una nada que tenía cierta reminiscencia de pradera, infinita, que se extendía hasta donde mi vista alcanzaba, en todas direcciones. No sabía de qué material estaba hecho aquello; sólo podía comprender que había dos planos claramente diferenciados: la superficie sobre la que me encontraba de pie, y todo lo que no era suelo, una especie de atmósfera que me recordaba una nube gris y pesada, preñada de tormentas.

Lo siguiente que comprendí fue que no me encontraba sola. A mi lado, a escasos centímetros de mi brazo, estaba Gabriel, convertido en una forma luminosa de contornos poco nítidos. Alrededor había otros como él. Yo era la única que conservaba cuerpo físico, aunque puede que fuera un truco de mi cerebro para comprender mejor qué estaba ocurriendo. Todos los demás, incluido Gabriel, eran más bien como destellos de suave luz constantemente moldeados o, mejor dicho, en movimiento, como si estuvieran formados, a partes iguales, por luz y por aire. Pero no necesitaba ver su rostro ni oler su cuello para saber que era Gabriel... de la misma forma que no sabía nada de las otras luces que vagaban a nuestro alrededor pero de las que conocía prácticamente todo. Todos y cada uno de aquellos puntos de luz sobre los que posaba mis ojos me devolvían la conciencia de lo que eran o lo que habían sido. Eso también lo deduje rápidamente. Cada uno de aquellos seres acababa de completar el proceso de transformación que les había supuesto cruzar al otro lado del espejo, en el que nos encontrábamos ahora, dejando atrás vestiduras de una existencia ya pretérita. Pero, generosos y galantes, me mostraban aquellos vestigios de su pasado, en forma de retazos de recuerdos, conocimientos, nombres, escenas de sus vidas, momentos, fechas, olores y sabores, sueños, miedos y deseos, como quien muestra una caja de los tesoros... momentos antes de que éstos se desvanezcan en el aire para convertirse en volutas de humo sin forma. Como si dejaran tras de sí un rastro de partículas elementales que desaparecían nada más tocar el suelo, yo podía recoger, sin efectuar ni un solo movimiento, aquellas colas de cometa que contenían la esencia de sus vidas y contemplarlas por un catalejo mágico que me permitía comprender quiénes habían sido.

Y junto a todo aquel conocimiento, otro, más iluminador, más poderoso y, de alguna

manera, más espontáneo y sencillo: lo había logrado. Había cruzado al otro lado, me había desembarazado de pueriles y estúpidas autolimitaciones y me encontraba ahora en el plano de los muertos, asistiendo al tráfico infinito de almas que llegaban, para quedarse.

No sé cuánto tiempo estuve allí y ni siquiera estoy segura de que se pueda aplicar ninguna medida de tiempo a aquel sitio. Sí sé que atisé muchas vidas pasadas. Y que mi cerebro había optado por quedarse en un segundo plano, como entre bambalinas, y limitarse a observar, porque no había nada que comprender.

En ese momento, o en cualquier otro, qué más da, él pasó a mi lado. Justo entonces yo me encontraba mirando en dirección opuesta, hacia Gabriel, pero noté que uno de ellos pasaba rozándome y giré la cabeza, por curiosidad.

Era Mateo.

La delicada y preciosa cúpula de cristal que había protegido mis sentimientos y emociones hasta aquel momento, que había colocado con tanto mimo y cuidado para evitar situaciones como la de la tumba de piedra, para evitar que mi cerebro preparase una trampa a la cordura que él mismo fabricaba, aquel trabajo de filigrana tan exquisito y maravilloso saltó por los aires, convertido en una red infinita de diminutas perlas de cristal, como si le hubiese asestado un golpe con un pesado mazo de hierro. Y con la cubierta protectora rota, filtrándose el control de mi sensatez a espuestas sin que pudiera hacer nada por retenerlo, exploté en una maraña de dolor e indignación y rabia y odio y miedo y furia y cólera y tristeza, una tristeza tan ácidamente dolorosa que me hizo olvidar por unos segundos preciosos donde me encontraba.

Salté de mi posición y extendí los brazos para agarrar a mi hermanito pequeño y abrazarlo hasta sacarlo de allí, para llevarlo conmigo de vuelta, pero mis dedos no tocaron nada, ni siquiera una sombra, porque Mateo ya no era tangible. Me prestó, eso sí, los recuerdos de sus últimas horas de vida, más algunos pensamientos casi desvanecidos ya. Desesperada, grité, busqué con la mirada a Gabriel, preguntándole qué podía hacer, pero vi asombro y miedo también en él y al principio no supe interpretar por qué.

Enseguida lo comprendí. Porque si había cometido el error de pensar que en aquel mundo o plano o lo que fuera yo tenía el control y yo dictaba las reglas, me había equivocado. Y comprendí que la regla número uno consistía en no tocar.

No tocar, me repetí. *No tocar*, me gritó, a su manera, Gabriel. No tocar, me dijeron todas las presencias que había en aquel momento a mi alrededor.

Y yo no estaba tocando, aunque era lo que más hubiera querido entonces: tocar a Mateo para agarrarlo, esconderlo bajo mi jersey y sacarlo de allí a toda prisa. Pero, por mucho que movía mis dedos en torno a su luz, no lograba apresarlo, era intangible. Aunque supongo que la ausencia de contacto físico no contaba. A lo mejor, al expresar mi voluntad de tocarlo la había manifestado de la forma prohibida.

No lo sabía. Me volví para intentar explicar a todas aquellas presencias que no lo sabía, que era inocente en mi ignorancia, que él era el motivo por el que había viajado a aquel sitio, sólo para evitar que entrara, porque no quería perderlo. Pero no sabía que no podía tocarlo. Mirara a donde mirara, todos me devolvían expresiones de angustia. Sin embargo, lo que finalmente logró que yo también me paralizara de terror fue ver ese mismo pánico en Gabriel.

Entonces, el éter que formaba aquel plano cobró vida. De hecho, cobró luz. Fue como si todo lo que me rodeaba hubieran sido ojos cerrados, millones, trillones, un número infinito de ojos cerrados y, de pronto, todos aquellos ojos se abrieran y me miraran. Me descubrieron. Me observaron los globos oculares blancos y blandos que formaban el suelo y la atmósfera, por encima de mi cabeza, alrededor de todas las manifestaciones de luz que, también, me contemplaban. Sólo que las luces me miraban horrorizadas, con demasiado temor porque estaba a punto de ocurrir algo que no alcanzaba a comprender.

Correr, tenía que salir corriendo de allí.

Sí, bien, pero ¿en qué dirección? Miré a Gabriel, que contemplaba la escena atónito y aterrorizado.

De pronto, aquellos ojos se pusieron en marcha hacia mí. Los que estaban más alejados, en el horizonte sin fin, comenzaron a acercarse, convertidos en vigilantes que habían descubierto a una intrusa.

En un alarde de coherencia, teniendo en cuenta que había transgredido todas las formas de pensamiento y las reglas básicas de la existencia del ser humano, tomé una decisión en consonancia con la situación: huir.

Intenté despegar los pies del suelo, que, de pronto, se había convertido en una sustancia membranosa y pegajosa de la que no lograba separarme. Sabía que probablemente la solución radicaba en mi cerebro, que yo misma podría dar con la salida, al igual que había hecho antes con la tumba de piedra y con la puerta que no lograba abrir, pero me quedé, sencillamente, paralizada, bloqueada, porque un número creciente de vigilantes se acercaba a mí, mientras que las presencias de luz se habían ido

alejando. Ninguna quería saber nada de lo que ocurriría a continuación. Y yo me limitaba a ver cómo se acercaban aquellos ojos que ahora formaban una masa compacta oscura, que devoraba la luz como un agujero negro y que despedía mucho frío.

Sólo Gabriel permaneció a mi lado hasta que, pronto, la luz que emanaba de su alma era lo único que iluminaba la distancia que nos separaba de ellos. Todas las demás presencias habían desaparecido, incluido mi hermano, a quien había perdido de vista. Me invadió un desánimo tan lacerante que llegué a contemplar con alivio la posibilidad de que los guardianes me alcanzaran y acabaran conmigo, con los restos de conciencia de mi yo, para poder así desaparecer yo también en la lejanía de la pradera, vagando *sine die*.

Pero él, como sabría más tarde, comprendió lo que estaba pensando. Me habló, aunque, por supuesto, sin utilizar ni un solo canal físico de comunicación. Quería que me fuera de allí, pero me encontraba demasiado abatida para siquiera contestarle que no veía ni remotamente la forma de hacerlo. Además, puede que después de todo no fuera tan grave la situación. Pudiera ser que los guardianes no me tocaran o, que si lo hacían, no notase nada, dado que no pertenecía a aquel mundo. A lo mejor era simplemente otro truco de mi cabeza para no sabía muy bien qué.

Comprendí que Gabriel me pedía que abriera los ojos y me concentrara en mirar detenidamente a lo que se acercaba, a los vigilantes. Le hice caso y miré. Pero sólo vi la misma masa informe de oscuridad que se acercaba. Él insistió: mira de verdad, concéntrate. Y lo hice. Fijé la vista en un punto concreto de la marea. Miré, miré y, por fin, vi. Y surgió en mí la reacción de pánico desbocado que había estado buscando Gabriel. De nuevo –Dios, cuántas cosas tendría que aprender de aquel sitio–, había estado equivocada en un pequeño detalle: no era un cuerpo compacto y heterogéneo lo que venía a por mí, sino una masa heterogénea formada por un número indeterminado de seres, cuyos ojos brillaban. Pudieran ser millones de insectos, pequeños o gigantes y monstruosos, rodando unos sobre otros, trepando, enroscándose, siendo engullidos y a la vez creados por la masa. O pudiera ser algo que desconociera por completo, ajeno a mi capacidad limitada de entender el horror. En cualquier caso, era la deformidad del cuerpo grotesco que se acercaba lo que hizo que, por fin, reaccionase. Lo imaginé sobre mí, profanando cada milímetro de mi ser, devorando mi alma por intrusa. Era la boca de infierno, que arrancaría cada fibra, cada músculo y todo el aliento que me quedara.

El pánico me invadió. Abrí la boca para gritar, pero era incapaz de moverme. En ese

momento, Gabriel me mostró una sima profunda que se había abierto detrás de mí, a escasos centímetros de mis talones. Le pregunté qué debía hacer y él, sencillamente, me dijo que respirar. No lo comprendía: ¿respirar? ¿Cómo que respirar? En un sitio así no existían las funciones fisiológicas, porque si hubiese valido, habría vomitado allí mismo del miedo.

Él volvió a repetir: respira. Y entonces, en una milésima de segundo, se lanzó contra la infame masa de destrucción que estaba a punto de alcanzarme. Se tiró contra ellos, iluminando con su luz la boca gigantesca y abierta de un gusano dispuesto a engullirme. Se inmoló para protegerme, para brindarme unos segundos más de escapada. Yo eché la cabeza, los hombros y la espalda hacia atrás y me dejé caer por el profundo agujero abierto detrás de mí. Justo antes de desaparecer, comprobé que todavía no habían engullido a Gabriel y éste, absurdamente rodeado por aquellas criaturas de la oscuridad que no se atrevían a tocarlo, me dijo de nuevo: respira.

Así que, al tiempo que comenzaba a caer en el infinito, abrí la boca e inspiré una bocanada de aire. Cuando el inexistente aire despegó las membranas de mis pulmones, éstos me soltaron una puñalada de dolor atroz que me dobló por la mitad y me hizo lanzar un aullido despavorido. Luego se hizo la oscuridad alrededor y perdí el conocimiento.

Fue como si naciera de nuevo.

Una florecilla violeta, escuálida y casi miserable, salvo por el llamativo colorido, había logrado abrirse paso en medio de la exigua ranura que había entre dos bloques inmensos de granito. Cuando aquellas piedras fueron colocadas allí, por las manos generosamente fuertes y callosas de hombres desconocidos, se suponía que ninguna brizna de vida podría abrirse paso a través y desafiar de forma tan atrevida las miradas. Pero allí estaba, aquella diminuta flor cuyo nombre desconocía. Pensé que, en otras circunstancias, habría sentido casi compasión por ella. Entonces vi una mariquita diminuta y redondeada trepando por su tallo. Di un paso atrás, el estómago contraído en una arcada, y Elisa me apretó el brazo. Alejé los ojos de la flor y miré al frente.

De mi derecha me llegaba la voz monótona e insípida del cura. Aunque hubiera querido prestarle atención, no lo habría logrado, porque sus palabras se disolvían como arena en agua al entrar en mis oídos. Giré el rostro en dirección a su voz. Justo al lado del cura estaba María, con una blusa negra de manga corta y unos pantalones negros. Llevaba unos zapatos azul oscuros, casi planos. María no solía usar mucho tacón porque era alta. Estaba llorando, encorvada, con unos sollozos tan fuertes que la agitaban, tapándose la cara inútilmente con un pañuelo blanco. El otro brazo lo mantenía enroscado en el de mi padre, que llevaba un traje negro, corbata negra y camisa blanca. Zapatos negros. También lloraba.

Paseé la mirada por el resto de testigos de aquel momento; la mayoría vestía de oscuro, al menos en las prendas superiores. Casi todos los amigos y compañeros de clase de Mateo iban en vaqueros. Pero me fijé en que eran vaqueros limpios, sin romper, de etiqueta. Iban vestidos para la ocasión. Muchos lloraban, sobre todo las chicas.

Hacia el otro lado había más gente. Estaban los padres de María, la madre sentada en una silla plegable de plástico color blanco sucio que habían puesto amablemente a su disposición. A su lado, con una mano sobre el hombro, el padre de María. No los

recordaba tan viejos. La madre lloraba mucho y se estiraba con impulsos maniáticos la parte delantera de su chaqueta de punto. Negra. Tenía un pañuelo arrugado en el hueco de la mano.

Todo el mundo lloraba. Incluida Elisa, que me agarraba el brazo como si fuera a caer. Ella, no yo. Los llantos de fondo se superponían a la voz del cura como si todos entonaran una especie de música ambiental de tono lúgubre.

Estábamos en el cementerio de la pequeña ciudad en que nací y donde vivían mi padre, María y Mateo, hasta que éste se trasladó a Madrid. Mi padre y María habían querido enterrar aquí a Mateo, así que hicieron los trámites pertinentes de papeleo y volaron en un avión de vuelta, en cuya bodega viajaba el ataúd de mi hermano pequeño.

Elisa me dijo enseguida que vendría conmigo, primero porque no quería dejarme sola en el trayecto de ida y vuelta y segundo porque le había cogido mucho cariño a Mateo. Emma no podía venir, tenía un examen inaplazable, nos contó. A Max ni llegué a decirle lo del entierro.

En el cementerio, desde hacia varias décadas, enterraban en nichos, que siempre me ha parecido una forma especialmente odiosa e industrial de enterrar un cuerpo. Todos amontonaditos, como las bandejas metálicas con panes recién hechos que se apilan en los altos carros de un horno panadero, o, cómo no recurrir a aquella otra imagen más extendida y cercana: los edificios de viviendas de veinticinco plantas y treinta apartamentos por cada una. Pero había otras muchas imágenes para elegir: las estanterías con latas de conservas de los supermercados, los armarios de los despachos de contabilidad, repletos de cajas archivadoras de cartón blanco con el lomo convenientemente catalogado, las celdas de las abejas de un panal o los laberintos ascendentes y zigzagueantes de las hormigas... Dios, nada de bichos, *¡nada de bichos!*

Así que a Mateo le había tocado la cuarta hornacina, comenzando por la izquierda de su bloque de nichos, en el tercer nivel. Quedaba a la altura de mis ojos, un poco por debajo de los de su madre. Dos trabajadores del cementerio estaban en ese momento subiendo el ataúd con un elevador mecánico del que emanaba un zumbido pegajoso. Se detuvieron a la altura perfecta, empujaron suavemente el ataúd y lo encajaron a la primera, como si fuera una de esas coloridas piezas de madera que los bebés meten en una caja con huecos de distintas formas. Luego, ante el silencio sepulcral de los presentes, le preguntaron a mi padre qué centros de flores querían dejar dentro, junto al

ataúd. Mi padre señaló tembloroso tres grandes coronas y los hombres las metieron entre la tapa del ataúd y el techo del nicho, de hormigón.

El techo de mi tumba no era de hormigón, era de granito.

Luego apoyaron delicadamente la pesada tapa cuadrada de mármol sobre la abertura del nicho, la sellaron con silicona y colocaron unas tiras adhesivas sobre los cierres. Bajaron el elevador eléctrico, dieron el pésame a mi padre y María, y se fueron.

Los testigos del entierro se colocaron en una ordenada fila que coronaban María y mi padre, para las consabidas condolencias.

Me giré hacia la flor. La mariquita ya no estaba, sólo quedaba el violeta rabioso de la flor. Miré al cielo. Estaba absolutamente cubierto de nubes pesadas, de distintas tonalidades de gris. En algunas zonas, el color era tan oscuro que pensé que en unos minutos rompería con fuerza la tormenta. Yo notaba la presión de las nubes en mis sienes, que me estaban latiendo con furia, pero no prestaba mucha atención al dolor. La verdad es que, desde hacía unos días, no prestaba atención a absolutamente nada. Oí varias veces alrededor que hablaban de estrés postraumático, refiriéndose a mí. Pobrecita, escuché a alguna que otra bienintencionada persona, ha sido demasiado fuerte para ella. Por eso está así, traumatizada.

Sí, claro.

No hubiera servido de nada explicarles. Además, explicar ¿qué? ¿Que estábamos enterrando a Mateo por mi inoperancia e inutilidad? Porque no sólo no había podido salvarlo, sino que además sentía que lo había arrojado yo misma a las fauces del lobo.

Sí, estaba atravesando un trance postraumático, pero no era por la muerte de Mateo, eso ya lo había asumido. Era por todo lo demás. Lo que sucedió al otro lado.

Cuando recobré la conciencia, tras mi nuevo nacimiento, desperté en una hondonada de tierra y arbustos. En el cielo, despuntaba el alba. Temblaba desesperadamente y me abracé las rodillas, intentando transmitir algo de calor a mi piel. Tenía las manos heladas y ligeramente amoratadas. Al principio no entendí nada, por eso me limité a quedarme en posición fetal en el suelo. Notaba la arenisca y las piedrecitas que se me clavaban en la piel de la espalda, en el culo, en las piernas. Me sentía igual que cuando te despiertas de una pesadilla brusca y esperas encontrarte en tu cama. Sólo que yo no estaba en mi habitación. Ni en la de Gabriel. Y entonces la cascada de recuerdos cayó a plomo sobre mí y comencé a aullar de terror, porque cada imagen que regresaba a mi cabeza era peor que la anterior. Y cuando recordé el alma de Mateo pasando junto a mí, comprendí que

estaba muerto, y lloré a gritos. Reviví el ataque de los vigilantes, aquellos ojos durmientes que se abrieron al percibir mi intención de tocar a Mateo y se transformaron en la boca del mismísimo infierno, esa gran ola de insectos rodando sobre sí misma para devorarme. Entonces me clavé las uñas en las piernas y grité más fuerte. Y cuando recordé a Gabriel saltando sobre los atacantes para distraerlos entendí que su inmólación no había sido en vano, puesto que yo había regresado, había podido cruzar a este lado del espejo.

No sabía qué le había ocurrido a Gabriel, pero era fácil adivinar que nada bueno.

Dos cabezas asomaron por encima del talud. Eran dos hombres y uno desapareció enseguida. El otro me miró en la lejanía, sin atreverse a bajar. Al rato apareció el hombre de antes acompañado de dos policías que, éstos sí, bajaron a la hondonada.

Tanto en el hospital al que me llevaron como en la comisaría, donde tuve que prestar declaración, negué recordar lo que me había ocurrido. Al principio debieron pensar que era una drogadicta, por aparecer de aquella guisa, detrás de una gasolinera a cincuenta kilómetros de Madrid. Pero las analíticas del hospital dieron negativo en cuanto a drogas y entonces barajaron la posibilidad de que hubiera sufrido una violación, extremo que el reconocimiento médico también desechó.

Era cerca del mediodía cuando el coche patrulla me dejó en casa. Uno de los policías, el más joven, que creo que me miraba con una atención más afectuosa de lo normal, me acompañó hasta mi piso. Emma abrió la puerta. Cuando me vio, vestida con la bata verde clarito del hospital, sin nada más de ropa, ni mi bolso, y acompañada de un policía, se llevó un buen susto. Yo los dejé hablando y entré en mi habitación. Cogí ropa limpia, me metí en el cuarto de baño y me sometí a una limpieza exhaustiva. Salí de la ducha con las yemas de los dedos arrugadas. Limpié con una toalla el vaho del espejo y me lavé los dientes. Cuando salí del baño, el policía ya se había ido y Emma estaba en la cocina. Creó que asomó la cabeza para decirme algo, pero me limité a entrar en mi habitación y cerrar la puerta con cuidado. Luego me metí en la cama, hecha un ovillo y tapada hasta las orejas. Comencé a llorar, un llanto quieto y suave que se prolongó hasta el atardecer.

Los días siguientes, incluido el entierro de Mateo, estuvieron muy nublados en mi cabeza. Viajaba a todas partes dentro de un cubo de cristal grueso, blindado a las emociones de los demás, desde el que contemplaba el movimiento de la vida sin que me afectara lo más mínimo. Sé que fueron días oscuros. Por muchos motivos: porque me pasaba la noche despierta, esperando, *rezando* para que apareciera Gabriel o cualquier

otro incorpóreo que pudiera llevarme hasta él, y porque, en consecuencia, dormía durante la mayor parte del día. Luego vagabundeaba por la casa, en estado catatónico. Perdí el apetito y dejé prácticamente de alimentarme. No volví a subir al estudio ni a pisar la calle. Presentaba un estado, anímico y físico, deplorable. Lo sé, no porque me importara, sino porque lo veía en los ojos de Elisa y Emma. Y de Max, que vino a verme al piso, sin duda alertado por las chicas. Contestaba con monosílabos a sus preguntas y me veía incapacitada para mantener una conversación. Una tarde vino a verme Hermi. Se echó a llorar nada más entrar en el piso y estuvo sollozando el tiempo que aguantó allí conmigo. Luego me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Desde el principio, Elisa se mostró muy afectada por lo que me ocurría. Por eso insistió en acompañarme al entierro de Mateo. Estuvo conmigo a todas horas, cuidándome y vigilándome. Me preguntó por Gabriel y yo sólo le dije que se había ido. Ella vinculó instantáneamente mi estado a su ausencia. Todo encajaba.

¿O no?

La primera vez que salí a la calle, lo hice sola. Fue una mala decisión. Caminaba entre la gente acobardada, asustada, mareada, vulnerable ante los ruidos, la velocidad de los rostros al pasar a mi lado, el rastro insoportable de los coches y autobuses, todo me agredía los sentidos. A cada paso me asaltaba la imperiosa necesidad de regresar a mi habitación, pero meforcé a continuar caminando porque sabía exactamente adónde iba y necesitaba ir. Tenía que hacerlo.

El taxista me dejó exactamente en el mismo punto que el otro anterior, parecía que hubieran pasado años, aunque había ocurrido hacía sólo un par de semanas. Caminé deprisa, todavía aturdida, hacia el portal. Detrás de mí, el Retiro extendía las altas copas de sus árboles hacia un cielo permanentemente gris y turbio, que no había cambiado de color desde el entierro de Mateo. Era, decían en los informativos de la tele, como si la famosa gota fría de octubre se hubiera adelantado a junio. Llevaba lloviendo intermitentemente una semana y media. La luz del sol había dejado de caer sobre la ciudad. No era que la echase en falta; los días incoloros me facilitaban el sueño. Pero era esa presión constante, como dedos hincados en mis sienes, lo que se hacía insoportable a veces.

El portal del edificio de Gabriel estaba cerrado. Había dos enormes puertas de forja y cristal franqueando el acceso a la descomunal entrada de carruajes. A la derecha, la puertecita de la portería estaba cerrada, pero aún así, llamé con los nudillos. Abrió una

gruesa mujer, de edad avanzada y estatura corta, con un delantal florido de volantes. Llevaba el pelo gris retirado de la cara, recogido en un moño. Tenía la boca surcada de diminutas arrugas y frunció el ceño al abrir la puerta.

—¿Qué quieres? —dijo con fastidio. Detrás de ella pude ver un diminuto cuartito en el que había una vieja butaca de cuero marrón, una mesita redonda y, detrás de ésta, un pequeño televisor encendido. Evidentemente, acababa de interrumpirla.

—Perdone, busco a Gabriel.

La mujercita enarcó las cejas y soltó un suspiro.

—¿Qué Gabriel?

Exacto: ¿qué Gabriel? Me había enamorado de un hombre del que desconocía hasta su apellido.

—Eeh..., el hombre que vive en el séptimo.

—Te has equivocado, bonita. Aquí no vive nadie. Ahora mismo, el edificio está deshabitado.

Miré hacia las puertas cerradas, que, de pronto, me parecieron el lugar más inhóspito del planeta. Nada que ver con el luminoso piso que tenía aquellos ventanales sobre el parque. No había nada que hacer. Era evidente que no estaban. En la ciudad. Tal vez, ni siquiera en el planeta. A este lado del espejo. Me sentía tan abandonada y sola que hubiera querido echarme a llorar delante de aquella desconocida. En vez de eso, di media vuelta y me alejé de la portería. Escuché cómo cerraba la puertecita. Cuando me había alejado unos pasos, tuve una fugaz idea y decidí intentarlo, porque no perdía nada. Regresé y volví a llamar al cristal de la puerta. La mujer abrió, muy molesta.

—¿Qué quieres ahora? Ya te he dicho que no hay nadie.

—¿Han dejado algo para mí?

La mujer soltó un bufido.

—¿Y cómo quieres que sepa quién eres tú?

—Perséfone. Me llamo Perséfone.

—¿Perséfone qué más?

—¿Cuántas Perséfontes conoce?

La mujer me fulminó con la mirada y, protestando, giró sobre sus talones y se metió en el cuarto. Estiré el cuello y vi que, al lado del televisor, había un pequeño mueble bajo de madera oscura. Sobre el mueble había una enorme caja redonda, como las que se utilizaban antaño para guardar sombreros. Sobre la caja había un sobre blanco. La mujer

cogió el sobre, lo leyó atentamente, se giró a mirarme, volvió a comprobar algo en el sobre y, de muy mala gana, cogió la caja redonda y volvió junto a mí. Me la tendió. La caja, muy grande pero poco pesada, estaba hecha con caña de color oscuro, trenzada con hilos más oscuros. Todos los remates eran de fieltro, color chocolate.

–Adiós –me dijo aquella bruja y cerró la puerta con un golpe seco.

Con el corazón bombeando adrenalina, me senté en un banco cercano al portal y deposité la caja a mi lado. Miré el sobre. Era un sobre americano, blanco, ordinario. En el reverso, escrito con tinta negra, figuraba mi nombre, con una letra de trazos góticos. Me temblaban los dedos cuando lo abrí. Vacío. Miré dentro varias veces, pero no había lugar para un escondite en un sobre tan pequeño. Desilusionada, lo puse en mis rodillas y decidí abrir la caja. Por encima de mi cabeza sonó un lejano trueno. La tapa redonda se deslizó suavemente y mostró el contenido de la sombrerera: era mi bolso, el que deposité a los pies del diván en la habitación de Gabriel, el día que hice la migración. Por supuesto, cuando aparecí desnuda, en aquella hondonada detrás de la gasolinera, no había ni rastro de él. Siguiendo un impulso, vacié el contenido del bolso en la sombrerera. Estaba todo allí, el colgante, que me coloqué rápidamente en el cuello, mi cartera, el móvil, un paquete de kleenex, el cacao de labios, no faltaba nada... de mis cosas, pero no había ni un solo objeto ajeno al contenido ordinario de aquel bolso. Ninguna nota, ninguna pista, ningún objeto que no debiera estar allí.

Nada; pese al contenido, estaba tan vacío como mi esperanza y mi ánimo. Entonces sí que me eché a llorar. Y volvió a llover.

Cuando entré en casa, iba hecha una sopa. Elisa me miró, compungida. Era evidente que estaba convencida de que necesitaba ayuda, psiquiátrica a ser posible, pero no sabía cómo planteármelo. Se limitó a preguntarme si quería comer algo. Negué con la cabeza y entré en mi habitación.

Hubo otras cosas que la alarmaron más, y a Emma, creo, aunque sus reacciones no eran tan visibles como las de Elisa. Como el día en que me corté el pelo. Me lo dejé tan corto en la nuca como el de un chico. En la peluquería donde me lo hice, una pequeña cercana a casa, veía los largos mechones caer al suelo de linóleo. Tuve que repetirle tres veces a la peluquera, una chica joven, con destellos violeta a ambos lados de la cara y un piercing en la ceja, que sí quería cortármelo del todo. La chica se encogió de hombros y me colocó una bata blanca. Luego me pidió que me sentara en una de las butacas que había frente a los espejos. Me llevó varias revistas de peinados pero no quise leer

ninguna. Sólo quería quitarme la melena de encima, porque me recordaba demasiado a Gabriel, pasando sus largos dedos entre mi pelo.

Aquella misma tarde también me hice un tatuaje, en un local de la calle Corredera Baja de San Pablo que se llamaba La Mano Zurda. No iba con intención de hacer nada, pero pasaba por la calle y vi el cartel en la terraza de una primera planta. Me acerqué por curiosidad y contemplé el diseño de un tatuaje, uno tribal, de aspecto neozelandés. Era tan endemoniadamente parecido a los tentáculos que a veces recorrían los brazos de Gabriel, cuando la oscuridad acababa de soltarlo, que no pude resistirlo. Pensé, de manera impulsiva, que haciéndome aquellos dibujos sobre la piel estaría más cerca de él, tendría su piel al alcance de mis dedos, qué sé yo.

Su ausencia me asfixiaba. Todos los días, a cualquier hora, esperaba verlo entrar en el piso, o que me llamase al móvil. Había ido una vez a mi encuentro, ¿por qué no podía volver a ocurrir? ¿Cabía la posibilidad de que no supiera aún que estaba enamorada de él? ¿Era ése el motivo por el que no aparecía? ¿O era otro peor? ¿Uno con forma de millones de insectos que lo mantenían prisionero, castigado, por haberme ayudado al otro lado del espejo? De alguna forma, sabía que era esto último.

Por eso no apagaba las luces de mi cuarto por la noche. Por si aquellos vigilantes encontraban la manera de cruzar la frontera y regresar para acabar lo que Gabriel no les había permitido hacer.

Me estaba volviendo loca. Lentamente, de manera suave, inclinando el plano de mi cordura hacia la oscuridad total poco a poco. No sabía cómo integrar en mi vida ordinaria lo que ahora conocía, esa nueva fuente de sabiduría que me excedía por todos los costados. Las escasas veces que bajaba a la calle, miraba los rostros de las personas anónimas con las que me cruzaba y me preguntaba cuándo pasearían por el otro lado, convertidos en destellos de luz, y si yo estaría allí para verlos, para que pudieran ofrecerme todo cuanto habían sido en vida. Qué manera tan paradójica de conocer sus intimidades: comprender sus vidas cuando ya no fueran vidas nunca más.

La tarde en que aparecí con mi nuevo corte de pelo fue la que eligió Elisa para hablarme abiertamente de la necesidad de buscar ayuda profesional.

—¿Quieres decir que vaya a un loquero?

—¡Pers! No, no se trata de ir a un loquero. Se trata de que un psicólogo te pueda dar las herramientas necesarias para luchar contra lo que te está machacando.

—¿Y cómo sabes que hay algo que me está machacando?

—¡Oh, por favor! ¡Es evidente! Pero voy a decirte una cosa: no eres la única persona que ha perdido a alguien.

—Es que yo no he perdido a alguien. Ya van varios.

—Entre... la muerte de tu madre y la de Mateo hay mucho tiempo, demasiado, ¿no crees que deberías haberlo superado?

—¿Y tú qué mierdas sabes de lo que es perder a tu madre o a tu hermano? —le grité furiosa.

Me arrepentí al instante: la mirada de Elisa se alejó varios kilómetros de mí y se volvió húmeda. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Cuando comencé a verbalizar una fórmula de disculpa escuché la puerta de salida. Elisa se había marchado. Me quedé allí, de pie, en medio del salón, frotándome con la mano el hombro que me escocía del tatuaje recién hecho.

Muy bien, idiota, muy bien. ¿Qué me estaba pasando? ¿Es que estaba atravesando una fase de pupación o algo así? ¿La separación forzosa de tus seres queridos antes de aceptar que eres un bicho raro, una especie de muerto viviente que puede atravesar la frontera de la muerte y regresar como si nada? Eso sí, desnuda y a varios kilómetros del punto de partida, pero supongo que los incorpóreos ya controlaban ese *insignificante* detalle.

Miré por la ventana para comprobar que los latidos de mi cabeza no fallaban: el cielo seguía nublado y espeso. Me metí en la cama, vestida, e intenté conciliar el esquivo sueño.

Al día siguiente, vi una nota de Elisa en la nevera, pidiéndome que bajara a comprar algunos artículos de primera necesidad al supermercado. Sabía que podía haberlos comprado ella y ambas sabíamos que no era otra cosa que su forma de decirme que me tenía que integrar en la rutina de nuevo, hacer lo que hace la gente normal, como comprar leche, huevos y esas cosas. Desde luego, Elisa no tenía ni idea de que, a cada momento del día o de la noche, me asaltaban las imágenes de lo que había vivido al otro lado del espejo, en el irreal mundo de los muertos. No podía saber que, desde el momento en que decidí realizar una migración, perdí cualquier posibilidad de volver atrás, de regresar a mi vida de antes. Ya nada sería igual, y me encontraba en vías de aceptarlo, pero no habría estado mal que alguien me hubiera avisado con antelación. Ulla, Orlando o el propio Gabriel. Quien fuera.

Claro que nada de esto tenía que ver con lo que mis allegados consideraban que me

pasaba. Así que acepté el desafío de Elisa: bajaría al supermercado a comprar lo de la lista.

Un kilo de arroz blanco, una caja de seis botellas de leche desnatada, pilas pequeñas, media docena de huevos, cereales para el desayuno, naranjas y un bote de tomate frito. Sencillo.

El supermercado era de tamaño mediano, perteneciente a una gran cadena de centros de barrio, y cuando bajé había muy poca gente, así que los pasillos estaban casi vacíos, luminosos y llenos de reclamos comerciales. Sonaba una suave música ambiental. Cogí casi todo lo de la lista rápidamente. Sólo me faltaba el tomate frito. Le pregunté a una chica con uniforme granate y gris dónde encontrarlo. Me señaló el pasillo del fondo, a la izquierda. Me dirigí allí. Había estado muchas veces en aquel sitio pero ahora lo contemplaba más como una especie de *déjà-vu*, un sitio irreal más que un lugar conocido. Las conservas vegetales estaban al lado de la pasta. Pasé junto a estanterías repletas de bolsas alargadas de macarrones, cintas al huevo, espaguetis, tallarines, canelones y otras variedades. Me detuve frente a los espaguetis. Recordé el día que Mateo hizo la comida, espaguetis, seguro que no sabía cocinar otra cosa. Recordé mucha luz entrando por la ventana y muchas risas en el piso, risas que no habían vuelto a aparecer por allí. Como en el sillón no cabíamos los cuatro, Mateo comió sentado en el suelo, con su plato sobre las rodillas, haciendo el payaso para que nos riésemos.

Lo peor de todo, lo más extraño, fue darme cuenta de que estaba asistiendo a aquel desfile de recuerdos y emociones parapetada detrás de mi gran cubo de cristal hermético, que me protegía de todo, incluso de mí misma. Revivir aquel día tan especial no logró arrancar ni una sola brizna de emoción en mi pecho. Me asombró, aunque no fue para tanto. Simplemente era como asistir a los recuerdos de otra persona, como si alguien te contara algo de su vida, algo que escuchas amablemente pero que no llega a emocionarte. Estaba incapacitada para establecer empatía conmigo misma.

Continué caminando por el pasillo de la pasta y llegué a la parte del tomate frito, cogí un bote y, con todo en los brazos, me dirigí a pagar. No había cola. Solté los productos en una cinta transportadora, una chica sudamericana los pasó por el lector de códigos de barras y me dijo el total. Justo antes de tenderle el dinero, un billete de veinte euros que llevaba arrugado en el bolsillo del vaquero, escuché un ruido: a la chica que le había preguntado antes se le había caído una pesada caja repleta de paquetes de pañales y se

habían desparramado por el brillante suelo. Reparé entonces de nuevo en el pasillo de los espaguetis, visibles desde donde me encontraba.

Los ojos se me llenaron de lágrimas en cuestión de un segundo y me desbordaron. Cuando le tendí el billete a la cajera, me eché a llorar, por fin. Mi cubo de cristal blindado tenía una fisura por la que había penetrado el aire del exterior, contaminado con emociones humanas, y me había alcanzado. Lloré, apoyé las manos en la cinta transportadora, y continué llorando, sin importarme si la cajera me estaba mirando, que lo hacía, o si alguien más me contemplaba, que también lo había. Una mano se posó con suavidad en mi hombro. Era el encargado del supermercado, un chico joven y grueso que conocía de vista. Una plaquita alargada en su camisa decía «Néstor Ruiz». Tenía la cabeza inclinada hacia mí y me preguntaba qué me pasaba, si estaba bien. Negué con la cabeza, sin parar de llorar. Recogí la vuelta de manos de la cajera, mientras el encargado metía la compra en una bolsa de plástico y me la tendía. La cogí, asentí con la cabeza y salí del local.

Fuera, en la calle, seguía nublado y oscuro.

Se quita las gafas de montura redondeada y metálica y las deja junto al teclado. Se presiona con el pulgar y el índice los lacrimales de ambos ojos. Apaga el ordenador y sonríe a la pantalla vacía. Se levanta al cuarto de baño. Hay muchos ruidos en su cabeza, así que cierra los ojos mientras se baja la cremallera. Cuando ha terminado, duda un segundo si bajar o no la tapa del váter. La deja levantada.

Fuera del baño, se sienta en el sofá. Minúsculo, concentrado, una mota de polvo en el universo, piensa. No, recuerda. Recuerda el sueño de hace ya millones de años, el sueño que supuso para él la revelación divina, la luz que emanaba de los cielos para mostrarle el camino que había de seguir, el camino elegido.

El Elegido.

En aquel momento breve y fugaz de revelación divina, él, un diminuto grano de polen, conversa con uno de Ellos. Aquel con el que conversa está envuelto en tinieblas, la luz se ha apartado de Él porque no es uno de los elegidos.

—¿Por qué has venido a mí?

—Porque tú eres el camino que he de seguir para alcanzar la luz.

—Te has equivocado de ruta. No es ésta.

—¿Estás seguro? ¿No serás acaso tú el que se ha equivocado?

Se miden con la mirada, calibrando la fuerza del otro. Aquel con el que conversa rompe a reír. Una carcajada metálica resuena en la habitación. Él le mira compasivo, porque comprende que es muy duro estar alejado de la gloria y del perdón.

—No sabes nada. No lo comprenderás nunca. No está en tu naturaleza comprender. Tienes que aceptarlo y abandonar.

—No, no lo haré nunca.

Ese fugaz destello de sabiduría es el que resuena en su cabeza, noche tras noche, mañana tras mañana, minuto tras minuto. Supone que a eso se refieren los especialistas,

con un trastorno obsesivo compulsivo. ¿O no era así? Qué más da. Por mucho que intenten ponerle nombre, denominarlo de alguna manera, lo único que buscan es intentar catalogarlo para sus guías. Nada más. Ninguno de ellos comprendería la verdadera naturaleza de lo que late en su cabeza.

La obsesión.

Por Ellos. La búsqueda, la caza, la persecución, la comprensión, el sacrificio, la atenuación de sus valores hasta que se adaptaron a la exploración del terreno.

¡Dios! ¿Y sería alguien capaz de agradecerse alguna vez? ¿Sería capaz alguna de aquellas privilegiadas mentes humanas de entender el valor de su sacrificio en todo este trabajo, esta ardua tarea que le había sido impuesta, en aras de una salvación que ninguno de ellos merecía? Él buscaba el origen mismo del ser humano y el final también. El punto geográfico exacto en el que ambos, inicio y final, coincidían, se cedían el paso el uno al otro. Y estaba a punto de hallar la fuente de la sabiduría, de la vida y de la muerte.

No se lo agradecerían, hacía mucho tiempo que lo había aceptado, porque todos ellos se centrarían en pequeños y obsoletos –al menos para su conciencia– detalles, esos atajos de la ley que había utilizado desde que perseguía el fin último, el beneficio de la comunidad.

Desde el sofá, mira la pantalla muerta del ordenador. Vuelve a sonreír porque recuerda de pronto a aquella chica que le escupió a la cara que estaba obsesionado.

Obsesión. Obcecación, ceguera, fascinación, perturbación, ofuscación... qué sabría ella. Qué sabría nadie acerca de la verdadera obsesión, no la de los maníacos, sino la que conllevaba implícita la certeza de haber encontrado el único y verdadero camino hacia la Verdad y poder transitar por él, con un rumbo, un sentido, un objetivo. Aquella era su obsesión: hallar el objetivo. Y el objetivo eran Ellos.

Cada una de las señales eléctricas que su cerebro producía estaba impregnada de la búsqueda. Trascendía su conciencia, su percepción del yo, porque era la sublimación de su existencia: sin la búsqueda, no existiría. Él lo había asumido; no así todos los que habían pertenecido a su vida, pero aquello era agua pasada.

Qué más quedaba que no fuera aquella búsqueda. Había vacío alrededor. Oscuridad. Y eso era bueno, porque en la oscuridad estaban Ellos. Ellos eran la oscuridad, bebían de ella, se alimentaban de ella.

No, se *alimentaban* de los que eran como él. Pero vivían en la oscuridad. Como sanguijuelas.

Y él las descubriría, encontraría el nido y las haría salir a la luz implacable y devoradora de la verdad, la que todo lo consume.

—Porque éste es el camino que he de seguir para alcanzar la luz.

Sí, de eso se trataba.

De alcanzar la luz.

Los alcanzaría, al precio que fuera. Ya habían pagado otros antes, cuando estaba más lejos de la verdad, así que ahora que la tenía tan cerca que si extendía la mano casi podía tocarla, cualquier precio sería asumible. Ahora tenía datos fiables, por primera vez en su vida, que lo conducirían hasta la leyenda de Las Sombras. Tenía una dirección concreta en una ciudad existente y un nombre. Ellos estaban al alcance.

Extiende los dedos hacia el aire que lo separa de los muebles de la habitación alquilada. Como si hubiera agarrado a uno de Ellos por el cuello, garfea los dedos en el aire y aprieta con tanta fuerza que se clava las uñas en la palma de la mano. Cuando separa los dedos, tiene diminutas perlas de sangre en la palma. Chupa la sangre. Sabe a metal.

Luego se echa a reír.

En todo aquel período de ausencia y de oscuridad anímica no tuve ninguna vez el sueño de la casa de Helena. Cada vez que me acostaba para dormir, fuera de día o de noche, deseaba fervientemente soñarlo, porque estaba segura de que podría modificarlo a mi antojo y agarrar a Gabriel antes de que éste cerrara la puerta. O puede que él mismo me ofreciera la solución a mi infierno, dejando la puerta abierta y extendiendo la mano para que se la pudiera coger. Comoquiera que fuera, no se repitió el sueño nunca.

Una tarde en que desperté, después de haberme dormido cuando ya había amanecido, me di cuenta de que, por primera vez en las últimas semanas, el cielo estaba azul. Azul celeste, casi blanco, ni una sola nube en todo el horizonte. Despejado y muy caluroso, como correspondía a la estación. Estábamos cerca de julio, faltaban pocos días. El verano ya había entrado, según el almanaque, y hacía bastante calor. Supongo que fue la luz lo que me animó, aunque no lo registré conscientemente. Sólo sé que me invadió una suerte de... anhelo, de ilusión, de convencimiento de que tenía que hacer algo para salir del laberinto en el que me encontraba metida. Por fin tenía fuerza para moverme, y no me refería a hacerlo físicamente, sino emocionalmente.

Abrí la puerta sonriente, pero el piso estaba vacío. No importaba. No iba a dejar que eso hiciera mella en mi ánimo. Me duché, me vestí con camiseta, vaqueros y mis adidas y comí unas galletas de pie mientras garabateaba una nota para Elisa que coloqué después en la puerta de la nevera, sujeta con un imán. En ella le explicaba que iba a un sitio, que llegaría tarde a cenar pero que, lo prometía, a partir de ahora, me portaría bien. Lo pensé mejor, taché lo de portarme bien y escribí encima «todo será normal».

Cogí mi bolso y salí de casa. Sabía exactamente adónde me dirigía.

A por Gabriel.

Había estudiado mis opciones. El piso del Retiro estaba vacío y, en lugar de aquel portero idiota que, igual podría haberme dado alguna pista, aunque lo dudaba, estaba

aquella vieja que era de todo menos simpática. Siguiente parada: la finca de El Escorial. No creía ni por asomo que pudiera encontrar allí a Gabriel, pero al menos sí estaría Alfredo, el jardinero. Él me pareció más accesible la única vez que nos habíamos visto.

Fui en metro hasta el intercambiador de Príncipe Pío, allí salí del área de metro, atravesé los torniquetes, subí por las escaleras mecánicas, admirando la delicada cubierta de hierro, similar a la de Atocha, y entré en los andenes de Cercanías. Quince minutos después, subí al tren de la línea C-10.

A las ocho y diez minutos de la tarde bajé del tren y me dirigí a la salida de la estación de El Escorial. El sol seguía en su esplendor, cortesía de la luz estival. Calculé que tendría luz hasta las nueve y media más o menos.

Salí de la estación y bajé por la adoquinada Avenida de los Reyes Católicos, en dirección hacia la Avenida de Castilla. Allí comencé a hacer auto-stop. Era viernes y el pueblo bullía de actividad a esa hora, porque era uno de los destinos veraniegos preferidos por los madrileños. La temperatura, varios grados más baja que en Madrid, era perfecta a esa hora del día, aunque lamenté no haber cogido una chaqueta, para cuando se ocultara el sol. Los coches ni siquiera aminoraban la velocidad al pasar a mi lado.

Por fin se detuvo uno, un Skoda blanco. Conducía un chico y en el asiento del copiloto iba una chica. Ella me preguntó a través de la ventanilla bajada:

—¿Adónde vas?

—A la finca que hay en dirección a Valdemorillo.

La chica se giró y dijo algo al conductor que no alcancé a oír. Él asintió. Luego ella volvió a mirarme:

—Sube, nosotros vamos en esa dirección. Hay una línea de autobús, el 669, que tiene parada en la entrada de la finca, pero tardará un poco. Te lo digo por si tienes que regresar luego. Ahora te llevamos nosotros.

—Estupendo, gracias.

Abrí la puerta de atrás y entré en el coche. Me topé con una sillita de niño, ocupada por un crío de dos o tres años, que me miraba, ojos abiertos y boca enfundada en un chupete blanco.

—Se llama Pepe —me dijo la chica, que se había girado sobre su asiento. Comenzó a hacerle monerías al bebé, que le respondió con una sonrisa inmensa.

Yo asentí, me senté en el asiento junto al del bebé y me puse el cinturón de seguridad.

El chico metió primera y puso el coche en marcha. Bajamos por la Avenida de Castilla y en la rotonda giramos a la derecha. Continuamos varios kilómetros más, pasando junto a las entradas de diversas urbanizaciones. Por fin, el chico puso el intermitente izquierdo, se desvió de la carretera y entró en el ensanche del camino que era la entrada a la finca. La reconocí inmediatamente. Les di las gracias y me despedí. Cerré la puerta con cuidado al bajarme del coche y observé cómo se incorporaban de nuevo a la carretera. La chica se despidió de mí con un gesto de la mano y yo le respondí. Luego me giré a contemplar la entrada a la finca.

La verja estaba cerrada, como esperaba. A la derecha, había un pequeño telefonillo, anticuado. Apreté el botón y sonó un zumbido dentro del aparato. Nadie contestó. Llamé otra vez, pero con idénticos resultados. Miré a ambos lados y mi vista se posó en los dos carteles pintados a mano que avisaban de la existencia de perros peligrosos. Lo había olvidado. Si en algún momento había tenido la ocurrencia de pensar en saltar el muro de piedra y colarme, ahora quedaba descartado de plano.

¿O no?

Comencé a caminar pegada al muro, a la derecha, en dirección contraria a El Escorial. El muro discurría paralelo a la carretera. Pronto descubrí que no era homogéneo: algunas partes habían sido restauradas con posterioridad a su construcción, con ladrillos a modo de parches o remiendos. En algunos puntos, el muro escalaba o se apoyaba sobre grandes piedras grises, profundamente enterradas en el suelo. Supuse que el constructor tuvo que elegir en su momento entre vadear la piedra, intentar arrancarla o incorporarla al muro, y había optado por esto último. Eso me dio una idea que enseguida se materializó en una posibilidad real: llegué a un sitio en el que el muro se asentaba sobre una piedra de contornos suaves, muy fácil de escalar, que quedaba a pocos centímetros del borde superior del muro. Subí con cuidado pero con facilidad, pasé por encima del muro y descendí por el otro lado, sin problemas.

Recordando el camino de gravilla que había seguido el coche de Gabriel en aquella ocasión, me acerqué de nuevo, pero ya por el interior del muro, a la verja de hierro. Cuando la hube alcanzado, comencé a ascender en paralelo al camino de grava, fijándome que las encinas junto a las que pasaba tenían gruesos troncos con grandes ramas, las más bajas al alcance de cualquiera, fáciles de escalar en caso de ataque de perros adiestrados para morder al intruso. Es decir, para mordirme a mí.

Caminé durante más de media hora. Cuando divisé la casa, por fin, el sol del ocaso la

teñía de naranja y la volvía todavía más bella de lo que recordaba. Las puertas estaban cerradas a cal y canto, y las contraventanas también. Di la vuelta a la casa y me dirigí hacia el laberinto, rezando para encontrar a Alfredo. Atravesé la entrada del laberinto, aunque no me atreví a ir más allá porque estaba segura de que no podría encontrar la salida y en menos de una hora sería de noche. Grité su nombre, pero no obtuve resultados. Luchando contra la amarga decepción, me giré y entonces mi corazón se paralizó.

En la amplia balconada trasera de la casa, la que dominaba toda aquella parte del jardín, incluido el laberinto en el que me encontraba yo, había una persona sentada en una gigantesca butaca, mirándome o, al menos, mirando en mi dirección. Desde mi posición no podía distinguir a la persona, aunque podía ser un niño, por el tamaño. Me acerqué lentamente, pensando que seguramente no había sido una buena idea colarme allí, porque aquella casa era territorio de los incorpóreos y no sabía con quién podría encontrarme. ¿Y si me topaba con Isaak? Recordaba la advertencia de Nadir: el amuleto de ónice no serviría en caso de ataque de un incorpóreo en su fase humana. Desde luego, había sido una imprudencia absurda e inútil.

Sólo comprendí quién era a unos metros de distancia. No mostró ni un ápice de asombro al verme allí. Nos miramos en silencio. Pero si yo estaba contemplando su belleza de pequeña muñeca china, ella debía de estar mofándose de mi aspecto, a juzgar por la sonrisa que atravesaba su delicado rostro.

—Siempre he dicho —dijo Lila— que los carteles de perros estaban muy vistos y que no detendrían a nadie. A ti menos que a nadie.

Sonreí. Lila vestía un ceñidísimo vestido negro de tirantes de cóctel y una anacrónica pamelita a juego, con una cinta rojo sangre. Llevaba un fular color escarlata anudado al cuello. Tenía la mano derecha extendida hacia una mesita, de mimbre y con tablero de cristal, situada junto a la butaca. Agarraba un vaso ancho y bajo, con alguna bebida que incluía hielo picado y algo verde, seguramente hierbabuena.

—Mojitos —dijo, levantando el vaso—. Los adoro. Siempre que puedo, pido uno. Estoy disfrutando éste, que será el último durante un tiempo. Porque, gracias a *ti*, tendremos que estar todos un tiempo sin cruzar.

Emitió una suave risa.

—Castigados. Estamos castigados. ¿Qué te parece?

Me lancé de un salto a su lado y me arrodillé junto a la butaca de mimbre, apoyando

ambas manos en el reposabrazos. Tenía la respiración acelerada.

–¿Eso es lo que os está pasando? ¿Por eso no puedo encontrar a ninguno de vosotros?

Lila me miró desde sus ojos de color violeta.

–¿A *ninguno*? Querida, no hace falta que finjas conmigo. No buscas a cualquiera de nosotros, sólo a uno en particular.

Contuve la respiración.

–Pero no está aquí –giró la cabeza hacia el vaso y bebió un diminuto sorbo. Se chupó rápidamente los labios y luego me miró–. También está castigado. La Araña se enfadó mucho por tu intromisión allí.

Escalofríos.

–Pero se supone que soy la elegida, que puedo entrar y salir... no entiendo lo de la intromisión... ¿por qué se ha cabreado La Araña?

–¿Cabreado? Menudo lenguaje. Tu intromisión consistió en tocar a tu hermano –me miró con detenimiento–. ¿Te sorprende que lo sepa? Estaba allí, aunque no me viste. En realidad lo vimos casi todos nosotros. Una imprudencia, pero, como digo yo, ya aprenderás las normas de la casa. En cualquier caso, nos toca ahora un período de reflexión y retiro, hasta que La Araña se calme de nuevo.

–Entonces... ¿no volveré a veros en un tiempo?

–Probablemente no.

–¿Durante cuánto tiempo?

–Mmm... no lo sé. No depende de nosotros. Pueden ser horas, años... un par de décadas...

Abrí los ojos con horror ante la perspectiva de no volver a ver a Gabriel en veinte años. Tuve que sentarme en el suelo. Lila parecía divertida con todo aquello.

–Oh, por favor, no te pongas así. De todas formas, no todos nos lo tomamos al pie de la letra.

–¿Qué quieres decir? –pregunté esperanzada, por si iba a desvelarme una posibilidad de ver a Gabriel.

–Bueno, solamente quiero decir que algunos de nosotros no te quieren, Pers. De hecho, preferirían que estuvieras al otro lado... sin retorno posible.

–Muerta, quieres decir.

Lila asintió y bebió un poco más. Yo notaba la garganta como un estropajo. Miré al

suelo y toqué con los dedos la arenilla del suelo. Aquel gesto intentó recordarme algo, pero no logré fijarlo en mi cabeza. Levanté la cabeza hacia Lila.

—¿Tú también me odias?

—¿Yo? En absoluto. Todo lo contrario. Eres lo más divertido que me ha ocurrido en los últimos cincuenta años. No sabes lo aburrida que estaba. Por eso, cuando se materializó ante mí la posibilidad de descubrirte, no me lo pensé dos veces. Me dije: vamos, ésta es mi chica y nos lo vamos a pasar bien.

—No... entiendo. ¿Qué quieres decir con descubrirme?

En lugar de contestarme, Lila se acabó lo que quedaba del mojito y se puso de pie. Yo la imité. Juntas, frente a frente, le sacaba dos palmos de estatura. Pero no estuvo quieta; enseguida echó a andar hacia la casa. Descubrí que una de las dos puertas que daban a aquella terraza estaba abierta, algo que no había visto en mi primera ojeada. Lila se encaminó hacia allí. Yo la seguí a corta distancia porque necesitaba que me explicara sus palabras.

—Lila, ¿qué has querido decir con eso?

—Nada. Simplemente que me encontré por casualidad con una pariente tuya y me habló de ti.

Me detuve en seco en el camino. ¿Helena? ¿Lila se había encontrado con mi madre?

Cuando Lila se metió en la casa y desapareció de mi vista, reaccioné y entré corriendo detrás. El interior estaba a oscuras, no había ninguna luz encendida. Apenas se filtraba luz de las contraventanas cerradas porque el atardecer estaba tocando a su fin. Tardé unos segundos en acostumbrarme a la falta de luz. Cuando por fin pude enfocar, distinguí a Lila al fondo de la inmensa habitación en la que estábamos. No se había detenido, continuaba caminando hacia unas enormes puertas dobles que estaban cerradas. Alrededor, apenas podía distinguir las siluetas de grandes muebles cubiertos con sábanas oscurecidas. Lila cogió los picaportes de las dos puertas y las abrió. Grité para que me escuchara y mi voz sonó con un eco extraño:

—¿Quién te habló de mí?

Lila se volvió a mirarme. Dudó unos segundos, pero al final habló.

—Tu tía Antonia. Ella me dijo que estabas viva —comenzó a acercarse a mí—. Comprendí que Gabriel nos había mentado para ocultar tu existencia. Aquello me pareció excitante, por eso decidí sacarte a la luz. Que te vieran todos. Y —se había situado a mi

altura y extendió la mano para tocar mi rostro; estaba fría— estábamos reunidos en Nueva York, así que te mandé allí. Fue fácil.

Como un mapa de fichas de dominó de dimensiones colosales, las cosas encajaron. Me pareció escuchar la cascada de piezas, al caer unas contra otras y provocar la reacción en cadena que acabaría mostrando una imagen oculta, la imagen de Mateo llamándome una tarde cualquiera de una semana cualquiera para darme la noticia del fallecimiento de la tía Antonia; la imagen de Max embobado con su nueva amiga oriental y la promesa de un viaje a Nueva York que, ahora lo sabía, nunca se habría cumplido porque el viaje que había planeado Lila no lo incluía a él, sino solamente a mí. La imagen del pobre Max, siendo atacado en la oscuridad del Blue Bay, justo a tiempo para que no pudiera coger ese avión. Y la imagen de Gabriel, en el patio de un hotel de Nueva York, asistiendo atónito al accidente de las copas de champán.

Sólo una ficha, gigante, se mantenía erguida, mientras habían caído las demás: Lila acababa de decir que Gabriel había *mentido* para ocultar mi existencia. ¿Qué significaba aquello?

—Sí —Lila interrumpió mis pensamientos, retirando su mano de mi cara—, pobre Gabriel. No se lo esperaba.

Me quedé sorprendida.

—¿Puedes leer los pensamientos?

Se echó a reír.

—No. Eres tú la que puedes leer los míos, si te toco. Me caes bien, Pers, de verdad. Ahora sólo tenemos que descubrir para qué sirves.

No pude preguntar nada más porque dio media vuelta y, a una velocidad sorprendente, salió del salón. Levantó la mano a modo de despedida justo antes de desaparecer. Corrí tras ella pero, tal y como me imaginaba, cuando entré en el vestíbulo ya no había ni rastro.

Abrumada por la avalancha de revelaciones, salí a la terraza, con la idea vaga de regresar a Madrid. Pero entonces miré alrededor; la oscuridad era ya compacta a esas horas y no había luces encendidas en la finca. Por si fuera poco, escuché unos ladridos lejanos, perros hablándose o gruñéndose, y pensé que no era buen momento para recorrer a ciegas un camino desconocido. Agucé el oído, por si escuchaba a Lila, pero pensé que debía de haber migrado. Eso me convertía en la única habitante de aquella casa. Seguramente, el único ser vivo en varios kilómetros a la redonda. De las puertas

abiertas al exterior entraban ruidos nocturnos, que seguramente eran rutinarios en el campo, pero que a mí se me antojaban monstruosos y desmedidos.

Prácticamente a tientas, descubrí un sofá largo, cubierto por una tela. Retiré la tela y la sacudí con dificultad. Luego me tumbé en el sofá, hecha un ovillo, puse el bolso junto a mis pies y me tapé con la tela hasta el cuello. Palpé el colgante, bajo mi camiseta, para asegurarme de que seguía en su sitio. Estaba segura de que era una acción inútil, porque entre el miedo que sentía y todo lo que tenía que reflexionar acerca de las palabras de Lila, no pegaría ojo en toda la noche.

Sin embargo, me dormí.

Me despertó el frío. Lógicamente, tardé un rato en darme cuenta de que estaba pasando frío. Antes de eso, simplemente estaba soñando que tenía frío y buscaba abrigo y no lo encontraba. Entonces mi sensación térmica abandonó el mundo de los sueños y me explicó que estaba tiritando, intentando taparme con la delgada capa de tela de algodón blanco que había retirado la noche anterior del sofá. Abrí los ojos. Estaba tan encogida en el sofá que me dolían las articulaciones. Miré alrededor, al principio sin recordar dónde estaba, hasta que percibí claridad en la habitación y la reconocí al instante. Bajo aquella nueva luz, era mucho más grande de lo que me había parecido. De hecho, era extraordinariamente grande, no mediría menos de setenta metros. Estaba llena de muebles, de distinto tamaño, todos tapados con grandes sábanas blancas. Parecía el decorado de un teatro cerrado, si no hubiera sido por la claridad que se reflejaba en las enormes paredes pintadas de blanco. Recordaba vagamente al piso de Gabriel frente al Retiro.

Me senté en el sofá, lamentándome de dolor en la espalda y las piernas. Me froté los brazos con vigor. Entonces mi estómago me lanzó una señal de socorro y me recordó que no había cenado la noche anterior ni desayunado aún. Miré mi reloj. Eran las siete menos cuarto de la mañana de un sábado que se prometía radiante, a juzgar por la luz que entraba de la balconada que había dejado abierta. Cogí mi bolso y salí a la terraza, desperezándome. Recordaba vagamente la conversación con Lila, pero no quería focalizar mi atención en eso hasta haber desayunado al menos. Fuera, en la terraza, me encontré con la butaca de mimbre y respaldo circular y la mesita. Lo que no estaba era el vaso del que había bebido Lila.

El aire olía bien y estaba repleto de cantos de pájaros. Me llegó de algún lugar lejano el

rebuzno de un burro, que me hizo sonreír. Miré al cielo: comenzaba a ser nítidamente azul. Aquel iba a ser un buen día, me prometí.

Caminé hacia la entrada principal de la casa, echando un vistazo alrededor por si veía a Alfredo, no para pedirle información acerca del paradero de los incorpóreos, Lila me la había proporcionado, sino para preguntarle si me podría acercar a la estación de tren, pero no apareció por ningún sitio.

Bajé por el camino de grava hacia el muro y, cuando lo alcancé, giré a mi izquierda y continué caminando en paralelo hasta que divisé la piedra sobre la que se alzaba el muro. Subí por ella sin problema, igual que la noche anterior, y descendí por el lado de la carretera. Caminé por el arcén de vuelta hacia la entrada. Había visto la tarde anterior la marquesina del autobús que pensaba coger para regresar a la estación de tren en El Escorial.

La marquesina no era tal, sino un poste metálico, pintado de rojo con una pegatina blanca en la parte superior donde aparecía el número de línea del autobús y, debajo, otra pegatina con lo que debía de haber sido la frecuencia de autobuses según el día de la semana. Esto último lo supuse porque la pegatina había sido arrancada. Barajé la posibilidad de caminar hacia la estación de tren o de hacer auto-stop. Decidí llevar a cabo la última de las dos posibilidades, así que me situé junto al asfalto y esperé a ver pasar un coche para levantar el pulgar.

Veinte minutos después seguía esperando ver un coche, uno sólo, en cualquier dirección. No había pasado ningún vehículo. Ni coche, ni camión, ni, por supuesto, autobús. Di unos pasos hacia atrás y me senté en el suelo junto al poste de la parada. Como la entrada a la finca, y la parada de autobús, estaban situadas justo en el epicentro de una amplia curva, pensé que vería con la suficiente antelación un coche o cualquier signo de vida como para levantarme de un salto y desenfundar el pulgar.

A las siete y media seguía sentada, esperando. Tenía frío porque, aunque el sol anunciaba otro caluroso día, iba en manga corta y llevaba quieta un buen rato.

Por fin, una camioneta blanca apareció por la curva que venía de El Escorial. Lo que yo necesitaba era algún coche que fuera en sentido contrario, pero me agradó ver señales de vida humana. La furgoneta, una pick-up con la parte trasera al descubierto, se acercó renqueante por la carretera, bufando y resoplando. Me sorprendió ver que ponía el intermitente cuando se acercaba a la entrada de la finca y que, después de aminorar la velocidad, hacía el giro para detenerse junto a la verja de hierro de la puerta. Me levanté

del suelo y me acerqué para descubrir a Alfredo al volante, mirándome con incredulidad. Pensé que no me reconocería, pero bajó la ventanilla –manualmente– y asomó la cabeza en mi dirección.

–¿Qué hace aquí, señorita? No están, no hay ninguno en la casa. Está desierta.

Recordé a Lila y pensé que tal vez no supiera que había estado ella en la finca. No le dije que había pasado la noche allí.

–Necesito que alguien me acerque a El Escorial, a la estación de trenes. ¿Podría hacerlo usted?

El hombre me contempló en silencio, consultó su reloj, miró al frente y luego se giró de nuevo hacia mí.

–Suba.

Se inclinó hacia la puerta del acompañante para abrirla desde dentro. Me senté de un salto. Alfredo me señaló el cinturón de seguridad con un gesto de la cabeza y, obedientemente, me lo puse. Luego dio marcha atrás y nos incorporamos a la carretera, en dirección a El Escorial.

Durante los diez minutos que duró el trayecto, tuve varias veces la tentación de preguntarle si sabía para quién trabajaba, si los había visto muchas veces –recordé su cara de pánico cuando apareció Isaak–, si sabía algo de ellos, cómo había acabado trabajando en la finca, cómo era su vida, cómo se podía convivir con los incorpóreos, si los había visto migrar alguna vez. Si... en fin, miles de preguntas. Pero no hice ninguna. Alfredo no abrió la boca tampoco. Miraba al frente, como si yo no estuviera en la furgoneta. Aparte de conducir, lo único que hizo fue encenderse un cigarrillo, que sacó del bolsillo de la camisa. Me fijé en el interior de la furgoneta; a pesar de que era un viejo cacharro, seguramente desahuciado por la ITV, estaba impecable por dentro. Tenía uno de esos perfumadores que se venden en las gasolineras y se enganchan a la salida del aire y despedía un suave olor agradable, a melocotón. Me gustaba aquel hombre.

Salimos de la M-600 en la rotonda para subir por la Avenida de Castilla. Cuando atravesamos el túnel y entramos en el camino de adoquines de la Avenida de los Reyes Católicos, giró a la derecha y enfilamos hacia la estación de tren. Detuvo el coche justo en la puerta del edificio que albergaba la taquilla y una cafetería. Paró el motor y se giró a mirarme.

–No hay autobuses los sábados.

Comprendí que, de no ser por su aparición, habría pasado mucho, pero que mucho

tiempo sentada allí. Asentí.

—Gracias.

El hombre tomó aire, como para decirme algo, pero cambió de idea y se limitó a sacar otro cigarrillo de su bolsillo.

—Me recuerda a mi hija. Tendría ahora mismo su edad. Supongo que... ya es usted mayorcita para saber...

—Sí —le interrumpí—, creo que sé dónde me estoy metiendo.

Meneó la cabeza y encendió con el mechero del coche el cigarrillo.

—No, creo que no lo sabe bien.

—Debería dejar eso.

Me miró sin comprender y señalé con la cabeza el cigarrillo que pendía de sus dedos.

—Ah, esto. Sí, lo sé, me lo dice mi mujer. A todas horas. Lo que ella no sabe es que esto no me va a matar. Lo hará el accidente de la puerta del garaje.

—¿El qué?

—La puerta del garaje. Lo sé hace tiempo. Un día me lo dijo la señora Ulla. Me dijo que una mañana la puerta del garaje, que nunca ha dejado de darnos problemas desde que compramos la casa, se cerraría a traición y me mataría. Y se acabaría todo. Sí, señor, así mismo me lo dijo. Desde entonces ya no utilizo el garaje, dejo la furgoneta aparcada fuera. Ya no intento arreglar la maldita puerta. Mi mujer me regaña por aparcar fuera. Dice que no entiende por qué me arriesgo a que me roben la furgoneta una noche, si tenemos un garaje en casa. Y yo le digo que quién querría llevarse este trasto. No le quiero contar la verdad. Hay... ciertas cosas que un hombre temeroso de Dios no debería conocer nunca con antelación, ¿no le parece, señorita?

—¿Y si Ulla no está en lo cierto?

—Oh, lo está. No es la primera vez que adivina cosas. A veces... la señora da un poco de miedo. Todos ellos lo dan. Pero prefiero no pensarlo. Me limito a cumplir con mis tareas.

Alfredo soltó una bocanada de humo a través de su ventanilla abierta. Luego se volvió a mirarme.

—En fin, la vida son dos días y hay que disfrutarlos, ¿no cree? Tengo que dejarla, me espera el trabajo. Aunque no tengo ninguna prisa por llegar, porque no van a venir en un tiempo. Eso me dijo la señora. Me dijo: Alfredo, no vamos a pasar por aquí en un tiempo. Pero también me dijo: cuida todo esto y respeta la casa. Siempre lo hago, le

contesté. Y ella me dijo: lo sé, Alfredo, lo sé. Dan algo de miedo a veces. Pero al menos ya no me pillan por sorpresa, puedo saber cuándo viene uno. Me duele la espalda cuando se acercan lluvias o uno de ellos. Incluso el señorito Gabriel. Con él también me ocurre.

Recordé las pesadas tijeras de podar abiertas, suspendidas en el aire, el tiempo en suspenso, después de que Gabriel hiciera la migración.

—Claro. Entiendo.

—Sí, bueno —miró a través del parabrisas hacia el cielo—. Va a ser un verano duro, muy seco.

Antes de abrir la puerta de la furgoneta, le pregunté:

—¿Volveremos a vernos, Alfredo?

Sonrió.

—Vi cómo la miraba Gabriel. Apuesto a que sí.

Entonces, me incliné en el asiento y le di un beso en la mejilla. Luego salí de la furgoneta y cerré la puerta. Sin mirarme, encendió el motor y dio la vuelta a la rotonda de acceso al parking, para marcharse por la misma calle. Lo vi alejarse y luego entré en el edificio de la estación.

Compré en la máquina expendedora un billete de ida a Chamartín. Salí del edificio y me senté en un banco de piedra del andén. No pasaron ni diez minutos antes de que viniera mi tren.

Subí en él, pero estuvo varios minutos detenido en la estación, que era cabecera de línea. De todas formas, si el conductor esperaba más viajeros, muy pocos subimos a aquel tren. No eran ni las ocho de un sábado de julio, un momento de tránsito yo diría que menor de pasajeros.

Sonaron los pitidos que indicaban que los accesos a los vagones se cerrarían y, una vez cerrados, nos pusimos en marcha. Me acomodé en el asiento. Iba en el sentido de la marcha, con el codo apoyado en el alféizar de la ventana, sujetando mi cara por la barbilla. Miraba el paisaje deslizarse a toda velocidad. De vez en cuando, veía mi propio reflejo en el cristal, pero apenas lo miraba.

Atravesamos varias estaciones y, aunque el tren se detenía en cada una de ellas, no subió ni bajó nadie. En Villalba estuvimos detenidos también varios minutos. Era una estación grande, con varias vías y sus respectivos andenes. Había enormes bloques de viviendas de espaldas a las vías, por un lado, y el campo abierto, por el otro. Reparé en un hombre barbudo que caminaba junto a las vías del andén vecino. Escudriñaba

concienzudamente las vías, como si se le hubiera caído algo, el billete o algo así. Iba vestido con vaqueros limpios, una camiseta blanca perfectamente planchada y llevaba una mochila deportiva al hombro. Se movía lentamente, absolutamente concentrado en las vías. De pronto, se detuvo; debía de haber encontrado lo que buscaba. Miró a un lado del andén, luego al otro y, cuando comprobó que nadie le observaba –no había visto el tren detenido a su espalda, en el que me encontraba yo, una fisgona curiosa parapetada tras un cristal–, se agachó hasta apoyar la palma de su mano izquierda en el suelo y dio un brinco hacia las vías. Luego se agachó a coger algo y subió sin mucho esfuerzo al andén. Divisé lo que llevaba en la palma abierta de su mano derecha: una colilla, a medio consumir. La guardó con delicadeza en el bolsillo de su vaquero y continuó su marcha en paralelo a las vías, rastreando más cigarrillos.

Sonaron los pitidos de las puertas y, segundos después, mi tren se puso en marcha, dejando atrás al hombre barbudo de las colillas. Apoyé la cabeza en el cabecero del asiento y cerré los ojos.

Cuando atravesamos El Pardo, un inmenso campo de colinas ondulantes, cubiertas de encinas, que lindaba con la parte norte de Madrid, pude ver ciervos comiendo, tumbados a la sombra o mirándonos con aburrimiento al pasar. Tras ellos, cruzando algunos riachuelos que serpenteaban entre las colinas, al fondo, y pasando por encima de un par de carreteras con escaso tráfico, las vías del tren dibujaban curvas que se dirigían hacia un perfil de grandes torres en el horizonte, allí a lo lejos, en la ciudad, en un paisaje onírico que no tenía cabida en un mundo de ciervos comiendo hierba tranquilamente.

Después de varias paradas, ya dentro del casco urbano de la ciudad, nos dirigimos a Chamartín. Las vías describieron una amplia curva a la derecha y luego atravesamos un túnel. Durante unos segundos estuvimos a oscuras. No sé por qué, pero aquella oscuridad levantó mariposas de miedo en mi estómago. Escuché un sonido que provenía del fondo de mi vagón, al que iba dando la espalda. Era el ruido que provocaba la puerta que comunicaba los vagones. Levanté la cabeza por encima del reposacabezas para ver, lo más disimuladamente que pudiera, quién había cruzado y entrado en el vagón.

Mi corazón se detuvo mientras mi cuerpo se congelaba y paralizaba; me quedé clavada en mi asiento al ver la figura de dos metros de altura que había entrado, agachando cuidadosamente su rubia cabeza para no golpearse con el marco de la puerta. Sostenía todavía el pomo de la puerta en su mano cuando me descubrió, al otro extremo, mirándole aterrorizada. Su cara alargada de rasgos crueles y finos sonrió al verme.

Agarré con fuerza el escorpión de ónice, pero sabía que no me serviría de nada si Isaak quería partirme por la mitad usando su fuerza descomunal.

Hubo un pequeño detalle que contribuyó a mi ataque de pánico y fue comprobar que no había nadie más en el vagón. Estábamos solos Isaak y yo.

Dios, pero ¿no se suponía que estaba recluido al otro lado, como el resto de los incorpóreos?

Me levanté de mi asiento, sin apartar los ojos de él. Ahora que me había visto, Isaak comenzó a acercarse sin prisa, pasando sus larguísimos brazos por encima de todos los reposacabezas a medida que avanzaba. Hubiera jurado que sus brazos tenían la longitud suficiente para acariciar los cristales de las ventanillas al caminar por el pasillo central, pero eso era *imposible*.

Justo entonces atravesamos otro túnel. La oscuridad se cernió sobre nosotros de manera insana. Lo único que pude ver durante unos segundos fueron los ojos de Isaak, refulgiendo en la oscuridad, dos puntos blancos, brillantes y oblicuos, como los ojos de un gato. Me tapé la boca con las dos manos para ahogar un grito. Cuando el tren salió del túnel y la bendita luz del sol volvió a penetrar a raudales en el vagón comprobé que Isaak no había detenido su avance.

Salté hacia la puerta de intercambio de vagones que estaba junto a mí y la abrí de un tirón. Atravesé la pasarela de conexión de ambos vagones, un fuelle gigantesco que temblaba como un flan, y pasé al otro vagón, rogando al cielo que allí sí hubiera alguien. ¡Bingo! Una pareja bastante mayor estaba sentada, en sentido contrario al de la marcha. Tenían una maleta en el suelo, entre ambos. Iban cogidos de la mano. Los dos miraban por la ventanilla pero alzaron la vista cuando entré en su vagón. Esperaba que Isaak no me siguiera al comprobar que en aquel vagón había testigos en caso de que quisiera hacerme algo. Caminé entre los asientos, con la escasa firmeza en mis pasos que me permitía el traqueteo del tren, y me senté al otro extremo, mirando hacia la puerta por la que, de un momento a otro, esperaba ver aparecer a Isaak.

Así fue. Se abrió la puerta lentamente y apareció aquel híbrido de la naturaleza, agachando la cabeza con la familiaridad de quien lo tiene que hacer a menudo. Observé que los ojos de Isaak se clavaban primero en la pareja de ancianos y que luego me buscaba a mí. No tardó en encontrarme... y comenzar a caminar en mi dirección. Volví a levantarme de un salto y darle la espalda para abrir la puerta del siguiente vagón, pero ésta sí estaba cerrada. Lo intenté varias veces, girando frenéticamente el picaporte

de la puerta, pero era evidente que aquel convoy acababa allí. Me giré, aterrada. Isaak se había detenido en mitad de su recorrido, muy cerca de los ancianos, y me miraba sonriendo. No, no era una sonrisa, sino una mueca grotesca, enseñando ligeramente los dientes. Era repulsivo.

Miré por la ventanilla, desesperada. Estábamos entrando ya en la estación de Chamartín por una de las innumerables vías que formaban un racimo apresado en la base por los apeaderos, bajo cubiertas de uralita. El suelo de los andenes era de hormigón rojo desgastado y el tren entró despacio, casi ronroneante. Desde mi posición podía ver, como en un juego de espejos, muchos andenes, repletos de columnas de hierro que sostenían las cubiertas. Había trenes detenidos, otros en movimiento, pero poca gente por los andenes. Miré hacia Isaak. Los dos ancianos se habían levantado y se dirigían a la puerta central del vagón, el hombre sujetando la vieja maleta. Se habían situado entre Isaak y yo.

Sabía que, tras esta estación, la línea continuaba soterrada, bajo tierra, en túneles rodeados de infinita negrura y oscuridad, el hábitat natural de Isaak, y había tomado la decisión de bajarme en esta estación y correr, correr, correr lo más rápido que me permitieran mis piernas, buscando siempre las zonas de sol hasta parar un taxi y salir huyendo a toda velocidad. Mis pulsaciones debían de rondar las ciento veinte por minuto, estaba respirando aceleradamente y sabía que, si continuaba así, hiperventilaría, me marearía y mis posibilidades de saltar del vagón y escapar volando por los andenes se reducirían a la nada. Pero era incapaz de controlar el ataque de pánico que me estaba sobreviniendo. No sabía por qué Isaak, simplemente, no rodeaba a los ancianos y me agarraba. Estaba segura de que no le importaban nada. De hecho, tenía la intuición de que sus vidas también estaban en peligro. Sabía que sólo seguirían con vida mientras yo no hiciera algún movimiento extraño que obligase a Isaak a reaccionar con rapidez. Estaba allí, como un animal esperando el momento de atacar. El tren había aminorado tanto la velocidad que, de un momento a otro, se detendría. Los viejos se acercaron más a la puerta, el hombre sosteniendo con la mano derecha la maleta, detrás de su esposa, que se mantenía a varios pasos de la puerta, firmemente agarrada a la barra. Isaak había apoyado el codo sobre el reposacabezas más cercano, inclinando el cuerpo hacia delante, sin dejar de mirarme. Los ancianos no se habían dado cuenta de lo cerca que estaba el monstruo de ellos. Sé lo que su mirada quería transmitirme: me estaba diciendo que, si se le antojaba, podría succionar sus vidas en un segundo, de la misma manera que pisas una

fila de hormigas, aplastándolas a todas sin el menor remordimiento, simplemente porque tú estás en un nivel superior de la cadena alimentaria.

Hubiera querido saltar hacia ellos, empujarlos hacia fuera, agrandar la brecha que los separaba del monstruo y los mantenía aún con vida. Al mismo tiempo, estaba paralizada y, por nada del mundo, me habría acercado a él. Pero aquello no estaba bien, no podía huir y dejarlos a merced del animal. El tren se movía a una velocidad desesperante, sin detenerse aún, aunque ya estábamos en el largo apeadero.

Por fin, se detuvo. Y un segundo después, todas las puertas mecánicas del vagón se abrieron al unísono. Los ancianos se dispusieron a bajar, dejando el pasillo libre para Isaak...

...pero yo había saltado ya el desnivel que separaba el vagón del suelo del apeadero y corría hacia la salida. Miré por encima de mi hombro y vi cómo los dos ancianos ya habían bajado penosamente del vagón y me alegré por ellos. Volví la cabeza hacia delante a tiempo para evitar el choque contra una columna metálica; la esquivé en el último segundo, aunque tuve que agarrarme a ella para no perder el equilibrio. En ese momento, distinguí movimiento en el interior del tren, que todavía estaba detenido, con las puertas abiertas. Giré la cabeza, sin parar de correr, y observé que Isaak iba corriendo, a mi velocidad, pero en el interior de los vagones, en paralelo a mí. Me pregunté cómo era posible que pasara de un convoy al siguiente, si las puertas que los comunicaban estaban cerradas. En ese momento llegué a las escaleras que descendían hacia el túnel que comunicaba en perpendicular todas las vías, de un extremo a otro de la estación. Elegí aquel camino, sin saber por qué. Sólo entendí que no quería seguir corriendo en paralelo a aquel monstruo porque, en cualquier momento, saldría por una puerta y me cortaría el paso. Bajé los escalones de dos en dos y giré hacia la derecha.

El túnel estaba desierto. No era lógico; por muy temprano que fuera, siempre había público en aquella estación. Pasé volando junto a los carteles publicitarios iluminados, que vendían sonrisas, playas paradisíacas, coches, algún estreno de cine... Cada veinte metros aproximadamente, unas escaleras ascendían desde el túnel a derecha e izquierda hacia la superficie para acceder a cada andén. Escogí la última a la izquierda y subí por ella. No había mirado atrás en ningún momento, pero pensé que si veía a Isaak corriendo tras de mí, sufriría un paro cardíaco. Las piernas comenzaron a lanzarme bocanadas de fuego y dolor. Tuve que bajar el ritmo y subir los últimos diez peldaños más despacio, porque las piernas ya no me obedecían. Emergí del túnel en un andén de vías desiertas y

me detuve, apoyando las manos sobre mis rodillas, para coger aire. Por un momento, la ausencia de movimiento alrededor me tranquilizó. Pensé que estaba a salvo. Tuve la pueril idea de creer que lo había despistado.

A Isaak.

Claro.

Distinguí un destello blanco a mi izquierda y giré la cabeza en esa dirección. Al otro lado de la barandilla que rodeaba la escalera por la que acababa de subir, venía caminando Isaak. El destello blanco pertenecía a su pelo. Más allá, a quinientos metros detrás de él, estaba el tren que nos había traído a los dos a la estación. Conté seis vías, y sus respectivos andenes, entre el tren y el andén en el que estábamos ahora los dos. Debía de haber cruzado las vías para aparecer en aquel punto.

Aquello funcionó como un grito en mi oreja. Instantáneamente, mi corazón comenzó a enviar dinamita a cada músculo de mi exhausto cuerpo y salí corriendo de allí, en dirección al punto en el que las vías abandonaban los apeaderos para distribuirse, como las varillas de un abanico, hacia todas direcciones. La mayoría de esos raíles se soterraban un kilómetro más adelante, pero entre aquellos túneles y el punto donde me encontraba, había una superficie absolutamente expuesta al sol, hacia la que yo me dirigía. Corrí por el andén hasta que éste terminó. Entonces salté a las vías. Continué corriendo sobre las grandes piedras de aristas afiladas que me hicieron trastabillar en más de una ocasión. Miré por encima de mi hombro: Isaak caminaba detrás de mí, acortando distancia, pero sin apresurarse. Se estaba divirtiendo con la caza, por eso todavía no me había atrapado.

Me encontraba en una amplia explanada por la que circulaban los ramales de las vías, separados entre sí únicamente por las altas columnas que sujetaban las cubiertas. Aquella zona estaba delimitada a izquierda y derecha por edificios bajos, donde seguramente se encontraban las oficinas de administración de la estación. Donde acababan los edificios, terminaba la cubierta y comenzaba la zona al sol. Seguí saltando de piedra en piedra, tenía que alcanzar la parte soleada, allí donde no continuaba la cubierta, antes de que lo hiciera Isaak, que ya había dejado atrás el andén.

Entonces escuché, detrás de mí, una voz, un grito lejano. Alguien intentaba llamar mi atención y giré la cabeza. Un hombre vestido con pantalones oscuros y camisa clara de mangas cortas me estaba haciendo señas con las manos. Estaba junto a una de las puertas de los edificios bajos y, aunque no comprendía lo que gritaba, supuse que me

decía que estaba prohibido caminar por allí. Hice caso omiso, al igual que Isaak, que ni siquiera se volvió a mirarle. Debíamos hacer una pareja curiosa, vista desde el lejano punto de vista de aquel tipo: un hombre alto y rubio como un demonio persiguiendo a alguien que apenas podía mantener el equilibrio sobre las piedras. Pero el hecho de haber llamado la atención de aquel hombre me tranquilizó un poco. Lo malo era que no estaba constantemente en su radio de visión, porque, en mi huida hacia el sol, me iba moviendo entre las columnas, en diagonal, huyendo de Isaak. Éste también se ocultaba entre las columnas. De hecho, creo que saltaba de una a otra de manera no natural, porque, después de escuchar los primeros gritos del trabajador de la estación, comenzó a acortar distancia muy rápidamente: se ocultaba detrás de una columna y aparecía delante de otra, dos más allá. Pegué un grito; si continuaba a ese ritmo, me alcanzaría enseguida. Aceleré el paso, moviéndome con más dificultad aún. Uno de los pasos que di fue en falso y me hizo caer; al aterrizar en el suelo puse las manos por delante y la arista afilada de una de las piedras me provocó un corte en la palma de la mano derecha. También me golpeé la rodilla contra el suelo, pero, a pesar del dolor y de que notaba la palma de la mano húmeda, me levanté y seguí corriendo. Me fijé en la mano: me había hecho un corte lateral que cruzaba la palma de lado a lado y estaba sangrando. Apreté el puño y seguí corriendo.

Miré por encima de mi hombro; Isaak acortaba distancia demasiado deprisa y, tras él, dos vigilantes jurados, vestidos de uniforme oscuro, habían saltado del andén y corrían tras nosotros, a través de las vías, de forma tan torpe como yo, aunque ellos llevaban gruesas botas. Calculé que me faltaban unos treinta metros para llegar al área soleada y apreté el paso. Notaba cómo perdía pequeñas gotas de sangre que caían entre los nudillos de mi puño, pero me daba igual. El único objetivo que me mantenía en movimiento era el de sobrevivir, tenía que lograr salir de las sombras de aquellas cubiertas y llegar a la luz porque sabía que Isaak no se atrevería a hacer nada a la luz del sol, a la vista de todo el mundo.

De pronto, un destello doloroso cruzó mi mente como un desbocado tren de mercancías en llamas: ¿y si no era así? ¿Y si Isaak me daba alcance en plena luz y acababa conmigo allí mismo? ¿Qué me había hecho pensar que Isaak no sería capaz de atacarme después de salir de las sombras y acabar después con los testigos, con aquellos dos hombres que no tenían ni idea de dónde se estaban metiendo? Ese pensamiento

estuvo a punto de volverme loca pero continué moviéndome de manera mecánica. Escuchaba varias voces soltando improperios y gritando que nos detuviésemos.

Cinco pasos por delante de mí terminaba la zona en sombra y se abría paso el sol. Cuatro pasos, tres pasos, dos pasos, uno... la luz del sol me inundó con tanta fuerza que tuve que cerrar los ojos. Noté cómo el calor me atravesaba la ropa y la piel de manera instantánea. A través de los párpados veía una mancha morada. Me detuve, hinchando de aire los pulmones. Noté cómo latía la palma de mi mano. Abrí los ojos y me giré. Isaak se había detenido a dos pasos de mí, en el límite de la zona sombreada. Estaba quieto, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Ahora que lo tenía tan cerca, juraría que medía más de dos metros, tal vez dos treinta. ¿Podría cambiar su aspecto físico a su antojo, como Orlando? Pero era su rostro, no su dimensión, lo que me asustó: tenía el rostro deformado en una mueca grotesca, las comisuras de la boca levantadas como hacen los perros antes de atacar. Y sus ojos, Dios, sus ojos tenían las pupilas desmesuradamente dilatadas y ocupaban prácticamente todo el globo ocular. Estaba rabioso pero, por algún motivo, no se decidía a dar un paso más hacia el sol. Tal vez la luz solar le afectara. No recordaba haberle visto a plena luz diurna, pero la ira y frustración que teñían su cara hablaban por sí solas.

—¿Qué coño hacéis aquí? ¿Estáis locos? —escuché detrás del animal en el que se había convertido Isaak. Moví la cabeza a un lado y comprobé que los dos vigilantes jurados, a los que se había unido, unos cuantos metros por detrás, el operario que nos había visto al principio, estaban a punto de llegar hasta nosotros.

Isaak inclinó la cabeza hacia mí y yo di un paso hacia atrás, atemorizada. Entonces se encaminó, sin dejar de mirarme, hacia la columna más cercana a nosotros, la rodeó y se escondió detrás. Lo último que pude ver de él fueron sus manos, antes de esconderse tras la columna; se habían vuelto negras como si hubiera llevado guantes.

Sólo que en ningún momento los había llevado.

—Oye, tú, no te muevas —me espetó el primer vigilante que había llegado a mi posición. Yo levanté las manos, como en las películas, dando a entender que no pensaba moverme. Aunque hubiera querido, no habría podido salir corriendo, estaba exhausta, agotada, me dolían las piernas y el pecho, del miedo acumulado y el esfuerzo exigido a mi pobre cuerpo. El otro vigilante se dirigió directamente hacia la columna tras la que se había ocultado Isaak; la rodeó y apareció al otro lado, observando asombrado a su compañero.

–Se ha largado. Pero no puede ser, no le he visto salir de aquí.

El que estaba junto a mí levantó los hombros y me agarró imperiosamente por el brazo.

–Venga, salimos ahora mismo todos de aquí.

Pegué un tirón para desembarazarme de su mano y le dije:

–Ni me toques.

Yo fui la primera asombrada por el tono de furia de mi voz, pero no la única: el vigilante levantó ambas manos.

–Eh, eh, eh, calma, tranquila, ¿vale? Sólo digo que nos movamos de aquí porque va a venir un tren.

El operario había llegado hasta nosotros.

–Todo el mundo fuera, que tengo un tren pidiendo paso. Fuera o la liamos.

Echamos a andar los cuatro hacia el andén. El segundo vigilante había rodeado varias veces más las columnas e incluso mirado alrededor y caminaba a nuestro lado rascándose la cabeza. Estaba segura de que Isaak no se había ido del lugar y estaba allí, convertido en sombra, viendo cómo nos alejábamos. Lo notaba en mi nuca, en los pelos erizados de mis brazos. Sólo porque iba acompañada de aquellos tres desconocidos acepté volver a entrar en la zona sombreada. Además, del edificio habían salido otros dos hombres y una mujer y contemplaban curiosos la escena. Eran demasiados testigos para que hiciera nada. Por fin respiré tranquila.

Justo cuando metía la llave en la cerradura del piso escuché las voces. Eran dos, una masculina y otra femenina. La de la chica pertenecía a Elisa, no me cabía duda. Pero la otra era desconocida. Lo que menos necesitaba ahora era tener que mostrarme educada con desconocidos o amigos de Elisa. Me había librado de milagro de una multa en la estación, pero había tenido que dar unas cuantas explicaciones, la mayoría falsas, acerca de por qué había saltado a las vías. La sangre de mi mano derecha era tan escandalosa que debió de asustar a alguno de los trabajadores de la estación y se limitaron a hacerme una cura de emergencia y vendarme la mano. Me regañaron un poco y luego me dejaron ir. Después, ya a solas, mi cabeza bullía con todo lo sucedido, desde que la noche anterior hubiera hablado con Lila. Lo que ella me había contado, más la visita inesperada de Isaak, había ido poniendo pequeñas piezas del puzzle en su sitio. Necesitaba procesar toda esa información para tomar una decisión.

Al menos, aquello me había servido para salir de mi mutismo emocional. Por fin me sentía viva de nuevo. Y eso ya era mucho.

Completé el giro de la llave y dejé que la puerta se abriese sola. En el salón, de pie ambos, estaban Elisa y un chico, alto y delgado, vestido con una camiseta negra y unos vaqueros desgastados. Llevaba un maletín en la mano, como de profesor. Me miraron. Reparé en que Elisa se frotaba las manos despacio, cosa que sólo hacía cuando estaba nerviosa. El chico me escrutó con curiosidad. Llevaba unas gafas redondas, de montura metálica, que brillaban sobre el color cerúleo e insano de su rostro.

—Emma —dijo Elisa—, este chico pregunta por Pers. ¿Sabes cuándo volverá?

Los latidos de mi corazón debían haberse escuchado en medio del pesado silencio que se hizo tras la pregunta de Elisa. Yo me limité a subir las cejas y negar con la cabeza, desesperada por fingir indiferencia.

—Mmm... dijo que se iba al Blue Bay. ¿No ha vuelto ya?

—No, y creo que había quedado con este chico.

El chico de gafas asintió. Seguía mirándome demasiado fijamente.

—Pues ni idea. De todas formas, con lo rara que está últimamente esta chica, cualquiera sabe —dije yo. Mi cortina de humo funcionó: el chico se volvió a mirar a Elisa.

—¿Rara? —dijo—. ¿Es que se comporta de manera extraña últimamente?

Elisa asintió. Debía de estar alucinando, igual que yo. ¿Quién era ese tipo?

—Sí. Su hermano murió hace unas semanas y no lo ha superado todavía. Aunque creo que ya debería haber comenzado a integrarse en la vida ordinaria.

—Seguro —dije, dirigiéndome a Elisa, pero mirando al extraño— que está a punto de recuperarse del todo.

—¿Tú crees? Eso espero porque está insoportable.

Asentí. Había captado el mensaje. Entonces el extraño reparó en el vendaje de mi mano.

—¿Qué te ha pasado ahí?

Elisa se fijó también y me interrogó con la mirada.

—Nada. Un cristal. De un vaso roto. En la cafetería de la facultad. No es nada.

El chico volvió a asentir. En ese momento reparé en que tenía la puerta abierta todavía, con la mano apoyada en la llave que seguía metida en la cerradura. Quité la llave, la guardé en mi bolso y cerré la puerta tras de mí. Puse el bolso sobre la ménsula que teníamos adosada a la pared tras la puerta, donde poníamos las llaves, y le pregunté:

—¿De qué la conoces?

—De Facebook. Habíamos quedado aquí. Quería hablarle de una amiga común.

—¿Ah, sí? ¿Facebook? ¿Una amiga, dices? ¿De Málaga?

El chico negó con la cabeza.

—De Mallorca. Me dio esto para ella.

Señaló algo que había estado oculto tras el sofá pero que ahora podía ver. Una maleta azul, Samsonite.

Oliva.

—Bueno, pues cuando llegue se lo diremos. Que has estado aquí y que le traes recuerdos de una amiga.

—No exactamente. Nuestra amiga común murió hace dos noches.

Una bola de fuego me creció en el centro del estómago. Tuve que apretar los labios para sofocar la pregunta que estuvo a punto de formularse de manera automática en mi

boca. Logré asentir, como si tal cosa, porque me concentré en poner miles de kilómetros de distancia entre mis sentimientos y el papel que estaba representando en esos momentos.

—Vaya, pues lo siento. Se lo diremos, ¿verdad Eli?

Elisa asintió nerviosamente. El chico miró alrededor, como buscando algo. Fuera lo que fuera, no pareció encontrarlo, así que se encaminó hacia la puerta. Yo me eché a un lado, dejándole pasar. Desde el rellano, nos miró como para decir algo, pero se calló y se alejó, escaleras abajo. Cerré la puerta con cuidado y luego miré a Elisa.

—¿Quién era este tío? —pregunté, bajando la voz.

—No tengo ni idea, pero no me gustó un pelo. Entró preguntando por ti y dijo que te traía la maleta que se había llevado la otra chica, la de Nueva York...

—Oliva.

—...y que le había pedido que te la devolviera. Me dijo que te conocía, pero luego, hablando, dijo eso de Facebook, y yo sé que nunca has utilizado Facebook. Y entonces escuché la cerradura en la puerta. Pensé que sería una buena idea comprobar si de verdad te conocía.

—Qué lista eres.

—Sí, en cuanto lo ha dicho yo también me he asustado. ¿Quién es, Pers, qué quiere de ti?

No tenía ni idea. Abrí la maleta y comprobé que estaban todas mis cosas allí, aparentemente sin revolver. En la etiqueta que colgaba del asa de la maleta seguía la dirección del piso y el nombre de Elisa. Así había dado conmigo.

Pobre Oliva. Nunca sabría con qué incorpóreo se había cruzado en Nueva York. Porque no tenía ninguna duda de que había sido atacada por uno de ellos. ¿Isaak? Tal vez.

Elisa se sentó junto a mí en el sofá y me tocó cariñosamente el brazo.

—¿Qué tal te encuentras tú? Pers, yo... siento la discusión del otro día, no debía haberte presionado, sé que lo estás pasando mal, pero he estado muy angustiada por ti y...

La abracé con fuerza y nos quedamos unos segundos en silencio. Cuando nos separamos, tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—Estoy bien, *ahora* estoy bien. No sé, me siento como si hubiera estado ausente, o dormida, todo este tiempo. No podía reaccionar a ningún estímulo.

—Lo sé, era evidente.

—No creo que esté recuperada del todo, pero al menos sé que sigo viva.

—Y sabes que te queremos. Emma, a su manera, pero también. Max y yo hemos estado muy preocupados por ti.

—Bueno, no creo que Max se preocupe ahora por nada que no sea Lucy, ¿no?

Elisa soltó una carcajada, que tenía más de liberación de los nervios acumulados que de reír la supuesta gracia de mi comentario.

—Sí, de eso también hay. Oye, Emma nos está esperando para cenar en el Mercado de San Miguel. No estábamos seguras de que quisieras venir, pero ¿te apetecería?

Asentí.

—Claro. Me vendría bien dar un paseo luego, ¿querrás?

—Por supuesto que sí. Además, supongo que necesitarás un rato para explicarme dónde has pasado la noche.

Ah, sí. Nada, dije para mis adentros, tranquilamente en el salón fantasmagórico de una mansión abandonada, después de hablar con un espectro con la apariencia de preciosa muñeca china. Nada del otro mundo, vamos.

—Ya hablaremos de eso. Vamos, si nos está esperando Emma.

Esa noche cenamos en el Mercado de San Miguel, bajo su enorme cubierta de metal. Había puestos de todo tipo: de vinos, ostras, mojitos... Era sábado, julio, y el lugar estaba abarrotado. A través de las paredes de cristal podía ver que el centro hervía de curiosos, turistas, grupos de jóvenes para los que acababa de comenzar lo mejor del día, parejas de paseantes septuagenarios, otras parejitas, más jóvenes, sacando a pasear al perro. Todavía hacía calor y en algunas de las calles más estrechas de aquella zona de la capital no cabía ni un gramo de aire. Emma llevaba esperando un rato, con mesa reservada, lo cual era un logro. Cenamos varias tapas y ostras, vinos blancos y algunos mojitos, excentricidades de las chicas. Yo no comí mucho, pero al menos lo intenté, un gran avance por mi parte. No dejaba de preguntarme si Gabriel conocería este sitio. Y cuando pensaba en él, notaba un dolor agudo en un costado, como si alguien me estuviera clavando un dedo en un lugar muy concreto de mi anatomía, recordándome el vacío que había dejado Gabriel.

No se le puede hacer eso a alguien, no se puede entrar avasallando en la vida de uno e

inundarlo todo, para retirarse después y desaparecer, dejando una tierra desolada y muerta.

A pesar de ello, pese a que mis pensamientos tomaban esa deriva a la menor posibilidad, había tomado la decisión de esforzarme en convivir con las chicas. Intenté responder cuando me preguntaban algo, participar en conversaciones, requerir su presencia a mi lado y, sobre todo, darme cuenta del bien que me hacía estar con ellas. La persecución de Isaak había insuflado algo de vida en mis terminaciones nerviosas; ahora quedaba el período de cicatrización. No tenía ningún plan. No sabía qué sería de mí al día siguiente o si tendría que esperar veinte años para volver a ver a Gabriel. Seguro que no; algo me decía que él no esperaría tanto tiempo.

Cuando salimos del mercado, yo era la única que no había probado ninguna copa de vino, así que cuando les pedí que diéramos un paseo, las dos me dijeron que les vendría muy bien caminar para despejarse. Abandonamos el Mercado de San Miguel, justo cuando entraban auténticas mareas humanas, y bajamos por la calle Mayor hacia el Palacio de Oriente. Torcimos a la derecha por Bailén y pasamos delante de la Catedral de La Almudena, un bello pastel blanco iluminado. Dejamos atrás los Jardines de Lepanto y paseamos por la Plaza de Oriente. Estaba saliendo gente del Teatro Real, tras finalizar una ópera, a juzgar por los vestidos y trajes. Frente al Palacio Real se condensaban los paseantes. Nosotras nos apoyamos en la barandilla que daba a los Jardines del Campo del Moro, con una vista extensa a nuestros pies. Las luces más lejanas del horizonte debían pertenecer a Pozuelo, ya fuera de los límites de Madrid. Era una vista muy bella.

Sí, se la enseñaría a Gabriel cuando volviera a verlo, si es que volvía a verlo alguna vez. Estaba segura de que volvería a cruzarme con él en mi vida, aunque fuera dentro de cincuenta años. Ese pequeño detalle de la conversación con Lila no se me había escapado. Lo tenía bien clavado en el costado, junto a tantas otras cosas.

Cuando propuse a las chicas regresar caminando al piso, ambas se sintieron súbitamente cansadas. Elisa dijo que le molestaba la pierna —de hecho, su cojera se había acentuado en los últimos quinientos metros—, así que paramos un taxi y le pedimos que nos llevara a la calle Cervantes. Cuando llegamos, antes de haber descendido las tres del coche, una pareja ya estaba esperando para utilizarlo después. Y es que nuestra calle estaba de todo menos solitaria a esas horas.

Elisa y Emma habían tenido un ataque de risa floja en el interior del coche y todavía les duraba cuando nos bajamos. Abrí yo el portal, sonriendo ante las tonterías que se

decían la una a la otra. En ese momento alguien llamó a Emma. Las tres nos volvimos. Se trataba de un compañero de Emma de la facultad, alguien que había estado en casa alguna vez pero de quien no recordaba el nombre. Subía por la calle hacia nosotras, saludando con la mano. Alto, atlético, repeinado, el candidato perfecto para Emma.

—Os he visto bajar del taxi. ¿Qué tal estás? —dijo a Emma. Aunque en teoría se dirigía a las tres, era evidente que sólo quería hablar con Emma—. Voy con unos amigos a la taberna de Los Gatos. ¿Te vienes? Bueno —con la mano describió un arco para incluirnos a Elisa y a mí—, quería decir si os venís.

—¡Claro! —contestó Emma.

—No, gracias, prefiero subir a descansar —dije yo.

—Yo también paso, no me ha sentado bien la cena.

Miré a Elisa:

—Eli, quédate con Emma, no hace falta que me acompañes.

—Eres tú la que vas a tener que acompañarme. Creo que voy a vomitar.

Elisa se echó mano al estómago. Me fijé en que estaba ligeramente gris y con unas marcadas ojeras bajo los ojos.

—Está bien, pues vamos.

—Chicas, Elisa, ¿seguro que no vienes? —insistió Emma. Pensé que haberme vuelto invisible era el precio a pagar por mi autoimpuesto aislamiento. No me importó, la verdad. Además, Elisa negó con la cabeza.

—Me subo con Pers. Hasta mañana.

Yo había estado sujetando la puerta abierta con la mano y Elisa se coló dentro antes de que Emma pudiera responder. Yo la miré, me encogí de hombros y me despedí también con un gesto de la mano. Escuché como Emma se alejaba con aquel chico... ¿cómo se llamaba?

Elisa apretó el interruptor del portal, pero sólo se encendieron las luces de los rellanos de la escalera. La del fondo del portal, donde estaba el cuarto de las basuras y el patio, no respondió y aquella parte permaneció sumida en la oscuridad. Subimos lentamente las dos; ella iba cogida de mi brazo porque cojeaba bastante. Nos detuvimos un par de veces a mitad del trayecto, porque le asaltaron fuertes náuseas y tuvo que taparse la boca con la mano, dominando el impulso de vomitar allí mismo.

Cuando abrí la puerta de casa, Elisa se dirigió directamente al sofá y se sentó en él, reclinando la cabeza sobre el respaldo. Iba a preguntarle si quería una manzanilla cuando

escuché un ruido detrás de mí, que venía del descansillo. Todavía tenía la puerta abierta y asomé la cabeza, pero había terminado el ciclo del interruptor automático y se había apagado la luz. Volví a escuchar un sonido, esta vez algo más cerca, y decidí cerrar.

No pude llegar a hacerlo.

Noté un fuerte golpe a través de la puerta que impactó en mi hombro y me lanzó al suelo. La puerta se abrió con violencia y golpeó la pequeña consola que estaba atornillada en la pared de detrás. Sonó un ruido parecido a madera partida y la puerta rebotó hacia delante, aunque con menos empuje. No había tenido tiempo de pensar qué pasaba cuando una mano se agarró con firmeza al quicio. Tras la mano apareció un brazo y, después, un hombre, que entró en el piso y cerró tras él. Luego apoyó la espalda en la puerta y me miró. Si yo tenía cara de terror, la suya no indicaba menos miedo.

Era el chico de gafas que había estado aquella tarde en el piso, preguntando por mí. La voz de Elisa llegó temblorosa hasta nosotros desde el salón:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

No supe si me dirigía a mí la pregunta o al intruso porque, desde su posición, no lo había visto aún. Obtuve la respuesta enseguida, cuando pegó un pequeño grito. Giré la cabeza. Elisa estaba de pie, junto al sofá, tapándose la boca con ambas manos, y miraba con ojos desbocados al hombre de gafas.

Éste temblaba de los pies a la cabeza y alternaba sus ojos de Elisa a mí, de mí a Elisa y vuelta a empezar. De pronto metió la mano en el mismo maletín de profesor que llevaba por la tarde y sacó una pistola pequeña y negra. Era la primera vez en mi vida que veía una pistola de cerca. Me apuntó a mí, que seguía sentada en el suelo. Me pasó por la cabeza la idea de que iba a robarnos, a violarnos o no sabía qué, pero algo en su evidente falta de autocontrol sugería que aquella situación era nueva también para él y que, probablemente, estuviera relacionado con la visita de aquella tarde.

Gateé de espaldas, alejándome de él, en dirección al sofá.

—Tú, siéntate —dijo el hombre a Elisa. Ella obedeció como un autómata. Cuando mi espalda topó con el sofá, trepé a él y también me senté.

—¿Qué... qué quieres? —intenté que mi voz denotase firmeza. Eso es lo que hacen en las películas, ¿no? Estaba aterrorizada y, sin embargo, la escena tenía algo de irreal. Paradójico, teniendo en cuenta lo inverosímil de mis últimas experiencias.

—Una... una de las dos es Perséfone, lo sé, os he escuchado cuando habéis entrado en el portal. Pero ¿cuál de las dos? ¿Quién lo es? ¿Quién?

El hombre temblaba tanto que la pistola oscilaba peligrosamente en la mano. Se le podía disparar fortuitamente y aquello terminaría en tragedia. Escuché un sonido gutural a mi lado. Elisa estaba vomitando la cena a los pies del sofá. El extraño puso cara de asco y se tapó la nariz con la mano libre. Movié la pistola para apuntar a Elisa.

—¿E-eres tú?

Elisa, al ver que la apuntaba, arqueó la espalda con un nuevo espasmo y volvió a vomitar. Levanté la voz por encima de sus sonoras arcadas:

—Yo soy Perséfone. Es a mí a quien buscas.

El olor dulzón y agrio del vómito de Elisa inundó la habitación.

—Entonces tú sabes lo que quiero —dijo el extraño, con una voz aún más temblorosa que la mía.

—No tengo ni puta idea, pero cógelo y lárgate, ¿de acuerdo?

—¡ELLOS! ¡LOS QUIERO A ELLOS!

Al gritar, el extraño había transformado su cara en una mueca furiosa de ira. Ahora era a mí a quien subían las oleadas de náuseas por la garganta, aunque no tenía nada que ver con la cena. Levantó más la mano que sujetaba la pistola, como si pensara clavármela en la frente. Escuché, muy debilitada, la voz de Elisa a mi lado:

—Lo que sea, cógelo y lárgate. Va a venir más gente ahora al piso, así que lárgate antes.

El hombre no hizo ademán de estar prestando atención a Elisa. Sus ojos enfermizos y afiebrados seguían clavados en mí. Ahora parecía disgustado, no iracundo, e impaciente. Hablaba con rapidez nerviosa:

—Lo sé todo. Me lo contó tu amiga. Es increíble que tú hayas estado con ellos y sobrevivas. Increíble. Pero también me darás eso, lo que te ha permitido sobrevivir.

—No sé de qué estás hablando.

—¡NO ME MIENTAS!

Con el grito, su rostro se contrajo en un rictus de furia y decidí no volver a andar con ambages; era evidente que no podía seguir disimulando y ambos sabíamos de qué estábamos hablando. Mi voz temblaba tanto que me costaba formar las palabras de manera inteligible.

—Está bien, vale, ya lo entiendo. Pero tranquilízate, por favor. Te contaré todo lo que quieras saber de ellos. Te daré lo que sea, pero no nos hagas daño. Tienes un arma en la mano y estás muy alterado. Si... si disparas, la cosa va a ser peor.

—Para empezar, quiero saber cómo se llaman a sí mismos.

—¿Ellos?

—Sí, ¡joder!, ¿quién si no?

—Vale, vale, te lo diré. Pero tranquilízate. Incorpóreos.

El hombre echó la cabeza hacia atrás, como si le hubiera impactado mi contestación. Pude fijarme entonces en que su frente, las sienes, la piel alrededor de sus labios, brillaba de sudor.

—Incorpóreos. ¿Por qué? Cuando están entre nosotros son físicos, ¿verdad?

—Sí, como tú y yo.

—Y ¿cómo pueden moverse entre los dos mundos?

—Se... evaporan. Ellos lo llaman migraciones.

—¿Pueden hacerlo a su antojo?

—Sí, creo.

—¿Has visto alguna?

—Mmm...—y la he experimentado— ...sí, he visto una.

El hombre se sobreexcitó al oír aquello y se acercó a mí, poniendo la punta del cañón de la pistola a unos centímetros de mi cuello. Apoyó la rodilla en el sofá entre mis piernas. Yo me eché hacia atrás todo lo que pude. El aliento de su respiración agitada inundaba mis fosas nasales y me estaba dando mucho asco.

—¿Y cómo es? ¿Qué... qué ocurre? Lo has visto.... ¡tú has visto una de esas transformaciones!

—Sí, yo..., eeh..., por favor, aparta eso de mí.

Señalé la pistola, pero no me hizo caso.

—Habla, venga, dime... ¿cómo es que tú has sobrevivido al ataque de uno y tu amiga no?

—¿Te refieres a Oliva?

—¡CÁLLATE! —gritó furioso—. Las preguntas las hago yo. Contesta. ¿Cómo sobreviviste? ¿No serás uno de ellos?

Le mostré el escorpión de ónice que llevaba colgado al cuello, bajo mi blusa. Él acercó la cara para verlo de cerca. Algo se movió detrás de él, pero, antes de que pudiera comprender nada, una sombra rápida se echó encima de él, por la espalda, y lo empujó contra mí, aplastándome. Su cabeza chocó fuertemente contra mi barbilla y sentí una fuente de dolor agudo que se desparramó rápidamente por mi cabeza, pero, sobre todo, a través de los huesos del cráneo y las encías, como ríos de lava. Mis ojos se llenaron de

lágrimas. Entonces noté que su peso había desaparecido. Abrí los ojos: el hombre se había levantado y estaba sujetando a Elisa por el cuello. Ella le tiraba del pelo hacia atrás, buscando liberarse de sus manos. Forcejearon unos segundos, sin hablar, profiriendo gruñidos y jadeos, hasta que el hombre describió un arco con su puño derecho, impulsándolo desde lo más atrás que pudo y lo descargó con toda su fuerza sobre el lateral de la cabeza de Elisa, que recibió el puñetazo en toda su plenitud. Se desplomó casi como un pelele, chocando la cabeza y el hombro ruidosamente contra el suelo. Se quedó quieta.

Aterrorizada, miré al hombre, que se frotaba la nuca con la misma mano con la que había golpeado a Elisa. Me di cuenta entonces de que ésa era la mano que había sujetado la pistola unos segundos antes y que ahora estaba libre, con lo cual... giré la cabeza, buscando frenéticamente la pistola en algún punto entre el hombre, Elisa y yo. La descubrí tirada junto a los pies de Elisa, a un metro de mí. Me abalancé sobre ella, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos extendidas, pero en mi campo de visión aparecieron instantáneamente sus dos manos, que llegaron antes a la pistola. Se me ocurrió agarrar sus muñecas y tirar hacia abajo con todas mis fuerzas. Logré desequilibrarle, lo mismo que me ocurrió a mí, y caímos los dos al suelo, él con medio cuerpo sobre mí. De alguna manera, animal y refleja, me revolví en el suelo más rápidamente que él, de forma que le di un empujón con mi hombro derecho, que lanzó un agudo destello de dolor, y me aparté de él lo suficiente para poder levantarme, lo más deprisa que pude. Le escuché gruñir detrás de mí mientras me incorporaba completamente y daba un paso hacia la puerta de salida del piso. Alcancé el picaporte, lo abrí, empujé la puerta y salí al descansillo. En ese momento, noté cómo se abalanzaba sobre mi costado derecho, como si hubiera saltado desde detrás para impedirme huir, y caímos los dos hacia delante, en el descansillo. Él rodó sobre su cuerpo y yo me quedé sentada, agarrada al marco de la puerta. Nos miramos un segundo. Tenía el rostro contraído en una mueca espantosa de furia y locura y tuve la certeza de que no me dejaría escapar con vida jamás si no le daba lo que buscaba. En ese segundo de tregua que nos dimos, respirando los dos al unísono como dos animales jadeantes, calibré la situación: yo estaba más cerca del interior del piso, pero pensé que no me daría tiempo a entrar, cerrar la puerta y atrancarla para que aquel animal no pudiera entrar. Y él estaba bloqueando las escaleras de bajada al portal, con lo cual también estaba imposibilitada esa vía de escape. Comenzó a revolverse, preparándose para saltar sobre mí de nuevo,

cuando me di cuenta de que mis dedos estaban tocando algo frío tirado en el suelo. Eran mis llaves de casa, que debían haber caído al suelo cuando el hombre pegó el empujón a la puerta para entrar, al comienzo de aquella pesadilla. Recordaba llevarlas en la mano justo antes de caer al suelo.

Tuve una idea.

Inspiré aire profundamente, agarré las llaves con los dedos, me levanté de un salto, sin dejar de mirarle, y comencé a subir por las escaleras que quedaban entre el hombre y yo. En el escaso segundo que tardé en iniciar mis movimientos y subir el primer peldaño, comprobé que me miraba con las cejas enarcadas, sorprendido con mi reacción. Luego ya no lo miré más, porque comencé a subir lo más rápido que pude, con las piernas doloridas. Al llegar al rellano del quinto, pegué un manotazo en el interruptor de la luz, sin detener ni aminorar la velocidad, y subí el siguiente tramo de escaleras. Un breve rellano más y encaré el último tramo, pero antes asomé la cabeza por encima de la barandilla. A través del hueco de las escaleras comprobé que el hombre se había repuesto de la sorpresa y estaba subiendo deprisa. Solté un grito y comencé a buscar, de las llaves contenidas en mi llavero, la que abría la puerta del estudio. Giré por el pasillo que conducía a los distintos trasteros. La quinta puerta a la izquierda era la del mío; me lancé sobre ella, a punto de sufrir un infarto agudo. Me dolía el cuerpo en varias zonas inidentificables, un dolor mezclado con una amalgama de sensaciones desagradables de las que sobresalía el pánico a que aquel hombre me diera alcance antes de haber abierto la puerta. Metí la llave al tiempo que oía crujir los peldaños del último tramo de escaleras; giré la llave; escuché su respiración demasiado cerca; se atascó, más crujidos cercanos; por fin la llave completó el giro y abrí la puerta, entré a oscuras y apoyé las manos en ella para cerrar, pero cuando estaba a unos centímetros de lograr mi objetivo, el hombre la golpeó fuertemente por el otro lado, impidiendo que lo consiguiese. Apoyé todo mi peso en la puerta y pude moverla unos centímetros; él debió de hacer lo mismo y durante unos momentos la puerta quedó encajada entre ambos cuerpos. Yo me volví, apoyando las palmas de las manos en la puerta y separando la espalda, para aplicar toda la fuerza que pude a través de las manos. Era imposible: no sólo no lograba cerrar la puerta, sino que veía cómo ésta se iba abriendo centímetro a centímetro. Apreté las mandíbulas y empujé más fuerte...

...hasta que el intruso pegó un último empujón, que me desestabilizó, y abrió del todo la puerta. Yo caí al suelo sentada, el llavero junto a la puerta. El hombre entró con

rapidez, cerró la puerta, giró el viejo conmutador de luz, se agachó para coger el llavero y cerró por dentro. Luego se guardó el llavero en el bolsillo de sus vaqueros. Y me miró.

Sinceramente, ése fue el momento que yo escogí para rendirme. Me di por vencida. No sabía quién era aquel hombre pero, evidentemente, la obsesión que le movía era mucho más poderosa que mis inútiles intentos de escapar de él.

—Ahora tú y yo vamos a charlar durante un rato sin volver a ser molestados, ¿verdad? —dijo con la respiración entrecortada—. Porque si no, me obligarás a matarte como le ha pasado a la zorra de tu amiga.

Dios mío, Elisa, no podía ser.

—No creo que la hayas matado... —el hilillo de voz que me salió contradecía el contenido de mis palabras. No era posible que aquel animal la hubiera matado.

—No tengo ni idea de si está muerta o no y me importa una mierda. Sólo te estoy aconsejando: pórtate bien y dame lo que estoy buscando o te pasará lo mismo que a ella.

—Yo no te puedo dar a los incorpóreos. Ni siquiera sé dónde encontrarlos. También los estoy buscando pero son ellos los que dan contigo.

—¡YA LO SÉ! —gritó—. ¿Crees que soy gilipollas? Tú me servirás de reclamo. Ellos se acercarán a ti y yo estaré esperando.

Pensé que seguirle la corriente me daría alguna oportunidad. Tenía que conseguir que siguiera hablando, para intentar tranquilizarlo.

—¿Y qué quieres de ellos?

Se encogió de hombros, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Pero qué imbéciles podéis llegar a ser las mujeres. Muy sencillo: todo. Lo quiero todo de ellos.

En otra situación, sus palabras me habrían molestado y hecho reaccionar. Pero sabía que me encontraba ante un demente, así que ni siquiera lo consideré un agravio.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué te sirven?

El intruso dejó resbalar la espalda por la puerta hasta quedarse sentado en el suelo, frente a mí. Tardó un minuto en responder.

—¿Por qué siempre tengo que contestar a esa pregunta? ¿Qué más os da lo que quiera de ellos? Es asunto mío. Mío y de ellos. Me deben algo.

—¿A ti? ¿Qué?

El hombre me mostró la cara interna de su muñeca izquierda. A la escasa luz del estudio pude ver unas formas borrosas y quebradas, alargadas.

—¿Son cicatrices?

—Claro. ¿Qué iban a ser si no?

Varias piezas del Tetris encajaron.

—Tú has estado al otro lado, los has visto, ¿verdad? Por eso estás tan obsesionado con ellos.

Eso era. Aquel demente había debido intentar suicidarse tiempo atrás, a juzgar por sus cicatrices y, si estuvo a punto de morir, vería a algunos incorpóreos. Estaba segura.

Pero el hombre meneó la cabeza.

—No. Hace quince años mi novia y yo hicimos un pacto. Íbamos a morir juntos. Íbamos a llevarlo a cabo en su casa. Pero sus padres nos pillaron. Sólo nos había dado tiempo a cortar sus muñecas y una de las mías. Ella estuvo ingresada en el hospital. Me contó que había estado en el túnel de luz y que había visto las sombras. Aquella fue la primera vez que escuché la historia. Por supuesto, nadie más la creyó.

—Y ¿dónde está tu novia ahora?

—Murió en el hospital. Nos dijeron que había sufrido una recaída, relacionada con la pérdida de sangre y, cinco días después de nuestro pacto frustrado, murió. Pero sólo yo sé la verdad —se inclinó hacia delante— y a ti te la puedo contar, porque sólo tú me vas a entender. Yo la vi, a ella. Pude ver lo que hizo con Clara.

—Tu novia.

Asintió. Se acercó más a mí y su voz adquirió un tinte menos agresivo.

—Clara. Estábamos solos en la habitación ella y yo. Mis padres iban a recogerme en la puerta del hospital en veinte minutos. Ya había oscurecido fuera. Habíamos estado leyendo unos Tintín que le había llevado. Mis padres habían discutido con los suyos, por lo de los cortes. Todos estaban convencidos de que había sido idea mía, pero no fue así. La idea fue suya. Yo me limité a decirle que la seguiría adonde fuera. Pero, como te he dicho, no nos dio tiempo a completar el pacto. No habíamos encendido la luz de la habitación. Era una de esas clínicas de ricos donde las habitaciones son para un único enfermo. Estábamos mirando en silencio los dos el televisor, que tenía el sonido apagado. No la oímos entrar. Debía de tener unos seis o siete años. Era rubia, una muñeca, preciosa. Yo no la había visto nunca, pero Clara sí, porque se alegró de verla. Me dijo que la había conocido en la clínica, dos días atrás. Que había venido a visitarla varias veces, siempre al oscurecer, mientras su madre cenaba en la cafetería. No recuerdo el nombre de la niña. He pasado muchas noches en blanco desde entonces, intentando

recordar el nombre de la niña, pero no hay forma, es como si tuviera un torniquete en esa parte del cerebro, que impidiera que todos los recuerdos salieran a la luz. No sé.

Detuvo un momento su narración, mirando al suelo. Luego prosiguió:

—La niña aquella se acercó a Clara, se subió a su cama y se puso de rodillas al lado de Clara. Luego se inclinó sobre ella y, sin que ninguno de los dos moviera un dedo, la asesinó —el hombre me miró tan fijamente que me dieron escalofríos—. ¿Los has visto alguna vez hacerlo? Es muy limpio. Nada que ver con la mitología de los vampiros. Es más... higiénico, porque no hay sangre de por medio. Simplemente se inclinó sobre ella, como si fuera a darle un beso de buenas noches. Se detuvo a varios centímetros de su boca. Se la abrió con la mano y aspiró. Aspiró lentamente. Succionó su vida. No salió un hálito turbio, ni nebuloso, nada visible. Claro que sólo tenía quince años por entonces, y a lo mejor ése es uno de los recuerdos que tengo atornillados. Pero juraría que la vida que salió de su boca era invisible a los ojos. Cuando la niña acabó, cerró cuidadosamente la boca de Clara y me miró. Ya no era una niña dulce de aspecto angelical. Sus ojos... sus ojos...

Entonces comenzó a sollozar, sin mucho quejido, casi en silencio. Se secaba las lágrimas y los mocos con el dorso de la mano.

—Sus ojos se volvieron tan negros como la noche. El demonio que era se había despojado del disfraz y se mostró ante mí en plena totalidad de su espeluznante naturaleza. Luego toda ella se oscureció hasta que desapareció. Subió hacia el techo o salió por la ventana o algo así y se mezcló con la noche. Esa parte no la tengo definida. Creo que la he recompuesto a base de mis pesadillas, más que a partir de lo que realmente vi. ¿Sabes que no puedo dormir con las luces apagadas?

Ni yo tampoco, hubiera querido decirle, pero no estaba dispuesta a sentir ni un solo gramo de empatía por aquel demente. Aunque los dos hubiéramos sido víctimas de los incorpóreos.

—¿Y buscas venganza?

—Busco explicaciones. Quiero saber por qué le hicieron eso.

—¿Y qué te hace pensar que hay un motivo? ¿Y si simplemente lo hacen para sobrevivir?

—¿Los estás defendiendo?

—¡No! Aquello fue un asesinato injustificable, pero tal vez no exista ninguna razón por la que la escogieron a ella en lugar de a ti.

—En lugar de escogerme a mí...

—Sí. No sé por qué. A lo mejor es porque ella los había visto. No lo sé.

—Veo a Clara todas las noches en mis sueños. Siempre he sabido que su muerte está relacionada con el hecho de que los viera. Pero no es la única persona que los ha visto. Naturalmente, la mayoría de las personas que atraviesan una experiencia cercana a la muerte, sólo ven el famoso túnel blanco. Muy pocos ven algo más. Clara fue una de esas personas. Todos aquellos que los ven, mueren después.

—Y si te encontrases con algún incorpóreo, ¿qué harías?

—Le preguntaría muchas cosas. Imagínate, si eres capaz, la fuente de conocimientos que puede haber, una vez traspasado el umbral de la vida y de la muerte.

—No hay tal cosa.

Me miró con una expresión extraña que me hizo arrepentirme al instante de haberle contestado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Yo? Nada, que... probablemente te llevarías una decepción. Nadie sabe lo que hay al otro lado. Quiero decir que...

—Tú has estado —me interrumpió. No me preguntó; lo afirmó.

Comencé a negar con la cabeza, pero demasiado enérgicamente para dar veracidad a mi gesto.

—No sé de qué me hablas...

—Sí, sí lo sabes. No creo que seas uno de ellos, pero sí estás de su parte. Los defiendes. Llevas su amuleto. Te... —se le iluminaron los ojos con un brillo enloquecido— ¡te han llevado! ¡Puede hacerse! ¡Se puede traspasar el umbral si lo haces de su mano!

Se puso de pie, con aquella mirada aterradora en los ojos, boquiabierto. Yo reculé, de nuevo asustada. Por un momento, había pensado que la situación se había calmado, pero estaba fuera de control otra vez. Se arrodilló a mi lado.

—Tú eres la llave, lo que me conducirá a ellos. Con ellos puedo cruzar el umbral, ¿verdad? —intenté negarlo pero no me escuchaba, estaba inmerso en un monólogo consigo mismo poblado de luces y sombras—. Si tú has ido y vuelto, yo también puedo hacerlo, como tú, puedo pedirles que me lleven... ¡no, mejor aún! ¡Puedo obligarlos a que me lleven! ¡Te tengo a ti! Si se niegan a obedecerme, puedo... yo...

Me miró de una forma muy extraña, como si yo no estuviera allí, como si fuera invisible y pudiera ver a través de mí. De la misma manera casi fortuita, me agarró el

cuello con ambas manos y comenzó a apretar con los pulgares. Yo intenté separarle las manos, pero me estaba clavando los dedos fuertemente. Estaba como poseído y creo que su obsesión le proporcionó una fuerza sobrehumana. Dejé de respirar de una manera agónicamente atroz, notando un silbido que subía de mi garganta a la boca y un fuego que me abrasaba por dentro. Pateé el suelo, buscando, creo, darle un rodillazo. Eché las manos hacia delante intentando golpear o arañar su cara para alejarlo de mí, pero sus brazos eran más largos que los míos y su cara quedaba fuera de mi alcance, así que tiré de sus brazos, pero éstos eran de hierro y el hierro se transmitía de sus pulgares a mi garganta. Moví las piernas como una loca, buscando un punto de apoyo para empujarle o, al menos, obligarle a moverse y que, de esa forma, sus dedos perdieran fuerza. En cuanto el maníaco notó mis intentos, se sentó a horcajadas sobre mí de una manera muy extraña, porque logró aprisionar mis piernas con las suyas. Entonces, mi cabeza quedó aprisionada como en un bloque de cemento y noté cómo mis ojos se hinchaban hasta salirse de las órbitas, al igual que mi lengua, luchando desesperadamente por conseguir una molécula de aire que no llegaba a mis pulmones. Iba a perder el conocimiento porque comencé a ver fuertes destellos blancos, cuando una voz sonó en el interior de mi cabeza:

—Lyuba.

El asesino aflojó la presión sobre mi cuello casi instantáneamente. No entendía lo que pasaba, pero había decidido dejarme respirar. Eso era algo.

—¿Qué? —dijo, mirándome.

Apoyó las manos a ambos lados de mi cabeza, a sabiendas de que no podría intentar escapar porque sólo podía toser y notar fuertes náuseas que subían a mi boca. Intenté normalizar la respiración y, a través de mis jadeos, volví a escuchar su voz distorsionada por la locura:

—Repíte lo que has dicho.

Le miré. ¿Me estaba hablando a mí? Intenté vocalizar una negativa a su pregunta, pero la garganta me dolía como si me hubieran dado un fuerte golpe. De pronto, la misma voz que había hablado antes volvió a hacerlo y no provenía ni del asesino ni de mí:

—Ella no ha dicho nada, idiota. *Yo* he dicho *Lyuba*.

Ahora, con el aire fluyendo libremente por mis pulmones, sí pude identificar el punto de origen de aquella voz. Giré la cabeza hacia allí, igual que el demente. El sonido provenía del rincón más alejado del estudio, un hueco en la penumbra al que no llegaba

el radio de acción de la única bombilla, justo donde el ángulo del tejado era más inclinado, tanto que no había podido colocar allí ningún mueble, porque apenas había cuarenta centímetros entre el techo y el suelo.

Pero en aquella oscuridad, *algo* se removió. Una parte se hizo más consistente, más... corpórea y se movió. Se adelantó a la luz. Se hizo visible a nuestros ojos y Orlando emergió de aquella esquina, blanco, radiante, su largo pelo de niña flotando alrededor de sus hombros. Sonreía. Parecía divertido con la escena. Dio varios pasos hacia nosotros hasta asegurarse de que la luz lo mostraba en su totalidad. Hubiera girado la cabeza para comprobar el gesto de sorpresa del demente, pero yo misma no daba crédito. Orlando me miró y dijo:

—Te dije que no te preocuparas por si él cerraba la puerta. No me hace falta que estén abiertas, como ya te habrás dado cuenta.

Mirando al demente, Orlando le dijo:

—Lyuba. Ése es su nombre. ¿No querías saberlo?

El asesino estaba sentado en el suelo, a mi lado, con ojos desorbitados. En la comisura derecha de su boca brillaba un rastro de saliva. Orlando se acercó a él muy despacio, como se hace con un cachorro asustadizo al que se quiere atrapar. Luego inclinó el cuerpo y se quedó en cuclillas a su lado, con los brazos doblados sobre las rodillas.

—La niña que se alimentó de tu novia se llama Lyuba. Puedo llevarte a verla.

El hombre de gafas, el demente que había intentado asesinarme, alargó la mano lentamente para tocar el rostro de Orlando, que le permitió hacerlo sin ningún gesto de incomodidad. Paseó las yemas de los dedos suavemente por los pómulos nevados de Orlando, su frente, el delicado puente de la nariz, la barbilla... Después de retirar los dedos, se quitó las gafas y se frotó los ojos con fuerza. Se colocó las gafas y siguió mirando fijamente a Orlando.

—Dios mío. Dios mío. Estás aquí. Eres real. No puedo creerlo.

—Sí. Tus súplicas han sido escuchadas.

—Llevo tanto tiempo buscándoos, tanto esfuerzo, toda mi vida dedicada a encontraros...

—Y ¿qué es lo que quieres de nosotros?

—Yo...

Me di cuenta de que el demente estaba bloqueado; inutilizado por haberse topado con

su largamente deseado objetivo. Orlando, que se sabía deseado, estaba disfrutando con todo aquello. Cuando habló, lo hizo muy suavemente:

—¿Por qué has venido a mí?

El hombre de gafas titubeó.

—No, eres tú el que has venido... aquí, a este sitio.

—Llevas mucho tiempo forzando un encuentro con nosotros. Has cometido muchos errores en el camino. Muchos inocentes.

—Ellos no importaban. Vosotros estáis por encima de esas pequeñas muertes.

Las palabras del demente me levantaron escalofríos por el cuerpo.

—¿Y qué quieres de nosotros?

—La luz.

—No está en nosotros. Tampoco en ti. Te has equivocado de ruta.

—No, no, me engañas. Sé que puedo hacerlo con vosotros. Quiero ir allí. Muéstrame la verdad.

—¿Estás seguro?

—Sí. Sé que eres el camino que he de seguir para alcanzar la luz.

Orlando le miró con cierto gesto que me pareció compasivo.

—No sabes nada. No lo comprenderás nunca. No está en tu naturaleza comprender. Tienes que aceptarlo y abandonar.

—No lo haré nunca. Abandonar. Nunca.

Orlando giró la cabeza, lanzó un suspiro teatral y me dijo:

—Nunca en la vida me lo habían puesto así de fácil —se giró entonces hacia el hombre y le habló en un tono muy suave, pero que llegó hasta mí—: Lo primero que devoraré serán tus pulmones muertos.

El gesto del demente cambió al pánico más absoluto. Entonces fue Orlando el que extendió la mano hasta tocar el rostro del demente, que no se movió. Desde mi posición, no podía ver el rostro de Orlando, pero sí el del hombre que acababa de intentar asesinarme, con los rasgos descompuestos. Pero había algo más allí, en aquella máscara de miedo primitivo: era algo así como la sombra de un éxtasis no muy lejano. Entonces, las muñecas de Orlando comenzaron a oscurecerse por momentos, gradual pero imparablemente. Al igual que había visto en Gabriel, algo parecido a unos tentáculos negros comenzaron a desarrollarse en torno a su muñeca y su mano, pasando de sus dedos al rostro del demente. En ese momento, Orlando me miró; su pupila, usualmente

anómala, era ahora del tamaño de una nuez; ocupaba por completo sus extraños ojos. Y el blanco de su rostro y su pelo se habían vuelto grisáceos, turbios, como si la paleta de colores que conformaba su cuerpo hubiese comenzado a abandonar el blanco en dirección al negro más absoluto.

—Pers, querida, yo, en tu lugar, no miraría ahora.

Su voz tenía un soniquete metálico. El sonido de la muerte, pensé. Le obedecí: cerré los ojos con fuerza, agachando la cabeza. Hice algo más: me tapé los ojos con las manos mientras comenzaba a sentir una fuerte sensación de frío que emanaba de Orlando. Escuché también cómo el demente comenzaba a respirar entrecortadamente. Una duda insana, estúpida, se me clavó en la cabeza:

—Orlando, espera, ¿sabes cómo se llama?

—No. Pero te lo diré en unos momentos.

La voz que salió de Orlando ya no era humana sino de animal gruñendo desde las profundidades de una cueva profunda, húmeda, de granito...

Me apreté el rostro con las manos, tapándome los oídos para no escuchar el jadeo gutural que salía de la garganta de uno de los dos, de Orlando o del maníaco, no quería saberlo. Entonces, el sonido se alejó de mí, no en distancia paralela al suelo, sino... paralela a la pared, subiendo hacia el techo del estudio, por encima de mi cabeza.

Cometí la imprudencia, la torpeza, de darle alas a mi curiosidad, de no centrarme en lo que era de verdad importante: que algunas cosas relacionadas con los incorpóreos no debían ser vistas por ojos humanos. Separé los dedos de las manos y a través de las rendijas que me proporcionaban, levanté la vista, hacia el punto del que provenían aquellos ruidos extraños, siseantes, agrios y asmáticos. El hombre se debatía con los brazos y las piernas en el aire, pegado al techo. Estaba rodeado e inmovilizado por una especie de sustancia pegajosa y negra que parecía tener vida propia y que ocupaba prácticamente todo el techo. Si aquello era Orlando, lo que debía de ser su cabeza en estado humano estaba junto a la cara del otro, porque una densidad mayor de aquella cosa estaba respirando el aliento del demente. Y se había equivocado, si es que aquello era lo que había visto que le ocurría a la niña Clara de su infancia; se había equivocado porque el hálito de vida que estaba consumiendo Orlando era perfectamente visible: una especie de humo turbio que salía en volutas de la boca del desconocido y desaparecía engullido por aquella masa. El demente no había muerto aún porque escuchaba su agonía y veía sus espasmos.

Cerré los ojos con fuerza, maldiciendo mi curiosidad. Pero también muy consciente de un pequeño detalle que no había pasado por alto: aquella escena, aún siendo atroz y monstruosa, no había suscitado en mí las reacciones que debería. Es decir, no estaba sobrecogida por el terror. Simplemente algo asustada y asqueada. No era tan tétrico y lúgubre como podría haberlo sido antes de mi migración. Ésa era la clave.

Entonces regresó la calma a la habitación, que quedó sumida en una especie de silencio pesado. Abrí los ojos y miré hacia arriba. Todo normal, ni rastro de ningún incorpóreo, del demente o de hálitos turbios. Giré un poco más la cabeza. Orlando estaba sentado a mi lado. Su aspecto había recuperado la normalidad, si es que alguna vez la había tenido. Me fijé en que volvía a tener una apariencia tan masculina, aunque añado, como la primera vez que lo había visto, en la sala de la piscina sobre los cielos de Nueva York. Había cogido un rotulador de mi escritorio –no sé cuándo– y lo sostenía entre sus aristocráticos dedos, delante de su cara y la mía. Abrió los dedos y lo soltó... pero el rotulador se mantuvo suspendido en el aire. Como en El Escorial, cuando Alfredo intentaba podar aquel seto.

–Se llamaba Guzmán –dijo Orlando.

Miré alrededor. No quedaba ni rastro del demente. Nada. Ni las gafas, ni la ropa, nada. Quería preguntarle a Orlando cómo lo había hecho desaparecer así cuando me interrumpió él:

–La puerta.

–¿Cómo?

En ese momento, el rotulador cayó al suelo y, un segundo después, sonaron unos golpes frenéticos en la puerta. Aquel ruido me contrajo el estómago. Siguiendo a los golpazos, una voz fuerte atronó desde fuera:

–¡Policía! ¡Abre la puerta!

Miré sorprendida a Orlando. Era una visita que no se me habría ocurrido esperar en ningún momento. Orlando sonreía.

–Bueno, querida, comprenderás que prefiera retirarme.

–No, espera Orlando –le agarré del brazo, ansiosa por obtener alguna respuesta antes de que desapareciera–, quiero hablar contigo, tienes que decirme cómo puedo encontrar a Gabriel, si es cierto que está recluido o podrá escaparse. Dime qué tengo que hacer para verle.

Orlando movió la cabeza negativamente.

–Realmente no lo sé. Ve a ver a Ulla.

–¿Ulla? ¿Pero ella no está también recluida?

Orlando sonrió de medio costado.

–Bueno, ya sabes, somos unos espíritus libres. En cualquier caso, busca el Klementinum. Habla con ella.

–¿Qué es?

Sonaron de nuevo los golpes en la puerta y me giré, esperando ver la puerta arrancada de sus goznes de un momento a otro. En el silencio que precedía a cada golpe, me llegaban nítidamente sonidos de zapatos sobre el suelo de linóleo del pasillo de los trasteros. Había más de un policía. Pero cuando despegué los ojos de la puerta, Orlando había desaparecido. Mis manos agarraban el vacío, allí donde una fracción de segundo antes había estado el brazo de Orlando.

Klementinum. Al menos era algo.

PRAGA

Cuando aterrizó el avión, una espesa niebla cubría Praga. Las agujas de las iglesias y las torres que coronaban los palacetes sólo se intuían. A pesar de que desdibujar la ciudad era una faena para el que había venido a verla, pensé que en ningún otro lugar del mundo quedaba mejor la mágica niebla como en Praga, la capital de lo arcano y los secretos. Mientras me dirigía al hotel, la bruma se dispersó por las calles y el sol fue cobrando fuerza sobre un cielo cada vez más azul. Había estado lloviendo por la tarde. Ahora, los húmedos adoquines de las calles reflejaban la luz blanca del día, al igual que las camisetas blancas de los turistas que comenzaron a inundar las calles, como un marea incesante, quién sabe si con la capacidad de moldear las avenidas y las callejuelas, de la misma forma que el agua había moldeado caprichosamente las chimeneas de las hadas de la Capadocia turca. Pudiera ser que tras cada temporada turística satisfactoria en número de visitantes, los checos tuvieran que reorganizar el plano de la ciudad, estrechar de nuevo callejuelas y aplicar las medidas originales a la nueva vasta meseta creada tras el paso de las huestes turísticas.

Praga. Uno de esos destinos que había soñado con visitar tantas veces pero que nunca se había materializado. Un viaje largamente pospuesto con las chicas que, al fin, estaba realizando. Aunque con otros fines que los originalmente hablados en el piso de la calle Cervantes. Aun así, pese a que había venido a hablar con Ulla, me costaba resistirme a la posibilidad de pasear por sus calles, sus cementerios judíos, sus museos, sus iglesias, sus castillos, su plaza del reloj astronómico, la irreal entrada del Tyn, lo que me diera tiempo antes de acudir al Klementinum a buscar a Ulla.

Tardé dos horas en desembarazarme de los policías, allí en mi ciudad, alertados por Emma cuando, al entrar en el piso, había visto el desorden y a Elisa en el suelo, fuera de juego por el puñetazo del monstruo. Habían seguido unas gotas de sangre que subían a la planta de los trasteros –¿cómo había dicho Orlando que se llamaba? ¿Guzmán?– y

habían oído ruidos tras la puerta del estudio, de lo que habían deducido que nos encontrábamos allí dentro. Cuando les abrí la puerta, tuve que esforzarme en inventar una historia que resultase creíble. No sabía nada, les dije; yo había subido hasta allí, intentando escapar de él –cierto–, me había encerrado –parcialmente cierto– y luego había perdido el conocimiento –mmm...–. Sus voces habían logrado despertarme. No, no sabía nada del demente. No, ni idea de qué quería. Suponía que robarnos, violarnos o, qué sé yo, castigarnos por vivir. A saber. Sí, gracias, si volvía a verlo los llamaría. ¿Si me lo encontraba al otro lado, su alma vagando desprovista de vida, también debería llamarlos? Esto último no lo dije, claro. Sólo lo pensé.

Ocho minutos fue el tiempo que tardé en encontrar, gracias a Google, el Klementinum, el lugar donde me dijo Orlando que debía buscar a Ulla. El Klementinum, el inmenso complejo universitario que los jesuitas crearon en la parte vieja de la ciudad de Praga, en pleno espíritu de la Contrarreforma, sobre los restos de un monasterio dominicano que, a su vez, había sido construido sobre los restos de una anterior capilla dedicada a san Clemente. Capa sobre capa, como un pastel. En la actualidad, sus dos hectáreas albergaban una torre astronómica muy visitada por los turistas, la Capilla de los Espejos donde se celebraban bodas y conciertos musicales y la Biblioteca Nacional, una sala barroca donde, estaba segura, encontraría a Ulla. El complejo estaba situado junto al Puente de Carlos, uno de los puentes de piedra más famosos del planeta, que atravesaba la arteria que suponía el río Moldava para la ciudad. Leí sobre la historia de este sitio, un centro universitario de investigación en la ciudad de los nigromantes, astrólogos y alquimistas. Una ciudad repleta de leyendas, como la fundación de la misma por parte de la Princesa Libuse, la del Golem, el monstruo de barro que creó un comerciante judío, la de Fausto, la de Dalibor, y otras miles de ellas.

Un día le pedí algo de dinero prestado a Elisa y me metí en un avión con rumbo al aeropuerto de Praga. Llegué un lunes por la tarde, con los cielos cubiertos de nubes. El calor era húmedo, pesado, sofocante y la espesa circulación de turistas lo empeoraba. Me alojé en un modesto hotel, a las afueras del barrio judío. Caminando, tardaría poco más de media hora en llegar a la Plaza Vieja y, de ahí, al Puente de Carlos, pasando junto al Klementinum. Pasé delante de edificios barrocos y modernistas, tiendas de marionetas y cristal de Bohemia, el misterioso barrio judío, la Plaza Vieja con el Reloj Astronómico... No me encontraba con ánimo de pasear por la ciudad como una turista más. Tenía prisa por llegar hasta Ulla.

Cuando llegué a la entrada del Klementinum, adquirí mi entrada por 220 coronas checas y esperé a que fueran las seis en punto para entrar con el grupo de la visita guiada. Atravesamos el Vine Patio, con las paredes cubiertas de hiedra y la fuente del centro, el más bonito de los cinco patios del complejo, y visitamos la iglesia de San Clemente, la iglesia de San Salvador, la Capilla de los Espejos, con sus dos órganos, la Torre Astronómica, subiendo una escalera de caracol tan precaria como maravillosa, y, por fin, llegamos a la Biblioteca Barroca. Cuando el guía lo anunció, mi corazón comenzó a estrecharse en mi caja torácica. Si existía alguna sala en el complejo universitario donde esperaba encontrar a Ulla era en la biblioteca barroca. Supongo que por aquella otra biblioteca del piso de Nueva York, la primera vez que nos vimos ella y yo.

De la misma forma que se inflaron mis expectativas como un soufflé, se desinflaron. La biblioteca estaba cerrada al público. Sólo se podía curiosear desde la entrada, protegida no sólo por un cordón rojo de protocolo y cortesía, sino por una sonora alarma de movimiento, como pudimos comprobar, cuando una alemana del grupo estiró los brazos por encima del cordón con la intención de acercar más el objetivo de la cámara al centro de la biblioteca y hacer así una fotografía con mayor detalle. Inmediatamente, las alarmas comenzaron a sonar, agudas e insoportables, y el guía, paciente, se acercó para pedirnos que nos alejáramos del cordón rojo. En cuanto le obedecimos, aquellos mecanismos infernales se callaron. No había nadie en el vastísimo salón que adolecía de *horror vacui*, cubierto de librerías y estantes y libros y frescos en los techos y preciosos globos terráqueos... pero ni un movimiento en su interior. Vacío, vacío, vacío.

Dejé de prestar atención a las explicaciones del guía, me desentendí del resto del recorrido y me senté en un banco del Vine Patio, en cuanto la visita hubo terminado. Para aquella hora de la tarde, el calor había aflojado un poco su lazo y aquel patio era un oasis, capaz de alejarnos del ajeteo ruidoso que se estaba produciendo en esos mismos instantes al otro lado de los gruesos muros del Klementinum. Los pasos de los visitantes resonaban con delicadeza en las paredes y también hacían eco dentro de mí, porque estaba desolada. Orlando me había mentido. No había ni rastro de Ulla. Había mirado bien en todos los bancos de cada una de las tres iglesias que habíamos visitado, recordando aquella otra conversación que tuve con ella en la Capilla del Santo Niño de los Donados, en Madrid. Pero allí no estaba. Y la duda que me asaltaba era si tendría que estar allí, permanentemente vigilante y atenta por si aparecía en cualquier momento

de cualquier día. No podría. Sabía que, en cuanto se acercara la hora de cerrar el complejo, me echarían. ¿Qué haría entonces? ¿Tumbarme frente a la entrada del complejo, sin atreverme a cerrar los ojos, contemplando la blanca fachada y la ilustre y colosal puerta roja, acechando noche y día la aparición de Ulla?

Me sentí más desamparada, abandonada y lejos de mi hogar que nunca. Sola, en un país desconocido, en una ciudad que no hablaba mi idioma, y sin dinero para poder prolongar mi estancia más allá de uno o dos días.

Pero tenía que confiar en Orlando, porque me había salvado la vida, aunque nadie le hubiera llamado, porque, de alguna manera, cuando estaba con él, o con ella, me sentía protegida y a salvo. Casi tanto como cuando estaba con...

—En un rato comenzará el concierto. ¿Se quedará?

La voz en inglés me sacó del ensimismamiento. Provenía del guía de la visita, un chico que rondaría los cuarenta años, bastante delgado, de mi estatura, y con una poblada barba pelirroja que parecía postiza. Me estaba sonriendo y señalaba con el dedo los papeles que tenía en mi mano. Bajé la mirada y los contemplé casi por primera vez, aunque recordé que los había llevado en la mano durante toda la visita. Eran el billete de entrada de la visita guiada y un folleto muy sencillo —con un diseño pasado de moda, lo que me hizo recordar mi antigua vida— en el que se informaba de los conciertos musicales que tenían lugar ese mes de julio en la Capilla de los Espejos. Aquel día, a las ocho de la tarde, había un concierto de órgano. Obras de Mozart, Bach, Scarlatti, Tchaikovsky, Verdi, Dvorák y Monti. Un programa para turistas, estaba claro. Bastante alejado de los gustos refinados que atribuía a Ulla. Iba a decirle que no, pero cuando levanté la cara me estaba mirando tan fijamente que no podía ser casualidad. Sus grandes ojos castaños estaban clavados en mí, no como se supone que debe alguien, educadamente cortés, esperar una respuesta trivial a una pregunta trivial, sino con algo más... ¿curiosidad tal vez?

—¿Debería... quedarme al concierto? —le pregunté, diciéndome a mí misma que, si me estaba volviendo loca, aquella pregunta le sonaría muy rara al guía. Pero ¿y si no?

Bingo. El hombre acogió mis palabras con una suave sonrisa, casi apenas perceptible, y me guiñó un ojo. Dio media vuelta y regresó al edificio donde había comprado la entrada para la visita. ¿Qué significaba aquello? Me levanté deprisa y regresé yo también a la taquilla, que no era otra cosa que una mesa alargada repleta de folletos del

Klementinum y un pequeño ordenador a un lado, que atendía una chica joven con gafas y una camisa burdeos de manga corta abotonada hasta la base del cuello. Me dirigí a ella.

–Perdona, ¿dónde está el chico que acaba de entrar?

La chica me miró, supuse que traduciendo mi inglés o el suyo.

–¿Qué chico?

–El que ha entrado por aquí hace un segundo.

–Mmm... perdón, pero creo que no entiendo muy bien. No ha entrado nadie salvo tú. Mira –hizo un gesto con la mano indicándome el resto de la habitación, donde, aparte de ella y de mí, había dos gruesas mujeres al fondo, hablando en checo, detrás de un mostrador con vitrinas de cristal, y una familia en pantalón corto y con cámaras al cuello, esperando en una esquina a la siguiente visita.

–¿Qué chico? –repitió.

–El guía de la anterior visita, el que ha guiado mi grupo.

La chica negó con la cabeza.

–No ha pasado por aquí desde hace un rato. Pero si quieres esperarle, saldrá enseguida para el siguiente turno.

Escuché un ligero tumulto de voces y pasos a mi espalda. Supuse que se acercaba un grupo numeroso de turistas para la siguiente visita guiada, pero no me moví de mi sitio. La chica ladeaba la cabeza para ver a los que entraban en la habitación y me hizo un gesto con la mano para que me apartara a un lado. Tiré el último cartucho.

–Vale, quería comprar una entrada para el concierto de hoy.

Juraría que vi cierto alivio en la mirada de la chica. Me señaló el mostrador de las dos mujeres gruesas.

–Es allí.

Le di las gracias y me acerqué a aquel sitio a comprar la entrada.

No volví a ver al chico de la barba pelirroja. A las siete menos cinco minutos apareció el guía del siguiente grupo, un hombre mayor, que debía de rondar la edad de jubilación, calvo, con una redonda barriga y una sonrisa de labios carnosos.

Entré en la Capilla de los Espejos y me senté en una silla plegable de las últimas filas. Desde mi posición, apenas podría ver el majestuoso órgano ni a los intérpretes, si se llenaba la sala, pero me permitiría ver a todos los que entraran para el concierto. Enseguida, comenzaron a llegar los asistentes. De todo tipo, aunque predominaba el perfil turista, claramente identificable. También había numerosas parejas mayores. A

todos podía verles la nuca. La sala se llenó de alboroto en un segundo, mientras entraban, movían las sillas, se sentaban o levantaban para dejar paso, cuchicheaban y sonaban algunos flashes de cámaras.

Con el pulso acelerado, incapaz de resistir una segunda decepción, justo antes de que salieran los músicos, apareció Ulla, por un lateral de la sala, junto al órgano, y se dirigió hacia una de las sillas de la primera fila. Llevaba un vestido hasta las rodillas, de color azul cielo, impecable, con un fino cinturón de la misma tela, y el pelo rubio recogido tras la nuca. Contuve la respiración al verla porque se me llenaron los ojos de lágrimas. Justo antes de sentarse, Ulla giró la cabeza hacia atrás, en mi dirección, me miró y sonrió. Por supuesto, ni asomo de sorpresa al verme allí. Se sentó. Salieron los músicos y comenzó el concierto.

Aunque estaba algo más tranquila, porque al fin había dado con Ulla, no pude disfrutar del concierto. De hecho, deseaba que acabase pronto. Así que cuando el público rompió a aplaudir la última pieza, las *Czardas* de Monti, me levanté con prisa. Lamentablemente, todos los asistentes hicieron lo mismo, ponerse en pie, y eso me hizo perder de vista a Ulla durante unos preciosos momentos. Salí al pasillo lateral de la sala y avancé hasta la primera fila, sin verla en ningún momento entre el público, que comenzaba a abandonar la Capilla. Me aterrorizó pensar que podía perderla ahora que había llegado tan lejos y la había tenido al alcance. Iba maldiciendo para mis adentros cuando llegué hasta la primera fila y la vi, sentada, en la misma silla. Me estaba esperando. Cuando nuestras miradas se cruzaron, Ulla se levantó y me agarró del brazo para salir de la Capilla. Caminamos en silencio, tranquilamente, pero sin detenernos. Atravesamos los patios del Klementinum, incluido el acogedor Vine Patio. Dejamos atrás sus enredaderas y la fuente y salimos por la puerta principal.

Caminamos hacia el Puente de Carlos, bullicioso a esas horas. El atardecer arrojaba una paleta de rojos y naranjas tan atrevidos que restaban realidad a las cúpulas y agujas del Palacio y la Catedral de San Vito. El barrio de Malá Strana quedaba convertido en un bello decorado teatral. El puente estaba a rebosar de turistas, vendedores y artistas callejeros, flashes de fotografía y, bajo nuestros pies, por debajo de los adoquines del suelo, el río Moldava nos contemplaba silencioso. Agua, siempre agua. También Gabriel había escogido un fondo de agua la primera vez que se sinceró conmigo. El agua del estanque de los Jardines del Capricho. Las aguas del Moldava.

—¿Has tenido tiempo de pasear por la ciudad? —dijo de pronto Ulla, rompiendo el hilo

de mis pensamientos.

–Un poco, el suficiente para darme cuenta de que necesito más tiempo para verla.

Ulla sonrió.

–Sí, es una ciudad magnífica como pocas. Mira estas estatuas.

Estaba inquieta y Ulla lo percibió:

–Pierde cuidado, no voy a desaparecer ante tus ojos. Un paseo nos hará bien a los dos.

A lo largo de la balaustrada de piedra del puente se distribuían numerosos grupos escultóricos, coronados por alguna figura que observaba impertérrita los enjambres de turistas. Ulla comenzó a señalarme las estatuas, a derecha e izquierda, a medida que íbamos pasando a su lado. Imposible acercarse a una, porque la corriente de turistas era demasiado densa para atravesarla.

–Ése es san Ivo. Aquellas de allí, santa Bárbara, santa Margarita y santa Isabel. San José y santa Ana con el Niño Jesús. Ése de allí, a la derecha, es san Juan Nepomuceno, uno de los más venerados del puente. Éste –dijo, y me tiró del brazo para orillarnos a la izquierda del puente– es san Francisco Serafino. Pero mi figura favorita es la única que ni siquiera se encuentra dentro del puente.

Ulla se apoyó en el puente y me señaló un punto a nuestra derecha, junto a uno de los pilares del puente ya asentados en tierra firme. Sobre una columna había una figura más, un caballero que portaba una espada.

–Aunque no lo parezca, la estatua y el pilar están sobre la Isla de Kampa. Ahí es adonde vamos.

Seguimos caminando hasta abandonar el puente y bajar por unas escaleras que nos llevaron directamente a los pies de la estatua del caballero. Era una figura muy hermosa.

–Es el Caballero Bruncvick, el único personaje seglar del puente, aunque técnicamente se encuentra fuera de él. Dice la leyenda que su espada mágica está enterrada en algún lugar del puente y que cuando la ciudad se encuentre en peligro, él despertará y desenterrará la espada para acudir en auxilio de sus ciudadanos. ¿No te parece hermoso?

Asentí. Varias veces estuve a punto de apremiarla, pero siempre me mordía la lengua en el último segundo. Estaba segura de que detestaría una interrupción, así que no tenía más remedio que amoldarme a su ritmo.

–Toda la ciudad rebosa leyendas, la mayoría de corte católico. Una de ellas dice que cuando el rey Wenceslao IV mandó ajusticiar a Juan Nepomuceno, arrojándolo desde el

ponte a las aguas del Moldava, los cielos desataron su ira y destruyeron uno de los arcos del puente. Era menester reconstruirlo, porque era la vía de comunicación entre el castillo y la ciudad vieja. Los constructores se pusieron manos a la obra pero, dado que el arco estaba maldito por el ajusticiamiento, no bien lo levantaban, volvía a derrumbarse. El rey comenzaba a desesperarse. Un constructor joven aseguró a Wenceslao que él sería capaz de levantarlo y que nada ni nadie lo tiraría de nuevo. Tras complejos cálculos, completó la reconstrucción del arco y decidió pasar la noche en el puente, vigilando que nadie intentara destruir el arco reconstruido. Entonces, en mitad de la noche oscura, oyó una voz. Era el diablo, que le propuso un trato: la garantía de que el arco permanecería indestructible para siempre jamás, a cambio de un alma, el alma del primer ser vivo que atravesase el puente. El constructor aceptó el trato. Pensó que, en cuanto amaneciera, antes de que se abrieran las puertas que flanqueaban el acceso al puente, antes, por lo tanto, de que ningún ser humano lo atravesase, él soltaría un gallo para que recorriera el puente y ésa sería el alma que se llevaría el diablo. Para asegurarse el éxito de la misión, apostó guardias en ambos extremos del puente con el fin evitar que nadie entrase. Parecía fácil, ¿no?

Caminábamos por la calle Hroznová, en paralelo al Certovka, el Canal del Diablo, hacia el sur de la isla. Sobre uno de los puentes que atravesaba el canal había una verja de hierro en la que habían cerrado cientos de candados de distinto tipo.

—¿Y qué ocurrió al final?

—Cuando el alba rompía, el diablo tomó el aspecto de un cantero y acudió a la casa de la mujer del constructor. Le dijo que su esposo había sufrido un accidente y que tenía que acudir al puente. La mujer, presa del pánico, se topó con los guardias que había apostado su esposo, y les rogó que la dejaran pasar a ver a su esposo. Los guardias, que la conocían, no se lo impidieron. Ella llegó corriendo hasta su esposo, que se hallaba justo en el centro del puente. En cuanto se encontraron, la mujer cayó sin vida al suelo empedrado, ante la mirada aterrorizada del joven constructor, que comprendió que el diablo acababa de cobrarse su deuda. Siempre he pensado que todas estas leyendas deben tener su origen en algún incorpóreo. Y esta ciudad ha sido uno de los reductos favoritos de nuestra especie desde hace muchos siglos. Tal vez por eso abundan este tipo de leyendas aquí precisamente. Demonios y más demonios robando almas por doquier. Qué apetito más indestructible.

—Me parece una historia muy triste.

Ulla me miró sorprendida.

—Oh, vamos, por favor. Cuando quieras hablamos sobre ética, moral y religión, pero me temo que no has venido para que te muestre la ciudad, ¿verdad, querida? Estás aquí por algo en concreto, o debería decir por alguien, y no podemos prolongar la espera indefinidamente. Ni casi yo podría, si me apuras.

Entramos en un paseo, el Sovových mlýna, que discurría entre el Canal del Diablo y el Moldava. A mi derecha, un precioso jardín repleto de árboles y tapizado con una extensa alfombra de verde hierba; a mi izquierda, un precioso palacete de paredes blancas. Ulla siguió mi mirada:

—Es el Museo de Kampa, la materialización de la idea que tenían Jan y Meda Mládez de cómo debía protegerse el arte contemporáneo centroeuropeo y checo. ¿Has entrado? Es maravilloso. Tienes que ver los bebés gigantes.

Nos sentamos en un banco del jardín frente al museo. Ulla no parecía tener mucha prisa en ayudarme y a mí me corroía la impaciencia.

—Necesito saber qué va a pasar con Gabriel. Si podré volver a verle. Qué tengo que hacer.

Ulla contempló el césped fijamente, probablemente valorando qué decirme o, por qué no, seguramente no prestándome atención.

—¿Conoces el cuento de Blancanieves? —dijo de pronto. Aquello me pilló por sorpresa. Sí, claro que lo conocía.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Tuyo era el corazón que exigió La Araña en un pequeño cofre hace muchos años al cazador.

—¿Qué?

—Antes de que nacieras, mucho antes, La Araña me mostró de quién nacerías. Ya te estábamos esperando, porque tu nacimiento no ha sido casual. Tienes un papel que cumplir, si he comprendido bien los planes de La Araña. Pero tu mera existencia provocó muchos conflictos en el seno de nuestra sociedad. Fueron días de agitación, revuelo, peleas, tiempos difíciles. Entonces La Araña tomó la decisión de eliminarte de la ecuación. Y le pedí a uno de los guardianes que te hiciese cruzar al otro lado. *Sine die*.

—Que me asesinasen.

Ulla asintió.

—El asunto era fácil. Te puedes imaginar lo sencillo que resulta para cualquiera de

nosotros arrebatar una vida humana. Sois tan frágiles. El caso es que el guardián os vigiló a ti y a tu madre desde tu nacimiento y, por algún motivo, no acabó con tu vida entonces. Nos dijo que lo haría después, cuando transcurrieran los años. Muchos de nosotros no pusimos objeciones, pero su decisión provocó la mayor fractura interna que hemos sufrido jamás. Ya no se trataba sólo de integrarnos con los humanos o no, sino de no eliminar una amenaza latente para nosotros. Que la integración con vuestra especie llegara a tales extremos de no acatar una orden de La Araña resultaba intolerable para alguno de nosotros. Isaak, entre ellos. Ha sido siempre el más reacio a la unificación. Entiéndelo, para muchos incorpóreos es una cuestión de cuál es el eslabón más fuerte de la cadena. Y, adivina, querida: vosotros sois el poste.

—Nosotros —se levantaron espumas de escalofríos por mi espalda al repetir las palabras de Ulla— somos las presas.

—Sí. Vuestra vida, vuestro aliento vital, si quieres llamarlo así, puedes decir vuestra alma, nos es útil. No imprescindible, pero sí útil para permanecer aquí.

—¿Y por qué has dicho que soy una amenaza para vosotros?

—En cierta medida, lo eres. Ya lo irás aprendiendo. Verás que los límites que nos constriñen a nosotros no te afectan. Tienes una serie de ventajas sobre nosotros. Y, por supuesto, sobre los de tu especie.

—Pero...

Ulla cortó con un gesto de la mano mi protesta.

—No es momento de hablar del futuro, sino del pasado. Permíteme completar el relato. Fueron pasando los años y tú seguías con vida. La facción que buscaba que desaparecieras se enfureció y le pidió a La Araña que interviniese, así que ella le exigió al mismo guardián que yo había seleccionado años atrás que completara el encargo. Recuerdo que aquello enfureció a Isaak. Muchos notables habían pasado los últimos años convenciéndole de que él era quien debía ejecutarte, que él debía liberarnos de ti. Y él, con su desmedido ego, se lo creyó. Por eso, cuando La Araña decidió que fuera el mismo guardián que había fallado la vez anterior quien debía terminar el asunto, Isaak montó en cólera. Me dijeron que incluso habían llegado a mandar llamar a Kostya para ofrecerle el trabajo.

—¿Quién es?

—Una leyenda entre los nuestros. El cazador más solitario e ingobernable. Autodidacta con sus métodos. Muchos incorpóreos lo evitan, en parte porque censuran su

independencia. Yo lo aprecio. Por suerte, Kostya nunca se presentó al cónclave. Por eso sigues con vida. Así que el guardián se aproximó de nuevo a tu vida con la orden de acabar contigo de una vez por todas. Cuando regresó, trajo la noticia de haber cumplido con el mandato. Muchos incorpóreos, espoleados por Isaak, migraron inmediatamente al otro plano para buscarte. Ninguno te encontró. Pero Isaak se topó con tu madre en Pandemónium. De ella extrajo la clave que nos indujo a todos a pensar que el mandato de La Araña se había cumplido y estabas muerta. Helena le narró a Isaak el último recuerdo que tenía de su vida: cómo ella había provocado un accidente de coche con la única intención de que tú y ella perdierais la vida. Helena, tu madre, estrelló el coche en el que ibais las dos. Era imposible que hubieras sobrevivido, nos explicó Isaak a todos. También nos contó que no fue el guardián enviado por La Araña quien acabó con tu vida, sino tu propia madre. Pero, uno u otra, el resultado nos satisfizo. Te creímos muerta.

Ulla detuvo su relato en ese punto. Por el paseo por el que habíamos llegado nosotras caminaba mucha gente; algunos se detenían en el museo, otros continuaban congraciándose con la vida gracias a la paz que desprendía aquel sitio mágico. A mi izquierda, tras el museo, corrían las aguas del Moldava y a mi espalda, hacia poniente, en algún punto no muy lejano, la calle Nedurova ascendía hacia el Castillo de Praga. Había caído prácticamente la noche. En la otra orilla del Moldava comenzaban a encenderse las luces. La oscuridad fue haciéndose más espesa a nuestro alrededor. Miré las muñecas de Ulla, posadas en el regazo de su vestido. Resplandecían en la oscuridad de una manera no natural. Brillaba como si estuviese fabricada de un tipo de cera refulgente. Miré su rostro. Tenía los ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, con una sonrisa apenas dibujada en los labios.

Helena provocó el accidente para que muriéramos las dos, acababa de decir. Me fijé en dos hojas de castaño caídas junto a mis pies. Con tan poca luz a nuestro alrededor, no podía ver el color de las hojas, solamente que eran oscuras. Me incliné y cogí una de ellas para mirarla de cerca. Era verde oscuro. Áspera por el envés y muy fría, como si hubiese estado en un congelador.

—¿Helena intentó asesinarme?

Mi pregunta dejó una especie de estela en el aire, como las ondas sobre la superficie del agua después de que una piedra la quiebre. Pero las palabras de Ulla no lograron arrancar ni una sola onda en la superficie líquida de mi conciencia. No me lo creía. Era

imposible. Helena era mi madre. Me adoraba. Hubiera dado la vida por mí, a no ser que... Ulla tardó en contestar:

—No creo. Supongo que quería salvarte de tu destino.

—¿De mi destino?

—O del incorpóreo que envió La Araña para arrebatarte la vida. Ésa es la paradoja de todo este asunto.

—No entiendo.

Ulla me miró.

—La paradoja, el último giro de la historia, se produjo con tu viaje a Nueva York —Ulla me miró en silencio—. El guardián, el cazador a quien La Araña pidió tu corazón, era Gabriel. Lo entiendes, ¿no? Es la única lectura que debes extraer de toda esta historia.

—No, es imposible...

—Pers, no lo reduzcas hasta el ridículo. Necesito que mantengas una visión analítica y fría en todo lo que estoy contándote.

—¿Fría? Pero ¿tú sabes las bombas que me estás lanzando con unos segundos de diferencia? Tal vez para ti la vida de alguien como yo no suponga más de un minuto de atención, Ulla, pero estás hablando de mi vida, de los puntos cardinales de mi vida. ¡Helena! Ella ha sido mi fuente de inspiración desde que tengo conciencia de su ausencia. Todo lo que he hecho lo he intentado valorar y juzgar a través de sus ojos. Cómo haría esto ella, qué pensaría de esto otro, qué me diría si yo hiciese aquello... ¡Todo! Era como tener unos ojos invisibles pegados a mi nuca. Siempre pensando qué le diría si estuviera conmigo, qué le enseñaría de mi vida y, luego, qué diría cuando le presentase a Gabriel, si le gustaría. Y tú, ahora, impávida, porque no otorgas valor a nuestras fugaces vidas, vas y me sueltas eso de que Helena hizo que el coche volara sobre unos riscos para evitar que el hombre del que estoy enamorada acabase con mi vida. Eres injusta. ¿No te das cuenta de la monstruosidad que me estás soltando? No me exijas que sea crítica con todo esto.

Ulla, que no había siquiera parpadeado durante mi monólogo, chasqueó la lengua.

—A veces desearía seguir teniendo la facilidad de reconocer esas emociones humanas en mí misma. Las tuve, hace tiempo, aunque apenas las recuerdo ya.

—Y tengo otra pregunta más. ¿Por qué Gabriel no ejecutó la orden de La Araña?

Notaba cómo el estómago se me estaba rebelando. Ulla había cerrado sus dedos en torno a mi muñeca, comprendí que si no me estuviera sujetando, me habría levantado

para echar a correr lo más lejos que pudiera de aquella locura infernal en que se estaba convirtiendo nuestro encuentro. Y, de haber huido, no hubiera podido seguir escuchando a Ulla, que aún tenía cosas que decirme.

—Porque descubrió la clase de amor que os profesabais Helena y tú. Quedó deslumbrado. No sabía que podía existir algo tan puro. Y no encontró la fuerza necesaria para destruirlo. Por eso no obedeció la orden. Hasta que el conciliábulo de Isaak exigió a La Araña el cumplimiento del mandato. Gabriel es un romántico, en el fondo. Lo ha sido toda la vida y estos últimos días me lo ha vuelto a demostrar. Ama vivir. A veces con desesperación. ¿Sabes dónde despertó cuando tuvo su primera migración a los siete años? Enterrado. Sus padres lo habían enterrado en el cementerio.

Ulla chasqueó la lengua con desaprobación.

—No se les puede culpar —continuó—. En aquellos días un cuerpo se descomponía rápidamente en una casa y normalmente la familia necesitaba deshacerse del cuerpo en casi horas, así que se enterraba enseguida. Al pobre niño lo enterraron antes de que regresara del otro lado. Cuando lo hizo, bajo tierra, en una caja de madera, debió sufrir mucho. Gracias a la ayuda de un viejo incorpóreo, logró escapar del arcón y lo primero que hizo fue regresar a casa. Pero imagínate cómo lo recibirían los padres. Lo tomaron por un demonio. Qué maldita manía. Por un demonio. ¡Tenía siete años! Intentaron resolver las cosas de la manera diplomática que se llevaba por entonces: intentaron quemarlo vivo, en una hoguera, por brujo. El niño escapó como pudo. No ha regresado jamás al pueblo donde nació. Así es Gabriel.

—Por eso no viaja en metro —dije para mis adentros.

—¿Cómo dices, querida?

—Nada. Sólo intento encajar piezas en este puzzle gigantesco. Por eso Gabriel no soporta estar en sitios bajo tierra —como el bar de Nueva York, The Cave, al que nos llevó Nadir—. ¿Así que La Araña le pidió a él que me asesinara?

—Supongo, y esto son conjeturas mías, que La Araña ya sabía que mandándole a él estaba garantizando tu supervivencia. Irás descubriendo cómo funciona La Araña. Cada decisión que crees haber tomado libremente ha sido en realidad un movimiento creado por ella.

—Pero, si yo no hubiera ido a Nueva York, nunca habría conocido a Gabriel.

—Realmente no es así. Aunque Gabriel se ha mantenido alejado de tu vida desde la muerte de Helena, para no despertar sospechas de otros incorpóreos, la decisión de que

fueras a Nueva York ya estaba tomada por ti, antes de que siquiera lo pensaras. Está, por un lado, la iniciativa de Lila de enviarte allí.

—No, pero... yo fui la que decidió ir...

Oyendo mi propia voz me di cuenta de lo inocente y endeble de mi argumentación. No, claro que no. Nunca había tenido la oportunidad de decidir si quería ir a Nueva York. Lila lo había preparado todo por mí, ya me lo había dicho. Había otra derivada más de todo aquello: yo seguía con vida gracias a la decisión de Gabriel. Me pregunté si alguna vez podría tener la oportunidad de tomar las riendas de mi vida, de tomar alguna decisión no contaminada o predeterminada.

—Sí, lo harás —dijo Ulla, sobresaltándome—. De hecho, estás aquí porque tienes que tomar una decisión que nadie preveía.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

Ulla negó con la cabeza y soltó mi muñeca.

—No lo pensabas tú. Eran mis pensamientos los que leías. Tendrás que aprender que cuando tocas la piel de un incorpóreo te apropias de sus pensamientos. Es algo así... como leer mentes, sólo tienes que aprender a distinguir qué pensamiento es tuyo y cuál no. Con un poco de práctica, lo conseguirás.

—Entonces, ¿tú crees que estoy a punto de tomar una decisión?

—¡Qué haces aquí si no! Has venido a buscarme para saber si volverás a ver a Gabriel. Y mi respuesta es la siguiente: sólo dependerá de la decisión que tomes ahora. Por primera vez, tienes la oportunidad de tomar las riendas y escoger, una elección real. Es muy sencillo: tienes la posibilidad de migrar al otro lado, a nuestro mundo, y pedirle a La Araña que lo libere de su reclusión y le permita regresar contigo. Esto, por supuesto, no alteraría su naturaleza incorpórea. Nunca dejará de serlo pero, si convences a La Araña, podríais continuar juntos. O puedes dar media vuelta, regresar a tu vida anterior y olvidar todo esto. Olvidar que existimos y borrar a Gabriel de tu cabeza. Todos nosotros respetaremos la decisión que tomes, incluido Gabriel si es que decides... levantarte y alejarte de él. Puede que no todos la entendamos, pero la respetaremos. Te prometo que, si decides marcharte, no volveremos a aparecer en tu vida. Decide. Es tu turno.

Giré la cabeza hacia el Moldava. ¿Era una sensación mía o la vida que estaba contemplando se desarrollaba tras un cristal? Pensé que la gente que caminaba a nuestro alrededor en esos precisos instantes no tenía ni idea del dilema que acababa de plantearme Ulla.

Había dos cosas que tenía muy claras: que no quería volver a pasar por las abominables y atroces experiencias que me esperaban al otro lado. Si el único intento que había vivido al otro lado se había convertido en la experiencia más desoladora y repugnante de mi vida, plantearme regresar allí, buscar esa cosa que ellos llamaban La Araña y convencerla de que liberase a Gabriel era un disparate. Y lo otro que también tenía claro era que no podría renunciar nunca a Gabriel aunque lo intentase con todas mis fuerzas, aunque me empeñase en ello todos los días del resto de mi vida, desde el amanecer hasta el anochecer.

Un remolino de aire caliente levantó un grupo de hojas caídas y las amontonó junto a mis pies. Una de ellas volvió a levantar el vuelo, danzando, y se detuvo. En el aire. Se quedó congelada. Al principio no comprendí y cuando finalmente lo hice y giré la cabeza ya era tarde. Ulla había desaparecido. Una migración, claro.

Lejos de asustarme, apoyé toda la espalda en el respaldo del banco, contemplando la gente al pasar, la mayoría ahora parejas. La otra orilla del Moldava se había convertido en un mapa de luces amontonadas.

Aunque quisiera hacerlo, que no estaba claro, no sabría cómo afrontarlo. No podía volver a viajar al otro lado. No podía, era imposible, no encontraría jamás la fuerza suficiente para enfrentarme a las pesadillas que poblaban el plano de los incorpóreos. Ya sabía lo que me esperaba al otro lado y, precisamente por saberlo, mis sueños se habían distorsionado en una monstruosa pesadilla desde que regresé. Comencé a desesperarme, nerviosa, inmovilizada en mi terror a repetir aquello, no podía, no podía. Lo siento, no era posible.

Escuché una melodía suave que probablemente provenía de algún restaurante cercano. Un músico estaría amenizando la velada a los clientes de una terraza. Era un violoncello. Bach, pensé. La pieza musical que más me gustaba del mundo. La «Suite para cello n.º 1» de Bach. Se hizo el vacío en mi alma mientras la escuchaba. En cuanto la última nota se deshizo en el aire y el silencio invadió la superficie helada del planeta entero, me di cuenta de que había tomado la decisión.

La respuesta era sí.

No había transcurrido un segundo cuando escuché a alguien chistándome. Tras un árbol del parque, frente al banco, asomando sólo medio cuerpo, había una niña pequeña, de unos seis años de edad. Debía medir algo más de un metro. Rubia, con el pelo colgando en trenzas a los lados de su cara, un rostro maravilloso, precioso, de esos que

Mucha habría pintado en sueños miles de veces. Tenía unos ojos grandes y redondos y me sonreía. Me indicó con el índice que la siguiera, abandonó el tronco del árbol y echó a correr en dirección al Puente de Carlos.

Sus ojos eran demasiado grandes. Eran como los de Orlando...

La conocía o, al menos, había oído hablar de ella. Tenía que ser Lyuba. No lo pensé dos veces. Me levanté del banco y salí corriendo tras ella.

Cuando nos internamos en el concurrido Puente de Carlos tuve serios problemas para no perderla de vista. El recorrido estaba demasiado atestado. Ni el diablo podría impedir que se hundiese el arco de san Juan Nepomuceno esta vez bajo el peso de los miles y miles de viandantes que atravesábamos el puente en aquellos momentos. En el aire tampoco quedaba ni una molécula sin ocupar por sonidos, ruidos, melodías o voces. La rubia cabeza de Lyuba aparecía y desaparecía delante de mí a intervalos cortos. Mi único consuelo era pensar que, si había ido a buscarme, no permitiría que la perdiera. Pero era complicado moverse a través de aquella masa humana. La niña parecía deslizarse entre las piernas de los adultos, en tanto que yo apenas podía dar un paso tras otro. No podía seguir su ritmo y me desesperaba, intentaba hacerme un hueco entre los turistas que me precedían, pero parecían cerrarse en banda en cuanto intentaba adelantar a alguno. Por fortuna, la niña se detenía de vez en cuando y me esperaba, con la cara vuelta hacia mí. Cuando la descubría, detenida, mirándome con aquellos ojos tan negros y sobredimensionados, me preguntaba cómo podía haberme parecido unos minutos antes una preciosa niña angelical. Había algo de depredador en su cara. Lyuba, la llamaba en voz alta, espérame. Pero ella volvía la cara y comenzaba a moverse de nuevo. Yo tenía que apretar el paso, colándome en los huecos que descubría entre la gente.

Por fin salimos del puente, pasamos por debajo de la torre, dejamos atrás a nuestra izquierda el Klementinum y seguí a Lyuba por la calle Karlova, en dirección a la Plaza de la Ciudad Vieja. En los tramos en los que había menos gente, corría para intentar acortar la distancia que me separaba de Lyuba, aunque no era realmente necesario, porque la niña se las apañaba para mantener la misma distancia siempre.

Justo antes de entrar en la plaza, toda luz artificial, Lyuba torció a la izquierda y se encaminó deprisa hacia el barrio judío. Pasamos junto a los altos muros del antiguo cementerio judío y aquel fue el último momento en que reconocí calles o nombres de calles, porque Lyuba se adentró por callejuelas cada vez más estrechas del barrio, girando a derecha o izquierda a toda velocidad, y yo tuve que concentrarme demasiado

en no perderla de vista. Avanzaba a trompicones, maldiciendo mi baja forma física –el corazón me estallaba–. Pero, entonces, Lyuba reaparecía, volviendo sobre sus pasos y asomando la cabeza tras algún muro hasta que yo la veía, y reanudábamos el juego.

Estuvimos así no sé cuánto, porque perdí la noción del tiempo y de la distancia geográfica. Si Lyuba me había llevado en círculos, nunca podría saberlo. Aquella red de galerías y correderas, callejuelas y pasajes era tan cambiante como la luz que parecían arrojar los faroles sobre ella. De pronto, nuestra carrera desembocó en una parte distinta de la ciudad, no tan austera y enigmática como la del barrio judío. El empedrado del suelo dificultaba mis pasos y estuve a punto de caerme unas cuantas veces.

Seguí a la niña, resoplando como un caballo de carreras, hasta un callejón sin salida. Me detuve en seco a la entrada de la callejuela porque Lyuba había desaparecido. La única luz provenía del escaparate de una tienda que permanecía abierta. De allí salió también el sonido de unos cascabeles. Me acerqué a la tienda. Era la única salida que podía haber cogido Lyuba, descartando una migración. Pero no tenía sentido haberme llevado a la carrera hasta allí y luego desaparecer. ¿O sí?

Era una tienda de marionetas, de las que abundaban en Praga. El pequeño y abigarrado escaparate de la tienda mostraba una multitud ordenada de muñecos de madera, con vestidos de colores, que colgaban de cuerdas. El marco del cristal del escaparate había sido recientemente pintado en rojo caramelo. A través de la puerta abierta salía el sonido de cascabeles y, por debajo, una suave melodía. Entré. Nada más atravesar la puerta rocé con el hombro los cascabeles que colgaban del dintel. Era el mismo sonido que había escuchado segundos antes y que debía de haber provocado Lyuba al entrar.

La tienda estaba vacía de humanos, pero a rebosar de pequeños personajes, inmóviles, con grandes ojos abiertos y gruesas sonrisas rojas en sus caras de madera. Los había apoyados en baldas, colgados del techo, agrupados en las esquinas, posados sobre sillas... La música salía de un viejo reproductor de casetes detrás del pequeño mostrador que había en una esquina de la tienda. Las caras de los muñecos daban algo de miedo. Princesas, pinochos, carpinteros, piratas, brujas, magos y un largo etcétera del imaginario universal y del checo en particular. Pero no había ni rastro de Lyuba. La llamé. No se movió nada. Volví a llamarla más alto, pensando que al oír mi voz saldría el dueño de la tienda. Pero el vacío de respuesta se repitió. Entonces escuché un sonido muy ligero, como de pasos de niños tras una estrecha puerta abierta que había junto al mostrador y

de la que no me había percatado antes. Rodeé el mostrador y me asomé. Daba a un pequeño estudio de carpintería, donde seguramente se fabricaban los muñecos. Había piezas de éstos por todas partes: en una alargada mesa de madera, sobre el suelo, en los numerosos estantes de las paredes. Todo estaba cubierto por una fina película de serrín. Daba la sensación de que la habitación había sido utilizada recientemente. Pero lo cierto era que no se movía nada.

—Ya hemos llegado.

La voz sonó a mis espaldas. Pegué un bote y un grito mientras me giraba sobre mis talones. En una silla de juguete, con las manos escondidas bajo las piernas, estaba sentada Lyuba. La silla estaba tras la puerta abierta; por eso no la había visto al entrar. A pesar de que sonreía, había algo en su aspecto y en su voz que daba frío.

—¿Adónde hemos llegado? —pregunté.

Por toda respuesta, Lyuba sacó la mano izquierda y la extendió hacia la pared que quedaba más alejada de la puerta. Allí había una pequeña puerta oscura, de más o menos un metro y medio de altura. Tal vez condujera a un almacén.

—¿Tengo que atravesar esa puerta? —le dije.

La niña se encogió de hombros y se levantó de un salto de la silla. Se dirigió hacia la puerta que conducía de nuevo a la tienda.

—¡Espera! —di un paso hacia ella y se volvió a mirarme. Sus ojos grandes y almendrados eran realmente intimidatorios, insanos—. ¿Ulla te ha pedido que me trajeras hasta aquí?

—No sé de qué me hablas —dijo. Sus ojos, el globo ocular de sus ojos, se estaban oscureciendo rápidamente, como nublándose. De pronto, comenzó a hacer mucho frío en aquella habitación—. Tienes que irte ya. Te está esperando.

—¿Quién?

La niña-monstruo ladeó la cabeza con curiosidad:

—Aquello que has convocado.

Dio media vuelta y desapareció tras la puerta. Sus palabras flotaron en el aire impregnado de serrín. Algo en mi interior se retorció de miedo, pánico, horror, cobardía, intentando arrastrarme hacia atrás. Pero ya era tarde, había tomado una decisión y la seguiría. Quería a Gabriel. Iría en su busca. Ya no había vuelta atrás. Mi vida anterior se había esfumado en el aire.

Di cuatro pasos, me quité el colgante y lo dejé en la mesa. Luego fui hasta la puerta y

agarré el pomo que me había señalado Lyuba. Se abrió en silencio, tranquilamente. Dentro, oscuridad absoluta. Qué otra cosa podría esperarme, si no la oscuridad. Entré.

No hubo túnel, ni paredes de granito, ni tumba esta vez. Era la oquedad en todo lo que podía comprender el intelecto humano, como el mío, y el inhumano, como el de los incorpóreos. Una grieta, la sima abisal que separaba ambos mundos, y yo estaba caminando sobre ella, sobre el vacío, la nada. Como un profeta. Tenía tanto miedo que me avergonzaba de mi osadía al haber pensado alguna vez que podría comunicarme con un ente milenario, con algo tan lejos de la existencia, como aquello que las sombras conocían como La Araña.

No hubo ningún elemento que mi cerebro pudiera recomponer a imagen y semejanza de lo que existía al otro lado del espejo, en el plano existencial al que yo pertenecía. Así que diré que la oscuridad que me rodeaba, me penetraba, me creaba, era aquello que yo había convocado. La Araña no era un ser vivo, ni muerto, ni siquiera físico. Allí no existía nada más que yo. Yo era, y, por lo tanto, ella también. No había otra forma de aprehenderlo. Tal vez podría hablar de energía, de una forma pura de energía, o de antimateria, como único punto conceptual que explicase La Araña a mis sentidos. Pero sabía que eso era engañarme y limitar su verdadera naturaleza.

Pese a que no podía ver nada, sabía que no estaba sola, porque la soledad que me abrumó en el primer intento frustrado de entrar allí era ahora una bendición que me había sido denegada. La Araña estaba delante de mí, detrás, pendiendo sobre mi cabeza, atravesándome o, tal vez, estaba devorándome en este instante. O quizá no éramos ninguna de las dos. No existíamos. No existir, qué idea tan reconfortante en aquel sitio que transpiraba miedo, dolor, angustia, desesperación, ira, frustración, pérdidas irreemplazables. ¿Era La Araña, simplemente, la muerte? ¿La muerte como la causa cuyos efectos consistían en dejar un plano vital para pasar a este otro, arrastrando una improductiva cola de pérdidas? ¿La causa y origen de todo?

De las distintas opciones que barajó mi cerebro, me quedé con ésa, porque era la más

fácil de entender.

Reflexioné una eternidad acerca de la pregunta que quería hacer. Al fin, la proyecté:

–¿Por qué?

La Araña debió de soltar una carcajada. Miles de voces rieron en el interior de su garganta. Me miró desde la nada.

–¿Y por qué no? Si existiera alguna coherencia en esto, estaría fuera de tu alcance.

–No lo entiendo.

–Yo no te he creado –habló ella con voz de mujer–. A ninguno. Sólo cuido del orden.

–¿Y quién soy?

–¿Quién eres? –habló La Araña con voz de mujer.

–Sí, ¿quién eres? –habló La Araña con voz de hombre.

–Eres un barquero, eres el Caronte del Styx. Eres Phlegyas –dijeron todas las voces al unísono.

–Sí –dijo La Araña.

–No –dijo La Araña.

–Soy Phlegyas –repetí.

La Araña me contempló en silencio. El silencio era ella. Yo era el ruido monótono que la molestaba. Me transmitió su contrariedad.

–¿Qué buscas aquí? –dijo con las miles de gargantas.

–Me has mandado llamar tú.

–¿Y cómo lo hemos hecho? –dijeron ambas voces al unísono.

–Revelándole a Ulla de qué vientre nacería. Has creado mi historia desde el principio. Enviaste a Gabriel a asesinarme porque sabías que no podría hacerlo.

–Sí –dijo La Araña–, desde mucho antes de que el primero de tu especie tuviera conciencia de ser o existir, te he esperado.

–¿Dónde estamos? –pregunté.

–Más allá de cualquier comprensión.

–¿Y qué quieres de mí?

–Ya te lo he dicho –dijo La Araña, removiendo varios eones de oscuridad, de ser y de no-ser revoloteando a nuestro alrededor–. Eres el barquero que unirá ambas orillas. Phlegyas.

–¿Y tú –dijo La Araña con voz de hombre– qué quieres de nosotros?

–Lo puedes ver en mi interior. Quiero que liberes a Gabriel. Sé que lo mantienes

retenido. Quiero que le permitas regresar a mi mundo. Quiero que pueda entrar y salir de este mundo cuando lo desee.

—Tu osadía viniendo a verme merece justa correspondencia. Tu llegada a este sitio —dijeron ambas voces— ha retornado el caos primigenio al sitio que le corresponde. Ahora sois todos libres. El destino continuará fluyendo como lo ha hecho siempre. Ve a buscarlo.

La angustia que componía aquel lugar se atenuó algo o, al menos, levantó un poco la presión sobre mí. No podía creer que lo hubiera logrado así de fácilmente. ¿Ya estaba? ¿Había logrado recuperar a Gabriel? La Araña debió de notar mi alivio, porque se acercó más a mí:

—Todo el dolor, padecimiento, agonía, lamentos, llanto, desesperación soy yo. Venir a verme te costará llevar algo de todo esto contigo. En tu liberación está mi maldición. A cambio de lo que desees, te doy algo que no desees. Te llevarás una parte de este mundo contigo.

—Lo único que quiero de este mundo es a él.

—No —dijo La Araña.

—Yo soy la aceptación de que todos tus terrores existen y cobrarán cuerpo dentro de ti —dijeron las voces al unísono.

De nuevo, el sufrimiento y el padecimiento de estar ante su presencia se hizo insoportable, inaguantable. Jamás había conocido ese grado de extenuación del alma, tan desesperante. Supe que La Araña no me dejaría ir.

—Ahora —gritaron millones de voces—, formarás parte de mí.

Y entonces, el terror acumulado en una existencia rutinaria, normal, mortal, como la de los millones y millones de seres humanos que transitaban por la vida a cada segundo, desconectados, aislados en sus sueños y sus miserias, sus padecimientos y sus logros, sus terrores nocturnos y sus monstruos de carne y hueso, se hicieron patentes ante mis ojos y comprendí que aquel era el destino que me esperaba, que mi nombre no había sido elegido al azar, y la grieta abisal se abrió bajo mis pies y comenzó a engullirme, lentamente. Supe que La Araña no me dejaría salir de allí, porque la había retado, porque había tenido la osadía de ir a buscarla, yo, un simple y minúsculo grano infinitesimal que ocuparía un segundo de su eterna vida. Me regalaba la libertad de Gabriel a cambio de mi vida. Me condenaba a mí. Sin embargo, ella misma me había proporcionado la clave de mi libertad.

—Sí, te acepto —dije.

El lazo que me asfixiaba aflojó ligeramente su presión.

—¿Es que acaso creías que tenías otro remedio que aceptarme? —dijo La Araña.

—Sí, lo tenía y lo tengo. Porque si yo soy Caronte, tú eres el río Styx que cruzaré en barca, pero tu condena es que no puedes ser ninguna de las dos orillas. Donde acabo yo, comienzas tú. Donde yo soy, tú no puedes ser. Yo soy el puente que une las dos orillas, pero tú estás condenada a no poder seguirme nunca.

La angustia y el dolor se retiraron de mí, salieron de mí, para alejarse unos pasos y condensarse en una oscuridad que, de pronto, comenzó a adquirir contornos inidentificables.

—¿Crees que no puedo ser tú? —dijo La Araña.

—Sí, ¿crees que no puedo ser tú? —dijo La Araña desde otro punto más lejano.

—Creo que si eres, te niegas. La vida es la negación de lo que tú eres. En la sombra no existe luz. Y yo soy vida. Por eso me has permitido venir aquí. Y por ese motivo vas a dejarme marchar, porque soy algo que nunca has podido ser. Y tengo algo que no puedes tocar.

Las formas se concretaron.

—¿Qué tienes? —dijeron las voces al unísono.

No hizo falta. Gabriel tenía razón. Siempre la tuvo. Mi fe en su amor y el mío era una luz demasiado hermosa y cálida como para que La Araña la aplastara. Hasta ella sentía curiosidad.

—Tengo el amor de Gabriel.

Me contempló con la misma curiosidad con la que se observa un diminuto insecto.

—Muy bien —dijo—. Te concedo lo que pides. Puedes ir a buscarlo. A cambio, tendrás que venir a mi presencia siempre que lo desee porque ahora me perteneces.

—¿Significa eso que he muerto?

—Eres mortal. Por lo tanto, mueres cada segundo que vives. En la vida está la muerte. Sin una no hay otra. No, tú me perteneces. Y te reclamaré. De esta forma, las dos obtendremos lo que buscamos. Tú tendrás lo que buscas y yo te tendré a ti. Le liberaré, pero has de saber que eres la Reina Azul. Ahora puedes ir a por él.

—¿Cómo?

—Yo te enseñaré el camino. Pero te advierto una cosa: cada paso que des allí, estaré

más cerca de obtener mi recompensa. Es probable que no lo logres. Y entonces no tendrás más remedio que permanecer aquí conmigo por la eternidad.

—¿POR QUÉ? —grité desesperada—. ¡No es justo! ¡NO! He llegado hasta aquí, te he demostrado que soy lo que estabas esperando, sabes que al final te saldrás con la tuya, ¿por qué tienes que arrebatármelo todo?

Una vez que mi ira se proyectó fuera de mí, perdí el control sobre ella, se convirtió en gasolina sobre una llamarada, debí haberlo sabido. Era la situación perfecta, desencadenada por La Araña. Nada mejor que enfurecerla. Los límites de la forma que estaba creciendo delante de mí se concretaron. La sombra monstruosa, grotesca e infernal de una araña gigante se levantó sobre sus patas y avanzó hacia mí.

En un plano no físico en el que no existía ninguna dimensión, o tal vez más de las conocidas, di media vuelta y eché a correr. No creo que transcurriera así, pero es la única explicación que alcanzo a dar.

Abandoné la sima abisal, la grieta en la que vivía La Araña, la grieta que *era* La Araña, y llegué al otro lado, la otra orilla del río Styx.

Sí, me había convertido en el barquero Phlegyas, tal y como quería ella. Por eso me dejó ir. Porque estaba condenada a regresar.

Cuando toqué tierra, ante mis ojos se desplegó una tierra infinita, irreal, pero que guardaba más conexiones con los recuerdos de una vida mortal de lo que había podido lograr hasta ahora: un horizonte de montañas lejanas y cercanas, una línea quebrada de riscos y montes irregulares, como en pugna unos contra otros por alcanzar el cielo, formado por una especie de masa gaseosa anaranjada, en movimiento, como si tras una cortina espesa de nubes preñadas se desataran constantes tormentas eléctricas. En el centro de una meseta que se abría a mis pies, una ciudad, una fortaleza de altos muros rojizos que delineaban perfectamente una ciudad interior, repleta de cúpulas redondas y torres elevadas. Inmensa, pero no infinita como el paisaje que la rodeaba, me preguntaba si su quietud se debía a la distancia desde la que la observaba o si realmente era una ciudad fantasma. Cualquier cosa podía ser en el plano en el que me encontraba.

Varias voces resonaron a mi espalda. Sincronizadas, sabía que todas ellas pertenecían a La Araña, como una legión de espíritus coordinados por un único ente:

—Un mortal que estuvo hace tiempo donde estás tú ahora le dio un nombre a la ciudad que ves. Nos gustó y lo aceptamos. Ante ti Pandemónium.

La ciudad de las almas perdidas, según John Milton. Lejos de ser aterradora, tenía una

belleza delicada y sublime. Sin darme la vuelta, pues había notado las voces de La Araña más cercanas de lo que quería y no me atrevía a ver en qué se había convertido, le hablé:

—¿Es allí adonde tengo que dirigirme para buscar a Gabriel?

—Allí reposan todos —contestó una única voz, desprovista de cualquier rasgo humano.

Comencé a descender de la orilla del río en dirección a aquella ciudad fortificada. Caminaba con cuidado entre piedras afiladas. No había nada parecido a un sendero, pero la ladera descendía suavemente. En algún momento pensé que me llevaría una eternidad caminar hasta aquella ciudad. Pero aquel pensamiento se evaporó enseguida, porque, donde me encontraba, no existía el concepto lineal de tiempo.

No sé cuánto tiempo pasó. Ni siquiera estoy segura de que transcurriera una sola gota de tiempo. Sé que los muros que rodeaban la ciudad, vistos desde la base, eran mucho más altos y austeros; una piedra lisa, sin juntas, rojiza, fría y suave al tacto, aunque algo viscosa. Me encaminé hacia el único acceso al interior de la fortaleza que veía: una brecha gigantesca en el muro, como si se hubiese producido una contienda alguna vez y los daños del muro nunca hubieran sido reparados. Entré por la grieta, pasando por encima de pequeñas piedras y rodeando enormes restos desprendidos del muro. Me pregunté de qué tendría que haberse defendido aquella ciudad o sus habitantes.

Y entré en el Pandemónium.

Lo que vi con mis ojos estoy segura de que no se correspondía con lo que realmente había allí. Pero mi cerebro tenía que procesar aquella información de alguna manera y eligió la forma de una ciudad laberíntica, gigantesca, repleta de edificios de piedra y de movimiento. Sí, había movimiento alrededor. Las mismas luces y sombras, almas, recuerdos de vidas pasadas, circulaban y se movían como lo habrían hecho antaño, residentes activos y atareados, siguiendo la actividad programada de una vida que ya no era más.

Caminé entre ellos, recibiendo esas señales de duelos pasados, recogiendo los restos de sus vidas como hiciera la otra vez. Apenas me rozaba la estela de una de aquellas luces, su extinta vida me inundaba como si hubiera asistido a una película muda que me trasladaba, además de imágenes, emociones, olores, sueños, pérdidas, amores, lamentos, todo tipo de sentimientos que alguna vez fueron.

Las callejuelas de la ciudad eran bastante estrechas y, de vez en cuando, desembocaban en lo que mi memoria identificaba con pequeñas plazuelas mediterráneas. A veces tenía la sensación de que la ciudad era una gran retícula, con un ordenamiento

trabajado y dócil, pero enseguida esa sensación se desvanecía y me traía otra imagen más parecida a una gran casbah, a un zoco milenario y retorcido hasta la médula.

Las casas que veía a un lado y a otro tenían puertas y ventanas a imagen y semejanza de las viviendas de mi mundo real; me asomé a alguna de ellas para ver aquellas almas reproducir en su interior lo que habrían hecho en sus casas en vida. Tardé un rato en darme cuenta de que había algo que fallaba en aquella reproducción metódica de una sencilla ciudad; dado que era un reflejo muerto, sin vida real, no había ningún ser vegetal. Plantas, árboles, arbustos, flores, hojas, nada de aquello podía ser reproducido en aquel símil y por eso no existían. La superficie del suelo por el que caminaba era la misma de las paredes, de las puertas, de las ventanas, de todo lo que me rodeaba; tan falsa e inexistente como la vida en aquel sitio.

Pandemónium.

Por mucho que caminé, no logré dar con un punto de la ciudad que pudiera considerarse el centro. Claro, no tenía sentido construir allí nada según las coordenadas. ¿Qué coordenadas? Estaba segura de que en cualquier momento me daría cuenta de que había atravesado la ciudad, de que la habría recorrido al completo sin encontrar nada parecido a un punto de partida de mi búsqueda. ¿Cómo podría encontrar a Gabriel en aquel laberinto? No podía servirme de las almas que pululaban a mi alrededor, porque había aprendido bien la lección. No tocar. Pero ¿cómo podría comunicarme con ellas? Aunque, por otra parte, no tengo claro que me hubiera servido de nada.

Continué caminando, divagando, recorriendo callejuelas, todas iguales entre sí. Pronto dejé de prestar atención a lo que me rodeaba. Mi único pensamiento consistía en llegar a algún sitio, algún punto que significara una diferencia respecto a lo que había visto hasta el momento. Un color, un olor, un simple vacío habría supuesto ya una distinción con todo lo recorrido. Nada, todo era igual, daba lo mismo si torcía a la derecha o a la izquierda. Sabía que, si miraba por encima de mi hombro la bocacalle que había descartado sería exactamente igual a la que había escogido. ¿Qué pasaba allí? ¿Era una prueba de La Araña? ¿Con qué objetivo?

Recordé vagamente que La Araña me había advertido algo acerca del peligro de caminar por estas calles, pero el sentido de aquel aviso se desvanecía de mi cabeza y su lugar lo ocupaba una especie de sopor. Decidí subir a una de las torres, que abundaban en aquel embrollo. Llegué a la base de una, empujé suavemente la puerta y entré. En medio de una estancia redonda y vacía, nacía una escalera de caracol que desaparecía de

la vista en lo alto. Subí por ella, agarrada al pasamanos. Ascendí en espiral por un agujero de chimenea, puesto que no tenía ventana alguna aquella torre. Cuando alcancé el final de las escaleras, salí a una habitación similar a la de la base. Vacía, desnuda, con una única puerta, cerrada. Pensé que la puerta daría a una galería exterior, desde la que se debía contemplar en perspectiva la ciudad. Abrí, pues, resuelta a encontrar un punto en aquella ciudad que me sirviera de referencia. Di un paso...

...y salí a la misma calle por la que había entrado. Olvidé al instante que había subido. Miré detrás de mí, vi el alto muro circular de la torre y pensé en subir, para ver si, desde lo alto, podría encontrar un epicentro en aquella maraña de callejuelas sin sentido. Desistí de hacerlo, porque de pronto noté un súbito cansancio en las piernas. He caminado mucho, pensé. Y me incorporé de nuevo al tráfico de almas de aquella calle.

Estaba olvidando lo que era, a eso se refería La Araña: con cada paso que daba en aquella ciudad, la esencia de mi naturaleza se desvanecía un poquito más. La estructura de razonamientos de mi cabeza comenzó a desmoronarse, aunque no me di cuenta entonces. Tenía una lejana sensación de peligro, algo que me avisaba que, si no lograba mi objetivo, no podría abandonar la ciudad. Y entonces tuve que hacer un breve esfuerzo para recordar por qué estaba allí. El nombre de Gabriel tardó en aflorar a mi mente y, momentos después, se hizo más evanescente, como si fuertes corrientes de agua fluyeran bajo la tierra que pisaban mis pies y se llevaran con ellas todos los recuerdos y pensamientos de todos aquellos que estábamos atrapados en Pandemónium.

Lo que vi, durante un breve segundo, fue un destello blanco, no plateado como cuando el sol se refleja sobre una superficie metálica, sino algo compacto, consistente, blanco. Tampoco era ninguna de las almas que habitaban aquel lugar porque ellas, aunque irradiaban una luz blanquecina, ésta era más la huella de una luz, más parecido al rastro que deja un fogonazo al cerrar los ojos y ver una mancha blanca en el interior de los párpados. Pero aquello que me había llamado la atención era nítidamente blanco. Me encaminé hacia allí. Iba pasando junto a muros y paredes y puertas y ventanas del mismo color rojizo que los muros de la fortaleza, que el suelo. Todo estaba fabricado con la misma arenisca roja, parecida al adobe. Todo menos la puerta lacada en blanco que me encontré al final de la calle.

Una vieja puerta de madera con un pomo blanco con forma de caracola. Con una extraña sensación de vaivén en mis pensamientos –de pronto sabía quién era yo y qué hacía allí; un segundo después no recordaba nada; de pronto creía intuir la respuesta

entre brumas vaporosas y acto seguido se desvanecía toda certeza de mi cabeza—, me vino y se fue y me vino y se fue la idea de que tenía que abrir aquella puerta, que me había estado haciendo señales a lo lejos para atraerme hacia ella. Toqué el pomo, suave y frío, y abrí la puerta. Detrás no había una habitación oscura —pero no recordaba por qué estaba esperando una habitación oscura— sino una estancia como todas las que había visto al pasar: redonda, desnuda, de paredes y suelo rojizos. Pero no estaba vacía. Había dos seres allí; un alma humana y un ente. De ambos me llegó un torrente de calidez y me embargó la sensación de feliz recuperación, de hallazgo, aunque no entendía muy bien por qué. Un escondido resquicio de mi cabeza intentó decirme que mi vida había estado relacionada, en algún momento, con ellos, pero no lograba apresar el pensamiento que daba forma a aquello.

Dudé unos segundos. Había algo en aquella luz fuertemente ansiado por mí en otra vida, pero no eran sentimientos claros o nítidos, sino diluidos con los pasos que había dado en Pandemónium. Intenté recordar qué tenía la luz que me atraía tanto a ella, que me impelía a tocarla, era algo que yo había necesitado antes, un lamento enterrado bajo una luz blanca y flores rojas y un mar azul, algo que había sido muy familiar pero que ahora no lograba concretar, qué era, qué era aquello que tenía la luz que había buscado tanto...

Decidí dejarlo correr. Di un paso atrás, con la intención de cerrar la puerta y continuar mi búsqueda cuando el ente se abalanzó sobre mí. Aunque sabía que estaba prohibido el contacto físico —¿y por qué lo sabía, en qué momento había adquirido yo tal noción de lo que estaba prohibido?—, me propinó tal empujón que caí de espaldas hacia el suelo... hacia un suelo que no llegué a tocar jamás con las manos.

MADRID

Un terrible dolor de cabeza, parecido al de la resaca más devastadora, me sacó del sueño. Apreté los párpados, buscando algo de paz en los tambores que resonaban en mi interior. Nada.

Lo primero que vi al abrir los ojos fue la parte superior de la copa de un árbol. El reverso de las hojas brillaban plateadas al sol. Detrás, un cielo azul celeste brillante, deslumbrante. Pasó un pájaro frente a la ventana. Detrás pasaron otros dos. Contemplé la nada durante un rato. Cuando intenté moverme, miles de agujas se me clavaron en las articulaciones y tendones del cuerpo. Me dolía todo, aunque nada en comparación con la jaqueca.

Moví la cabeza al otro lado. Junto a una mesilla cuadrada blanca, había un vaso lleno de agua y una pastilla al lado. Pensé en el «Cómeme» de Alicia. Pese a que no podía ni moverme, la perspectiva de aliviar la tortura martilleante de mi cabeza hizo lo necesario para activarme. Saqué un brazo, me incorporé a medias sobre el otro, y me tomé la pastilla con varios tragos de agua. Luego volví a tumbarme y cerré los ojos.

Desperté un rato después. El cielo ya no era tan claro, había comenzado a oscurecer. Fue una agradable sorpresa descubrir que mi cabeza parecía estar en más armonía con el resto del planeta. Tampoco seguían allí las agujas.

Me senté y miré alrededor. No estaba en mi piso, pero conocía aquella habitación. Un diván blanco, sobre el que me hallaba tumbada, en una habitación enorme, cuyos grandes ventanales daban al parque del Retiro. En las paredes, estanterías también blancas almacenaban libros, cuadros y otras cosas difíciles de identificar. Había otros divanes en la habitación, dispuestos caprichosamente.

Estaba en el piso de Gabriel.

Levanté la manta de color azul que me cubría para ver que, debajo, no llevaba ni ropa interior, pero estaba demasiado cansada como para dejarme arrastrar por las preguntas o

la vergüenza. Me daba igual. Desde luego, no había punto de comparación entre amanecer allí después de la migración, o en una cuneta tras una gasolinera de carretera, también desnuda. En la mesilla, junto al vaso de agua, descubrí el colgante de ónice. El escorpión, mi amuleto de protección, que había dejado en Praga sobre la mesa de carpintero. Estaba allí. Me lo colgué.

Me levanté como si acabara de cumplir ciento veinte años, arrastrando mi cuerpo dolorido hasta una butaca, en cuyo respaldo había visto los vaqueros, mi ropa interior y la camiseta que llevaba puestos cuando entré en aquella tienda de marionetas. Dios, entre aquel momento y el actual mediaban varios siglos de incomprensibles recuerdos que me nublaban los ojos y me hacían latir las sienes.

Me vestí y salí de la habitación. A mi derecha, el pasillo acababa en el vestíbulo de entrada, que ya conocía. Giré en sentido contrario y pasé delante de la cocina, cuyos muebles, lacados de negro brillante, contrastaban fuertemente con el resto de la casa. Sobre la vitrocerámica pitaba una tetera de metal. Al fondo de la cocina, tras unas puertas de cristal esmerilado pasó una silueta blanca. Orlando, supuse, y seguí caminando por el pasillo. El pitido de la tetera era lo único que se oía desde el pasillo. Al fondo había una puerta entreabierta y la empujé. Era un dormitorio sin apenas muebles. Frente a la puerta, de espaldas a mí, estaba Gabriel, contemplando a través de la ventana unos árboles que iban difuminándose rápidamente en la noche que comenzaba a caer sobre la ciudad. Tenía las manos guardadas en los bolsillos del pantalón. No hizo ningún movimiento cuando entré y cerré despacio la puerta. Le miré en silencio. Sus hombros, su nuca... me pregunté si seguiría siendo incorpóreo o si, por el contrario, La Araña no le habría librado sólo de su reclusión, sino también de su naturaleza de espectro. Me pregunté cómo sería la vida con él, siempre con la certeza de que nuestra fortaleza sería permanecer juntos a través de los años, pasando por las etapas de la vida, envejeciendo al mismo ritmo que nuestro alrededor. ¿Podría ser así? Mi corazón se encogió ante esa perspectiva.

Entonces Gabriel se giró y me descubrió. Por un momento, sus ojos mostraron una ligera sorpresa, y enseguida esbozó una ligera sonrisa que iluminó su rostro. Sin embargo, hubo algo que me conmovió hasta lo más profundo de mi alma: por un segundo alcancé a ver las sombras de sus tatuajes, replegándose por debajo de las mangas. La prueba de que Gabriel seguía siendo una sombra. Nunca podríamos contemplar la vida desde la misma perspectiva, siempre estaríamos separados de alguna forma. Nos miramos

fijamente a los ojos. Hubiera querido hablar, decir algo con sentido, ordenar la avalancha de sentimientos que me desbordaban para extraer algo coherente e inteligible. Hubiera querido expresar la inmensa necesidad que tenía de él y el terror que me invadiría si nos volvíamos a separar. Explicarle que le amaba con todas mis fuerzas y que ratificaba aquel sí que le di en el puente de Brooklyn. Pero sentía una enorme bomba en mi pecho a punto de estallar y me limité a quedarme allí, mirándole, hasta que volviera a ser dueña de mis actos. Más que ningún otro momento en mi vida, necesité desesperadamente abrazarle y los cinco o seis metros que nos separaban se volvieron insoportables. Inspiré aire cuidadosamente y, cuando mis pulmones rebosaron oxígeno y vida, caminé sin prisa hacia él, hasta ponerme a su lado. Él se inclinó hacia mí, arqueando ligeramente la espalda, exactamente de la misma forma en que imaginé que lo haría la primera vez que lo vi, en el patio del hotel de Nueva York, y nos besamos. Al principio con cuidado y prestando atención a los labios del otro. Luego el calor me abrasó. Sujeté su cara entre mis manos sin dejar de besarle ni por un momento. Sus manos agarraron con fuerza mi cintura, con los dedos muy separados, intentando abarcar la mayor cantidad posible de piel. Yo acaricié su nuca con las yemas de mis dedos, justo por debajo de la línea del pelo, y noté cómo los escalofríos le recorrieron la espalda. Cuando abrió los ojos, estaban brillantes y húmedos. Me miraba con una intensidad que resultaba dolorosa. Después, nos apretamos tanto que no cupo nada más entre los dos el resto de la noche.

Nos dormimos cuando rompió el alba, no más de unas horas, pero cuando abrí los ojos, él no estaba. Antes de que el pánico me invadiera con oscuros nubarrones, Gabriel abrió la puerta de la habitación de espaldas, porque llevaba en las manos una bandeja de madera con el desayuno. Con un hábil gesto, soltó dos patas en los extremos de la bandeja y la apoyó a los pies de la cama. Se sentó a mi lado y desayunamos tranquilamente. Había de todo: dos tazas de café negro, un par de croissants en un plato, un cuenco con fresas, mantequilla fresca, zumo de naranja... y un pequeño cuenco con un líquido oscuro que no identifiqué. Lo señalé con el dedo.

—Salsa de soja.

Miré a Gabriel sin comprender. Él se encogió de hombros, sonriendo.

—Lo sé, lo sé. Orlando. Es un maniático. El desayuno ha sido idea suya y siempre toma salsa de soja para desayunar. No me preguntes.

Los dos sonreímos y desayunamos con ganas, entre besos y miradas en silencio.

Gabriel me tocaba constantemente: si no tenía su mano puesta sobre la mía, me rozaba con la punta de sus dedos una de mis piernas dobladas o, si no, me besaba el hombro. Juguetear con el pelo todavía muy corto de mi nuca, dijo:

—¿Por qué te lo cortaste?

—Porque te echaba tanto de menos que dolía. Pensé que, si no tenía más remedio que continuar con mi vida sin ti, debía eliminar todo cuanto te trajese a mi memoria. Y eso incluía el pelo. Se trataba de borrar a la Perséfone que vivió contigo aquellos días maravillosos.

—Eso no explica el tatuaje.

Me miré el hombro.

—Ah, esto. Sí, eso fue para acercarme más a ti.

—Muy coherente.

Hice un mohín de protesta.

—En cualquier caso —dijo él—, sigues siendo hermosa, a pesar del pelo.

Solté una carcajada.

—No voy a preguntarte si te gusta más así o largo —le dije.

—¿Por qué, no quieres saberlo?

—Porque no te haré caso.

Me miró en silencio y luego me besó con fuerza.

—Vamos. Sólo tenemos una vida por delante, la tuya, para estar juntos, así que no hay tiempo que perder.

Sus palabras me inundaron de tristeza, y tuve que apartar la cara para que no me viera con los ojos inyectados en lágrimas. Además, me recordó todo lo ocurrido en mi segunda migración. Y una idea que se me había clavado desde que abriera los ojos, regresó con una fuerza bestial a mi cabeza. Tenía que hacerlo, tenía que preguntárselo, era idiota intentar mentirme a mí misma y ocultar que necesitaba saberlo. Así que se lo pregunté:

—La otra persona que estaba contigo en aquella casa era... era... quiero decir si...

Gabriel asintió y puso su mano sobre la mía.

Claro.

—Helena.

Claro. Helena. Helena. Helena. Mi madre. Mi madre muerta a la que llevaba sin ver desde los tres años. Al alcance de mi mano y la dejé escapar. No hubieras podido tocarla. Lo sé, pero habría significado tanto para mí. No, olvídalo. Habíais pasado las dos mucho

tiempo en Pandemónium y ya sabes que... Sí, sí, lo sé, pero entiéndelo, era Helena. Esa parte de mi vida que nunca podrá ser ocupada y la tenía al alcance de mi mano. Realmente no era así, sólo viste su reflejo, un pálido reflejo de lo que fue en vida. Aunque la hubieras tocado... Sí, pero ahora nunca sabré lo que ocurrió realmente. Tal vez algún día lo sepas, Pers. Querría saberlo, te juro que daría lo que fuera por saberlo. Yo, tal vez algún día, te cuente...

Separé mi mano de la suya.

—Prefiero que hablemos como todo el mundo o me volveré loca. Todavía no tengo claro cuáles son tus pensamientos y cuáles los míos.

—Es cuestión de técnica, ya la irás dominando.

—Por cierto, esta noche, mientras... cuando nosotros... quiero decir... ya me entiendes, no he podido leer tu cabeza ni una vez. ¿Por qué?

Gabriel rió entre susurros.

—No es tan fácil, Pers. Puedes tocar a un incorpóreo y leer sus pensamientos pero sólo si él te permite acceder a su cabeza. O si lo pillas de improviso. Supongo que eso también funcionaría. Siempre tendrás a tu favor el factor sorpresa.

Asentí. Cuestión de práctica. Era mucho lo que tenía que practicar, por lo visto.

—Por cierto, te debo un regalo.

Recordé que, el día en que me enseñó este mismo piso, al bajar del taxi me dijo que tenía un regalo para mí.

—Y ¿a qué se debe?

—Bueno, técnicamente no es un regalo. Te pertenece. Lo he guardado para ti.

Gabriel se levantó, cogió su cartera de una mesilla y extrajo un pequeño cuadrado con el dorso blanquecino. Volvió a la cama y me lo entregó. Era una fotografía en tonos sepia. Una mujer joven sostenía en brazos a una niña pequeña, de unos dos años de edad, y ambas miraban sonrientes a la cámara. La niña rodeaba con sus brazos el cuello de la mujer. El entorno —un sendero en medio de un campo— me era desconocido. Las protagonistas no.

Éramos Helena y yo.

—No había visto esta fotografía en mi vida.

Gabriel asintió.

—Lo sé. La tenía yo.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la dio tu madre. Hace muchos años.

Observé con más atención la imagen.

—Durante toda mi adolescencia, me dediqué compulsivamente a estudiar todas las fotografías de Helena. Me las aprendí de memoria; cada detalle, cada paisaje, cada gesto, todo. Ahora tendré que estudiarme esta.

—Yo ya lo hice. He mirado esta imagen miles de veces. Preguntándome dónde estarías, qué harías. Preguntándome si sería seguro que me acercara a ti o se enterarían los demás. Y, mira por dónde, fuiste tú la que te acercaste a mí. Algún día te llevaré al lugar donde os sacaron esta imagen.

—¿Quién la hizo?

—Tu padre.

—Está bien. Llévame.

Gabriel asintió y se levantó de la cama.

—Tienes todo lo necesario para la ducha en una de las cestas debajo del lavabo. Vístete. Ya sabes lo que viene ahora. ¿Estás preparada?

Asentí y miré por la ventana hacia el cielo nuevamente azul. Era uno de esos momentos que no se dan en todas las vidas, ni siquiera una sola vez. Yo llevaba buscándolo, inconscientemente, desde que Helena se fue. No lo sabía, pero con su desaparición, las fichas se habían trastocado, se habían movido del tablero de La Araña, y algunas como yo andábamos desde entonces buscando nuestro lugar. Buscando comenzar de nuevo, en una vida en la que encajáramos. Por eso me fui de casa de mi padre y comencé de cero en Madrid, pero eso no bastó. Sólo me había movido de punto geográfico, pero el cambio que necesitaba hundía sus raíces mucho más allá, antes de mi propio nacimiento, en algo que había sido decidido por mí en mi ausencia. Y eso era lo que iba a hacer en ese momento. Despedirme de mi vida actual, de mis conocidos, de mi familia —de la poca que me quedaba— para comenzar otra vida, la que me correspondía por derecho, en el seno de los incorpóreos. Junto a los espectros.

Bueno, en realidad, no junto a *ellos*, sino junto a él. Haría lo que tuviera que hacer, lo que fuera que componía el mandato de La Araña hacia mí, aprendería lo que fuera necesario sobre mis nuevas habilidades, las desarrollaría y sería obediente. Siempre y cuando permaneciera hasta el final con Gabriel.

Luego, ya se vería.

—¿Vamos? —preguntó Gabriel.

–Sí, pero antes quería hacerte una pregunta.

–Dime.

–¿Existe Dios?

Gabriel me miró en silencio, reflexionó unos momentos y luego contestó.

–Seguro que sí.

–¿Tú no lo has visto en tus migraciones?

Negó con un gesto breve.

–Pero... –insistí– ¿no será La Araña, verdad?

–¿La Araña? –enarcó las cejas–. No, Pers, La Araña es sólo... el celador de todo este sistema. De hecho, la mera existencia de La Araña nos hace pensar a muchos en la existencia de Dios, porque tiene que existir algún ente superior que haya creado a La Araña. Ella no tiene la capacidad de haberse creado a sí misma. Tiene que existir por encima un plano más complejo, del que nazca todo. Incluida La Araña.

Ahora fue mi turno de asentir. No porque lo comprendiera todo, sino porque me había dejado abierta una vía de reflexión sobre este asunto.

–Y ahora –dijo, dándome un fuerte beso en la frente–, tenemos que irnos.

–Sí. Gabriel, si no te importa, yo te esperaré fuera, en la calle. Hay una última llamada que quiero hacer antes de irnos. ¿No te importa?

–No, claro que no. Te recogeré abajo dentro de diez minutos.

Le di un beso en la mejilla y me levanté de la cama.

–¿Papá?

–Hola, hija.

–Hola. ¿Puedes hablar?

–Claro. ¿Qué tal estás?

–Bien... oye papá, hay una cosa que quería decirte desde hace tiempo...

–Dime.

–Mmm... ¿sabes? Estoy segura de que mamá nunca pretendió hacerte daño. Quiero decir, cuando se fue de casa, el día del accidente. Creo que nunca tuvo un amante y nunca quiso abandonarte.

Silencio.

–¿Estás ahí?

–Sí, te estoy escuchando, hija. ¿Por qué... por qué quieres hablar ahora de eso?

–Porque es importante. Un día estamos aquí y, de pronto, al día siguiente no, y no te

ha dado tiempo a decir las cosas importantes de la vida porque parece que nunca hay prisa para ellas, pero es al contrario, papá, justamente al contrario. Tienes que decir lo importante primero.

—Ya veo.

—Y sé que mamá te quería.

—Bueno, Pers, de todo eso hace mucho tiempo y además estamos desolados María y yo por la muerte de Mateo y no es momento de revolver viejos barro...

—¡No me estás escuchando! ¡No son barro! ¡Es pura luz!

—No te entiendo, hija.

—¡Luz! ¡Mamá te amaba! ¡Y a mí! ¡No había nada oscuro en ella!

Silencio.

—¿Sabes cuánto tiempo hacía que no te oía llamarla mamá? Siempre que hablabas de ella la llamabas Helena.

—Helena, mamá. Qué más da el nombre. Era ella. Siempre ella.

—María también intentó quererte, mientras vivías con nosotros. Pero nunca se lo pusiste fácil.

Silencio.

—Que yo sepa, no se lo he puesto fácil a nadie desde hace mucho tiempo, desde que murió mamá.

—Cuando nació Mateo pareció que todo podía reconducirse, que podíamos volver a ser felices, que tú y yo, con ayuda de María y Mateo, podríamos conseguirlo...

Silencio.

—Papá, ¿estás llorando?

Silencio.

—Papá, lo intenté, intenté ayudar a Mateo, no sabes las cosas que he llegado a hacer por él, pero al final fracasé, yo lo intenté pero...

Silencio.

—No, hija, no fracasaste tú, lo hicimos todos. Nosotros no sabíamos en qué andaba metido, no sabíamos nada de aquella chica. ¿En qué clase de mundo vivimos que desconoces que tu hijo está enamorado, aunque convivas con él bajo el mismo techo? ¿Cómo se me pudo escapar así de las manos, escurrir entre los dedos? Un día estaba con nosotros, a nuestro lado, y al día siguiente se había ido para siempre, y siento que no he llegado a conocerle, Pers, y soy su padre, Dios mío, su padre, y duele tanto...

Silencio.

—...

—¿Qué?

—Que yo también fallé. Le fallé. Si hubiera sabido entonces todo lo que ahora sé y lo que sé que soy, habría podido ir a buscarlo, yo...

—Pers, culparnos de esa manera no nos lo va a devolver.

—Supongo que tienes razón.

Silencio.

—Quiero que sepas que te quiero.

—Yo también te quiero a ti.

Silencio.

—Hay... otra cosa más, papá. Me voy a vivir a Londres.

—¿A Londres? ¿Por qué tan lejos?

—Porque sabía que dirías eso... Puedes venir a verme cuando quieras. Y yo puedo ir a visitarte. No es como si me fuera a Australia.

—Si tú lo dices...

Silencio.

—Bueno, tengo que dejarte. Recuerda lo que te he dicho. Mamá siempre pensó en nosotros.

—¿Cómo lo sabes, Pers?

—Estoy segura.

—Siempre he pensado que tenías una conexión especial con ella. Y que, después de que muriera, la mantuviste de alguna manera. Pero nunca quise indagar en ello porque su ausencia me volvía loco de dolor. Luego, la llegada de María me trajo mucha paz. Espero que algún día lo comprendas y logres perdonarla.

—¡Pero si lo comprendo! No tengo que perdonarle nada. Os quiero a los dos.

—Iremos a verte. Cuídate, hija.

—Tú también. Dale un beso a María. Adiós, papá.

—Adiós, Perséfone.

Una hora después, metía en el maletero del coche de Gabriel la única maleta con ropa, libros y recuerdos que quería llevar conmigo a mi nuevo destino, fuera cual fuera éste. Gabriel, mientras cerraba la portezuela del maletero, me preguntó si me había encontrado con alguna de las chicas en el piso. Pensé unos momentos en la respuesta. Dije que sí,

pero que no quería hablar del asunto. Estaba intentando contener mis lágrimas fuertemente desde que había cerrado la puerta a mis espaldas y hablar de ello ahora significaría dar rienda suelta a mis emociones contenidas.

Sí, estaba Elisa en el piso cuando entré. Enseguida comprendió que algo había cambiado. Le expliqué algunas cosas, no todas, de mi nueva vida con Gabriel. Ella se preocupó, porque dijo que Gabriel y yo nos conocíamos desde hacía poco tiempo. Eres lo más parecido a una madre que se puede tener, le dije. Y nos abrazamos. Me preguntó adónde iría a vivir. Le di la misma respuesta que a mi padre. Londres. ¿Por qué Londres? Porque para ambos, más para él que para Elisa, era una ciudad lo suficientemente cercana como para no preocuparse, pero lo suficientemente lejana como para ni pensar plantarse allí de improviso.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté a Gabriel.

—A Ginza.

—¿Qué es eso?

—Un barrio de Tokio. Ulla quiere que conozcas a unos cuantos incorpóreos. Será una especie de presentación en sociedad.

Miré a Gabriel aterrorizada y él se quedó sorprendido.

—Será mejor que te acostumbres a viajar. No solemos estar mucho tiempo en el mismo lugar. Somos nómadas. Y ahora tú eres parte de la tribu.

Acercó su cabeza hasta situar sus labios rozándome el lóbulo de la oreja y me susurró:

—Bienvenida al mundo de las sombras.

El mundo de las sombras. Los incorpóreos, espectros, sombras. Una sombra es una imagen oscura que proyecta sobre una superficie un cuerpo opaco que intercepta los rayos directos de una fuente lumínica. Luz, cuerpo opaco, sombra. En esa ecuación, sabía dónde colocarnos a Gabriel y a mí, pero no sabía qué asignar al concepto de luz. ¿Helena, tal vez? Sombra es también una región a la que, por distintas causas, no llegan las imágenes, sonidos o señales transmitidos por un aparato emisor. Sí, también había experimentado esa definición. Sólo que, en aquel lugar, las señales que emanaba cualquier cuerpo vivo se quedaban atrapadas, ahogadas, hasta perderse para siempre.

Y había otra definición más válida para sombra: un espectro o aparición, vaga y fantástica, de la imagen de una persona difunta. Las imágenes de muertos que yo conocía no proyectaban sombras, sino luz, difusa y tenue. Así pues, sombra era Gabriel y sombra sería yo, algún día. Pero ahora le tenía a él. Tenía sus besos, sus cálidos dedos,

su piel, la sensación infinita de sentirme protegida junto a él, de estar con alguien que sabía que nunca, jamás, en el pasado ni en el futuro, podría hacerme daño. Alguien a quien amaba con cada célula de mi mortal cuerpo.

Distraída como iba, cuando pasamos delante del Blue Bay, mi corazón pegó un salto. A la puerta del local, en ese mismo momento, vi a Max, con Lucy colgada de su cuello, mientras Max terminaba de candar una moto nueva, una Harley Davidson, la moto de sus sueños que reconocía de las numerosas fotos que él me había enseñado tiempo atrás. La VRSCDX. Todavía lo recordaba. Interesante. Max y ella se besaron y entraron en el local. Cuando los hubimos rebasado, vi por el espejo retrovisor que Max se giraba a mirar nuestro coche justo antes de entrar en el Blue Bay. Y siguiendo a Max, desaparecieron de mi vista los vestigios de mi antigua vida.

A través de la ventanilla del coche, ahora detenido en un semáforo, observé un grupo de golondrinas volando alto, haciendo piruetas mientras jugaban. Las seguí con la mirada y luego observé un avión que, arriba en lo alto, trazaba una estela, como una senda blanca en el cielo de un perfecto azul inmaculado.

Epílogo

Ha amanecido hace al menos media hora. El aire está impregnado de sonidos, muy pocos de ellos humanos; la mayoría procedente de animales que vuelan, una bandada de pájaros. Helena oye a Perséfone hablar en sueños en la habitación cuya ventana abierta da al porche en el que está sentada ella. Sonríe. La niña habla en sueños desde que cumplió dos años, no todas las noches, pero es frecuente que lo haga. Un amigo le contó una vez que esas palabras pronunciadas en voz alta durante el sueño son como fragmentos del imaginario que escapan a través de la tupida red del inconsciente y salen a la superficie, como podrían hacerlo las perlas del mar. Sólo que las perlas no suelen salir a flote solas, lo hacen por la acción de la mano del hombre, ávido de tesoros, necesitado de riquezas materiales y espirituales que le permitan sobrevivir al tiempo. Igual que ellos, sólo que no se apoderan de perlas, sino de vidas humanas. Helena siente un escalofrío que le recorre lo más profundo de su alma.

El porche de la casita está rodeado de buganvillas color fresa que asaltan la vista con una exuberancia paradisiaca. Todavía sopla la brisa que permite dormir en las noches de verano a partir de una hora determinada. Y decenas, miles de pájaros le pían al nuevo día, a esa luz brillante, aunque más reposada que la del atardecer, que comienza a bañar las superficies que puede ver Helena.

Apaga el cigarrillo y, con él, de manera simbólica, los restos de su vida, la que conocía hasta entonces. Piensa en lo ingenuos que son los seres humanos, cuando creen que han trabajado duro para preparar sus caminos en la vida, para transitar por ellos con todos sus asuntos bajo control, si bien, en realidad, nada está al alcance del hombre por entero, sólo una porción diminuta de su destino. El resto, la casi totalidad de su futuro, no les pertenece a ellos, sino que son momentos aislados y encadenados, fragmentos en el tiempo, certeros, precisos, que cambian el rumbo de una manera drástica y totalitaria, sin derecho a réplica. Una leve distracción al volante; el

instante determinado en el que se decide callar eso que se debería haber dicho justo entonces porque nunca más se repetirá la oportunidad ni el escenario; un sol que abrasa un cogote; una canica en el suelo; la consulta inhóspita de un médico de bata blanca que contempla unos papeles en la mano; segundos, segundos, segundos, partículas de una vida que lo cambian todo. Eso era: los totalitarismos del destino. De otra forma, Helena no puede comprender por qué ella, por qué ellas dos han sido las elegidas, quién ha tomado la decisión de que sea su Perséfone la protagonista de aquella pesadilla poblada de monstruos depredadores que necesitan acabar con su vida para poder sobrevivir, por qué tiene que ser así.

Y, sobre todo, dónde está escrito que ella, Helena, no pueda cambiarlo, que no tenga ni un asomo de posibilidad en todo este asunto, en ese espantoso transcurso de sucesos que le ha narrado aquel hombre. Nada tiene ni pies ni cabeza. Helena se enciende otro cigarrillo. La brisa sigue soplando todavía, lo hará hasta que la mañana se instale cómodamente y entonces el aire se retirará hacia el interior del mar, para dejar que las vidas de aquella parte del hemisferio se achicharren esa mañana con la canícula del verano. Más tarde, cuando el día haya cumplido, regresará de madrugada para refrescar la piel de la tierra.

Helena nota cómo la última brasa de su cordura se va apagando lentamente. No hay nada de lo que ese hombre le ha estado revelando los últimos días que pertenezca a la realidad, a la realidad de Helena, de la pequeña Perséfone y de su padre, en aquel pequeño escondite del mundo que se han procurado los tres, entre paredes encaladas, flores exuberantes y el cambiante azul del mar. No puede ser que existan esos monstruos sobre la superficie de la Tierra con el permiso de Dios, aunque tiene la vaga sospecha de que Dios no tiene nada que ver en este asunto. Helena está, entre otras cosas, perdida y desorientada, no sabe a quién acudir. No es una niña ya, ni es una ignorante, ha visto y vivido mucho, antes de sentarse sobre la hierba a ver crecer a su preciosa niña, la niña de ojos verdes y la sonrisa más maravillosos que ha visto jamás. Recuerda cuando, hace unas semanas, Pers se acercó para preguntarle si el mar tenía ombligo. De todos los recuerdos, momentos e imágenes de su vida con Pers, éste es el que le asalta este amanecer con insistencia machacona. El ombligo del mar, repite Helena en voz baja. Piensa que si en el ombligo del mar se encontrara la llave para liberar a su niña del destino de los depredadores iría a buscarlo, donde fuera que pudiera estar. Si fuese tan fácil como encontrar el ombligo del mar...

Helena se levanta de la butaca de mimbre. Se gira y contempla el cojín escarlata que lo decora. Recuerda cuándo y dónde compraron todos los cojines, una mañana de sábado, con la niña en un cochecito azul de bebé que les regaló alguien. No ha dormido en toda la noche, y ahora tiene la mente algo pastosa, inundada de recuerdos barnizados con la textura de las despedidas, aunque Helena no ha tomado una decisión aún. Bueno, sí lo ha hecho: ha decidido, aunque sin saberlo, hace unas horas, creer que es cierto lo que le ha contado ese hombre. Las pruebas que él le ha aportado han ayudado para que tomase en serio sus palabras. Y desde ese momento, desde la tarde del día anterior, la vida de Helena se ha desmoronado, se ha convertido en arena que le está anegando los pulmones y los ojos.

Da unos pasos y se asoma por la ventana de la niña, la ve dormir. Perséfone duerme en diagonal, siempre con las posturas más raras, como si se preparase en sueños para librar una batalla. A lo mejor por eso habla dormida. Una de las cosas que le ha explicado este hombre con más vehemencia es que la niña es especial, no es como el resto de seres humanos, ni siquiera como el resto de víctimas que ellos depredan. Cuando le explicó que él vio a la niña antes incluso de que se gestara en el vientre de Helena, en esa especie de limbo en que dormitan los no nacidos aún, Helena lloró mucho. Porque recordaba todas las veces que, durante el embarazo, se había preguntado qué rostro tendría el pequeño ser que llevaba en su vientre; porque la niña había colmado todos sus deseos; porque era inconcebible la vida sin ella.

Helena está apoyada en el alféizar de la ventana de la niña cuando la oye de nuevo hablar, esta vez muy clarito porque Helena está prestando atención: se le eriza todo el vello de los brazos y la espalda cuando la escucha preguntar, con su vocecilla suave: ¿dónde está el ombligo del mar, mamá? Helena siente cómo sus ojos se llenan de lágrimas y un vago resquicio de vergüenza por haber permitido que fuera la pequeña la que decidiera por ellas dos, en lugar de hacerlo la figura adulta. Porque eso es lo que harán: irán a buscar perlas al ombligo del mar, o al fin del mundo, con tal de lograr que Perséfone se libere de su maldición.

La decisión está tomada y con ella regresa la actividad a Helena, aunque sus movimientos son ligeramente torpes debido a la falta de sueño. Entra en la casa, se dirige a la habitación de la niña, la coge en brazos; al pasar por la puerta coge el bolso y las llaves del coche y salen.

Cuando ya está conduciendo, la niña dormida en el asiento trasero, no tiene muy

claro cómo hacerlo, si es que esto se ha hecho alguna vez. Decide que irá a buscar a la ciudad al hombre, porque él le ha prometido que la ayudará. No tiene ninguna garantía de sus intenciones, pero el mero hecho de haberle revelado a Helena su existencia y la de los demás depredadores gira la balanza a su favor. Además, no tiene a nadie más a quien acudir.

Helena conduce con la ventanilla bajada un tercio, de manera que el aire refresque su cara y alborote su melena castaña, de rizos insobornables. Creía que la niña sacaría su pelo, pero no ha sido así; Perséfone tiene un pelo castaño, lacio y brillante que tampoco pertenece a la familia del padre de la niña. Se pregunta qué más tendrá la niña que sea propio.

El coche circula por una carretera sinuosa y quebrada de la costa. Tiene el mar a su derecha y el corte de la montaña a su izquierda. No se ha cruzado todavía con ningún coche, va deprisa, pero confiada porque ha recorrido este camino miles de veces para ir a la ciudad. De vez en cuando dejan atrás alguna otra casita muy parecida a la suya. Todas parecen un caleidoscopio de colores: blanca cal, contraventanas azules, verde vegetación, flores de mil tonalidades y, siempre de fondo, una anchísima franja de mar azul perlada de minúsculos e infinitos reflejos del sol. La vida sigue su curso, como todos los días anteriores y todos los que vendrán después, pero eso es algo que ya no atañe a Helena, que pasa a su alrededor rodeándola sin tocarla. Sólo ahora Helena piensa en el padre de la niña, en cómo lo ha mantenido apartado de toda esta historia. Pero es que la inmensa profundidad del torbellino que ha engullido su vida lo hace excluyente de por sí, nunca lo habría entendido y, aunque lo hubiese hecho, habría buscado una solución de la materia inapropiada, en la dirección incorrecta, está segura. No, esto es lo mejor.

De hecho, a medida que el aire que se filtra por la ventanilla acaricia su cara, Helena modifica el plan inicial porque se siente, por primera vez en las últimas veinticuatro horas, más dueña de su destino, capaz de gobernarlo de la misma forma en que maneja el volante del coche para obligarlo a deslizarse a través de la carretera. Helena decide huir con la niña. Ni siquiera irá en busca del hombre; al fin y al cabo, pese a las reiteradas muestras de preocupación por la vida de la pequeña, él es uno de ellos. Y tiene que haber numerosos escondites en el planeta que ellos no conozcan, por muy viejos que sean. No, ella es su madre y sobre ella recae la obligación de mantener a salvo a su hija.

Mientras está pensando adónde ir, porque unos kilómetros más adelante está el cruce con la carretera comarcal y tendrá que tomar una decisión acerca del rumbo que van a seguir durante los próximos ¿años? de las vidas de ellas dos, le parece escuchar una voz. Afina el oído para oír si es Perséfone hablando de nuevo en sueños, pero las notas de la voz que llegan hasta ella son claramente masculinas. Se gira hacia detrás, sin dejar de conducir, y lanza un grito agudo de terror cuando descubre al hombre inclinado sobre la niña, en el asiento trasero, susurrándole palabras al oído. El pánico le obliga a dar un volantazo porque el coche está a punto de salirse de la carretera; en el último instante Helena recupera el control del vehículo. Comienza a sudar. No da crédito a lo que ha visto, es imposible que haya subido al coche porque no se han detenido en ningún momento. Mirando por el espejo retrovisor, grita al hombre qué hace allí, cómo ha entrado, pero el hombre se limita a mirarla serenamente, con esos ojos tan increíblemente bellos que tiene, y a preguntarle adónde van, si cree que va a poder escapar de los otros. Helena apenas mira al frente, tiene la mirada clavada en el espejo retrovisor, no puede razonar con claridad, pero presiente que su plan de huida se ha frustrado nada más comenzar. El hombre le pide un par de veces que mire hacia delante, le recuerda que está conduciendo. Las curvas se suceden una tras otra. Helena ve por el rabillo del ojo que la promesa del nuevo día ya se ha cumplido, porque el sol es una gran bola roja que pende sobre el mar. No sabe si es la luz, pero de pronto lo ve todo claro.

Frena el coche en seco, se quedan detenidos en mitad de la carretera, al salir de una curva. No parece haberse dado cuenta de la peligrosa ubicación en la que ha detenido el coche. Se gira y pasa el brazo derecho por encima del reposacabezas de su asiento; se enfrenta con la mirada al hombre, que está sentado en el borde mismo del asiento trasero, sin siquiera rozar a la niña, que sigue dormida. Helena le pregunta por qué le preocupa tanto que no vaya mirando hacia delante al conducir. El hombre se sorprende por la evidencia de la pregunta. Porque el coche puede salirse de la carretera, contesta. Y qué pasaría si ocurriese, dice Helena. El hombre la mira fijamente, un destello en sus ojos indica que lo ha comprendido. Dice solamente que ésa no es la solución, que tiene que haber otra, que él las ayudará a encontrar otra. Para qué, dice Helena, si tú mismo acabas de decirme que los otros nos iban a encontrar donde fuera que nos escondiéramos. Y ¿sabes por qué?, inquiriere Helena. Porque el mar nunca ha tenido ombligo. El hombre la mira con las cejas arqueadas, pero antes de que llegue a

preguntar qué quiere decir, Helena se vuelve hacia el volante, mete primera y arranca furiosamente. Ha cambiado a cuarta en un tiempo récord y el coche alcanza su máxima velocidad. El hombre no tiene tiempo de inclinarse sobre ella para intentar agarrar el volante; a cámara lenta, la carretera delante de ellos gira a la izquierda mostrando la pendiente jalonada de pinos que acaba muchos metros debajo en la costa rocosa. Helena mantiene el volante firmemente agarrado y cierra los ojos.

En los siguientes diez segundos, el coche despegue de la carretera y comienza a volar, dejando tras de sí una nube de gravilla en el aire. Los neumáticos ruedan furiosamente en el vacío mientras el coche describe una parábola y comienza a caer en picado hacia las rocas.

Gabriel suspira y contempla por la ventanilla el paisaje mientras caen. Luego abre la puerta del coche y salta de él, con la niña durmiendo en sus brazos protectores. Aterrizan con suavidad en el suelo rocoso de la pendiente. Le da un fugaz beso en la frente y la deposita con cuidado al abrigo de unos árboles, mientras, unos cuantos metros más abajo, el coche se deshace en millones de fragmentos. Gabriel protege con su mano la cara de la niña, para que unas piedras que han salido volando tras el coche no la alcancen. Luego la mira en silencio. Le susurra hasta pronto, Perséfone, y desaparece. La niña sigue dormida. En sus sueños comienza a crearse una casa laberíntica de pasillos infinitos que terminan en una puerta cuyo pomo tiene la forma de una caracola blanca.

Agradecimientos

Por orden de aparición, quiero dar las gracias a: mis padres y hermanos (por apoyarme siempre), a la Granja Familia (mi brújula), a Patricia y Cristina (por su ilusión), a Elvira (por su maravillosa tozudez) y Luca (por la cena que inició la aventura), a Laure (por creer en mí) y a Ofelia, Ana Laura, Fernando y todo el equipo de Siruela.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: Diciembre de 2010

© Ana Ripoll Arrojo, 2010

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-765-4

Conversión a formato digital: Década Soft S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Los Incorpóreos 1 EL MUNDO DE LAS SOMBRAS	3
Prefacio	5
DONDE LOS SUEÑOS TE LLEVEN	11
NUEVA YORK	35
MADRID	118
PRAGA	315
MADRID	345
Epílogo	358
Agradecimientos	364
Créditos	365